

## ENDNOTES 4



**Unidad en la separación**

Publicado originalmente en inglés como *Endnotes 4: Unity in Separation* (2015)

Cita de la contraportada: JACQUES LACAN, «De la estructura como inmisión de una alteridad previa a un sueto cualquiera», Conferencia de Baltimore, no. 30/31

Traducción a cargo de Ediciones Extáticas y sus colaboradores. Agradecemos a todos los que han hecho posible la publicación de este libro.

Prólogo por @abwerten

ISBN: 978-84-317-0607-4

Ediciones Extáticas

[edextaticas@riseup.net](mailto:edextaticas@riseup.net) / [edicionesextaticas.noblogs.org](http://edicionesextaticas.noblogs.org)

Ni copyright, ni copyleft, ni propiedad intelectual.

De todos para todos.

Los editores alientan la reproducción y difusión de este texto bajo los medios necesarios.

Este texto fue editado y maquetado en algún rincón de lo que se conoce como Madrid, en junio de 2024.

## Prólogo

El sistema fabril no constituye el núcleo de una sociedad futura, sino una máquina que produce *no-future*

— Endnotes

Las utopías son un bien escaso y el pasado nos pesa tanto que nos agacha la cabeza hacia los libros. En una coyuntura como ésta, la producción teórica de colectivos como Endnotes puede ser un buen punto de apoyo para echar la vista al frente. Desde que la revista ofreció su primer ejemplar al público, ha centrado todos sus esfuerzos en reflexionar acerca de las condiciones de posibilidad de una superación comunista del orden presente. En aquel número presentaba los elementos fundamentales para el estudio de las experiencias de lucha de clases del siglo XX, no para buscar en ellas una estrategia o paradigma adecuado a los tiempos que corren, sino para deshacerse del peso muerto de la Historia. Endnotes se resiste a asumir aquel punto de vista para el cual la historia pasada nos brindaría las claves estratégicas del presente, partido que solo se podría tomar bajo el falso supuesto de que el presente es esencialmente como el pasado. Los elementos fundamentales de la sociedad en la que vivimos siguen siendo los mismos, pero la articulación concreta de la relación de clase ha variado desde los tiempos de un movimiento obrero que gozaba de buena salud, variación que a su vez ha producido un cambio en las «condiciones de posibilidad» de la emancipación.

Haciéndose cargo de esta situación, el colectivo pone el foco en las tendencias globales que vertebran la sociedad capitalista, rastreando la naturaleza de las luchas que periódicamente se desenvuelven en ella, desarrollando su estudio uniendo indisolublemente ambos aspectos del proceso histórico. La lógica que domina la sociedad es la de la acumulación

capitalista, que se desarrolla a través de la relación de clase entre trabajo y capital como relación de explotación y dominación. Esta relación, o la propia acumulación, tiene una historia, un desarrollo concreto en el tiempo. Y así es que un esfuerzo por captar este desarrollo se convierte en un esfuerzo por pensar los presupuestos, las dinámicas y las perspectivas de lucha. Determinar si la utopía es algo realmente posible, si *es*, depende de este esfuerzo.

Huyendo de lugares comunes, hasta el punto de revelarse hijo díscolo de la llamada ultra-izquierda, Endnotes se sumerge desnudo en el estudio de la cosa misma: los ciclos de lucha deben abordarse desde sus propios presupuestos y partiendo de las apuestas que están en juego dentro de ellos. No obstante, explicar por sí mismas estas luchas daría con el problema de no poder explicar por qué se lucha así y no de otra forma. Las tendencias sociales generales tienen aquí su importancia no como simple contexto, sino más bien como aquello que determina la dinámica interna de la lucha. Es así que, desde una postura comunista, se pregunta por los límites que continuamente se encuentran estas luchas en el proceso de constitución de una fuerza unitaria que supere el momento y la lógica reactivas y las empuje hacia la abolición de la formación social capitalista. A esta acentuada incapacidad de generar unidad, Endnotes la denomina el *problema de la composición*, problema que ocupa una de las principales preocupaciones del colectivo a lo largo de su labor de reflexión. A nivel más general, el problema queda formulado como la *unidad en la separación*: la *dependencia* universal de los seres humanos que viven en sociedad, conviviendo con su *indiferencia* recíproca. Que esta cuarta entrega de la revista quede nombrada por esta fórmula, «*unidad en la separación*», nos informa ya sobre su contenido. La pregunta por la separación es una pregunta por la unidad, tal vez constituyendo ambas los interrogantes más generales de la emancipación. Cuestiones que, más allá de su carácter

abstracto, lo que persiguen es encontrar el nexo entre las luchas reales y la emergencia de una fuerza unitaria orientada hacia la revolución.

## EL PROBLEMA DE LA COMPOSICIÓN

Habida cuenta de que el problema de la composición es central dentro de la labor teórica de *Endnotes*, merece la pena presentarlo en sus delineamientos esenciales, comenzando por plantearlo con sus propias palabras:

El problema de la composición designa el problema de componer, coordinar o unificar las fracciones proletarias en el curso de su lucha. A diferencia del pasado —o al menos, a diferencia de las representaciones ideales del pasado— ya no es posible leer las fracciones de clase como si ya se compusieran a sí mismas, como si su unidad se diera de alguna manera «en sí misma» —como la unidad del trabajador artesanal, de masas o «social»—. Hoy en día no existe tal unidad ni se puede esperar que llegue a existir con nuevos cambios en la composición técnica de la producción. En ese sentido, no hay un sujeto revolucionario predefinido. No existe una conciencia de clase «por sí misma», como la conciencia de un interés general, compartida entre todos los trabajadores. O mejor dicho, tal conciencia solo puede ser la conciencia del capital, de aquello que unifica a los trabajadores precisamente separándolos.<sup>1</sup>

Así definido, se puede observar en qué consiste la composición y, sobre todo, las razones por las que supone un *problema*. Se trata de «componer, coordinar o unificar las fracciones proletarias, en el curso de su lucha». Ahora bien, para *Endnotes* esto es problemático, ya que a diferencia del pasado, esta unidad no parece presentarse como una tendencia o como dada en sí. En este sentido, lo que unifica

1. «El patrón de espera», *Endnotes 3* (Ediciones Extáticas, 2023).

a los trabajadores es la comunidad del capital, que les da su carácter de capital variable, situándolos en la dinámica competitiva como vendedores y en la indiferencia recíproca como consumidores; la unidad cooperativa del trabajo es la cooperación por y para el capital, que une a los trabajadores en la producción de un poder social alienado y concentrado que después se les opone como una fuerza hostil y disgregadora. El capital une a los proletarios en un proceso social de dependencia universal, al mismo tiempo que los atomiza<sup>2</sup>. Los une, pero no como clase con intereses propios:

Esta es la unidad-en-la-separación de la sociedad de mercado. Las personas se vuelven cada vez más interdependientes a través del mercado, pero este poder se produce a expensas de sus capacidades para la acción colectiva.<sup>3</sup>

Desde estas coordenadas, surge la pregunta: «¿cómo puede la clase actuar contra el capital, a pesar de sus divisiones?»<sup>4</sup> Para Endnotes, la respuesta no viene dada como la afirmación de un sujeto latente cuyas potencias habría que liberar<sup>5</sup>. No se trata de afirmar al proletariado como clase partiendo de su *ser en sí*. En cambio, adopta un punto de vista para el que la unidad solo podrá plantearse en el transcurso mismo de la lucha, como *superación del ser proletario*; será sobrepujando los límites que encuentran las luchas donde esta unidad encontrará su solución práctica. En tanto que no hay «potencial revolucionario en la actualidad, parece que se actualiza

2. «El mercado es la comunidad humana material. Nos une, pero solo en la separación, solo en y por la competencia de cada uno con todos» («Historia de una separación», *Endnotes 4*).

3. *Ibid.*

4. «El patrón de espera», *Endnotes 3*.

5. «Ser un partidario de la ruptura es reconocer que no hay trabajador colectivo —ningún sujeto revolucionario— que esté de alguna manera oculto y presente al mismo tiempo en cada lucha.» («Espontaneidad, mediación, ruptura», *Endnotes 3*).

no en la lucha de una fracción de clase en particular, sino más bien en aquellos momentos en que diversas fracciones se unen en la lucha a pesar de sus sospechas mutuas». <sup>6</sup>

Endnotes tiende a identificar *lucha* y *revuelta*. No se puede decir que las confunda, pero sí que a menudo las identifique. Las luchas que estudia Endnotes siempre se insertan en ciclos de luchas explícitas: Primavera Árabe, movimientos de las plazas como los de Grecia y España, Occupy Wall Street, Bosnia y Herzegovina (2014), Argentina (2001), Inglaterra (2011), Black Lives Matter en Estados Unidos, Los Ángeles (2020), etc. Que estas luchas puedan situarse tan claramente en el tiempo y en el espacio indica ya su carácter *explícito*, de *revuelta*. Tratando de buscar dentro de la dinámica interna de estas revueltas las posibles soluciones o salidas al problema de la composición, acaba por encontrarse en un callejón sin salida. <sup>7</sup> Tendríamos que preguntarnos si, tal vez, esta identificación entre lucha y revuelta supone un obstáculo de cara a pensar la solución al problema de la composición.

Pese a que su dinámica dependa de causas y fines que la exceden, solo puede haber una «fenomenología de la experiencia de la revuelta». <sup>8</sup> De este modo trata Endnotes de distanciarse de una «teoría general de la revuelta». Por el

6. «¿Un sujeto abyecto idéntico?», *Endnotes 4*.

7. «La composición de la clase aparece así, hoy, no como un polo de atracción dentro de la clase, sino como un problema no resuelto: ¿cómo puede la clase actuar contra el capital, a pesar de sus divisiones? El movimiento de las plazas pudo —por un tiempo— suspender este problema. La virtud de las ocupaciones fue crear un espacio entre una imposible lucha de clases y un tibio populismo, donde los manifestantes pudieron unificarse momentáneamente, a pesar de sus divisiones. Eso supuso un salto cualitativo en la intensidad de la lucha. Pero, al mismo tiempo, significó que cuando los manifestantes se enfrentaron al problema de la composición se encontraron con un problema imposible de resolver» («El patrón de espera», *Endnotes 3*).

8. «Espontaneidad, mediación, ruptura», *Endnotes 3*.

carácter esencialmente impredecible de estas luchas, la teoría solo puede producirse *post festum*. Ahora bien, la pregunta por la unidad y por la superación del modo de producción capitalista supone ya un exceso respecto de esa experiencia inmediata; si no, la pregunta por la unidad no tendría fundamento. En el trabajo teórico de Endnotes, la revolución hace las veces de elemento limitante, permitiendo medir hacia dónde enfocar el esfuerzo teórico en el estudio de los ciclos de lucha. El límite de las luchas se da allí donde la revolución —o la unidad— podría surgir o allí donde se desvanece su posibilidad. Por el contrario, pienso que un verdadero límite inmanente de la lucha sería aquel con el que se encontrarían aquellos que luchan y que limita el logro de sus objetivos, si no prefijados, al menos los que definen la solución a sus problemas. Es decir, la pregunta por la composición presupone ya el horizonte de la unidad. A su vez, la unidad, si no es un fin en sí mismo, debe ser el medio para algo más. Si no ¿qué importa, desde un punto de vista revolucionario, que los que luchan estén unidos o no? Incluso en revueltas donde todo es pura pasión, donde el objetivo más elevado es la propia reproducción de la revuelta, si nos atenemos estrictamente a su contenido, los límites solo pueden referirse a aquello que impide su continuidad. Por eso, dejados únicamente a merced de la «fenomenología de la revuelta» que nos propone Endnotes, el comunismo solo se nos puede aparecer con legitimidad en la teoría, pero no en la práctica. «El concepto de comunización traza una orientación hacia las condiciones de posibilidad del comunismo».<sup>9</sup> No obstante, aparecerá como horizonte teórico por encima del contenido real de las luchas, horizonte que asigna límites aquí y allá, cuya correspondencia con la realidad, con la práctica concreta de las luchas, será nula.

9. *Ibid.*



¿Cuales son las causas y objetivos de los ciclos de lucha que suceden a la crisis de 2008? Son luchas contra la corrupción y los recortes; luchas por la democracia. En ellas, los trabajadores «encuentran una base común para la lucha no por medio de la pertenencia de clase que tienen en común, sino más bien como ciudadanos, como participantes en una «democracia real», como el 99%, y así sucesivamente.»<sup>10</sup> La forma política adecuada a este tipo de movimiento es el *frente democrático*, lo que explica el auge del populismo. El sujeto de lucha es el *pueblo*; el enemigo, las *élites*, incluso el globalismo o los inmigrantes; es decir, cualquier «enemigo de la nación». En el seno del pueblo, se encuentran todo tipo de diferencias de clase y también entre fracciones de clase. La unidad de clase entre trabajadores ni siquiera aparece como un objetivo y solo se presenta cuando se mantiene «al nivel de las luchas sectoriales».<sup>11</sup> Paradójicamente, las luchas contemporáneas «continúan siendo las luchas de los trabajadores».<sup>12</sup> Subsumir toda esta diversidad bajo algún concepto como «la multitud» o «el precariado» no soluciona la fragmentación, como reconoce Endnotes. ¿Qué sentido tiene, entonces, preguntarse por la unidad del proletariado partiendo de las revueltas mismas, en cuyo desarrollo la unidad ni se produce ni parece que vaya a producirse?

Si partimos de las luchas explícitas, de las revueltas, es difícil afirmar que en «toda lucha existe una tensión hacia la unidad», que «hay una tensión hacia la ruptura» y que existe una «tendencia hacia las innovaciones en las formas».<sup>13</sup> Mas estas afirmaciones no parecen alejarse mucho de una «teoría general de la revuelta», de la que precisamente Endnotes pretendía distanciarse. En las luchas explícitas, la disgregación existente en el seno del proletariado no tiene por qué conducir hacia

10. «Historia de una separación», *Endnotes 4*.

11. *Ibid.*

12. «Historia de una separación», *Endnotes 4*.

13. «Espontaneidad, mediación, ruptura», *Endnotes 3*.

la unidad; más bien parece ocurrir al contrario. Es indudablemente cierto que toda lucha necesita un grado de unidad, sea organizada o puramente moral, para poder progresar en sus objetivos. Sin embargo, las luchas contemporáneas parecen apuntar al interclasismo de esta unidad —«el pueblo», «la multitud», «el 99%»— o a su constitución como una agregación de multitud de intereses sectoriales de la población. Que la unidad se componga para defender un capitalismo idealizado, más que para alcanzar una sociedad poscapitalista, parece más la regla que la excepción. Por otro lado, muchas veces se observa que, en vez de una tendencia hacia la unidad, el asunto comienza con una unidad postulada en un primer momento en base a un objetivo común —por ejemplo, reducir el desorbitado precio del carburante o evitar una reforma impopular de la Constitución— a la que le sigue una tendencia hacia la disgregación y hacia la conciliación, en vez de una «ruptura». El proletariado acude a la revuelta dividido por una infinidad de razones, división que no es capaz de superar en largos procesos de lucha no explícita, ni mediante luchas explícitas no asimilables a revueltas. Entonces, ¿por qué buscar en estas revueltas<sup>14</sup> la solución al problema de la composición? ¿Por qué iría una revuelta a solucionar en pocos días, semanas o meses lo que un largo proceso más pacífico de organización y lucha no es capaz de solucionar? ¿Por qué no buscar la clave en aquellos períodos en los que no hay revueltas o por qué no buscarla fuera de ellas?

Los artículos de este número no hablan muy a favor de la idea de buscar la composición en las revueltas. En *Brown contra Ferguson*, donde se estudia el desarrollo de las revueltas por

14. «Las esperanzas revolucionarias solo se hallan en las revueltas, que tienden a surgir de un optimismo frustrado. Es decir, las revueltas son consecuencia de una alteración de la vida cotidiana, o a una serie de tales interrupciones, que fracturan el sueño por el cual la humanidad es conducida a creer que el juego amañado de la vida social se resolverá en su favor» («Historia de una separación», *Endnotes 4*).

los asesinatos racistas en Estados Unidos, se lee un panorama en el que se mezclan la radicalidad de los proletarios negros con las condiciones para una cooptación por parte de una clase media negra con estudios y para la que el activismo político se plantea como una opción profesional. La gran dinámica democratista de los movimientos contemporáneos puede leerse en «Reúnenos de entre las naciones». Ahí, se analizan las luchas que ocurrieron en Bosnia y Herzegovina a lo largo de 2014, donde el movimiento, por más que estuviese compuesto en su mayoría por trabajadores, «exigía instituciones más democráticas, menos corrupción, reemplazar un gobierno de sinvergüenzas por uno de expertos», ya que la «consideraban la corrupción como la principal causa de los problemas económicos que afectaban a Bosnia-Herzegovina». <sup>15</sup> En este ciclo de luchas, que recuerda mucho a Grecia y a España, se buscó la unidad por medio de una multiplicidad de demandas, intentando no dejar a nadie fuera, en vez de agrupar la multiplicidad de sectores con demandas diferentes bajo una demanda universal —tipo de demanda que, dicho sea de paso, tampoco hubiese solucionado el asunto. Sin embargo, «seguía siendo una unidad débil, y, a medida que el movimiento decaía, surgían conflictos entre las diversas fracciones en los plenos». <sup>16</sup> Y es que las demandas, por medio de su unificación o por medio de su fusión en una o unas pocas, no pueden solucionar divisiones arraigadas y continuamente reproducidas en el proceso real de vida. Divisiones reproducidas también por medio de la disposición espacial urbanística y de la reorganización de las cadenas productivas, conclusión que es lícito rescatar del artículo *Su propia decoración particular*. En este, al trazar la relación entre capital y espacio, se muestra cómo la descentralización de los barrios de clase y de los centros productivos es uno de los factores que socava las condiciones para el surgimiento

15. «Reúnenos de entre las naciones» *Endnotes 4*.

16. *Ibid.*

del obrero colectivo. Al fin y al cabo, la existencia del obrero colectivo dependía en gran medida de su congregación en masa en un punto espacial, fuese la fábrica, fuese el barrio obrero.

Si se supone que el potencial revolucionario reside en la unidad entre fracciones de la clase de los desposeídos, pero esta unidad no parece ser una tendencia que se manifieste ni que se vaya a dar en las revueltas ni en los ciclos de lucha explícita, es muy probable que para buscarla, si es que puede hallarse, debamos mirar hacia otro lado.

## CLASE Y COMUNIZACIÓN

Visto que partiendo de las luchas contemporáneas no parece atisbarse un horizonte disruptivo con el modo de producción capitalista, por lo menos tendrá que existir como posibilidad latente o como tendencia en alguna parte, al menos si queremos evitar alguna versión voluntarista del comunismo militante. Por voluntarismo entiendo, aquí, la idea de una posición política que se sitúa frente al mundo con una estrategia extraída del estudio histórico del pasado, de recetas teóricas o de maquinaciones filosóficas, y pretende concretarla en el mundo independientemente de su estado y sus tendencias. Forzar las circunstancias a bailar al son de la organización: eso es voluntarismo. Ni Endnotes ni Théorie Communiste ni los teóricos de la comunización en general se adscriben a esta visión de la acción revolucionaria.

Para estos, existe un componente de invariabilidad en la sociedad capitalista que nos exige pensar una teoría comunista y que justifica la realidad de la emancipación, pero a esta invariabilidad le acompaña el desarrollo histórico del capitalismo, que es el que marca las posibilidades, los horizontes y las perspectivas concretas de la lucha por el comunismo.

En lo fundamental, la visión de Théorie Communiste (TC) queda planteada de este modo: trabajo y capital son dos polos de la relación de clase capitalista; entre ambos polos existe una relación de dependencia y reproducción mutua, de tal modo que uno no puede comprenderse sin el otro; si la emancipación se asume como la afirmación de uno de ambos polos, en este caso el polo del trabajo, el proceso de emancipación encuentra en sí los elementos para la contrarrevolución, ya que la afirmación de uno de esos polos implica necesariamente la reproducción del otro polo, el capital.

Una revolución planteada como la afirmación de la clase obrera debe inevitablemente reproducir el capital. Este es el argumento de TC, que pasa apenas sin crítica al corpus teórico de Endnotes<sup>17</sup> y que goza de cierta popularidad entre algunos de los pensadores comunistas heterodoxos y de izquierda. De este silogismo general, también conocido como la «antinomía de la lucha de clases», se derivan varias conclusiones que aparecen a menudo en las teorías de la comunización. Por ejemplo, la famosa tesis que TC formula en su crítica al paradigma de la autonomía,<sup>18</sup> tesis que reza que el primer acto revolucionario es la autoorganización y que el resto irán en contra de ella. El problema con esta visión se debe a un exceso de formalismo, a un pecado de abstracción. Podría decirse incluso que es una triquiñuela

17. «Si la superación de la relación de clase capitalista sobre la base de la simple victoria de uno de sus polos es imposible (puesto que cada polo no es nada sin el otro) entonces cabe decir que las revoluciones del siglo XX, en la medida en que su contenido fue la afirmación de la clase obrera *en tanto clase obrera*, plantearon una superación *imposible* de la relación de clase capitalista. Por el contrario, la revolución como comunización aparece solo en la lucha cuyo horizonte inmanente es portador de *la no-reproducción directa de la relación de clase*» («Crisis de la relación de clase», *Endnotes 2*).

18. Théorie Communiste, *La autoorganización es el primer acto de la revolución, los siguientes irán en contra suya* (Ed. Extáticas, 2020).

metafísica para dar una respuesta abstracta y universal a cuestiones que en lo concreto no solo son más complejas, sino diferentes. Si dejamos de lado el *contenido* de la relación y de sus polos, nos desentendemos de su *dinámica* propia y nos abstraemos de otros aspectos más concretos de su naturaleza, de cualquier relación en la que ambos aspectos o polos se encuentren en una situación de dependencia y reproducción mutua se podría concluir que no pueden comprenderse uno sin el otro y que la afirmación de uno implica la afirmación del otro. Podríamos cambiar trabajo y capital por cualesquiera otros conceptos que se encuentren en una relación de ese tipo y nos encontraríamos con el mismo resultado. Ahora bien, si no queremos pensar mediante la lógica de la apariencia, cuya crítica es condición necesaria para la teoría revolucionaria, entonces debemos concender validez a estas relaciones abstractas únicamente en tanto articulen la lógica de conocimientos concretos. De no ser así, al partir desde una posición tan *formalista*, solo se puede llegar a la adopción de posiciones incómodas. Una de estas posiciones se expresa en muchas variantes, pero todas se reducen a un determinante común: la revolución no se sigue de la necesidad interna del modo de producción capitalista, sino que se deriva a partir de los parámetros de una conciencia que se ha situado por encima o al margen del mundo. Sorprendentemente, esta primera posición es más común de lo que parece, pero no es la que sostiene Endnotes, como puede comprobarse si se estudia su postura crítica hacia el romanticismo de Camatte, hacia el comunismo de Agamben y hacia diferentes vanguardismos. La segunda posición no puede explicar ni la emancipación ni su posibilidad, por mucho que crea hacerlo; hace del comunismo algo ininteligible, porque o bien no hila las tendencias comunistas existentes en el desarrollo de la formación capitalista con su resolución positiva en una sociedad comunista —caso de TC; o bien diagnostica unas tendencias que solo permiten aceptar la *posibilidad* de un

mundo en el que no reine la producción orientada al beneficio y a buscar en las luchas el momento en el que los proletarios —o los «manifestantes»— cobren conciencia de esa posibilidad y produzcan una ruptura —este es el caso de Endnotes; en consecuencia, se resisten a admitir un contenido positivo de la emancipación.

El horizonte comunista de las experiencias del periodo del movimiento obrero está vertebrado por el fenómeno del *trabajo social*. El modo de producción capitalista no solo desarrolla sin precedentes el reino técnico de las fuerzas productivas, sino que también desarrolla el conjunto de relaciones sociales que permiten —o al menos permitían— vislumbrar la *emancipación contenida en este desarrollo*. En el proceso de vida dentro de la sociedad capitalista se da una tensión entre el carácter cada vez más social de la producción y su apropiación privada. Los trabajadores cooperan en la producción, adquieren las capacidades para administrar y participar en los procesos de trabajo y administración de las cosas, se liberan de dependencias personales, desarrollan la productividad del trabajo reduciendo el tiempo que habría que dedicar al «reino de la necesidad», hacen de la explotación del trabajo y de la opresión por cuestión de nacionalidad, raza o género una cuestión cada vez más superflua *a nivel histórico* y producen una infinidad de tendencias más que de ser desarrolladas entran en contradicción abierta con las relaciones de apropiación privada y derivadas que resultan del modo de producción capitalista. La emancipación como *libertad positiva*, como la capacidad de hacer valer la individualidad del ser humano, se hace *inteligible* y *posible* solo en la medida en que estas tendencias existen. Ahora bien, estas tendencias, que podríamos llamar *comunistas*, se desarrollan a costa de otras, por las que tanto trabajadores como capitalistas quedan sujetos a un dominio de las cosas sobre las personas, a una coacción muda y, en general, a un conjunto de constricciones materiales y formas de conciencia que

socavan continuamente el desarrollo pleno de las potencias comunistas que se encuentran en el movimiento del conjunto de la sociedad capitalista. En ningún lugar está mejor descrita esta doble alma del capitalismo que en *El Capital*, donde se estudia la ley interna del modo de producción capitalista como una totalidad que encuentra como uno de sus momentos su propia negación. El comunismo es posible y pensable solo en este sentido.

Es común citar que el comunismo es el «movimiento real que anula y supera el estado de cosas actual», como si, aquí, «movimiento real» significase que el comunismo es un movimiento práctico organizado. Sin ánimo de desdeñar la necesidad de una práctica organizada, lo que esta idea reivindica es que el capitalismo produce las condiciones y las tendencias que trabajan por su abolición: produce su propio sepulcero. Es por eso que la emancipación no se justifica porque las fuerzas productivas se hayan desarrollado mucho, porque vivamos guerras o porque el capitalismo devore la naturaleza. Esto solo nos permite afirmar que el capitalismo es indeseable, posiblemente injusto, seguramente insoportable, pero en ningún caso justifica que el modo de producción capitalista *pueda* abolirse. La posibilidad de su abolición tampoco puede encontrarse en la mera crítica al ahistoricismo que domina en la ideología burguesa; es decir, que demostrar que el capitalismo no es eterno, que han existido otras formaciones sociales regidas por lógicas radicalmente distintas a las actuales, si bien es uno de los pilares de la crítica revolucionaria —de nuevo, *El Capital* de Marx es paradigmático en este sentido—, no es suficiente para justificar sobre bases sólidas la emancipación, porque de constatar que *el capitalismo es algo que ha devenido*, no se deduce que *el capitalismo pueda o vaya a devenir en otra cosa*. La emancipación quedaba postulada, al menos para el socialismo científico, sus seguidores e incluso muchos de sus detractores, como el desarrollo de la tendencia de la socialización del trabajo hasta



su transformación en una sociedad de productores libres y asociados. Aunque cada doctrina lo expresase a su manera, este era el *contenido positivo* del comunismo y el horizonte de la revolución comunista. Variaban los medios, las tácticas y las estrategias, e incluso la formulación del problema; pero, en general, las expresiones revolucionarias del movimiento obrero se orientaban hacia una sociedad basada en la libre cooperación, sin dominación, donde nadie se apropiaría del trabajo ajeno, en la que la sociedad decidiría qué producir y cómo administrarse y donde la propiedad privada quedaría abolida. Bajo este paradigma y con muchos matices, la afirmación del proletariado —como partido, como confederación, como sistema de consejos o como fuese— se concebía como un momento de su abolición.

Los teóricos de la comunización estarán de acuerdo con que esta era la perspectiva de hace un siglo, exceptuando tal vez la afirmación de un contenido positivo del comunismo en autores como Marx. Para TC y Endnotes, esta perspectiva del comunismo como un programa a realizar, queda catalogada como *programatismo*. A su vez, este sería el horizonte emancipatorio del periodo del «viejo movimiento obrero» y no un horizonte comunista invariable. La idea central en su pensamiento es que aquel horizonte habría quedado agotado hace tiempo.

Además, como hemos visto, TC y sus seguidores ven un problema en esta perspectiva, porque la afirmación del proletariado como clase implicaría necesariamente la afirmación del capital como clase. Al fin y al cabo, una clase no puede existir sin que al menos exista otra, y lo que da la función de clase dominante a una es lo que le da su función de clase dominada a la otra. Esto es evidente. Lo que es una trampa sofista, un juego discursivo, es sostener que la afirmación del proletariado y de una identidad<sup>19</sup> que le acompañe im-

19. ¿Puede existir un sujeto colectivo, más aún en un contexto de

plica necesariamente su afirmación como clase y, por tanto, la afirmación del capital. TC defiende que esa perspectiva consiste en «la afirmación del proletariado como clase dominante mediante la emancipación del trabajo y su afirmación como organización de la sociedad», afirmación que supone «formalizar lo que somos en la sociedad actual como base de la nueva sociedad a construir en tanto emancipación de lo que somos» y concluye que la «autoorganización es la lucha autoorganizada más su prolongación necesaria, la autoorganización de los productores; en una palabra, el trabajo emancipado; en otra, el valor».<sup>20</sup> Esto, tarde o temprano, solo puede producir la contrarrevolución:

al autoorganizarse el proletariado rompe con su situación anterior, pero si esa ruptura no es más que su “liberación”, la reorganización de lo que es, de su actividad, sin el capital, y no la destrucción de su situación anterior, o sea, si permanece autoorganizado, si no supera esta fase, su derrota está asegurada.<sup>21</sup>

Es evidente que la autoorganización deberá ir transformándose en la medida en que cambien sus tareas. El ejemplo más claro es el de un sindicato, que pierde su sentido en un contexto donde ya no existe el salario. De este, como mucho, podría quedar su asamblea o algún comité, si es que

lucha, sin que produzca una determinada identidad colectiva? Ni siquiera una revolución entendida como comunización puede ser llevada a cabo por singularidades. En todo caso, el problema existe cuando el contenido de esa identidad y las formas culturales que produce excluyen a individuos que deberían pertenecer a esa comunidad; es decir, cuando el colectivo y la identidad que debería representarlo solo representa a una de sus partes y, por tanto, se constituye como identidad *ideológica*. Es en la posibilidad de esa disonancia donde radica el problema.

20. *Ibid.*

21. *Ibid.*

cumplen una función necesaria para la sociedad; pero en ningún modo serán ya parte de un sindicato propiamente dicho. TC sabe esto y desarrolla un largo argumentario para simplemente decir que el proletariado organizado tendrá que luchar contra aquello que lo determina como clase. Y con esto cree decirnos algo nuevo. Bajo la perspectiva de TC, queda desfigurada la relación entre forma económica y contenido material, haciendo de una forma social específica del producto del trabajo algo necesariamente aparejado a la producción social en general. Las condiciones sociales bajo las cuales el producto del trabajo toma la forma del valor de las mercancías dejan de ser objeto de ciencia y la *Crítica de la Economía Política* se sustituye por una paráfrasis o Analítica del concepto de «valor» o de «trabajo». Como aquí se quiere partir de conceptos y operar con ellos, incurriendo, además, en la imprecisión ya señalada, el comunismo solo puede llegar a pensarse como pura contingencia, como una ruptura sin continuidad. Lo que parece un argumento afilado contra el programatismo, en realidad es un mero juego de palabras. ¿Qué es para el proletariado «la reorganización de lo que es, de su actividad, sin el capital» sino «la destrucción de su situación anterior»?

La existencia de un sector de la sociedad al que, en virtud de su posición en la división social del trabajo, se le *puede* presentar la forma económica capitalista como una forma cada vez más caduca a nivel histórico es la que hace del proletariado una clase que puede establecer una relación positiva entre su lucha y la emancipación. Pero no solo por esta posibilidad de cobrar conciencia, sino más importante aún, porque la afirmación del trabajo, es decir, la extensión de la condición del trabajador a todos los miembros de la sociedad, coincide inmediatamente con la abolición del sistema de trabajo asalariado y de las bases sobre las que descansa toda distinción de clase, porque es una posición inmediatamente universalizable sin perjuicio de nadie excepto de los

explotadores y de aquellos que viven del trabajo ajeno. De ahí que la vieja fórmula agitativa que señalaba a los capitalistas como parásitos no esté del todo mal encaminada, aunque evidentemente se quede coja. La que sí está mal encaminada es la crítica al contenido teórico expresado por este recurso agitativo, cuando se reduce a su postura más infantil. Efectivamente, si sustituimos a los capitalistas por otros sujetos que asuman las funciones del capital, que lo personifiquen, sean los funcionarios estatales o los socios cooperativistas, está claro que los capitalistas señalados como parásitos no eran el problema, pero sigue siéndolo quien personifique esa función, es decir, los capitalistas bajo otra forma, función necesaria en la medida en que existan productores privados e independientes regulando la producción a través del mecanismo del mercado. Se comprende incluso que si queremos razonar a niveles abstractos, la afirmación de la clase trabajadora en el sentido en el que lo ha defendido siempre la doctrina comunista es incompatible con la existencia del capital como su correlato necesario, porque, *aquí*, la *afirmación viene acompañada por la extensión, haciendo de las determinaciones de un aspecto las determinaciones del todo de la relación y, en la misma medida, negando la propia relación y lo que esta pone en sus «polos»*. Sin la dinámica de la relación, que no es un problema escolástico, sino práctico, y que por ello se sitúa a un nivel más concreto, solo nos queda su reproducción *ad infinitum* y su carácter irresoluble, a no ser que a través de una *brecha* emerge una ruptura como *deus ex machina*.

Si en esta clase solo se encerrase pura negatividad, el comunismo sería un horizonte *arbitrario*, basado en meras posibilidades. Es así que el primer acto de la revolución comunista es la autoorganización, *pero los siguientes no pueden ir en contra de ella*, sino a lo sumo en contra de sus formas caducas, como hemos visto en el caso del sindicato, formas que se harán supérfluas en tanto se transformen las relaciones de

producción. La asociación del proletariado en su lucha contra el capital —que implica movimiento, proceso y, consecuentemente, cambio y adaptación en las formas— es la base sobre la que se construye la sociedad comunista, la sociedad de productores libres y asociados, porque *es esta misma asociación la que hace del capitalismo algo supérfluo y otorga al comunismo su actualidad*. No es la autoorganización del proletariado la que produce necesariamente como polo opuesto al capital, sino la incapacidad de esta autoorganización de extenderse e intensificarse, por un lado, y de revolucionar la forma en la que se produce y se vive acorde con esa extensión e intensificación. Fue precisamente la debilidad de estos dos factores lo que produjo, *grosso modo*, la derrota de las revoluciones del siglo XX.<sup>22</sup>

Con todo, la autoorganización del proletariado no es un mero recurso logístico temporal mediante el que aplicar medidas para abolir el capitalismo; no es un capricho. En las teorías sobre la comunización, se habla frecuentemente de una unidad colectiva sin especificar<sup>23</sup> que aplica medi-

22. Vale la pena prestar atención a que en «el transcurso del siglo XX, las revoluciones socialistas no surgieron donde se había logrado la plena florescencia de las formas sociales capitalistas. Surgieron, por el contrario, donde esas relaciones solo se habían difundido recientemente» («Historia de una separación», *Endnotes 4*). Aquellas revoluciones ocurrieron en contextos donde las relaciones capitalistas eran aún débiles y, siguiendo la tesis de Endotes, no habían desarrollado sus tendencias atomizadoras. Pero también cabe notar que la clase trabajadora no era mayoritaria y su desarrollo a nivel mundial era bastante débil, por lo que el trabajo asociado sobre el que sostenía la posibilidad del comunismo tuvo que ser un proyecto político de ingeniería estatal.

23. El contenido de esta unidad suele ser variable en los trabajos de Endnotes. A veces es el proletariado y otras los manifestantes, donde este último grupo se compone de estratos sociales de lo más diversos. Como la composición es una teoría originalmente orientada a la clase y como son comunistas, de algún modo siempre se ven obligados a

das como la extensión de la gratuidad, como si cualquier unidad colectiva pudiese producir comunismo. Quedan, así, abiertas las puertas a una disociación no analítica entre un elemento «subjetivo» y otro «objetivo», que es lo mismo que abrir las puertas al voluntarismo; aquello de lo que la corriente de la comunización quería escapar. Las condiciones de posibilidad del comunismo por un lado, la conciencia de ellas por otro, y de lo que se trataría es de que esta se organice para apropiarse aquellas, aunque sea de forma crítica. Pero como hemos visto que la corriente de la comunización siente aversión hacia la *práctica prefigurativa organizada*, este voluntarismo solo se expresa en la teoría, por lo que no es incoherente con una crítica al voluntarismo práctico.

En la visión de los teóricos de la comunización, coherentemente con las ideas anteriores, queda borrada cualquier posibilidad de intelección de un contenido positivo del comunismo y, sin embargo, aunque se oponen al programatismo, en la práctica se ven obligados a operar con una especie de programa. Todas las medidas inmediatas de la comunización presuponen ya un contenido positivo: las medidas son lo que se elimina o se aplica para llegar a ese contenido o meta positiva. El comunismo de la comunización se refiere a la abolición inmediata<sup>24</sup> del valor, la mercancía, el Estado... y

volver al proletariado, aunque sea en calidad de superpoblación o aunque parezca que a menudo esto lo hagan a su pesar.

24. Cuando las teorías de la comunización hablan de *abolición inmediata*, suelen producir carcajadas entre lectores poco atentos o con pocas ganas de aprender. A lo que se refieren no es a que estas categorías quedarán abolidas de un día para otro, sino a que ya no hay lugar para el planteamiento de fases intermedias como capitalismo de Estado, revoluciones democráticas y, en resumen, fases de preparación para la abolición del capitalismo. Inmediatez significa, aquí, que las tareas comunizadoras son desde un primer momento las que atañen a trabajar directamente por la abolición de la producción mercantil y del Estado, en vez de dejar el asunto para un futuro incierto.

acciones como la extensión de la gratuidad, etc. Ahora bien, estas medidas no pueden llevarse a cabo *por sí mismas*, sino solo en tanto se sustituyen por una nueva forma de producir, forma que no puede ser arbitrariamente postulada. Pueden presentarlas como medidas negativas<sup>25</sup> solo en la medida en que no son consecuentes en su reflexión acerca de *por qué esas medidas y no otras*.<sup>26</sup> Y es que, paradójicamente, todas estas medidas son abstraídas del contexto en el que nacieron y tenían sentido, precisamente aquel del programatismo, para ser aplicadas en una situación donde se supone que su perspectiva ha desaparecido. Por ejemplo, la medida por excelencia del programatismo, la expropiación de los medios de producción por los trabajadores —*id est*, su afirmación—, era una medida necesaria, aunque insuficiente, para la abolición de la producción mercantil. Si abstraemos la abolición de la forma mercancía de su medida *positiva*, la primera pierde todo fundamento. Las medidas del programatismo aparecen *invertidas* en la perspectiva de la comunización; son *el mismo horizonte patas arriba*. Esta es la inversión que atraviesa esta nueva perspectiva, formulada en el contexto de agotamiento de la época del programatismo. Queda por ver cuáles son las diferencias entre esta nueva época y la del movimiento obrero.

25. «¿Qué es el capitalismo y, por ende, qué es lo que tendría que abolir un movimiento comunista para que el capitalismo deje de existir?» («Espontaneidad, mediación, ruptura», *Endnotes 3*).

26. Podría argumentarse, por ejemplo, que el Estado es algo a abolir porque cumple una función opresiva dentro de la sociedad actual y ahorrarse el tener que formular una forma de sociedad positiva. La cuestión es que el Estado es algo a abolir, no solo porque cumpla una función opresiva, sino en todo caso porque *puede* sustituirse por una mejor organización de la sociedad. Lo mismo ocurre con la producción de mercancías: si no pudiese ser sustituida por otro modo de producción, no sería algo *posible* de abolir, por mucho que sostuviese un sistema de explotación.

## RELACIÓN DE CLASE Y COMUNISMO

[Si] se abandonara la concepción del proletariado como fuerza motriz de la revolución social venidera, entonces tendría que admitir que estaría acabado, que mi vida ya no tendría sentido.

— Karl Kautsky<sup>27</sup>

Que exista una tendencia a la socialización del trabajo, sin embargo, no implica la existencia de una tendencia hacia la unidad de los trabajadores en torno a sus intereses, a la asociación de los trabajadores. No deben confundirse ambas ideas. Lo interesante en Endnotes es la tesis que afirma que la comunización es el horizonte de las luchas hoy en día porque ya no puede concebirse como la extensión de la asociación de trabajadores o de la afirmación de la clase. Esta es la idea que hay que rescatar del estudio histórico que se hace en *Historia de una separación*, trabajo central en este número. En este repaso de la historia del movimiento obrero (1883-1982), se señalan los fundamentos sobre los que se sostenía su ascenso, principalmente basado en un contexto donde «el sistema fabril» constituía «el núcleo de una nueva sociedad en formación», así como su caída, debida al progresivo desmantelamiento de este motor. Las transformaciones acaecidas en la sociedad capitalista transformaron a su vez las perspectivas de una tendencia a la asociación en su contrario, demostrándose que era «esta característica de atomización del nuevo mundo y no los aspectos cooperativos del trabajo en la fábrica la que resultaría dominante».<sup>28</sup>

A history of separation es un balance con un enfoque consecuentemente crítico, porque en vez de asumir a priori que se van a rescatar estrategias o tácticas provechosas para el presente o en vez de buscar identificar leyes, aciertos, errores

27. KARL KAUTSKY, *Carta a Bernstein del 30 de agosto de 1987*.

28. «Historia de una separación», *Endnotes* 4.



o traiciones, lo que se pretende es explicar el contexto donde aquellas estrategias y tácticas tenían sentido, si ha desaparecido y cuáles son actualmente las condiciones que posibilitan el comunismo, si es que las hay. Mientras que muchas organizaciones comunistas basan sus líneas de acción sobre las mismas premisas que las del auge del movimiento obrero y otras tantas organizaciones, aun reconociendo este declive, intentan aplicar las mismas tácticas para resucitar lo que ya está muerto, Endnotes impugna este procedimiento.<sup>29</sup> Además, frente a la habitual tendencia a relatar la historia del movimiento obrero a través de las instituciones que generó —partidos, internacionales, confederaciones, sindicatos, etc.— y de los debates que en ellas se dieron, el colectivo pone éstas en relación con las variaciones en el modo de producción, el desarrollo de la relación de clase y su composición, las crisis, la división internacional del trabajo, el peso de los sectores productivos, etc. Es decir, no construye un relato a partir de una relación de lucha inmediata donde movimiento obrero y capital son contendientes que vencen o son derrotados, sino que traslada el punto de vista a las dinámicas sociales globales donde se sitúan las posibilidades y fundamentos para la fortaleza o debilidad de uno y de otro.<sup>30</sup> Con todo lo anterior, puede entenderse ahora la orientación fundamental que está en la base de este y de el resto de trabajos de Endnotes, que es la que investiga las diferencias

29. «Los pensadores estratégicos de la actualidad intentan entonces con urgencia inventar nuevas organizaciones de este tipo. —lugares para habitar y compartir—, o tratan de revivir las del pasado —sindicatos, partidos, cooperativas—» («Historia de una separación», *Endnotes* 4.).

30. «no eran ni la ideología burguesa ni la mediación de las organizaciones de los trabajadores las que tenían principalmente la culpa del fracaso en la generalización de una conciencia revolucionaria. Cuanto más las vidas de los trabajadores se veían imbricadas en las relaciones de mercado, tanto más eran reducidos a observadores atomizados de su propia explotación» («Historia de una separación», *Endnotes* 4.).

entre la época del programatismo y la de la comunización. El programatismo era la perspectiva comunista en unas condiciones donde la tendencia al trabajo social llevaba aparejada la tendencia a la unidad de clase de los trabajadores<sup>31</sup>, en la que se vislumbraba una correlación directa entre la afirmación de la clase como representante del trabajo asociado y la abolición del sistema de trabajo asalariado.

El desarrollo de las relaciones sociales capitalistas se concebía acompañado de una cada vez mayor conciencia de los trabajadores como aquellos que realmente levantaban el mundo sobre sus hombros, por lo que podían permitirse trazar una ruta que consistiera en tomar el poder político y expropiar a los capitalistas. Sin embargo, lo que el desarrollo capitalista pareció traer consigo no era una mayor conciencia de clase de los trabajadores, sino una mayor integración de estos en el modo de vida capitalista y, lo que es más grave, especialmente a través de aquellas instituciones que representaban su organización como clase. Esta integración vino acompañada de una cada vez mayor atomización que a la larga desembocaría en la muerte del movimiento obrero.

Por si fuera poco, un posible resurgir del movimiento obrero quedaría finalmente sellado por factores como el declive de la industria y la reorganización productiva a nivel mundial, pero sobre todo por la cada vez más notable tendencia a la superpoblación, tesis que constituye el caballo de batalla de Endnotes. En las condiciones sociales capitalistas, cada vez más personas son reducidas a trabajadores. Esto se expresa

31. «La segunda falacia es que el desarrollo del capitalismo tiende a unificar a los trabajadores. Tal mezcla tuvo consecuencias ambivalentes. La mayoría de estas divisiones demostraron ser obstáculos para organizarse sobre la base de la solidaridad de clase. Sin embargo, algunas formas preexistentes de colectividad demostraron ser sus propias fuentes de solidaridad, un impulso a la acción directa de masas» («Historia de una separación», *Endnotes 4.*).

en términos de proletarización absoluta y relativa. Absolutamente, en la medida en que desaparecen el campesinado y otras clases anacrónicas, viéndose empujadas a la condición proletaria. Relativamente, en la medida en que una proporción cada vez mayor de la población ya inserta en la relaciones sociales capitalistas tiende a empobrecerse, arruinarse y depender cada vez más de la venta de su fuerza de trabajo. Ahora bien, en tanto que los trabajadores ponen en movimiento su fuerza de trabajo, la acumulación de capital aumenta la productividad del trabajo y hace de este cada vez más superfluo. La reducción del trabajo necesario produce un aumento relativo de la superfluidad de la capacidad de trabajo y esto se expresa en una creciente población superflua, absolutamente redundante. Esta superpoblación no aparece inmediatamente ni necesariamente como un ejército de parados, sino que se expresa a través de formas de subempleo, empleo informal, trabajo esporádico, dependencia de subsidios, peores condiciones laborales y de salario, etc. La postura de Endnotes sobre la importancia y el impacto de estas tendencias están bien expuestas en *Miseria y deuda* y en *Crisis de la relación de clase*, donde afirman, con Marx, que el aumento de la población superflua es la ley general absoluta de la acumulación capitalista:

Bajo estas condiciones cambiantes, el horizonte de la relación de clase y las luchas en las que dicho horizonte aparece inevitablemente han de cambiar. En este contexto, los viejos proyectos de un movimiento obrero programático se vuelven obsoletos: su mundo era el de una fuerza de trabajo industrial en expansión en el que el salario aparecía como el eslabón fundamental de la cadena de la reproducción social, en el centro del *doblo molinete* donde capital y proletariado se encuentran, y en el que cierto carácter recíproco de las reivindicaciones salariales —un «si queréis esto de mí, yo os exijo esto»— podía dominar el horizonte de la lucha de clases. Ahora bien, como consecuencia del crecimiento de

las poblaciones excedentes, es esta misma reciprocidad la que queda en entredicho, y la forma-salario pierde centralidad como *locus* de la impugnación. Tendencialmente, el proletariado no se enfrenta al capital en el centro del doble molinete, sino que se relaciona con él como una fuerza cada vez más externa, a la vez que el capital se topa con sus propios problemas de valorización.<sup>32</sup>

A medida que se desarrolla la producción capitalista, en vez de constatar un mayor desarrollo del obrero colectivo y de su conciencia de clase, lo que se ha visto ha sido lo contrario, por lo que ya no parece «posible creer en el trabajador colectivo como la verdad oculta de las relaciones sociales capitalistas».<sup>33</sup> Según el diagnóstico de Endnotes, en tanto que la pertenencia a una clase es precisamente lo que divide a los proletarios y en tanto que la forma del salario como punto de confrontación entre proletariado y capital pierde cada vez más centralidad, ya no hay lugar para apelar a la noción de conciencia de clase. En cambio, lo que parece reunir a los trabajadores son esas comunidades de las que se ha hablado anteriormente: el pueblo, el 99%, la democracia real, etc. Cuando los trabajadores se enfrentan bajo este tipo de comunidades de lucha a las élites, al 1%, a los corruptos, a los banqueros, al calentamiento global y a nociones parecidas, si bien no actúan como clase ni inmediatamente contra la clase capitalista, desarrollan un momento de crítica hacia el capitalismo. Teniendo en cuenta que para Endnotes y TC el horizonte comunista varía con cada ciclo de lucha, «el horizonte comunista del presente puede anunciarse, no en una creciente conciencia de clase, sino más bien, en una creciente conciencia del capital».<sup>34</sup> Lo que esto significa es que en el presente ya no puede esperarse que la conciencia revolucionaria venga dada como el reconocimiento de las

32. «Crisis de la relación de clase», *Endnotes 2* pp. 22-3.

33. «Historia de una separación», *Endnotes 4*.

34. *Ibid.*

potencias emancipatorias que encerraría el trabajador colectivo, sino que, en cambio, cabe esperar que se desarrolle como una conciencia contra el capital y, por tanto, contra la propia pertenencia a una clase. Los proletarios se harán conscientes de la necesidad de la revolución no por lo que ellos podrían llegar a ser, sino por comprender que el capital es la causa de una infinidad de problemas. La afirmación del proletariado, para Endnotes, ya no puede ser un momento de la emancipación: «la revolución como comunización aparece solo en la lucha cuyo horizonte inmanente es portador de la no-reproducción directa de la relación de clase».<sup>35</sup>

Es difícil rechazar de plano todas las conclusiones que ofrece Endnotes, ya que las tendencias que señala, la tesis sobre la disolución del movimiento obrero y la descripción lógica que guía las luchas que se dan hoy en día, tienen muchos momentos de verdad. No obstante, la conclusión que, partiendo del mismo enfoque, se saca consecuentemente de un diagnóstico como el descrito hasta ahora, no puede ser, en rigor, la existencia de un horizonte comunista diferente, sino muy al contrario, la incapacidad de establecer horizonte concreto alguno. Comunismo no es cualquier tipo de sociedad que venga a sustituir al capitalismo, ni la asociación de los trabajadores es una de tantas unidades colectivas que podrían aplicar medidas comunistas. La sociedad sin clases que nazca de las entrañas del capitalismo solo puede ser concebida y postulada como una sociedad de producción asociada, pues es esta la formación social superior que se sigue necesariamente del desarrollo del modo de producción actual y el que estrictamente se deriva de su crítica inmanente. Dan igual las vueltas teóricas que se den en este sentido, ya que siempre se acaba reconociendo esto<sup>36</sup>. La abolición del

35. «Crisis de la relación de clase», *Endnotes 2*.

36. PHIL A. NEEL y NICK CHAVEZ, *Forest and Factory* [disponible en castellano en: <https://contracultura.cc/2023/12/30/bosque-y-fabrica-la-ciencia-y-la-ficcion-del-comunismo/>]. En este ensayo se refleja

capitalismo sobre su propia base solo puede pensarse de esa manera; la abolición de la producción mercantil y del Estado no son decisiones inmediatas que se puedan tomar, sino que deben ser sustituidas por formas positivas de organización social y solo en la medida en que sean sustituidas podrán ser abolidas. Esta formación social positiva solo se deduce de la materialización de la tendencia a la socialización del trabajo, que es la única que puede hacer inteligible el comunismo como abolición de todas estas formas e instituciones capitalistas, tendencia que solo puede ser expresada políticamente a través de la autoorganización de los trabajadores. Si esta perspectiva desaparece, las medidas negativas de la comunización que, como hemos visto, no son medidas, sino resultados, pierden toda su razón de ser; si debido a las condiciones actuales, la asociación de los trabajadores y su conciencia de clase es imposible, el comunismo se torna igualmente imposible, lo que en este contexto quiere decir que no hay fundamento racional para afirmar que se pueda lograr.

No defiendo, por cierto, que una eventual superación del modo de producción capitalista vaya a ser necesariamente así, sino que el resto de escenarios son posibilidades abstractas, al mismo nivel que un retorno al feudalismo: simplemente pueden imaginarse. Si, por ejemplo, la batalla final contra el capitalismo se da bajo la forma de una lucha contra la catástrofe ecológica, esta solo podrá desembocar en el comunismo si los trabajadores cobran conciencia de su condición de clase y de las potencias desarrolladas del trabajo social. De lo contrario, a lo sumo nos podremos permitir hablar de poscapitalismo, pero su posibilidad y su contenido será por fuerza arbitrario o ininteligible; ya no objeto de ciencia, sino de fe; la forma que tendrá esa sociedad poscapitalista

bien la tendencia a desligar las consecuencias prácticas de los fines que se proyectan en ejercicios de prefiguración del comunismo: se describe el futuro del programatismo, pero no se quiere pensar con él.

no tendrá por qué consistir en una sociedad sin clases o en una sociedad donde queden abolidas las categorías capitalistas; no podremos pensar cómo será esa sociedad, ni siquiera decir con criterio que vaya a haber otra forma de sociedad. Bajo estos parámetros, la comunización, si es algún tipo de comunismo, es por ello un postulado arbitrario<sup>37</sup>. Si hubiese que atenerse a las luchas tal y como son *hic et nunc*, habría que concluir que el horizonte emancipatorio es la sociedad burguesa idealizada, sin contaminantes como la corrupción, la avaricia, las guerras o las crisis, que es a lo que apuntan la mayoría de las luchas. La comunización no es el horizonte inmanente de las luchas del presente, sino una proyección teórica: aquello que las luchas podrían llegar a ser, pero sin poder razonar que tiendan a serlo.

El mundo que experimentamos actualmente está marcado por tendencias que pueden leerse en Endnotes y esto es lo que hace de la revista algo que cualquier comunista con los pies en la tierra debería estudiar. La acentuación de fenómenos como la progresiva superfluidad que representa el trabajo vivo para el capital, la desindustrialización, el estancamiento secular de la producción, la creciente proletarización, el crecimiento del proletariado informal y otras tantas tendencias son las que marcan la dinámica global desde hace varias décadas. En este contexto, las condiciones que en un momento produjeron la integración de amplios sectores de trabajadores en el modo de vida capitalista parecen estar ahora resquebrajándose. Todos aquellos factores son los que pueden producir la actualidad de la revolución, pero en la misma medida, por su propia naturaleza y paradójicamente,

37. Cuando un postulado es arbitrario, normalmente es acompañado por tautologías como esta: «Al final, las tácticas comunizadoras resultarán ser las que finalmente destruyan el vínculo entre encontrar trabajo y sobrevivir.» («Espontaneidad, mediación, ruptura», *Endnotes 3.. Es decir*: al final las medidas comunizadoras serán las que produzcan comunismo.

dificultan el surgimiento de un proletariado asociado, única forma sobre la que puede pensarse el comunismo. Cuando es difícil pensar el comunismo de forma positiva o como potencia implícita en el desarrollo de la sociedad, es lógico que se desarrollen teorías como la de la comunización, basadas principalmente en la propuesta de medidas negativas y en el énfasis en la ruptura. Pero esa existencia solo estará reservada a la teoría, mientras no pueda demostrarse que, efectivamente, la comunización aparece como horizonte inmanente y real de las luchas, en vez de constituir un horizonte trascendente. La virtud de Endnotes reside en que primero investiga y luego deduce. Sin embargo, a mi juicio, su principal error reside en que deduce un horizonte comunista, comunizador, de donde no puede racionalmente deducirse.

Una cosa es que bajo las condiciones actuales el comunismo sea imposible —improbable tal vez sea un adjetivo más humilde y amigable— y otra cosa muy diferente es que vaya a seguir siéndolo. Cuando Lukács hablaba de la actualidad de la revolución, se refería a esta posibilidad concreta del comunismo: «ni Lenin ni Marx se han representado nunca la actualidad de la revolución proletaria y sus objetivos finales como si fuera posible realizarla en cualquier forma y en cualquier momento»<sup>38</sup>. Mientras siga existiendo la sociedad capitalista, existirán las condiciones materiales para una formación social superior, pero si la revolución no goza de actualidad, la sociedad sin clases solo representará «un horizonte de la historia universal que se eleva por encima de la clase obrera».<sup>39</sup>

Qué hacer ante este panorama es difícil de determinar. Por eso cualquier propuesta revolucionaria se nos aparece constantemente como una veleidad. La organización comunista, en este contexto, puede ser una gran base de apoyo para

38. GYÖRGY LUKÁCS, *Lenin: La coherencia de su pensamiento*.

39. *Ibid.*



la rearticulación de la actualidad de la revolución, pero es difícil que vaya a ser la fuerza fundamental que la rearticule, lo que obliga a prestar atención a las transformaciones de las dinámicas sociales a nivel internacional y a estudiar la naturaleza de las luchas contemporáneas. Como dice Endnotes, «aquellos que están interesados en la teoría revolucionaria se encuentran atrapados entre los términos de una falsa elección: activismo o attentisme. Parece que solo podemos actuar sin pensar críticamente, o pensar críticamente sin actuar».<sup>40</sup> La militancia comunista debería superar esta disyuntiva, del mismo modo que debería superarse la brecha entre un modelo de militancia basado en la dirección de los acontecimientos y otro basado en ir a la zaga de los acontecimientos.

---

40. «Espontaneidad, mediación, ruptura», *Endnotes 3*.



## Editorial

Desde la última edición de Endnotes en 2013, el descalabro económico mundial ha seguido adelante. No se ha producido una recuperación real, pero tampoco ha habido un retorno a condiciones similares a la depresión. No está claro cuánto tiempo más durará este período intermedio. El fin de las medidas extraordinarias se ha declarado muchas veces, la más reciente en septiembre de 2015, cuando se esperaba que la Reserva Federal de los Estados Unidos elevara su tasa preferencial —este movimiento habría puesto fin a un período de seis años en el que la tasa de interés de los fondos federales estaba en cero—. Pero esto también fue cancelado en el último minuto. En una escena ya familiar, los tecnócratas subieron al escenario, barajaron algunos papeles y luego se fueron de nuevo. Se anticipa otra ronda de flexibilización cuantitativa. Con pocos cambios, las economías de los países de altos ingresos siguen funcionando.

Mientras tanto, la incertidumbre y la turbulencia económica se están extendiendo de los países de altos ingresos a los de bajos ingresos, que no hace mucho tiempo se pensaba que eran el escenario de una posible «desvinculación» económica. Hoy, las noticias de Brasil parecen sombrías, y las noticias de China se están volviendo más sombrías cada mes. Esto ya está afectando a las economías en todo el mundo de bajos ingresos, gran parte del cual depende de la demanda de productos básicos de China. ¿Estamos a punto de ver otra «crisis de deuda del Tercer Mundo», como hicimos en 1982?

Incluso más que cuando publicamos Endnotes 3, es difícil decir qué es probable que suceda a continuación. Se están produciendo desarrollos complejos, que se perciben de manera diferente desde Ferguson, Missouri o Atenas, o cuando se ven a lo largo de la ruta de los refugiados que huyen de Siria en su camino a Alemania. En algunos lugares se están

produciendo nuevas luchas sociales, en otros ha habido un retorno a la calma y en otros hay una guerra civil interminable. Algunos países han visto el resurgimiento de una tímida izquierda parlamentaria; sin embargo, el orden prevaleciente permanece decididamente inquebrantable.

### **EL EQUIPO DE A BORDO VENDRÁ EN BREVES CON OTRA RONDA DE BEBIDAS...**

Aparentemente, el mundo todavía está atrapado dentro de los términos del patrón de espera que describimos en *Endnotes 3*.<sup>41</sup> Este patrón se define por una petrificación parcial de la lucha de clases, que acompaña a una petrificación similar de la crisis económica. Este estancamiento social se ha mantenido solo por medio de intervenciones estatales masivas, que han asegurado que la crisis siga siendo la de algunas personas, en algunos países, en lugar de generalizarse en todo el mundo. ¿Cuánto tiempo se puede mantener este patrón de espera?

Como lo hicieron en los primeros años de la década, los estados continúan gastando grandes cantidades de dinero para evitar la catástrofe. A finales de 2014, los niveles de deuda como porcentaje del PIB seguían aumentando en los países de altos ingresos, alcanzando el 90 por ciento en el Reino Unido, el 95 por ciento en Francia, el 105 por ciento en los Estados Unidos y el 132 por ciento en Italia —la excepción fue Alemania, donde los niveles de deuda cayeron del 80 por ciento en 2010 a un todavía alto 73 por ciento en 2014—. Sin embargo, todo este gasto estatal no ha llevado a la recuperación económica. Tras un período inicial de crecimiento en 2010-11, las economías de los países de alto ingreso han vuelto a un estado de relativo estancamiento. Las principales excepciones son Estados Unidos y el Reino Unido, donde

41. Ver «El patrón de espera», *Endnotes 3*.

se ha producido una ligera recuperación. Por el contrario, en toda Europa continental y en Japón —a pesar de las maniobras del BCE y de la «abeconomía»<sup>42</sup>— las tasas de crecimiento se han mantenido bajas o negativas. El PIB de Grecia, por supuesto, se ha reducido significativamente.

Estos desarrollos decepcionantes continúan una tendencia que ha estado vigente durante décadas: en los países de altos ingresos las tasas de crecimiento del PIB per cápita han sido cada vez más lentas década tras década, cayendo del 4,3% en la década de 1960 al 2,9% en la década de 1970, al 2,2% en la década de 1980, al 1,8% en la década de 1990 y al 1,1% en la década de 2000. La década de 2010 parece destinada a continuar esta tendencia cuantitativa, con una tasa de crecimiento de alrededor del 1% entre 2011 y 2014. Sin embargo, en la actualidad hay indicios de que nos encontramos en un punto de inflexión cualitativo; la economía mundial amenaza con hundirse, al estilo del Titanic.

Se puede ver a los políticos, en todas partes, tratando de sacar el agua que entra en el barco que se hunde. Pero lo están haciendo con un conjunto de cubos que a su vez tienen fugas. Como argumentamos en 2013, estos políticos están encerrados en una danza de los muertos por las siguientes razones.

Los Estados están contrayendo deuda para evitar el inicio de una espiral de deuda—deflación; Sin embargo, su capacidad para contraer esta deuda se basa en la promesa de un crecimiento económico futuro. Una combinación de crecimiento lento y niveles de deuda ya altos ha significado que los funcionarios del gobierno se han encontrado atrapados entre dos presiones opuestas. Por un lado, han necesitado

42. El término *Abenomics* se refiere a las políticas económicas impulsadas por el primer ministro de Japón, Shinzo Abe, desde las elecciones generales de 2012 y que tiene tres ejes: expansión monetaria, estímulo fiscal y reformas estructurales.

gastar enormes cantidades de dinero para evitar que la recesión se convierta en depresión. Por otro lado, ya han gastado tanto en las últimas décadas que les queda poco que dar.

Así, en lugar de gastar aún más, los gobiernos de los países más ricos se dedicaron a campañas de austeridad: para mostrar a sus acreedores que mantenían el control de sus finanzas, recortaron los servicios sociales al mismo tiempo que entregaban dinero a los banqueros. La austeridad ha tenido consecuencias devastadoras para los trabajadores. Los empleados públicos se encontraron sin trabajo. Los costes de la educación y la atención médica aumentaron justo cuando los ingresos de los hogares se vieron afectados. Mientras tanto, sin un impulso a la demanda de bienes y servicios, las economías privadas se estancaron. Las naciones acreedoras han tenido un éxito notable en evitar cualquier desviación de esta línea entre los deudores.

## UN PROBLEMA DE COMPOSICIÓN

Esta lógica contradictoria, aducíamos, dio forma a la crisis en desarrollo y, por consiguiente, también a las luchas que estallaron en respuesta a ella. Muchas personas afirmaron que los funcionarios del gobierno estaban actuando estúpidamente o incluso locamente: ¿no deberían haber estado haciendo pagar a los bancos para rescatar a la gente, y no al revés? La principal explicación ofrecida para esta irracionalidad fue que los gobiernos habían sido capturados por intereses adinerados; la democracia había dado paso a la oligarquía. Fue de esta manera que la forma de la crisis determinó la forma de la lucha de clases en este período: se convirtió en una contienda de democracia real contra la austeridad. La democracia real podría, según la lógica de las protestas, obligar al Estado a intervenir en interés de la nación, en lugar de en interés de los capitalistas amiguetes.

En realidad, los gobiernos tienen pocas opciones disponibles para ellos, independientemente de quién esté al timón, porque esta crisis no es del capitalismo «clientelar» o «neoliberal», sino más bien del capitalismo mismo. Este último se ve acosado por tasas de crecimiento económico cada vez más lentas. A medida que los niveles de productividad continúan aumentando en este contexto, el resultado ha sido una producción continua de poblaciones excedentes junto con excedentes de capital, excesos que la economía tiene problemas para absorber. El orden social persiste, pero se está desmoronando lentamente. Las categorías de nuestro mundo son cada vez más indistintas. Cuando los manifestantes se han unido en este contexto, generalmente les ha resultado difícil encontrar un terreno común sobre el cual construir su lucha, ya que experimentan la crisis de maneras muy diversas, algunas peores que otras. Las perspectivas del viejo movimiento obrero están muertas y desaparecidas, y por lo tanto no están disponibles como base sustancial para la acción común. ¿Cómo explicar el fracaso de ese movimiento para resurgir cuando los trabajadores en todas partes están siendo perjudicados?

En esta edición, reconsideramos en profundidad la larga aparición y disolución de la identidad positiva de clase obrera —y, con ella, la crisis de «la izquierda»— en «Historia de una separación». Los socialistas y comunistas europeos esperaban que la acumulación de capital ampliara el tamaño de la fuerza de trabajo industrial y, al mismo tiempo, unificara a los trabajadores como sujeto social: el trabajador colectivo, la clase en sí y para sí. Sin embargo, en lugar de incubar al trabajador colectivo, la acumulación capitalista dio origen a la sociedad separada. Las fuerzas de la atomización vencieron a las de la colectivización. La civilización capitalista tardía se está desestabilizando, pero sin llamar todavía a las nuevas fuerzas sociales que podrían ser capaces, finalmente, de disolverla.

El artículo de Chris Wright, «Su propia decoración peculiar», analiza la misma historia a través de la óptica de la suburbanización en los Estados Unidos. Las olas iniciales de proletarización que reunieron a la gente en fábricas y ciudades, construyendo el trabajador colectivo, dieron paso a un suburbio interminable, donde la ausencia de cualquier vínculo con el campo se combinó con un logro casi completo de la atomización. Esta fue una suburbanización construida sobre el rechazo de los pobres rebeldes, los no propietarios de viviendas, y a través de la inevitable racialización de estas categorías.

En *Endnotes 3* describimos esta estructura de rechazo y racialización en el contexto de los disturbios ingleses de 2011 como un proceso de abyección.<sup>43</sup> Tanto el movimiento estudiantil británico de 2011 como el movimiento Occupy de Estados Unidos, que inicialmente fueron luchas de una clase media blanca que luchaba contra un empobrecimiento en proceso, fueron seguidos por luchas por parte de poblaciones racializadas cuyo empobrecimiento y exclusión habían sido durante mucho tiempo una realidad cotidiana. En «Brown v. Ferguson» rastreamos el desarrollo del Black Lives Matter, situando este movimiento en la historia de la política y las luchas raciales en los Estados Unidos. Observamos el significado cambiante de la identidad negra en un contexto de crecientes poblaciones excedentes manejadas por el encarcelamiento y la violencia policial.

Pero sería demasiado apresurado deducir de tales luchas el surgimiento de alguna nueva figura potencialmente hegemónica del «proletario excedente» o «el abyecto», al que podríamos enganchar nuestras aspiraciones revolucionarias. En lugar de unificar a todos los trabajadores detrás de un suceso específico, la creciente superfluidad ha significado una

43. Ver «La pleamar eleva todos los barcos», *Endnotes 3*, (Ediciones Extáticas, 2023).



descomposición de la clase muchas situaciones particulares, fragmentos entre fragmentos, enfrentando los intereses de aquellos con trabajos estables contra trabajadores precarios, ciudadanos contra inmigrantes indocumentados, y así sucesivamente. Los proletarios se enfrentan así cada vez más a un «problema de composición», carente de una base firme para la unidad en la acción. En «¿Un sujeto abyecto idéntico?» consideramos el significado político de las poblaciones excedentes.<sup>44</sup>

No todas las luchas tratan de resolver este problema de la misma manera. En «Reúnenos de entre las naciones», estudiamos un movimiento que recibió poca cobertura internacional: las protestas de febrero de 2014 en Bosnia-Herzegovina. Cuando los trabajadores de las fábricas privatizadas, cuyas demandas habían sido ignoradas por las autoridades durante años, fueron atacados por la policía en Tuzla, miles salieron a las calles y asaltaron los edificios del gobierno cantonal. Durante los meses siguientes los ciudadanos celebraron grandes asambleas, donde rechazaron las divisiones étnicas que habían plagado el país durante más de dos décadas. Los participantes en estas asambleas trataron de resolver el problema de la composición de una manera inusual, reuniendo una multiplicidad de demandas cada vez mayor para que no quedase olvidada la precaria situación concreta de nadie. Pero no estaba claro a quién se podían dirigir estas demandas y, sobre todo, quién podría cumplirlas. Eso planteó preguntas clave sobre la relación de los manifestantes con el Estado.

---

44. Este escrito actualiza nuestra aproximación al concepto de «población excedente» utilizado en «Miseria y deuda», *Endnotes 2*.

## ***YPIZA ES DESESPERACIÓN EN GRIEGO***

Si, en retrospectiva, 2012-13 fue el final de un punto culminante en el movimiento de plazas, estos movimientos no desaparecieron precisamente en los años siguientes. Aun así, su desarrollo no nos dio ninguna razón para ser particularmente optimistas. El golpe de Sisi en Egipto, envuelto en el manto de Tahrir, introdujo los tiroteos masivos en el repertorio de los movimientos. Al año siguiente se vio otra plaza ensangrentada en el Maidan, esta vez defendida por grupos fascistas. Poco después Occupy Bangkok, organizado por camisas amarillas monárquicas, logró provocar un golpe militar en Tailandia.

El fin de muchas luchas sociales fue dado por maniobras geopolíticas. Varias potencias lograron tomar las ganancias de situaciones desestabilizadas. En Maidan, las tensiones entre nacionalistas y liberales pro-UE se habían estado gestando durante meses, pero no tuvieron muchas oportunidades de desarrollarse, ya que tan pronto como Yanukovich renunció, Rusia, ante la perspectiva de la extensión de la UE y la OTAN a otro país en su «extranjero cercano» invadió Crimea y comenzó una guerra de poder en el este de Ucrania. En ese momento, la rebelión se convirtió en una guerra civil. En Egipto, los conflictos entre los radicales y la Hermandad, o musulmanes y coptos, que se habían desarrollado después de la caída de Mubarak, finalmente se sumergieron en un juego de poder regional más amplio, ya que el apoyo financiero saudí ayudó al Estado profundo de Egipto a restablecerse. En otros lugares, desde Siria hasta Bahrein, Yemen y Libia, las esperanzas de la primavera se apagaron en la guerra civil, la intervención militar o ambas.

Límites similares fueron encontrados por parlamentarios de izquierda en Europa. Allí también era en última instancia la hegemonía regional el que decidiría el destino de los

movimientos sociales, independientemente de lo que saliera de sus asambleas y referendos gubernamentales. Para entender la naturaleza tibia de las propuestas de Syriza, que piden un superávit primario del 3% en lugar del 3,5%, es necesario reconocer que Grecia no puede alimentarse sin divisas. Además, cualquier signo de incumplimiento unilateral agotaría el país de ingresos tributables. Esto dejó a Syriza pocas opciones, de modo que sus «modestas propuestas» podrían ser fácilmente ignoradas por la troika de acreedores.

Mientras preparábamos este número para su publicación, un análogo de los desarrollos de Syriza parecía estar en preparación en el Reino Unido con el sorprendente ascenso de un miembro del ala izquierda marginada del Partido Laborista a su liderazgo. Los discursos políticos que reciben estos desarrollos se han dedicado a distribuciones retóricas vacías de lo viejo y lo nuevo, pero lo cierto es que las fuerzas sociales y la situación que impulsaron a Jeremy Corbyn a la victoria son diferentes a las que causaron el ascenso y la caída de Tony Benn a principios de los ochenta. Los frenos institucionales, por supuesto, han intervenido para detener este aumento y es probable que tengan éxito en el corto plazo. Pero, ¿puede un partido que ya ha estado luciendo cadavérico durante años evitar sufrir una pérdida aún mayor de legitimidad en el proceso? La pregunta clave para la actual tensión de la antipolítica política sigue siendo: ¿cuántos casos de estos barcos chocando contra las rocas se necesitarán para producir algo cualitativamente diferente y qué será?

En realidad, a pesar de las ofertas de los economistas marxistas «para salvar al capitalismo europeo de sí mismo»,<sup>45</sup> los Estados seguirán encontrando que tienen muy poco margen de maniobra, ya que están acosados por altos niveles de deuda y un crecimiento lento. Por lo tanto, será difícil para los

45. YANIS VAROUFAKIS, «How I Became an Erratic Marxist», *The Guardian*, 18 de febrero de 2015.

gobiernos hacer frente a los eventos catastróficos que se acercan, ya sean nuevas crisis económicas o las consecuencias ya emergentes del cambio climático global, independientemente de quién esté a cargo. Estas conclusiones pesimistas ahora se están volviendo comunes, de una manera que no era cierta en 2011-12, marcando una transición importante en el discurso público. Una porción creciente, aunque todavía pequeña, de la población ahora entiende que el Estado, incluso un Estado democrático real, no podrá revivir las economías capitalistas. Para detener este naufragio, los pasajeros solo pueden contar con ellos mismos.

## Brown contra Ferguson

El 21 de marzo de 2012, una multitud se congregó en Union Square, en Nueva York, para escuchar a dos padres desconsolados: «Mi hijo no merecía morir», «Trayvon Martin somos todos; Trayvon Martin *sí* importaba». <sup>1</sup> Pidiendo ayuda a los poderes celestiales, un predicador dirigió una oración: «Aleluya, esta noche somos Trayvon Martin...». La Million Hoodie March —en referencia a la Million Man March convocada en 1995 por el líder de Nación del Islam, Louis Farrakhan— fue anunciada en las redes sociales por un activista y publicista neoyorquino con el hashtag *#MillionHoodies* y una petición de change.org. Los padres de Trayvon Martin se enteraron a última hora durante una visita casual a Nueva York, pero, a pesar de la poca antelación, se había hecho lo suficientemente viral como para congregarse a 5000 personas en Union Square y a 50000 en todo el país. En pocos días, el meme llegaría a la Cámara de Representantes. Bobby Rush, diputado del distrito de South Side de Chicago, se puso una sudadera con capucha [*hoodie*] para pronunciar un discurso sobre la discriminación racial. Los guardias de seguridad le escoltaron fuera mientras el presidente de la Cámara decía: «el diputado ha sido destituido».

La Million Hoodie March tuvo lugar mientras la llama del movimiento Occupy se estaba apagando, al día siguiente de que se desalojase a un pequeño grupo de Union Square. Hubo un cruce de personal: los miembros de Occupy usaron el micrófono popular y gritaron cánticos, como el lema «somos el 99%», que estaban fuera de lugar. Junto a los nacionalistas negros y a los *community organisers* que solían aparecer en tales eventos había miembros de un público más joven: fanáticos de Zuccotti, anarquistas de Brooklyn,

1. Agradecimientos a Chino, Chris, Danielle, Idris, Jason, Mike y Shemon.

miembros de Occupy the Bronx, algunos de los cuales acabarían formando parte del Trayvon Martin Organizing Committee. Tras los discursos, la concentración se fragmentó: algunos se dirigieron a Times Square mientras que otra multitud tomó la dirección contraria, hacia el centro de Manhattan, donde uno se montó en el toro de bronce de Wall Street al grito de «yo soy Trayvon Martin». La disonancia simbólica accidental de ese gesto puede interpretarse como un punto de confluencia en la historia reciente de las luchas estadounidenses. Cinco días antes, los manifestantes de Occupy habían sido rechazados en su intento de retomar Zuccotti Park, y tres días después marcharían desde allí hasta Union Square, manifestándose contra la brutalidad policial, pero esta era su fase menguante: otro movimiento estaba creciendo.

\* \* \*

## MODULACIONES DESCENDENTES

Aunque la composición política había tendido a presentarse como un enigma fundamental e irresoluble para los movimientos de la oleada global de 2011 y 2012, no eran composicionalmente estáticos. Hubo una tendencia a producir modulaciones descendentes, donde los más desfavorecidos entraban a transformar las protestas iniciadas por los más acomodados: las ocupaciones iniciadas por estudiantes o profesionales educados atrajeron con el tiempo a un número creciente de personas sin hogar e indigentes; las manifestaciones universitarias por el aumento de las tasas atrajeron gradualmente a jóvenes que jamás habrían ido a la universidad de otra manera.

Más tarde, las protestas del Euromaidán en Ucrania, iniciadas por liberales y nacionalistas europeístas, se convirtieron en campamentos de trabajadores desposeídos. En Inglaterra,

tales modulaciones habían terminado con el crescendo de los disturbios de 2011, cuando los pobres racializados llevaron su furia antipolicial a las calles.<sup>2</sup>

Si esta ascendencia compositiva podía poner sobre la mesa cuestiones en torno a la raza en las luchas de un país en el que son, en gran medida, un desarrollo poscolonial, y donde menos del 4% de la población se identifica como negra, no era de extrañar que esas cuestiones pasaron pronto al primer plano en los movimientos de una nación fundada sustancialmente en la plantación, donde el porcentaje de población negra es tres veces mayor y el gueto urbano, una realidad.

Cuando, para movimientos como Occupy, el problema de la composición había surgido de la falta de una identidad compartida de antemano, la identidad «negro» —y en este país más que en ningún otro— parecía poder subsanar esa falta. Aunque era una identidad que, por supuesto, muchos de los *Occupiers* no podían compartir, podía al menos ofrecer un polo de atracción, una punta de lanza para las movilizaciones. Los primeros activistas de esta oleada trataron de resolver conscientemente el problema de la «blanquitud» de Occupy, lo cual muchos imaginaron que facilitaría el desarrollo de una amplia alianza entre trabajadores y pobres o, para algunos, el de un nuevo movimiento por los derechos civiles.

A Trayvon Martin le dispararon, y murió, con 17 años el 26 de febrero de 2012, durante una visita a la urbanización cerrada suburbana donde vivía la prometida de su padre. Los propietarios de *The Retreat at Twin Lakes* en Sanford, Florida, habían sufrido enormes pérdidas de capital en los años inmediatamente posteriores a la crisis, el valor de sus viviendas se había desplomado, y un par de robos recientes habían aumentado el clima de ansiedad. El vigilante voluntario de

2. Ver «La pleamar eleva todos los barcos» y «El patrón de espera», en *Endnotes 3*.

la vecindad, George Zimmerman, estaba armado y patrullaba la zona, anticipando el regreso de los culpables. La aparición de un individuo desconocido, que aparentemente encajaba con el perfil racializado que Zimmerman tenía en mente, le hizo llamar a la policía, antes de verse envuelto en algún enfrentamiento. El hecho de que Trayvon solo llevara un paquete de Skittles y té frío Arizona cuando le dispararon, pero vistiera un distintivo racial estándar —la sudadera con capucha—, establecería las coordenadas simbólicas del caso.<sup>3</sup>

### MEDIACIONES VERTICALES

Al día siguiente, Al Sharpton estaba encabezando una manifestación en Sanford. Sharpton —presentador de televisión, ex mánager de James Brown, fundador y presidente de la organización de derechos civiles National Action Network (NAN)— es la mitad del duopolio de activistas negros célebres de Estados Unidos. La otra mitad —que pronto seguiría sus pasos, al igual que el presidente de la NAACP<sup>4</sup>, Ben

3. Es difícil comprender por qué la muerte de Trayvon en particular desencadenó tal reacción en un país donde casi cada hora un hombre negro es asesinado. Una de las razones podría ser el origen de Trayvon, su indiscutible «inocencia», que le convertía en un objeto seguro de identificación para la clase media. Pero seguramente también haya sido el exagerado simbolismo de la escena: la «etnia blanca» que codicia el valor de su casa, el espejismo de un intruso negro cuya sola presencia parece ponerla en peligro. Estos temores suburbanos llevan mucho tiempo entrelazados con las dinámicas de racialización en Estados Unidos. Véase Chris Wright, *Its Own Peculiar Decor*, en este mismo número.

4. La NAACP (National Association for the Advancement of Colored People) es una importante organización para los derechos civiles de los afroamericanos, formada en 1909 por, entre otros, WEB Du Bois, que estaba inicialmente enfocado en las leyes Jim Crow.



Jealous— es Jesse Jackson: dos veces candidato presidencial demócrata, colega de Martin Luther King Jr., fundador de la National Rainbow Coalition y de Operation PUSH, así como su fusión actual, Rainbow/PUSH. Ambos son ministros bautistas ordenados, siguiendo el patrón estándar que entrelaza los derechos civiles y la religión organizada. King también fue ministro bautista. La llegada de estas figuras y de sus instituciones dio al movimiento naciente el imprimátur de antiguas figuras de los derechos civiles y de los actuales «líderes raciales».<sup>5</sup>

El hecho de que la mayoría de sus líderes fueran objeto de una violenta represión estatal no ha impedido que el movimiento por los derechos civiles ocupase un lugar especial y sacrosanto en el mito nacional.<sup>6</sup> Aquí, aquel pecado original de los cimientos de la nación, la esclavitud de los negros, queda sublimado cual rito en la figura mitificada de King, en cuya sangre se ungió literalmente Jackson. Los discursos de King han hecho de él una personalidad del panteón estadounidense, junto a Lincoln y a Jefferson, y tiene, al igual que George Washington, un día festivo nacional en su honor. Para los niños estadounidenses, el día de MLK señala la proximidad del mes de la historia negra, durante el cual se les habla de la orgullosa Rosa Parks en el autobús y se les muestra imágenes de noticiarios de policías sureños atacando a manifestantes pacíficos. Todo esto en conjunto ofrece una imagen retocada de un movimiento social que, habiendo emergido fugazmente del fango de la historia

5. Cedric Johnson, *Revolutionaries to Race Leaders: Black Power and the Making of African American Politics* (Universidad de Minnesota, 2007).

6. Con el conocimiento de los presidentes Kennedy y Johnson, el FBI, bajo J. Edgar Hoover y su turbio programa COINTELPRO, persiguió al movimiento y a sus líderes, incluido al ahora venerado King. Organizó, durante la presidencia de Nixon, el asesinato de Fred Hampton y de otros miembros del Black Panther Party.

estadounidense, ahora todo el mundo puede aplaudir sin temor a equivocarse. En este horizonte, el movimiento por los derechos civiles viene a ser una especie de protomodelo de la acción política *per se*, cuya constelación de líderes y de acontecimientos históricos son los principales puntos de orientación y de aspiración. Gracias a este movimiento, parte de la población negra consiguió salir del destino miserable de los que permanecían en el gueto. El movimiento también dejó tras de sí una importante infraestructura institucional.

Los «líderes de los derechos civiles» como Sharpton y Jackson, a menudo colocados al frente de las manifestaciones, tienen incluso suficiente peso político como para ser escuchados con cierta regularidad por el Presidente: Sharpton había recibido más de 60 invitaciones a la Casa Blanca desde 2009 hasta el momento en el que se escriben estas líneas. Aunque la oleada de luchas que más tarde se darían a conocer como *#BlackLivesMatter* pareciese a menudo un ejemplo más de activismo juvenil con hashtags, y aunque las redes sociales —como más tarde coincidirían en afirmar los abogados de ambas partes en el juicio por el asesinato de George Zimmerman— constituyesen la clave del éxito en el caso Trayvon, sería un error hacer hincapié en una supuesta horizontalidad a expensas de estas mediaciones más verticales, que ya estaban en marcha un mes después de la muerte de Trayvon. Este tipo de coordinación integrada verticalmente es, por supuesto, un lugar común en la historia estadounidense, en la que los lazos raciales entre los blancos siempre se han extendido a lo largo de un espacio mayor. El propietario de esclavos y el campesino, el terrateniente de la posguerra y el miserable aparcerero blanco, el industrial *WASP*<sup>7</sup> y el inmigrante irlandés tenían entre ellos incluso menos en común

7. NdT: *WASP* (*White Anglo-Saxon Protestant*) es un término informal que refiere a un grupo de estadounidenses blancos, de elevada posición social, de descendencia británica y de religión protestante que históricamente ha ostentado el poder social y económico en los

que lo que las élites políticas negras de hoy en día tienen con las víctimas predominantemente pobres de la violencia racial. Por su lado, el terrateniente se unió a los *slave patrols*<sup>8</sup> y luchó en pos de la esclavitud durante la guerra de Secesión; el aparcerero blanco, tras la breve alianza interracial del populismo, apoyaría la segregación de Jim Crow sembrando el terror con linchamientos; y el inmigrante irlandés, aunque inicialmente racializado, vigilaría brutalmente los barrios negros en nombre de sus superiores protestantes. Históricamente, las mediaciones verticales de los blancos pudieron salvar estas grandes distancias, no gracias a la afinidad cultural o al parentesco, sino porque estaban encarnadas en el propio Estado americano.

Ahora, sin embargo, ese estado estaba coronado por alguien ostensiblemente ajeno a esta construcción. Aunque, tenuemente, la negritud también parecía ahora capaz, al menos en principio, de salvar distancias comparables. Antes de que transcurriera un mes, el reticente Obama había cedido a la presión de los medios de comunicación para que hiciera una declaración, con un tibio pronunciamiento en la rosaleta de la Casa Blanca en el que conseguía afirmar en voz baja una identificación racial personal con Martin —«si tuviera un hijo, se parecería a Trayvon»— al tiempo que lo ocultaba bajo la alfombra de una identidad estadounidense común: «todos nosotros, como estadounidenses, vamos a tomarnos esto con la seriedad que merece». La tensión retórica aquí —la particularidad racial frente a la universalidad de la ciudadanía nacional— registraba la contradicción constitutiva de la sociedad estadounidense. Esta tensión había acosado tanto a la campaña como a la presidencia de Obama, en

---

Estados Unidos. John F. Kennedy, católico y de origen irlandés, fue el primer presidente que no era un *WASP*.

8. NdT: Los *slave patrols*, o «patrullas de esclavos», eran milicias armadas de hombres blancos que vigilaban y aplicaban las leyes esclavistas en el sur de los Estados Unidos antes de la guerra de Secesión.

la que la raza era tanto un activo como un pasivo.<sup>9</sup> De esta manera, las oscilaciones retóricas entre estos polos estructurarían sistemáticamente sus reacciones ante la oleada de luchas que se avecinaba.

## MEDIACIÓN Y CAUSALIDAD

Pero la manifestación encabezada por Al Sharpton o por Jesse Jackson después del asesinato de otra persona negra —normalmente a manos de la policía— había sido un elemento común en el paisaje político estadounidense durante décadas; la cantidad de este tipo de muertes había sido alta durante años, y puede que incluso más alta anteriormente.<sup>10</sup> La capacidad de una sola víctima mortal para poner en marcha lo que, una vez que se hubiera encontrado con algunas potentes contracorrientes, se convertiría en la oleada de luchas estadounidenses más importantes en décadas exige, por tanto, alguna explicación, y es aquí donde las particularidades del activismo *hashtag* cobran importancia, junto con otros factores clave. La moderna adopción masiva de herramientas digitales fáciles de usar había bajado

9. Su función como activo aquí fue, por supuesto, bastante más novedosa, seguramente, hasta cierto punto, una manifestación de la filtración gradual de los logros del movimiento por los derechos civiles. Pero estas cosas parecen claramente ambivalentes en el contexto del edificio en ruinas sobre el que se asientan. Había algo hostilmente redentor en el hecho de que una sociedad extremadamente desigual y grotescamente violenta eligiera a un hombre negro para ser presidente.

10. Los datos sobre tiroteos policiales son notoriamente incompletos. La mejor prueba de la tendencia a lo largo del tiempo es el encantador título del FBI «homicidios justificados cometidos por las fuerzas del orden». Esta serie muestra picos en 1980 y 1994. Alexia Cooper y Erica Smith, «Homicide Trends in the United States, 1980-2008», Bureau of Justice Statistics, 2010, p. 32.

el listón de la movilización política, democratizando las capacidades de producción y difusión activas de información. Esto ofrecía la posibilidad de contrarrestar o eludir las agendas informativas dominantes y facilitaba procesos de cuestionamiento de la práctica habitual de limitarse a reiterar informes policiales en medios de comunicación populares. Ahora podían construirse colectivamente otros relatos, con relativamente poco esfuerzo por parte de los individuos, relacionando casos particulares que en épocas anteriores no se habrían podido relacionar. Fue a través de estas mediaciones que se pudo construir una causa unificada a partir de una lista de asesinatos dispersos geográfica y temporalmente, y es por tanto en parte a estas mediaciones a las que debemos mirar si deseamos comprender cómo se da la articulación de este movimiento.

Además, tras haberse convertido más o menos en un tabú durante la larga represión iniciada bajo Nixon, con la oleada de luchas de la era de la crisis, Occupy en particular, la protesta abierta volvió a ser visiblemente posible y cada vez más legítima. Finalmente, los últimos años han sido unos de crisis político-económica y social, con una disminución de las perspectivas de futuro más alta en las comunidades que en otros sitios: la raza es una marca para las fracciones más inseguras de la fuerza de trabajo estadounidense, que, inevitablemente, se ven afectadas de manera desproporcionada por el deterioro general de las condiciones. La combinación de estos factores coyunturales con las peculiares estructuras sociales e institucionales de representación racial en Estados Unidos permitiría el florecimiento de un movimiento de masas singular. La muerte de Trayvon Martin fue la señal luminosa que iluminó un paisaje mortificado. Por lo tanto, las comparaciones que se harían habituales entre él y Emmett Till, el joven de 14 años asesinado cuyos rasgos mutilados contribuyeron a espolear el movimiento por los derechos civiles, no eran para nada ociosas.

Los padres de Martin no tardaron en emprender sus propias campañas sobre el caso de Trayvon y cuestiones similares, mientras las manifestaciones proliferaban a escala nacional y las conversaciones en las redes sociales seguían creciendo. Una manifestación por Trayvon celebrada el 24 de marzo de 2012 en Hollywood fue, al parecer, la ocasión para el primer despliegue de *Black Life Matters* como eslogan y hashtag, tal vez en respuesta a la afirmación del padre de Trayvon, Tracy Martin, pocos días antes, en la Million Hoodie March, de que Trayvon *sí* importaba. En el caso de Martin, la intención parece haber sido de programa: *hacer* que Trayvon importara a través de una campaña, en su nombre, y por la justicia. Una intención performativa similar puede percibirse en los eslóganes surgidos en esa época. *#BlackLivesMatter* apareció —quizá como una alteración del eslogan que ya existía— en la respuesta de @NeenoBrowne al anuncio del 12 de abril de que Zimmerman sería acusado de asesinato; es muy posible que el meme tenga una procedencia más antigua.<sup>11</sup> Que las vidas de las personas negras «importen» es una cuestión que se plantea objetivamente en un país en el que se gastan tan perfunctoriamente: hubo 6454 asesinatos en 2012, una cifra totalmente desproporcionada en relación con la dimensión de la población negra.<sup>12</sup> Esta clase de memes seguramente se ponen de moda por una razón: son pensamientos que ya tiene todo el mundo.

---

11. *blacklifematters.org* fue registrada el 18 de marzo de 2012, en vísperas de la Million Hoodie March, y apareció en pancartas de la manifestación de Hollywood. Esta página web vincula las acciones contra Trayvon con las escuelas concertadas y el activismo eclesialístico. *#BlackLifeMatters* siguió siendo más común que *#BlackLivesMatter* a lo largo de 2012. Los activistas reconocidos como los creadores de este último se remontan a las luchas de verano de 2013, después de que Zimmerman fuese absuelto de todos los cargos.

12. Fuente: FBI. *Crime in the United States*, 2012. <https://ucr.fbi.gov/crime-in-the-u.s/2012/crime-in-the-u.s.-2012>

## GOLPEANDO EL YESO

El 6 de abril, los Dream Defenders emprendieron una marcha de 60 kilómetros, siguiendo el modelo por los derechos civiles, desde Daytona Beach (Florida) hasta Sanford. A finales de abril, otro caso se entrelazó con el de Trayvon, añadiendo complejidad e indignación: en Jacksonville (Florida), Marissa Alexander estaba siendo procesada por agresión con agravantes tras haber efectuado un disparo de advertencia a su marido maltratador; un disparo que, a diferencia del de Zimmerman, solo había llegado a impactar en el yeso. La versión de Florida de la ley «Stand Your Ground» —que autoriza a defenderse a quienes están siendo amenazados— parecía estar en juego en ambos casos, con resultados prospectivos claramente distintos.<sup>13</sup> Por un lado, un hombre que había matado a un adolescente negro desarmado, invocando el derecho de legítima defensa. Por otro, una mujer negra que no había herido a nadie y que se había defendido de la amenaza de violencia, exponiéndose a pasar una larga temporada en prisión. La sombría combinación de estos dos casos parecía suficiente demostración, incluso antes de que se conociesen los resultados de los juicios, del carácter racial —y de género— del sistema judicial. La sentencia dictada el 20 de mayo contra Alexander, a quien se le impuso una pena mínima obligatoria de 20 años de prisión, no hizo sino confirmar las expectativas.<sup>14</sup>

13. Según la fiscal, Angela Corey, que también había llevado el caso de Zimmerman, la defensa de Alexander desde el «Stand Your Ground» no se sostenía porque había salido de la casa para recoger una pistola de su coche. Aunque el jefe de policía de Twin Lakes inicialmente había citado «Stand Your Ground» como justificación para dejar en libertad y sin cargos a Zimmerman, sus abogados no apelaron realmente a «Stand Your Ground», habiendo optado por un alegato estándar de legítima defensa.

14. Alexander fue puesta en libertad en apelación en enero de 2015,

En particular, el caso de Trayvon se había convertido ya en un espectáculo mediático nacional y, desde la declaración de Obama, había suscitado reacciones familiares. De villano franco nacional, Zimmerman pasó a ser celebrado cada vez más como héroe popular de los conservadores. Se produjo una batalla mediática sobre la representación: Zimmerman afirmó que estaba siendo victimizado mientras que Trayvon recibió el tratamiento habitual que se dispensa a esa clase selecta de fallecidos racializados cuyas muertes provocan significativas protestas: su presencia digital fue escudriñada por los medios de comunicación, que estaban en busca de cualquier indicio de que pudiera haber sido algo menos que un «ángel». El hecho de que fuera un chico de clase media en un suburbio de Florida no lo impidió, pero limitó su verosimilitud y, por lo tanto y probablemente, su eficacia. Es casi seguro que tanto el resultado como la capacidad de Obama para conjurar una identificación paterna habrían sido distintos si Trayvon hubiera sido realmente del gueto. Aun así, mientras el caso esperaba y la familia de Trayvon seguía dedicada a un activismo a pequeña escala, la cobertura mediática fue disminuyendo gradualmente, y los torrentes de las redes sociales se fueron reduciendo a un miserable goteo.

Pero el 23 de noviembre se añadió otro nombre a la lista: Jordan Davis, de 17 años, que fue asesinado a tiros también en Jacksonville, Florida, por Michael Dunn. La ofensa de Davis fue que ponía hip-hop a todo volumen en su coche, por lo que se ganó diez disparos de una pistola de 9 mm, tres de los cuales le alcanzaron y le mataron. Se trató de un acto aleatorio de rabia de alguien que sentía antipatía por lo que él consideraba una cultura de «matones», aunque Dunn también alegó defensa propia por sentirse amenazado por una misteriosa escopeta que jamás se encontró.<sup>15</sup> Con

tras haber cumplido tres años, con dos más por cumplir bajo arresto domiciliario, teniendo que llevar un monitor en el tobillo.

15. En otoño de 2014, cuando Estados Unidos hervía tras el tiroteo



un caso similar en Florida después de tan pocos meses, era inevitable que #RIPJordanDavis se uniera a #RIPTrayvonMartin. El 1 de diciembre, los Dream Defenders organizaron una vigilia por Davis a un par de horas de distancia del sitio, en Tallahassee. La familia Davis no tardó en unirse a la triste cadena de los deudos en campaña, uniéndose a la familia de Trayvon en actos contra la violencia armada después del tiroteo de Sandy Hook. Recurrieron a su historia familiar que los asociaba con la lucha por los derechos civiles, mientras que la madre de Davis contaría más tarde una melancólica historia que vinculaba ambos destinos: Jordan no paraba de decir [respecto a Trayvon Martin]: «Mamá, ese podría haber sido yo. Mamá, ese podría haber sido yo». Hablamos largo y tendido al respecto. Dijo: «Ni siquiera hizo nada malo». Y yo le dije: «Jordan, no hace falta que hagas nada malo: eres un joven negro y hay ciertas personas que jamás te respetarán».<sup>16</sup>

Control de armas de fuego y «Stand Your Ground»: estos fueron los temas tangibles y sin perspectivas inmediatas de campaña que estaban en juego en ese momento, en los largos meses de espera a que empezara el juicio de Zimmerman. Pero, por supuesto, la sensación generalizada de que había algo específicamente *racial* en juego jamás había desaparecido. Una manifestación celebrada a finales de diciembre en Oakland, California, estableció vínculos entre Trayvon y un hombre negro de la localidad, Alan Blueford, que había muerto a manos de la policía, mientras que en enero de 2013, *JET Magazine*, que había publicado las fotos originales de Emmett Till, colocó el retrato de Davis en su portada con el titular: *Is your child next?* [¿Será su hijo el siguiente?].

de Michael Brown, Dunn sería declarado culpable de tres cargos de intento de asesinato y condenado a cadena perpetua sin libertad condicional.

16. Ta-Nehisi Coates, «To Raise, Love, and Lose a Black Child», *The Atlantic*, 8 de octubre de 2014. <https://www.theatlantic.com/politics/archive/2014/10/to-raise-love-and-lose-a-black-child/381189/>

El 9 de marzo de 2013, Kimani Gray, de 16 años, fue abatido a tiros por policías de paisano en East Flatbush, Brooklyn, en un suceso cuyas contradictorias versiones —miembro de una banda que estaba blandiendo un arma o inocente desarmado ejecutado a sangre fría mientras huía para salvar su vida— jamás se reconciliarían. Esto provocó en la ciudad de Nueva York lo más parecido a un motín antipolicial desde la década de los 80 —una farmacia destrozada y coches en llamas a pocas manzanas del lugar del tiroteo, después de que unos adolescentes se alejasen de una vigilia— y nuevas concentraciones en noches posteriores, mientras #BrooklynRiot se extendía por Twitter. Jumaane Williams, concejal de la zona, se presentó con sus hombres para acabar con los disturbios en nombre de la comunidad, acusando al movimiento Occupy de mandar agitadores externos. Este fue uno de los primeros ejemplos de un patrón que se generalizaría, en el que las organizaciones negras existentes afirmaban representar al movimiento y su legitimidad a este respecto dependía de su capacidad para frenar los eventos violentos. Pero lo que distinguió esta protesta de la de Trayvon y Davis fue el confinamiento a una sola localidad y la relativa ausencia de mediación: aunque pronto se sumó a los hashtags, las acciones en nombre de Gray fueron distintas. En lugar de las protestas solidarias de activistas lejanos y oleadas de conversaciones en redes sociales en las semanas y meses posteriores al incidente, la reacción a la muerte de Gray fue cercana tanto en tiempo como en espacio.<sup>17</sup> Estas diferencias pueden leerse como índices de composiciones distintas.

17. Flatbush puede considerarse un ejemplo de la antigua tradición de disturbios comunitarios en respuesta a tiroteos policiales, que también se manifestó en los disturbios por Oscar Grant en Oakland en 2009: allí, los «líderes» locales se vieron ampliamente superados por sus antiguas alianzas con la alcaldesa Jean Quan. Sobre Flatbush, véase *Fire Next Time*, «The Rebellion Contained: The Empire Strikes Back», 15 de marzo de 2013 [<https://libcom.org/article/re->

## EL PRESIDENTE ES TRAYVON MARTIN

En junio de 2013, en el verano en que se conmemoraba el quincuagésimo aniversario de la Marcha sobre Washington por el trabajo y la libertad, los activistas de Black Life Matters estaban en el South Side de Chicago «recogiendo sueños» para protestar por la violencia armada. Después, llegó la absolución de todos los cargos de Zimmerman el 14 de julio. Esto avivó la llama de 2012. El 16 de julio, los Dream Defenders iniciaron una sentada que se prolongó en varias semanas en el edificio del Capitolio de Florida para exigir una Ley Trayvon Martin que derogara Stand Your Ground e ilegalizara el perfilado racial, y, con las publicaciones en Twitter y Tumblr sobre el juicio de Zimmerman, la variante #BlackLivesMatter volvió a asomar la cabeza, esta vez bajo la dirección de ciertos activistas —Alicia Garza, Patrisse Cullors y Opal Tometti— que, más tarde, se convertirían en figuras destacadas del movimiento y reivindicarían este eslogan como su propiedad.<sup>18</sup> Mientras tanto, el Estado jugaba a la cooptación y a la coerción semioculta: por presión demócrata, el 19 de julio se anunciaron audiencias en el Senado de los Estados Unidos sobre Stand Your Ground, en las que las familias de Trayvon Martin y Jordan Davis testificarían, mientras que Obama se identificaba *a sí mismo* con Trayvon y como víctima de prejuicios raciales, hablando largo y tendido sobre cuestiones raciales, y sugiriendo que podría haber algunas reformas legislativas en el futuro al tiempo que defendía que la ley vigente era neutral y lanzaba

bellion-contained-empire-strikes-back], y Nick Pinto, «Everybody Wants a Piece of Kimani Gray», *Village Voice*, 20 de marzo de 2013 [<https://www.villagevoice.com/everybody-wants-a-piece-of-kimani-gray/>].

18. ALICIA GARZA, «A Herstory of the #BlackLivesMatter Movement», *The Feminist Wire*, 7 de octubre de 2014. <https://www.thefeministwire.com/2014/10/blacklivesmatter-2/>

advertencias contra las protestas violentas. Aquí estaba de nuevo la tensión entre «negro» y «presidente», en cierto modo enfrentados; ahora quizá más que nunca, el primero invadiendo retóricamente al segundo, probablemente bajo la anticipación razonada de que el caso Trayvon Martin no moriría en silencio.

Al día siguiente, como de costumbre, Al Sharpton y la National Action Network anunciaron manifestaciones en «100 ciudades». Las protestas de Martin, Alexander y Davis se habían circunscrito hasta entonces a Florida con acciones solidarias procedentes de las dos metrópolis activistas de Estados Unidos: Nueva York y el área de la bahía de San Francisco. Las manifestaciones se extendieron ahora a Washington D. C., Atlanta, Dallas, Cincinnati, Nueva Orleans, Minneapolis, etc., aunque Florida continuaba siendo la base, con protestas en Jacksonville y en Miami. El caso Alexander seguía a la orden del día, con una concentración en Jacksonville convocada por Jesse Jackson, quien prestó su apoyo físico a la sentada de Tallahassee y también se ofrecía a movilizar la fuerza institucional en favor de los manifestantes más jóvenes. Según él, Florida era un «Estado de apartheid» y, como decía el himno del movimiento por los derechos civiles, «la Selma de nuestro tiempo». Aunque era obvio que los agentes de poder habituales de la política negra no podían llenar por sí solos manifestaciones y encierros, ahora, como en primavera de 2012, esto era más que un surgimiento espontáneo.

De hecho, el concentrado impulso de las manifestaciones y los encierros dirigidos por estudiantes —y, más tarde, los disturbios—, así como los remanentes institucionales y personales del activismo por los derechos civiles hasta llegar a los órganos legislativos del Estado estadounidense, con la mediación diplomática y las concesiones anunciadas por el Presidente, es uno de los aspectos más notables de esta oleada de luchas. Frente a Occupy o el movimiento

antiglobalización, ha tenido una «profundidad» social e institucional particular, quizá únicamente posible en un país acosado por la contradicción constitutiva de la raza y donde los legados de los derechos civiles desempeñan importantes funciones sociales e ideológicas. Con una clase media negra, ahora considerable, que sigue siendo propensa a identificarse con líneas raciales antes que con cualquier otra cosa, y con una activa presencia negra en las instituciones estatales superiores, existe una base social, al parecer, para modos sustancialmente verticales de composición del movimiento que desafían la narrativa tradicional sobre los estallidos y su cooptación inevitable. Esto fue lo que «lo negro» aportó.

Al poco tiempo, incluso Oprah Winfrey —miembro de la lista de ricos de *Forbes*, con un valor de 3 billones de dólares— se sumó al debate, estableciendo analogías entre Trayvon Martin y Emmett Till, y en menos de un mes llegó el espectáculo mediático del aniversario de la Marcha sobre Washington y la «National Action to Realize the Dream March», que reunió a los Obama, Bill Clinton y Jimmy Carter —pero no a los Bush; Carter identificó claramente los logros de los derechos civiles con la fortuna demócrata— para glorificar el movimiento por los derechos civiles como mito nacional. Sharpton aprovechó una oportunidad histórica para criticar la cultura de la juventud negra y sus «pantalones caídos», crítica por la que recibió muchos aplausos. Pero las estimaciones de asistencia fueron mucho más bajas de lo previste, probablemente en torno a los diez mil. Aunque la simbología de los derechos civiles siempre está cerca en esta oleada de luchas, esto fue una prueba, quizá, de que los sentimientos expuestos por el caso Trayvon buscaban algo más que unos monumentos al heroísmo de una generación anterior; Luther se pone la máscara del apóstol Pablo.

## A LA MIERDA LOS FEDERALES

En esta fase, la estrategia activista se limitaba, en gran medida, al manual erigido por los derechos civiles. En primer lugar, destacar los casos locales de violencia racista o de discriminación institucional para atraer la atención del gobierno federal. A continuación, utilizar las investigaciones del Departamento de Justicia o del FBI sobre «violaciones de los derechos civiles» para obtener concesiones de parte de los funcionarios estatales y locales.<sup>19</sup> Esta orientación hacia el gobierno federal puede parecer sorprendente, sobre todo teniendo en cuenta su papel en la elaboración de políticas que han afectado negativamente a los afroamericanos. Pero la raza y el Estado estadounidense han mantenido una larga e íntima relación, en la que el papel del segundo no puede reducirse simplemente al abuso o a la acomodación. Sería un error interpretar aquí la función del Estado como una simple incorporación de la política negra insurgente de una generación anterior. Los negros de Estados Unidos han estado continuamente expuestos a altos niveles de violencia arbitraria. A menudo, esta violencia ha sido directamente infligida por agentes de los gobiernos federal, estatal y municipal; en otras ocasiones, por actores privados, con una aprobación tácita o explícita del Estado. Pero los conflictos jurisdiccionales entre distintos niveles gubernamentales también han permitido a los movimientos negros, en determinados periodos, enfrentarse entre sí; de hecho, sus intentos de hacerlo han dado forma a la actual división de poderes en Estados Unidos.

19. Esta estrategia fue asumida tácitamente por la mayoría de los actores de la oleada actual, desde los Dream Defenders y la Organization for Black Struggle, hasta la National Action Network y la NAACP a nivel nacional, tanto si la demanda inmediata era la derogación del «Stand Your Ground» como una reforma del cuerpo de policía. Como estrategia fue más visible los primeros días, pero volvería a cobrar protagonismo en verano de 2015, con la llegada de las primarias demócratas.

Antes de la Guerra Civil, se habían introducido en la Constitución fuertes restricciones al poder federal con el explícito fin de prevenir cualquier posibilidad de que el Congreso socavara o ilegalizara la esclavitud en los estados del Sur. La protección legal federal se había limitado, en gran medida, a los propietarios de esclavos: las Cláusulas de Comercio y del Esclavo Fugitivo de la Constitución limitaban la aplicación federal de los derechos de propiedad al tipo de propiedad que tenía tendencia a escapar de las fronteras estatales. Pero después de la guerra, las enmiendas 14 y 15, junto con las *Enforcement Acts*, otorgaron al Congreso poderes sin precedentes para anular la legislación estatal, con el fin de proteger a los antiguos esclavos de sus antiguos amos. Estas enmiendas, junto con una reforzada interpretación de la Cláusula de Comercio, siguen siendo actualmente la base del poder federal sobre los poderes judiciales estatales. Así pues, la cuestión racial está íntimamente ligada a la misma estructura del poder político en Estados Unidos.

Pero los supuestos beneficiarios de estos avances fueron abandonados casi de inmediato por el gobierno federal, recién investido de poderes, en medio de una reacción violenta contra la Reconstrucción liderada por una élite sureña revanchista. Una serie de decisiones del Tribunal Supremo que culminaron en el caso *Plessy contra Ferguson* (1896) consiguieron privar a los negros del Sur de sus nuevas protecciones constitucionales, e incluso cuando la supervisión y la intervención judicial federal se ampliaron a principios del siglo XX para abarcar la delincuencia organizada, el robo de automóviles y los chanchullos de la droga y de la prostitución —denominados «esclavitud blanca»—, el gobierno federal ignoró sistemáticamente los llamamientos de los activistas contra los linchamientos.<sup>20</sup> No fue hasta el caso *Brown contra el Consejo de Educación* (1954), cuando

20. LISA MILLER, *Perils of Federalism* (Oxford 2008).

Jim Crow se convirtió en una vergüenza nacional,<sup>21</sup> que los negros del Sur pudieron finalmente descontar estos pagarés constitucionales.<sup>22</sup> En cierto sentido, los negros fueron a la vez los primeros y los últimos en disfrutar del acceso a la protección federal.

Por supuesto, hoy como ayer, esas protecciones siguen siendo muy limitadas. Fue una incoherencia de parte del Departamento de Justicia el hacer cumplir su mandato en materia de derechos civiles. Nadie imagina que los federales estén comprometidos con la igualdad racial. Quizás se pueda hacer aquí una analogía con el Partido Comunista Chino en lo que respecta a dar ejemplo a los funcionarios locales corruptos con el fin de sofocar protestas y preservar el sistema más amplio de corrupción.

El papel del Congreso a la hora de sentar las bases del encarcelamiento masivo —véase el apéndice— y la reciente destrucción de la Ley de Derecho al Voto por parte del Tribunal Supremo no dejan lugar a dudas sobre la fiabilidad

21. El apoyo federal a los Derechos Civiles se explicaba en parte por la incompatibilidad entre Jim Crow y el papel de Estados Unidos como «líder del mundo libre». La condición previa clave para el éxito del movimiento en el Sur fue que los aparceros habían sido sustituidos por la cosechadora mecánica de algodón, y el mercado laboral Jim Crow, rígidamente dividido, resultó ser un inconveniente para los empresarios de las florecientes ciudades sureñas. Los principales beneficiarios del movimiento por los derechos civiles pueden haber sido la élite blanca del Sur, que experimentó una afluencia de inversiones regionales tras su estallido. Véase Gavin Wright, *Sharing the Prize: The Economics of the Civil Rights Revolution* (Harvard 2013).

22. Se produjo una irónica inversión: la 14<sup>a</sup> enmienda, dirigida originalmente a los derechos de los antiguos esclavos, se había reinterpretado como una protección de las empresas frente a la regulación estatal, y, por tanto, se pasó por alto en la Ley de Derechos Civiles, que en su lugar se basó en la Cláusula de Comercio para convertir la discriminación privada basada en la raza en un delito federal.



del gobierno federal a este respecto. Pero la historia de la Reconstrucción demuestra que no hay nada nuevo en el hecho de que los supuestos héroes de los negros puedan ser sus peores enemigos.

## BUSCAR AYUDA SIENDO NEGRO

El 14 de septiembre de 2013 Jonathan Ferrell, de 24 años, estrelló su coche en Charlotte, Carolina del Norte, y se dirigió a una casa cercana para pedir ayuda. El dueño de la casa llamó al 911. Los agentes de policía no tardaron en llegar al lugar. En lugar de ayudarlo, el agente de policía Randall Kerrick disparó 10 veces a Ferrell.<sup>23</sup>

El 2 de noviembre, Renisha McBride, de 19 años, estrelló su coche en Dearborn Heights, Michigan, en el área metropolitana de Detroit, y fue en busca de ayuda. Aparentemente drogada y confusa, llamó a la puerta de Theodore P. Wafer de madrugada, quien respondió con un disparo de escopeta en la cara. La aparición de patrones tan sorprendentemente repetitivos en esta historia es probablemente, en parte, producto de la mediación de incidentes concretos: dos casos que, por separado y con diferente cronología, apenas podrían haber llamado la atención por sí mismos, llegan a resonar juntos, el último amplifica el primero, y ambos suenan más fuerte juntos. Pero, sin duda, es también en parte por las estructuras genéricas de la sociedad estadounidense: una persona negra en un barrio desconocido que ha sufrido

23. En este caso, la NAACP *elogió* a la policía por presentar cargos contra Kerrick con rapidez, aunque la acusación inicial no prosperó. Un segundo Gran Jurado lo acusó de homicidio voluntario el 28 de enero de 2014, algo bastante raro teniendo en cuenta la cadena de acontecimientos. Sin embargo, en agosto de 2015 se declaró nulo el juicio por el desacuerdo de un jurado, reflejando una polarización nacional más amplia sobre la cuestión de los homicidios policiales.

un accidente de coche, despertando temores por parte del residente al que intenta pedir ayuda, lo que en última instancia conduce a su muerte. Todo el aparato de la angustia suburbana, de la racialización y la violencia arbitraria hacia las personas negras se despliega.

Los portavoces de la familia McBride parecen haberse resistido a su inserción en la macabra narrativa de Trayvon y compañía, pero con la ley Stand Your Ground en juego, y la defensa de Wafer alegando que creía que estaban allanando su casa, la asociación era probablemente inevitable —al igual que la pronta entrada de Al Sharpton en escena, presentando el caso—. El día del funeral de McBride, un intento de los demócratas de derogar la ley Stand Your Ground de Florida fue derrotado por una abrumadora oposición de los republicanos. En las semanas posteriores, crecieron las manifestaciones en Detroit, con encierros y con concentraciones ante una comisaría de policía utilizando el lema *Black Lives Matter*, mientras que #JusticeForRenisha entró en la charla nacional. Sin embargo, se observó la ausencia de movilizaciones similares a las de Trayvon: ¿acaso las vidas de las mujeres negras importaban aún menos?

En febrero de 2014, aunque el asesino de Jordan Davis fue declarado culpable de asesinato de segundo grado, un jurado en desacuerdo hizo que la acusación de asesinato a gran escala quedara pendiente de nuevo juicio. Esto provocó la indignación nacional y manifestaciones en Florida por Davis. A estas siguieron, en las principales ciudades del país, una nueva ronda de acciones por Trayvon Martin. Una manifestación celebrada el 10 de marzo en el Capitolio del Estado de Florida, en Tallahassee, encabezada por los padres de Martin y de Davis, así como por el omnipresente Sharpton, exigió la derogación del Stand Your Ground. En ese momento, la asamblea legislativa de Florida, dominada por los republicanos, parecía realmente dispuesta a *prorrogar* su

legislación, aunque con vistas a casos como el de Marissa Alexander, en el que el disparo fue de advertencia. Aunque el pulso del país parecía acelerarse cuando se trataba de estos asesinatos y la idea de un «nuevo movimiento por los derechos civiles» seguía muy presente, parecía concebible que las cosas se hubieran desvanecido en campañas menores de Stand Your Ground y de control de armas, de no ser por la intervención de otros acontecimientos.

## NO PUEDO RESPIRAR

Pero a mediados de verano, mientras los Dream Defenders organizaban Escuelas de la Libertad por toda Florida, siguiendo el modelo del obligado precedente del movimiento por los derechos civiles, los policías neoyorquinos añadieron otro nombre a la lista, haciendo que la brutalidad policial pasase a primer plano en los temas de actualidad: Eric Garner, de 43 años, asesinado por estrangulamiento el 17 de julio de 2014 en Staten Island, Nueva York, a manos del agente de policía Daniel Pantaleo. Al parecer, Garner vendía *loosies* —cigarrillos sueltos comprados en estados vecinos donde los impuestos eran más bajos— y ya había sido detenido varias veces en 2014 por este delito menor. Para la policía, no era cuestión de reprimir la delincuencia sino el desorden, como parte de la estrategia policial de «ventanas rotas» popularizada por la policía neoyorquina.<sup>24</sup> La última detención de Garner fue grabada y publicada seis horas más tarde, haciéndose inmediatamente viral: un vídeo de Garner protestando contra los policías, refiriéndose a las detenciones

24. Al parecer, el desencadenante de la represión en el lugar donde se encontraba Garner, Tompkinsville Park, en Staten Island, fueron las quejas de los comerciantes y propietarios de la zona, preocupados por sus clientes y el valor de las propiedades. «Beyond the Chokehold: The Path to Eric Garner's Death», *New York Times*, 13 de junio de 2015.

como un patrón de acoso, diciendo que «esto se acaba hoy»; Daniel Pantaleo echando su brazo alrededor de su cuello, mientras otros cinco policías le arrastraban al suelo, amontonándose sobre él. En otro vídeo, podemos ver cómo se reúne una multitud mientras los policías insisten en que «aún respira»; los trabajadores de las ambulancias no se dan cuenta de que no respira. Garner murió en la acera rodeado de sus asesinos, sus últimas palabras fueron captadas por la cámara: «No puedo respirar. No puedo respirar».

Sea porque los acontecimientos precedentes ya habían preparado el terreno, porque este acontecimiento fue captado de manera tan visceral, o porque tuvo lugar en Nueva York y no en Florida o en Michigan, en ese momento quedó claro que se estaba engendrando cierto impulso. El 19 de julio se celebraron manifestaciones por Garner en Staten Island y en Harlem, con la participación de Al Sharpton y la NAN. En un discurso en el que criticó a la policía, Sharpton no tardó en anunciar una demanda de derechos civiles contra la policía de Nueva York. El 29 de julio, estrellas de Broadway organizaron una manifestación *flashmob* por Garner en Times Square. Después, otro nombre: John Crawford, de 22 años, asesinado a tiros por la policía en Beavercreek, Ohio, el 5 de agosto de 2014 tras coger una pistola de juguete en una tienda. El vídeo del agresivo interrogatorio policial a su novia avivaría aún más la polémica.

Y otro nombre: el 9 de agosto, Michael Brown Jr., de 18 años, fue abatido a tiros por el agente de policía Darren Wilson en Ferguson, Missouri, un suburbio de San Luis, desarmado y, según los testigos, con las manos en alto en señal de rendición. Si hasta entonces los acontecimientos de esta oleada de luchas habían seguido en gran medida la norma sancionada por los derechos civiles de la acción directa no violenta, ahora se produce un cambio: era el momento de Watts. Y si, hasta entonces, las acciones habían sido en su

mayoría convocadas e impulsadas por estudiantes universitarios y activistas profesionales, ahora volvían a entrar en acción esas modulaciones descendentes, sacando a la calle una parte sustancial de los pobres de Ferguson.

## APÉNDICE: SOBRE EL ENCARCELAMIENTO MASIVO

Con Ferguson al borde del abismo, probablemente no tuviese mucha influencia, en la evolución general de los acontecimientos, el hecho de que el 7 de agosto Theodore P. Wafer, el asesino de Renisha McBride, fuera declarado culpable de todos los cargos y condenado a una pena de entre 17 y 32 años. De hecho, incluso algunos activistas dudaban de que se pudiera considerar una victoria. Patrisse Cullors, activista contra el encarcelamiento y creadora de la Red Black Lives Matter, junto con Alicia Garza y Opal Tometi, empezó a preocuparse de que el movimiento estuviera celebrando precisamente aquello contra lo que ella había estado haciendo campaña. De hecho, ella y Alicia Garza estaban debatiendo esta cuestión cuando el tiroteo de Michael Brown apareció en las noticias.<sup>25</sup> Ferguson apartaría esta cuestión, pero el hecho de que el primer movimiento de masas contra el encarcelamiento masivo tuviera como demanda central *más* encarcelamiento —aunque solo fuera para policías y racistas— seguiría siendo un punto de controversia.

En 1970, un enigmático sociólogo de Galveston, Texas, Sidney M. Willhelm, publicó un libro con el incendiario título *Who Needs the Negro?* [*¿Quién necesita al negro?*].<sup>26</sup> En él argumentaba que la población estadounidense negra se

25. JAMILAH KING, «How three Friends turned a spontaneous Facebook post into a global phenomenon», *The California Sunday Magazine*, 1 de marzo de 2015.

26. SIDNEY M. WILLHELM, *Who Needs the Negro?* (Shenkman 1970).

enfrentaba a una amarga ironía: justo cuando el movimiento por los derechos civiles prometía liberar a los negros de la discriminación en el lugar de trabajo, la automatización estaba acabando con aquellos empleos de los que antes habían sido excluidos. Willhelm pintó un distópico futuro que ha resultado inquietantemente profético. Advirtió que los afroamericanos corrían el riesgo de compartir el destino de los indios americanos, con una fuerte segregación y condenados a niveles perpetuamente elevados de pobreza y a cada vez más bajas tasas de natalidad, una población obsoleta, condenada al declive demográfico. En su momento, en la efervescencia del éxito de los derechos civiles, Willhelm fue tachado de chiflado. Hoy solo se recuerda su libro en algunos círculos nacionalistas negros.<sup>27</sup>

En retrospectiva, muchas de las predicciones de Willhelm se cumplieron, pero ni su sombría visión logró anticipar la verdadera magnitud de la catástrofe que le esperaba a la América negra. Escribió que «la verdadera frustración de la “sociedad total” proviene de la dificultad de descartar a 20 millones de personas que se han vuelto superfluas por la automatización», ya que «no hay posibilidad de volver a subyugar al negro ni de encarcelar a 20 millones de estadounidenses de distintos matices de lo que se considera “negro”». En ninguna parte de su imaginación distópica podía Willhelm prever un aumento de la población carcelaria de la magnitud de la que se produjo en las dos décadas posteriores a la publicación de su libro. Sin embargo, esta fue la solución final al problema que Willhelm había percibido: la correlación entre la pérdida de empleos manufactureros para los hombres afroamericanos y el aumento de su encarcelamiento es inequívoca.

27. La automatización ha sido durante mucho tiempo un tema central entre los revolucionarios y nacionalistas negros estadounidenses. Cf. JAMES BOGGS, *The American Revolution: Pages from a Negro Worker's Notebook* (Monthly Review Press 1963).

Hoy en día, en Estados Unidos, uno de cada diez hombres negros de entre 18 y 35 años está entre rejas, una cifra muy superior a la registrada en cualquier otra época o lugar. La cifra absoluta ha descendido en los últimos años, pero el impacto acumulado es aterrador. Entre todos los hombres negros nacidos desde finales de la década de 1970, *uno de cada cuatro* ha pasado tiempo en prisión a mediados de los 30 años. Para los que no terminaron el bachillerato, el encarcelamiento se ha convertido en la norma: el 70% ha pasado por el sistema.<sup>28</sup> Suelen estar encerrados en prisiones rurales lejos de amigos y familiares. Muchos son explotados, tanto por la prisión como por sus bandas, y decenas de miles se pudren actualmente en régimen de aislamiento.

¿Cómo explicar este infierno moderno? Willhelm nos ofrece una historia económica: los capitalistas ya no tienen la capacidad o el motivo para explotar el trabajo de estos hombres; innecesarios para el capital, son convertidos en pupilos del Estado. Michelle Alexandre, en *The New Jim Crow*, nos da una historia política: el miedo a la insurgencia negra —una reacción contra los éxitos del movimiento por los derechos civiles— llevó a los votantes blancos a apoyar políticas de «ley y orden», como el aumento de las sentencias mínimas obligatorias y la reducción de las oportunidades de libertad condicional.<sup>29</sup> Alexander le resta importancia al impacto de

28. BRUCE WESTERN, *Punishment and Inequality in America* (Russell Sage Foundation 2006).

29. Estas reformas, junto con los nuevos cargos de conspiración que podían utilizarse para convertir a cualquier asociado en testigo del Estado, otorgaron de hecho poder de imposición de penas a los fiscales. MICHELLE ALEXANDER, *The New Jim Crow: Mass Incarceration in the Age of Colorblindness* (New Press 2010). Sin embargo, como señala James Forman Jr., la tesis de la reacción violenta de Alexander pasa por alto el apoyo de los políticos negros a esta misma legislación. JAMES FORMAN JR., «Racial Critiques of Mass Incarceration: Beyond the New Jim Crow», *NYU Law Review*, vol. 87, 2012. <https://ope->

una ola de delincuencia muy real que comenzó a finales de la década de los 60, si bien es cierto que estas políticas fueron defendidas en primer lugar por una «estrategia sureña» republicana que poco hacía por ocultar la animadversión racial de fondo, y empezaron a recibir apoyo bipartidista en la década de 1980, cuando la epidemia de crack unió al país en el miedo a la criminalidad negra. De todas formas, si los políticos blancos esperaban centrarse específicamente en los negros con estas políticas punitivas, fracasaron.

De 1970 a 2000, la tasa de encarcelamiento de los blancos aumentó con la misma rapidez, y siguió aumentando incluso cuando la de los negros comenzó a disminuir, después de 2000. Los negros siguen siendo encarcelados en tasas mucho más altas, pero la disparidad entre blancos y negros *se redujo* durante la era del encarcelamiento masivo. Esto es en parte una cuestión de tendencias demográficas más amplias, como la urbanización y la migración interregional, pero significa que los negros están lejos de ser las únicas víctimas del boom carcelario.<sup>30</sup> Incluso si todos los hombres negros actualmente encarcelados fueran milagrosamente liberados en una especie de rapto antirracista, Estados Unidos seguiría teniendo la tasa de encarcelamiento más alta del mundo.

[npls.law.yale.edu/bitstream/handle/20.500.13051/3016/Racial\\_Critiques\\_Feb\\_\\_26\\_2012.pdf?sequence=2&isAllowed=y](https://npls.law.yale.edu/bitstream/handle/20.500.13051/3016/Racial_Critiques_Feb__26_2012.pdf?sequence=2&isAllowed=y)

**30.** Durante la mayor parte del siglo XX, la tasa de encarcelamiento de negros fue mucho menor en el Sur, ya que el terror de linchamiento de Jim Crow no requería cárceles. Con la urbanización del Sur y el advenimiento de los derechos civiles, esta tasa empezó a aumentar —sorprendentemente, alcanzó por primera vez los niveles del Norte en 1965, año de la Ley de Derechos Civiles—. Pero aunque hoy en día la tasa de encarcelamiento de negros es mayor en el Sur, la disparidad racial es menor, puesto que la tasa de encarcelamiento de blancos ha crecido aún más rápido. Datos de BJS Historical Statistics on Prisoners in State and Federal Institutions. <https://www.icpsr.umich.edu/web/NACJD/studies/8912/versions/V1>



**BANLIEUE AMERICANA**

Ferguson es una imagen de suburbio agradable, una ciudad de calles arboladas y casas bien cuidadas, muchas de ellas construidas para la clase media a mediados de siglo, pero Ferguson se encuentra en el norte del condado de San Luis, y la zona sufre uno de los mercados inmobiliarios más débiles de la región.

— *St. Louis Post Dispatch*, 18 de agosto de 2013.

San Luis tiene un largo historial de segregación racial impuesta por el Estado en forma de «redlining», viviendas públicas segregadas, pactos restrictivos, etc.<sup>31</sup> De la ingeniería urbana y la «cirugía de los barrios marginales», surgió el proyecto Pruitt-Igoe en 1956 que albergó a 15 mil personas en el norte de San Luis. Modelado en parte según los principios de Le Corbusier por Minoru Yamasaki, el arquitecto que más tarde diseñaría el World Trade Center, este proyecto se hizo famoso casi de inmediato por su delincuencia y por su pobreza.<sup>32</sup> Las autoridades locales resolvieron el problema —y el de la huelga de alquileres a gran escala— demoliéndolo a principios de la década de 1970, en un acontecimiento que Charles Jencks identificó como «el día en que murió la arquitectura moderna».<sup>33</sup> El norte de San Luis ha seguido

31. En 1974, un grupo de jueces federales llegó a la conclusión de que «la segregación de la vivienda en el área metropolitana de San Luis era [...] en gran medida el resultado de una discriminación racial deliberada en el mercado de la vivienda por parte del sector inmobiliario y de organismos de los gobiernos federal, estatal y local». RICHARD ROTHSTEIN, «The Making of Ferguson: Public Policies at the Root of its Troubles», *Economic Policy Institute*, 15 de octubre de 2014. <https://www.epi.org/publication/making-ferguson/>

32. Véase el documental de 2011 dirigido por Chad Freidrichs, *The Pruitt-Igoe Myth*, para una exploración de la historia social de este proyecto.

33. Con cierta ironía histórica, algunos verían más tarde la otra famo-

estando muy empobrecido y racializado hasta la actualidad, con un 95% de población que se identifica como negra, y un desempleo entre los hombres de veinte años que se acerca, en muchos barrios, al 50%.

San Luis, Ferguson había sido uno de los primeros destinos de la huida de los blancos, ya que tanto los trabajadores como los puestos de trabajo se trasladaron fuera de la ciudad en las décadas de 1950 y 1960, para escapar del sistema escolar no segregado y beneficiarse de los impuestos más bajos del condado suburbano de San Luis. Pero muchos de los refugiados de la catástrofe de Pruitt-Igoe también huyeron hacia el norte, a lugares como Ferguson, cuando otros suburbios blancos habían bloqueado la construcción de viviendas multifamiliares, impuesto convenios restrictivos o simplemente resultado demasiado caros.<sup>34</sup> Este fue el inicio de otra oleada de emigración, esta vez negra, a medida que la delincuencia y la pobreza arrasaban la desindustrializada ciudad durante las décadas de los 80 y los 90. Los blancos empezaron a abandonar Ferguson, llevándose consigo las inversiones y los ingresos fiscales, y el gobierno local comenzó a permitir la construcción de apartamentos de renta baja y mixta en el sureste de la ciudad.<sup>35</sup> Esta evolución se ajusta a un patrón general de polarización espacial y homogeneización local, ya que la segregación se estaba produciendo entre bloques de

sa demolición de edificios de Minoru Yamasaki como el día en que murió la posmodernidad.

34. Véase ANTHONY FLINT, «A Failed Public-Housing Project Could Be a Key to St. Louis' Future», Citylab, 25 de agosto de 2014 [<https://www.bloomberg.com/news/articles/2014-08-25/a-failed-public-housing-project-could-be-a-key-to-st-louis-future>]; R. L. «Inextinguishable Fire: Ferguson And Beyond», Mute, 17 de noviembre de 2014 [<https://www.metamute.org/editorial/articles/inextinguishable-fire-ferguson-and-beyond>].

35. Véase Chris Wright, *Su propia decoración peculiar*, en este mismo número, para un análisis de esta dinámica.

tamaño cada vez mayor, ciudades y suburbios en lugar de barrios.<sup>36</sup> Mediante esta dinámica, la población de Ferguson se ha vuelto cada vez más negra en las últimas décadas: del 1% en 1970, al 25% en 1990, al 67% en 2010. Pero el Estado local que gobierna esta población se ha quedado muy rezagado con respecto a su perfil racial, que cambia rápidamente: en 2014, solo alrededor del 7,5% de los agentes de policía eran afroamericanos, y casi todos los cargos electos eran blancos. Mientras tanto, el equilibrio de género varió con la misma rapidez, y Ferguson presenta el mayor número de «hombres negros desaparecidos» de Estados Unidos: solo 60 hombres negros por cada 100 mujeres; es decir, más de 1 de cada 3 hombres negros ausentes, presuntamente muertos o entre rejas.<sup>37</sup>

Otra afluencia a Ferguson —y concretamente a Canfield Green, el complejo de apartamentos del sureste donde vivía y murió Michael Brown— se produjo a raíz de otra demolición masiva de viviendas: el vecino Kinloch, un barrio afroamericano mucho más antiguo, también había estado sufriendo la dinámica general de descenso de población y alta delincuencia hasta que gran parte de la zona fue arrasada para dar paso a la ampliación del Aeropuerto Internacional Lambert-St. Louis. Si bien Kinloch y Ferguson podrían formar juntos un cuadro continuo de racialización, decadencia urbana y embrutecimiento a manos de planificadores y promotores, vistas a otras escalas, son las polarizaciones las que empiezan a aparecer: a un par de kilómetros del perímetro sur de Ferguson

36. Véase DANIEL LICHTER et al., «Toward a New Macro-Segregation ? Decomposing Segregation within and between Metropolitan Cities and Suburbs», *American Sociological Review*, vol. 80, n° 4, Agosto de 2015.

37. La media nacional para los blancos es de 99 hombres por cada 100 mujeres, 83 para los negros. WOLFERS et al., «1.5 Million Missing Black Men», *New York Times*, 20 de abril de 2015. <https://www.nytimes.com/interactive/2015/04/20/upshot/missing-black-men.html>

se encuentra la pequeña localidad de Bellerive. Bordeando el campus de la Universidad de Missouri-St. Louis, Bellerive tiene una renta familiar media de unos cien mil dólares.

De hecho, el propio Ferguson sigue estando relativamente integrado según los estándares del condado de San Luis, con una isla blanca bastante próspera alrededor de South Florissant Road. Así, aquí, tanto la delincuencia como la pobreza son menores que en suburbios vecinos como Jennings y Berkeley. Pero es un suburbio en transición. Si en los años sesenta y setenta las divisiones raciales del condado de San Luis estaban en gran medida esculpidas por políticas públicas, así como por pactos restrictivos semipúblicos, en los años noventa y 2000 tendieron a seguir un patrón más discreto y espontáneo de valoraciones inmobiliarias.

Ferguson, al igual que Sanford (Florida), se vio muy afectada por la reciente crisis de las ejecuciones hipotecarias. Más de la mitad de las nuevas hipotecas en el norte del condado de San Luis entre 2004 y 2007 eran subprime,<sup>38</sup> y en Ferguson para 2010 una de cada once casas estaban bajo ejecución hipotecaria. Entre 2009 y 2013, las viviendas del norte del condado perdieron un tercio de su valor.<sup>39</sup> Los propietarios y las sociedades de inversión compraron propiedades que estaban por debajo del precio de hipoteca y las alquilaron a minorías. La huida de los blancos se estaba convirtiendo en una estampida.

Como los impuestos sobre la propiedad están vinculados a las tasaciones, el gobierno municipal de Ferguson tuvo que buscar financiación en otra parte. Entre 2004 y 2011, las multas judiciales supusieron 1,2 millones de dólares, alrededor del 10% de los ingresos de la ciudad. En 2013 esta

38. NdT: hipotecas subpreferenciales dirigidas a perfiles crediticios de alto riesgo.

39. JIM GALLAGHER, «Blame poverty, age for weak North County home market», *St. Louis Post Dispatch*, 18 de agosto de 2013.

cifra se había duplicado. El informe presupuestario anual de la ciudad lo atribuyó a un «enfoque más estricto en la aplicación de las normas de tráfico». Ese año, el Tribunal Municipal de Ferguson tramitó 24.532 órdenes judiciales y 12.018 casos, es decir, unas 3 órdenes judiciales y 1,5 casos por cada vivienda. Un informe del Departamento de Justicia no tardaría en revelar que la distribución entre la población distaba mucho de ser equitativa:

Los afroamericanos representan el 85% de los controles de vehículos, el 90% de las citaciones y el 93% de las detenciones realizadas por agentes del FPD, a pesar de que solo constituyen el 67% de la población de Ferguson. Tienen un 68% menos de probabilidades que el resto de que se sobresea su caso [y] un 50% más de probabilidades de acabar con una orden de detención.<sup>40</sup>

En zonas de alta pobreza como Canfield Green, el impago de las multas puede dar lugar fácilmente a más multas, así como a penas de cárcel, y el informe descubrió que «las órdenes de detención se utilizaban casi exclusivamente con el fin de obligar al pago mediante la amenaza del encarcelamiento». En este caso, la desaparición de la riqueza blanca y la destrucción de la negra habían provocado una mutación en la forma del Estado local: ingresos recaudados no mediante impuestos consentidos, sino mediante el saqueo violento y descarado.

---

40. «Investigación del Departamento de Policía de Ferguson», Departamento de Justicia de Estados Unidos, División de Derechos Civiles, 4 de marzo de 2015. La mera existencia de un informe del Departamento de Justicia que toma nota de estas cuestiones en Ferguson es en sí misma el resultado de las luchas que se produjeron en gran parte debido a ellas.

## EL CUERPO DE MIKE BROWN

Durante cuatro horas y media, el cuerpo de Mike Brown yació putrefacto sobre el asfalto caliente. Cuando por fin los policías se lo llevaron —ni siquiera en una ambulancia, simplemente en la parte trasera de un todoterreno—, el charco de sangre había pasado de rojo a negro. Dejaron el cuerpo en la calle tanto tiempo porque estaban ocupados «asegurando la escena del crimen», lo que significaba dispersar a la gran multitud enfurecida que se estaba reuniendo a medida que los vecinos salían de los apartamentos circundantes. Cuando los periodistas locales llegaron al lugar de los hechos, ya empezaban a circular imágenes poco nítidas del cadáver de Brown grabadas con teléfonos móviles. Dorian Johnson, un amigo de Brown que estaba con él en el momento del fatal incidente, dijo a los entrevistadores que le habían «disparado como a un animal». Los policías informaron de disparos y cánticos de «muera la policía». «Manos arriba, no disparen» y «nosotros somos Michael Brown» no tardaron en sumarse al coro, mientras alguien prendía fuego a un contenedor de basura; primeras señales de que se avecinaba un motín antipolicía. El cuerpo expuesto, doblado sobre sí mismo, con la sangre corriendo por la calle, parecía decir: esto es lo que importa. La imagen se reforzó cuando más policías que llegaron al lugar de los hechos pasaron por encima de un monumento improvisado de pétalos de rosa donde había estado el cuerpo de Brown; también es posible que dejaran que un perro policía orinase sobre él.

En una vigilia diurna al día siguiente, el 10 de agosto de 2014, un líder negro del gobierno del condado intentó calmar los crecientes disturbios, pero fue reprendido a gritos. Miembros del Nuevo Partido de las Panteras Negras corearon «*Black Power*» y «divagaron sin sentido sobre esa música

rap del demonio, los moros, etc.».<sup>41</sup> A medida que se iba haciendo de noche, la multitud numerosa e inquieta se encontró con un despliegue policial masivo: el clásico escenario de vísperas de los disturbios. Siguieron los enfrentamientos: un coche de policía y una furgoneta de televisión atacados; tiendas saqueadas; una gasolinera QuickTrip fue lo primero en arder. Y en lugar del destrozo arbitrario típico de la «furia de la multitud», había un objetivo seleccionado deliberadamente: se rumoreaba que el personal había llamado a la policía acusando a Brown de robar en una tienda. Tras el QuickTrip se produjeron algunos disturbios: vehículos aparcados incendiados, saqueos en West Florissant Avenue y un poco de fiesta, con música y gente repartiendo perritos calientes. La policía se retiró durante horas, dejando ese extraño espacio pseudoliberado que puede aparecer en medio de una revuelta.

Mientras el país entero tenía los ojos puestos en los acontecimientos, la gente se unía en las redes sociales con el hashtag #IfTheyGunnedMeDown, burlándose de la selección mediática de los retratos de víctimas más gangsteriles posibles. Activistas de San Luis, algunos de los cuales habían participado en una marcha espontánea el año anterior por el centro de la ciudad en respuesta al veredicto de Zimmerman, empezaron a llegar al suburbio. Mientras tanto, los mecanismos habituales entraron en acción: el 11 de agosto el FBI abrió una investigación de derechos civiles sobre el tiroteo de Brown, mientras que el presidente de la NAACP, Cornell William Brooks, volaba a Ferguson para pedir el fin de la violencia. Obama intervino al día siguiente con una declaración en la que daba el pésame a la familia Brown y pedía calma a la gente. Ante la inmediata oleada de disturbios, era previsible en qué sentido se resolvería ahora la

41. Testimonio anónimo publicado en la página web *Dialectical Delinquents*.

tensión constitutiva: Obama evitó cualquier identificación racial con Brown o su familia, en favor de «la comunidad estadounidense en general».

Pero los disturbios se prolongaron durante días; la acción era necesariamente difusa en este paisaje suburbano, las líneas policiales se tensaban para abarcar las subdivisiones.<sup>42</sup> Lejos de la primera línea de fuego, los centros comerciales fueron saqueados mientras en el aire persistían estribillos carnavalescos: los manifestantes se amontonaban en coches que circulaban despacio, con hip-hop a todo volumen, como una especie de cabalgata fantasma. En los altercados entre policías y manifestantes, estos últimos a veces lanzaban piedras o molotov. Pero también solían levantar las manos y gritar «no disparen». En retrospectiva, hay una parte paradigmática en este ejemplo de la teatralidad de la ola de lucha que estaba por venir, lo que pronto se convertiría en un meme conocido.

Pero también fue, al parecer, una respuesta espontánea a la situación inmediata, justo después del tiroteo de Brown, antes de que los activistas más mediáticos llegaran a la ciudad a finales de mes, porque tenía un referente inmediato, y no solo simbólico, en el propio Brown. Su carácter era eminentemente práctico, ya que los manifestantes se enfrentaron a las diversas herramientas del Estado: Equipos SWAT, gases lacrimógenos, balas de goma, pelotas de pimienta, granadas flash, bolsas de pelotas de goma, bombas de humo, camiones blindados. El país quedó atónito ante las imágenes que aparecían en pantalla mostrando a estos equipos militares, como la de un policía que decía «traedlos, malditos animales», cobertura mediática que se intentó bloquear en más de una ocasión.

---

42. PHIL A. NEEL, «New Ghettos Burning», *Ultra*, 17 de agosto de 2014.



Los movimientos sociales en Estados Unidos se ha enfrentado durante mucho tiempo a una amenaza de violencia física mucho mayor que en otros países similares; de hecho, los manifestantes de Ferguson también fueron disparados en alguna de sus salidas con munición real por parte de pistoleros no identificados, resultando heridos ocasionalmente (esta es, seguramente, una de las razones por las que esta protesta parece a menudo notablemente silenciada, dadas las condiciones). La violencia policial contra los negros desarmados no era, por tanto, un simple contenido de estas protestas, una cuestión que se limitaban a trasladar, como cualquier otra reivindicación. También estaba implicada en la naturaleza de las propias protestas, en las que todo el mundo que salía a la calle esos días era un Mike Brown en potencia. Podríamos decir que se presentaba aquí una peculiar posibilidad de unificación del movimiento: una unidad a un paso del cementerio, dada por la igualdad que este ofrece; una unidad de los potencialmente asesinables: manos arriba, no disparen. Y ante la mirada del país, esta actuación de vulnerabilidad absoluta comunicó algo potente, algo para lo que la policía no estaba preparada: ¿vais a negar siquiera que soy un cuerpo vivo?

Tales mensajes, difundidos a escala nacional, parecían suponer una amenaza para la legitimidad de la policía y planteaban cuestiones prácticas sobre la gestión continuada de los disturbios de Ferguson. El día 14 se ordenó la intervención de la Patrulla de Carreteras —un cuerpo de policía estatal menos implicado en la localidad, con una proporción mucho mayor de agentes negros y un estilo claramente no militarista— como una alternativa más suave para aliviar las tensiones, a primera vista con cierto éxito. Por la noche, un capitán llegó incluso a acompañar una gran manifestación pacífica. En «una emotiva reunión en una iglesia» los miembros del clero se mostraron desesperados ante «la naturaleza aparentemente incontrolable del movimiento de protesta y

los brotes de violencia que las personas mayores del grupo aborrecían». <sup>43</sup> Mientras tanto, Canfield Green se convirtió en una fiesta de barrio.

Después de 5 días de protestas, a menudo dispersadas violentamente, finalmente se anunció el nombre del asesino de Brown, Darren Wilson, junto con un informe de que Brown había robado un paquete de cigarrillos en Ferguson Market & Liquor —no en la gasolinera QuickTrip— la mañana de su muerte. El momento en que se identificó la criminalidad fue probablemente táctico; poco después se admitió que Wilson no había detenido a Brown por ese motivo. Esa noche, Ferguson Market & Liquor recibió un trato similar al de QuickTrip: fue saqueada. Al día siguiente se declaró el Estado de excepción y el toque de queda. Ahora había un número pequeño pero significativo de armas en las calles, a menudo disparadas al aire, y la policía estaba cada vez más nerviosa. El 12 de agosto, Mya Aaten-White, bisnieta de la cantante de jazz local Mae Wheeler, recibió un disparo cuando salía de una protesta; la bala le perforó el cráneo pero no le alcanzó el cerebro, alojándose en la cavidad sinusal. Sobrevivió y se negó a cooperar con las investigaciones policiales.

Aunque algunos llegaron de zonas vecinas, los que salieron a la calle los primeros días seguían siendo predominantemente residentes locales. <sup>44</sup> Pero una masa de enredaderas ya trepaba por la superficie de Ferguson, formando marañas vegetales e intentando agarrarse a cualquier mampostería:

43. JULIE BOSMAN, «Lack of Leadership and a Generational Split Hinder Protests in Ferguson», *New York Times*, 16 de agosto de 2014.

44. En la actualidad no se dispone de estadísticas sólidas sobre la participación, pero las cifras de detenciones concuerdan con las lecturas lógicas de los acontecimientos: en su primera fase, Ferguson fue claramente una revuelta comunitaria contra la policía, por lo que su carácter social puede juzgarse en parte utilizando el propio lugar como sustituto. ANN O'NEILL, «¿Quién fue detenido en Ferguson?», *CNN*, 23 de agosto de 2015.

pantomimas cristianas, círculos de oración y rap, predicadores chiflados, el Partido Comunista Revolucionario, «gente que caminaba entre la policía antidisturbios y la multitud diciendo “Jesús” una y otra vez»; una feria de reclutamiento generalizada.<sup>45</sup> Los *Bloods* y los *Crips* estaban fuera, participando en enfrentamientos con la policía y, al parecer, protegiendo algunas tiendas de los saqueadores. Los miembros de la Nación del Islam también salieron a la calle intentando vigilar los comercios, argumentando que las mujeres debían marcharse. Otros hicieron un llamamiento a la paz en nombre de un nuevo Movimiento por los Derechos Civiles. Jesse Jackson fue abucheado y se le pidió que abandonara una manifestación de la comunidad local cuando aprovechó la oportunidad para pedir donativos para su iglesia. También se comentó que los «líderes cívicos afroamericanos» de San Luis estaban «frustrados por su incapacidad para guiar a los manifestantes». Parecía que se estaba abriendo una brecha.<sup>46</sup>

Esta revuelta podría haberse quedado fácilmente en un asunto local como los de Cincinnati 2001, Oakland 2009 o Flatbush del año anterior. No obstante, coincidió con el punto álgido de una oleada nacional de activismo y consiguió librarse de los mediadores locales, abriendo un espacio para que otros lo interpretaran y representaran a su antojo. Pronto llegaron a Missouri autobuses repletos de activistas de todo el país organizados por redes sociales: Occupy y Anonymous parecían tener identidades propias, así como algunos anarquistas. Al mes siguiente se organizaron «Freedom Rides» —otra referencia a los derechos civiles— bajo el lema *Black Lives Matter*: fue entonces cuando surgió por derecho propio como una identidad destacada dentro de estos movimientos. Ferguson estaba pasando de ser un terreno de disturbios comunitarios a convertirse en un centro nacional

45. VV. AA., «Reflections on the Ferguson Uprising», *Rolling Thunder* #12, primavera de 2015.

46. BOSMAN, «Lack of Leadership and a Generational Split».

de activismo. Empezaron a surgir figuras clave, a menudo identificadas por su número de seguidores en Twitter: algunas locales, como Johnetta Elzie («Netta») y Ashley Yate; otras que habían peregrinado, como DeRay McKesson, de Minneapolis.<sup>47</sup>

## LOS NUEVOS LÍDERES RACIALES

Es más que un *hashtag*: es un movimiento por los derechos civiles.

—¡YES! *Magazine*, 1 de mayo de 2015

Todas las piezas estaban ahora en su sitio. Lo que parecía un solo movimiento eran en realidad dos: activistas expertos en medios de comunicación y alborotadores proletarios, en su mayor parte divididos tanto social como geográficamente.<sup>48</sup> Pero en el epílogo de Ferguson, esta división fue superada por un sentido compartido de urgencia, por las diversas resonancias de un *hashtag*, por el desarrollo de puentes institucionales y quizás, sobre todo, por el legado del propio Movimiento por los Derechos Civiles, con su capacidad para conjurar la unidad negra. Las similitudes eran muchas: «Las vidas de los negros importan» evocaba el antiguo eslogan «Yo soy un hombre»;<sup>49</sup> la fe y la retórica religiosa de muchos activistas; las tácticas de desobediencia civil no violenta y la

47. En cuanto a perfiles de nuevos activistas, ver «The Disruptors», *CNN*, 4 de agosto de 2015.

48. Agradecemos especialmente a Chino su ayuda para esta sección.

49. La icónica foto de los hombres con pancartas en las que se lee «*I am a man*» [soy un hombre] corresponde a los basureros en huelga en Memphis, 1968. A su vez, este lema puede vincularse al lema abolicionista del siglo XVIII «¿acaso no soy un hombre y un hermano?», del que se hizo eco Sojourner Truth con su «¿acaso no soy una mujer?».

visibilidad mediática, que contrastaban con los disturbios, mucho más opacos; por no hablar de la implicación directa de las organizaciones de Derechos Civiles y de los propios veteranos.

La clave de este encuentro es el simple hecho de que los logros históricos del Movimiento por los Derechos Civiles no consiguieron mejorar la vida de la mayoría de los estadounidenses negros. En la actualidad, las disparidades raciales en ingresos, riqueza, escolarización, desempleo y mortalidad infantil siguen siendo tan pronunciadas como siempre. La segregación persiste. Los linchamientos y la ciudadanía de segunda clase han sido sustituidos por el encarcelamiento masivo. La lucha contra un nuevo Jim Crow parecería exigir el tipo de movimiento que derrocó al antiguo. Pero hay algo fundamental que ha cambiado y que, por ende, dificulta este proyecto: una pequeña parte de los afroamericanos se benefició considerablemente del fin de la discriminación *de jure*. En 1960, 1 de cada 17 afroamericanos se encontraba en el quintil superior de ingresos; hoy esa cifra es de 1 de cada 10. La desigualdad en riqueza e ingresos ha aumentado significativamente entre los afroamericanos, de tal manera que hoy es mucho mayor que entre los blancos.<sup>50</sup>

Para algunos marxistas, la participación de la clase media negra en los movimientos antirracistas se considera un signo de su carácter limitado y de colaboración de clases. Cuando estas personas se convierten en líderes, a menudo se da por sentado que solo atenderán a sus propios intereses y

50. Una medida sencilla es la relación entre los quintiles de renta superior e inferior dentro de la población negra. En 1966 era de 8,4 (el 20% de los negros más ricos tenían unos ingresos 8 veces superiores a los del 20% más pobre); treinta años después se había duplicado hasta 17 veces. Las cifras correspondientes a los blancos eran 6,2 y 10, respectivamente. CECILIA CONRAD et al., *African Americans in the US Economy* (Rowman and Littlefield 2006), pp. 120-124.

traicionarán al proletariado negro.<sup>51</sup> Es cierto, como señalan estos críticos, que el legado institucional y político de los derechos civiles ha sido más o menos monopolizado por los negros más ricos.<sup>52</sup> Sin embargo, tales críticas suelen tropezar con problemas notorios a la hora de definir la clase media, problemas que se agudizan especialmente cuando se trata de la clase media negra. En la ideología política estadounidense, «la clase media» está formada por todos excepto los miembros más pobres de la sociedad. Para la sociología dominante, está en el centro del espectro de ingresos o riqueza, un rango más o menos amplio en torno a la mediana. Los weberianos añaden ciertos marcadores de estatus a la definición, como las funciones de supervisión en el lugar de trabajo, las profesiones de «cuello blanco» o la educación universitaria. Por último, los marxistas tienden simplemente a añadir *ad hoc* alguna de las dos definiciones a un modelo de dos clases basado en la propiedad o no propiedad de los medios de producción. Ninguno de estos enfoques nos proporciona un sujeto de clase consistente portador de un conjunto coherente de intereses.

Estos problemas de definición se amplifican con la clase media negra. Sabemos que ha habido una afluencia de personas negras, mujeres en particular, a las profesiones de «cuello blanco», pero esto ha ocurrido justo cuando se estaba despojando a este tipo de trabajos de gran parte de su estatus superior.<sup>53</sup> Sabemos que muchas más personas negras tie-

51. Véase ADOLPH REED JR., «Black Particularity Reconsidered», *Telos* 39, 1979; Keeanga-Yamahtta Taylor, «Race, class and Marxism», *Socialist Worker*, 4 de enero de 2011.

52. Por ejemplo, la discriminación positiva se ha limitado en gran medida a las profesiones de cuello blanco y a las universidades de élite. Cf. la lucha «Bakke» de 1978 sobre las cuotas en las facultades de medicina.

53. El 13% de los empleados negros eran «de cuello blanco» en 1967, el 40% en 1984 y el 51% en 2010 (frente al 62% de los blancos).

nen hoy una educación universitaria, pero también que el valor de dicha educación ha caído bruscamente en las últimas décadas. La transformación en la distribución de los ingresos, tanto entre negros y blancos como entre negros, parece por tanto más reveladora que las medidas weberianas. No obstante, el aumento de los ingresos experimentado por determinadas familias desde los años sesenta no siempre ha sido duradero. La transmisión intergeneracional de la riqueza está menos asegurada en el caso de los afroamericanos, cuya exclusión histórica de los mercados inmobiliarios ha hecho que los perceptores de un salario medio posean normalmente mucha menos riqueza que los hogares blancos del mismo rango de ingresos. Como consecuencia, los nacidos en familias de renta media tienen más probabilidades que los blancos de ganar menos dinero que sus padres.<sup>54</sup> La movilidad descendente se vio amplificada por la reciente crisis, que afectó negativamente a la riqueza de los negros mucho más que a la de los blancos.<sup>55</sup>

Bien porque las herramientas de medida disponibles de la estructura social están muy condicionadas por esta noción, bien porque realmente existen estratos cuyo rasgo estructural más destacado es que se sitúan —aunque sea vagamente— entre las verdaderas élites y los inequívocamente

---

BART LANDRY, «The Evolution of the New Black Middle Class», *Annual Review of Sociology* 37, n.º 1, 2011.

54. De los nacidos en el quintil inferior, más del 90% de entre negros y blancos ganan más que sus padres, pero solo el 66% de los negros nacidos en el segundo quintil superan los ingresos de sus padres, frente al 89% de los blancos. Pew Trusts, «Chasing the American Dream: Economic mobility across generations», 9 de julio de 2012.

55. De 2005 a 2009, la riqueza media de los hogares negros se redujo en más de la mitad, hasta 5.677 dólares, mientras que la de los hogares blancos cayó solo un 16%, hasta 113.149 dólares. Rakesh Kochhar et al, «20 to 1: Wealth Gaps Rise to Record Highs Between Whites, Blacks and Hispanics», *Pew Social & Demographic Trends* 2011.

identificables como pobres, es imposible prescindir del concepto de «clase media». Aquí, y en lo que sigue, utilizamos «clase media» en el sentido corriente, para referirnos a las personas con una renta media. Pero hay que permanecer alerta ante las ambigüedades y posibles trampas que acechan a este término. En el caso de la «clase media negra», el problema fundamental es que tiende a fusionar dos estratos diferentes: (1) los que lograron acceder a profesiones estables de cuello azul o del sector público, y que por tanto consiguieron un poco de equidad en la vivienda, pero que por lo general viven cerca del gueto, están al borde de la bancarrota y se vieron perjudicados por la crisis de las hipotecas de alto riesgo; y (2) un estrato pequeño pequeñoburgués y burgués que logró acceder a puestos de dirección media o dirigió sus propias empresas, que se trasladó a sus propios barrios pijos y que ahora es capaz de reproducir su posición de clase.

Muchos de los nuevos líderes activistas pertenecen a uno u otro de estos estratos.<sup>56</sup> Los antiguos líderes de los derechos civiles también solían proceder de la «élite negra». Sin embargo, esa élite estaba relativamente más cerca del proletariado negro en cuanto a ingresos y riqueza, y estaba condenada por Jim Crow a vivir junto a ellos y compartir su destino. Estaba formada por líderes religiosos y políticos, así como por profesionales, comerciantes y fabricantes que monopolizaban mercados racialmente segmentados: la «burguesía del gueto». Aunque muchos ayudaron a construir la segregación

56. Alicia Garza, cofundadora de la red *Black Lives Matter*, creció en el condado de Marin, California, predominantemente blanco, donde la renta familiar media supera los 100.000 dólares. DeRay McKesson, por el contrario, creció en un barrio pobre de Baltimore. Sin embargo, ganó un sueldo de seis cifras como director de recursos humanos del distrito escolar de Minneapolis, donde se labró la reputación de ser implacable a la hora de despedir profesores. JAY CASPIAN KANG, «Our Demand is Simple: Stop Killing Us», *New York Times*, 4 de mayo de 2015.



de Jim Crow, actuando como «gestores raciales», también tenían interés en superar las barreras que les negaban a ellos y a sus hijos el acceso a las mejores escuelas y carreras, y así, en el Movimiento por los Derechos Civiles, adoptaron el papel de «líderes raciales», asumiendo como tarea «elear» a la raza en su conjunto.<sup>57</sup>

Los nuevos activistas se distinguen de la generación anterior por su carácter tecnológico, interseccional y organizativo. Desconfían de los modelos organizativos verticalistas y de los líderes masculinos carismáticos. Pero no se trata tanto de un rechazo del liderazgo en sí mismo como de un reflejo del hecho de que, en la era de los nichos de las redes sociales, casi cualquiera puede reivindicar el liderazgo racial o actuar como intermediario en algún grupo imaginario.

Se oponen a las estructuras jerárquicas de las ONG tradicionales, aunque muchos forman parte de su personal. Se identifican más con la inspiradora fuga de prisión de Assata Shakur que con la cuidadosa formación de coaliciones entre bastidores de Bayard Rustin.<sup>58</sup> Quieren sacudirse estas mediaciones embrutecedoras de un modo que los alinee con los alborotadores de Ferguson, más jóvenes y dinámicos, y las redes sociales parecen darles esa oportunidad.

Pero a pesar de sus buenas intenciones y de su autoimagen radical, y a pesar de la unidad real que Ferguson parecía ofrecer, las diferencias entre la nueva generación de líderes raciales y la anterior no hacen sino reforzar la brecha entre los activistas y aquellos a quienes esperan representar. Esas diferencias pueden describirse a partir de tres ejes:

57. Sobre la historia de la «gestión racial», véase KENNETH W. WARREN, «Race to Nowhere», *Jacobin* 18, verano de 2015.

58. NdT: Rustin fue el principal organizador de la Marcha sobre Washington de 1963 y el asesor de Martin Luther King, Jr. sobre las técnicas de la resistencia no violenta.

1. En primer lugar, la mayoría de los activistas tienen estudios universitarios. Y, a diferencia de la generación anterior, no se han limitado a las universidades exclusivamente para negros.<sup>59</sup> Esto no significa que tengan garantizados empleos bien remunerados, ni mucho menos. Pero sí significa que tienen una experiencia cultural a la que muy pocas personas de los barrios pobres de Ferguson o Baltimore tienen acceso: han interactuado con muchas personas blancas a las que no se paga para controlarlas y, por lo general, habrán tenido alguna experiencia en la danza trepidante y cautelosa de la política identitaria universitaria, así como de los avances (a menudo no deseados) de los «aliados blancos». Así, aunque su activismo no siempre va dirigido contra los liberales blancos, sus habilidades sociales y técnicas en este sentido suelen superar a las de hábiles manipuladores mediáticos como Sharpton.
2. En segundo lugar, a diferencia de la generación anterior, muchos de ellos no crecieron en el gueto. Este es quizá el mayor legado del Movimiento por los Derechos Civiles: la posibilidad de trasladarse a los barrios residenciales, para quienes podían permitírselo. En 1970, el 58% de la clase media negra vivía en barrios pobres de mayoría negra; en la actualidad, el mismo porcentaje vive en barrios más ricos de mayoría blanca, sobre todo en los afueras.<sup>60</sup> Por supuesto, siguen siendo objeto de actuaciones policíacas racistas, la policía los detiene mucho más que a los blancos y son objeto de todo tipo de humillaciones e indignidades, pero tienen muchas

59. Muchos proceden de universidades de élite, como la Nyle Fort de Princeton y la Black Ivy Coalition. DeRay McKesson, antiguo alumno de una universidad de élite de artes liberales de Maine, fue contratado recientemente por Yale.

60. PATRICK SHARKEY, «Spatial segmentation and the black middle class», *American Journal of Sociology* 119, n.º 4, 2014.

menos probabilidades de que los metan en la cárcel o los maten.<sup>61</sup> De hecho, la probabilidad de acabar en la cárcel ha disminuido constantemente para la clase media negra desde la década de 1970, aunque se ha disparado para los pobres, tanto negros como blancos.<sup>62</sup>

3. Por último, y quizá lo más significativo, el activismo es para ellos, a diferencia de la generación anterior, en muchos casos una opción profesional. Hoy la expectativa de «liderazgo racial» ya no forma parte de la educación de la élite negra. La identificación con las víctimas de la violencia policial suele ser una cuestión de simpatía electiva entre quienes optan por convertirse en activistas y, por supuesto, muchos no toman esa decisión.<sup>63</sup> Pero para quienes sí lo hacen, los empleos tradicionales en la función pública y el trabajo voluntario han sido sustituidos por oportunidades profesionales en un sector especializado sin ánimo de lucro. Estos empleos suelen ser temporales y permiten a los licenciados universitarios «devolver algo» antes de pasar a cosas mejores.<sup>64</sup> DeRay McKesson, antes de convertirse en el rostro del nuevo activismo, había sido embajador de Teach for America (TFA), una organización que recluta a licenciados

61. Karyn Lacy describe el «trabajo de límites excluyentes» con el que la clase media negra se distingue de los pobres negros a ojos de las figuras de autoridad blancas. *Blue Chip Black: Race, Class, and Status in the New Black Middle Class* (UC Press 2007).

62. Hoy en día, los hombres blancos sin estudios secundarios son encarcelados tres veces más que los hombres negros con estudios universitarios. WESTERN, *Punishment and Inequality*.

63. Sobre la creciente brecha entre la identidad negra proletaria y la de clase media, véase YTASHA L. WOMACK, *Post Black: How a New Generation Is Redefining African American Identity* (Chicago Review Press 2010); TOURÉ, *Who's Afraid of Post-Blackness?: What It Means to Be Black Now* (Free Press 2011).

64. Véase, por ejemplo, el paso de Obama por una organización comunitaria eclesiástica del South Side de Chicago.

universitarios de élite para que pasen dos años enseñando en escuelas de barrios pobres, a menudo como parte de una estrategia para promover las escuelas concertadas y acabar con los sindicatos de profesores locales.<sup>65</sup> En general, las ONG de «organización comunitaria», ya sean principalmente religiosas o políticas, suelen estar financiadas por grandes fundaciones como Ford, Rockefeller y la Open Society de George Soros. Como parte integrante de la privatización del Estado del bienestar estadounidense, también pueden funcionar como «astroturf»: movimientos políticos supuestamente de base que en realidad son tapaderas de grupos de presión — por ejemplo, la reforma escolar— y de los demócratas.

Así, tras lo ocurrido en Ferguson, junto con la afluencia de activistas de todo el país se produjo una afluencia de dólares. Mientras las organizaciones sin ánimo de lucro existentes competían por reclutar activistas locales, las fundaciones competían por financiar nuevas organizaciones sin ánimo de lucro, eligiendo a los ganadores.<sup>66</sup> Netta fue reclutada inicialmente por Amnistía Internacional, y ella y DeRay crearían *Campaign Zero* con el respaldo de Open Society.<sup>67</sup>

65. DeRay no es el único líder de TFA implicado. Matt Kramer, director ejecutivo, acudió a las protestas de Ferguson, y Brittany Packnett, directora ejecutiva de la TFA de San Luis, lanzó *Campaign Zero* junto con DeRay y Netta. ANYA KAMENETZ, «A #BlackLivesMatter Leader At Teach For America», *NPR*, 12 de mayo de 2015.

66. La Open Society Foundation afirmó haber «invertido 2,5 millones de dólares para apoyar a grupos comunitarios de primera línea en Ferguson», entre ellos *Organization for Black Struggle* y *Missourians Organizing for Reform and Empowerment*. Véase «Healing the Wounds in Ferguson and Staten Island», blog de *Open Society Foundations*, 19 de diciembre de 2014.

67. DARREN SANDS, «The Success And Controversy Of #CampaignZero And Its Successful, Controversial Leader, DeRay Mckesson», *Buzzfeed*, 14 de septiembre de 2015.

Posteriormente, DeRay renunció a su salario de seis cifras para «centrarse en el activismo a tiempo completo». <sup>68</sup> Algunos activistas locales no tuvieron tanta suerte. Muchos perdieron sus empleos y pasaron a depender de pequeñas donaciones financiadas por la multitud. En enero de 2015, Bassem Masri, que retransmitió en directo muchas de las protestas originales, fue denunciado como ex yonqui por un comentarista rival. <sup>69</sup>

## DISTURBIOS REFORMISTAS

El 18 de agosto, el gobernador de Missouri, Jay Nixon, llamó a la Guardia Nacional para hacer cumplir el toque de queda. Dos días después, el fiscal general Eric Holder viajó a Ferguson, donde se reunió con los residentes y la familia de Brown. En la cercana localidad de Clayton, un gran jurado comenzó a escuchar las pruebas para determinar si Wilson debía ser acusado. El 23 de agosto, al menos 2.500 personas acudieron a una manifestación a favor de Garner en Staten Island, encabezada por Sharpton, con cánticos de «no puedo respirar» y «manos arriba, no disparen», reviviendo el meme de Ferguson. Un grupo llamado Justice League NYC, afiliado a Harry Belafonte, exigió el despido del agente Pantaleo y el nombramiento de un fiscal especial. Al día siguiente, al funeral de Brown en San Luis asistieron 4.500 personas, entre ellas no solo los omnipresentes Sharpton y Jackson y la

68. DeRay también forma parte del consejo de Justice Together, una nueva organización sin ánimo de lucro dedicada a «acabar con la brutalidad policial», junto con un director de la Fundación Rockefeller y varios liberales-libertarios de Silicon Valley. Véase TARZIE, «Meet The New Police Reform Bosses», *The Rancid Honeytrap*, 25 de junio de 2015.

69. Esto parece haber estado motivado por la competencia en torno a posibles financiadores. SARAH KENZIOR, «Ferguson Inc.», *Political Magazine*, 4 de marzo de 2015.

familia de Trayvon Martin, sino también representantes de la Casa Blanca, Martin Luther King III y una buena dosis de famosos: Spike Lee, Diddy y Snoop Dogg. En nombre de los padres de Brown, el elogio de Sharpton menospreció los disturbios:

Michael Brown no quiere ser recordado por un motín. Quiere que se le recuerde como el que hizo que América se planteara cómo vamos a actuar con la policía en Estados Unidos.

Pero, por supuesto, no se excluyen mutuamente, como atestigua la historia de la reforma impulsada por los disturbios. Aunque los disturbios suelen consolidar la reacción contra un movimiento —con los expertos habituales aullando a favor de medidas punitivas, mientras otros se esfuerzan por invocar, a raíz de los acontecimientos, una «comunidad» más razonable y respetuosa con la ley, con ellos mismos a la cabeza—, también tienden a sacudir al Estado para que tome medidas correctivas. Pocos días después, el Departamento de Justicia anunció una investigación sobre la actuación policial en Ferguson. Después se anunciaron reformas a gran escala de las instituciones políticas y jurídicas de Ferguson. A finales de septiembre, el jefe de policía de Ferguson había pedido disculpas públicamente a la familia Brown, que también fue invitada a la convención del Caucus Negro del Congreso, donde Obama habló sobre la raza. Desde la comunidad nacional única invocada contra el impacto inmediato de los disturbios, volvió a ceder un terreno importante a la particularidad de las cuestiones raciales, hablando del «trabajo inacabado» de los Derechos Civiles, al tiempo que lo presentaba como una cuestión de interés para «la mayoría de los estadounidenses».

Los disturbios continuaron hasta septiembre, desbordando a las fuerzas policiales de Ferguson, que pronto serían sustituidas de nuevo, esta vez por la policía del condado de San

Luis. Con la maraña de organizaciones y activistas profesionales sobre el terreno, otras formas de acción más teatrales y no violentas tendían ahora a sustituir a los disturbios comunitarios, como la interrupción el 6 de octubre de un concierto de música clásica en San Louis con el viejo himno de la lucha de clases de la época de la Depresión: «¿De qué lado estás?». Ese mismo día, un juez federal falló a favor de los activistas pacíficos, y en contra de la policía, sobre si se podía exigir a las manifestantes que «siguieran andando». Mientras tanto, Eric Holder anunció una revisión general de las tácticas policiales por parte del Departamento de Justicia, y a partir del 9 de octubre comenzaron las audiencias en el Senado sobre la cuestión de la policía militarizada. Las acciones de Ferguson se prolongaron durante todo el mes de octubre, bajo la égida de muchos grupos diferentes, entre ellos «Hands Up United» [Manos Arriba Unidas], que se había formado localmente tras la muerte de Brown, mientras llegaban más manifestantes de todo el país.

## BLOQUEO

Paralelamente, continuaron las manifestaciones en favor de John Crawford, con la ocupación de la comisaría de policía de Beavercreek (Ohio) y concentraciones en la Cámara de Representantes del Estado de Ohio. De ellas surgió un proyecto de «Ley John Crawford», una ley astuta que exigía que las pistolas de juguete vendidas en Ohio estuvieran marcadas como juguetes. Al fin y al cabo, la policía de Ohio parecía tener especial dificultad para diferenciar los juguetes de las armas reales —al menos cuando estaban en manos de personas de raza negra—, ya que pronto se añadiría otro nombre a la lista: Tamir Rice, de 12 años, asesinado a tiros en Cleveland (Ohio) el 23 de noviembre de 2014 por el agente de policía Timothy A. Loehmann, mientras jugaba con lo

que la persona que llamó al 911 ya había identificado como un juguete. Dos días después, los manifestantes a favor de Tamir Rice provocarían atascos en el centro de Cleveland. A mediados de noviembre, conforme se acercaba la decisión del Gran Jurado sobre el asesino de Brown, el gobernador de Missouri, Jay Nixon, había declarado una vez más el Estado de emergencia, recurriendo a la Guardia Nacional en previsión de la habitual no inculpación y de una nueva ronda de disturbios.<sup>70</sup> El 24 de noviembre se cumplieron estas expectativas. Mientras se anunciaba la no inculpación, la madre de Michael Brown fue grabada por las cámaras gritando: «¡Se equivocan! Todo el mundo quiere que esté tranquila. ¿Saben cómo alcanzaron esas balas a mi hijo?». Mientras se derrumbaba de dolor, su pareja, que llevaba una camiseta con la consigna «Yo soy Mike Brown» escrita en la espalda, la abrazó y la consoló durante un rato, antes de volverse hacia la multitud, claramente hirviendo de ira, para gritar repetidamente «¡quemad a esta puta!»; si la vida de Mike Brown importaba poco al Estado, al menos se podía hacer que importara. Mientras los saqueos y los disparos agitaban la zona de Ferguson y San Luis, las protestas estallaron en Nueva York, Sanford, Cleveland, Los Ángeles, Seattle, Washington y otras 170 ciudades, muchas de ellas con la táctica de obstruir el tráfico. Tras un «die-in»<sup>71</sup> y un bloqueo

70. En Estados Unidos, el Gran Jurado desempeña un papel de filtro en relación con los procedimientos judiciales normales, determinando sumariamente si deben presentarse cargos penales. Está dirigido por un fiscal, y la defensa no presenta ningún caso. La falta de rendición de cuentas los convierte en la opción preferida en este tipo de circunstancias. Aunque en circunstancias normales la ausencia de defensa suele aumentar la probabilidad de acusación, si el propio fiscal que dirige el jurado es reacio a acusar —debido a vínculos institucionales con la policía—, la no acusación está más o menos garantizada, y siempre se puede culpar al propio Gran Jurado.

71. NdT: tipo de protesta en la que un grupo de personas se tumba en un lugar público como si estuvieran muertas y se niega a abando-



itinerante del tráfico en Oakland, mítico centro del activismo, los disturbios se extendieron, con saqueos, incendios y ventanas destrozadas. En medio de la agitación nacional, grupos eclesíásticos intervinieron criticando la decisión del Gran Jurado y apoyando las manifestaciones pacíficas. Las iglesias de Ferguson aportaron un nuevo giro religioso a los discursos activistas sobre los «espacios seguros», ofreciéndose como «espacios sagrados» para la protección de los manifestantes.<sup>72</sup> En los días siguientes, a medida que aumentaba la presencia de la Guardia Nacional en Ferguson, se sucedían las manifestaciones en todo el país, y más allá. En el exterior de la Embajada de Estados Unidos en Londres, completamente blindada, alrededor de 5.000 personas se reunieron en la húmeda tarde otoñal del 27 de noviembre para una manifestación de Black Lives Matter, que desembocó en una acción itinerante de «manos arriba, no disparen» en Oxford Street y en enfrentamientos con la policía en Parliament Square, un acontecimiento que estableció vínculos entre Brown y Mark Duggan, de Tottenham, cuya muerte había desencadenado la oleada de disturbios de 2011 en Inglaterra.<sup>73</sup> También en ciudades a lo largo de toda Canadá hubo acciones de solidaridad con Ferguson.<sup>74</sup> El 1 de diciembre,

---

nar el lugar o a permitir que continúen allí las actividades normales, con una motivación más performática que las «sentadas» [*sit-in*].

72. Véase, por ejemplo, «Presbyterian Church Stated Clerk responds to Ferguson grand jury decision», *pcusa.org*, 24 de noviembre de 2014: Llamamos a la iglesia a rezar para que Dios nos dé el coraje y la fuerza necesarias para tener conversaciones honestas sobre la raza allí donde vivimos, trabajamos y rendimos culto. Pedimos por espacios seguros en Ferguson y en todas las comunidades para que la gente pueda expresar sus opiniones».

73. Para un relato del caso Duggan y la ola de disturbios que le siguió, consultar «La pleamar eleva todos los barcos», *Endnotes 3*.

74. Desde el principio, los palestinos enviaron mensajes de solidaridad con Ferguson, incluyendo consejos para tratar con la policía antidisturbios, un eco de los vínculos internacionales que una vez ca-

Obama invitó a «activistas de los derechos civiles» a la Casa Blanca para hablar, mientras que los Rams de San Luis se hermanaron con la causa de Brown, entrando en el campo con las manos en alto.

Dos días después se produjo la segunda exculpación del Gran Jurado en poco más de una semana: el agente cuya llave de estrangulamiento había matado a Eric Garner, a plena luz del día, previsiblemente absuelto. Los policías, por supuesto, casi nunca son acusados por estas cosas, y es aún menos probable que sean condenados, ya sea en EE. UU. o en cualquier otro lugar; los ejecutores de la violencia del Estado no pueden, literalmente, ser sometidos a las mismas normas que los ciudadanos a los que vigilan, a pesar de que su credibilidad depende de la impresión de que pueden serlo. El debido proceso se llevará a cabo y se alargará si es posible hasta que se haya calmado la ira, para luego dar paso a la inevitable exoneración; solo en los casos más flagrantes o extremos se sacrificará a agentes individuales en el altar de la legitimidad general de la fuerza policial.

No obstante, en cierto modo parece sorprendente que se haya elegido un momento tan oportuna para echar gasolina sobre incendios que ya estaban ardiendo.<sup>75</sup>

racterizaron al movimiento Black Power. En abril, cuando Baltimore se recuperaba de su propia oleada de disturbios, los etíopes israelíes también establecieron conexiones entre sus propias luchas contra la violencia policial y el movimiento Black Lives Matter, utilizando el lema «manos arriba, no disparen». Véase BEN NORTON, «Baltimore Is Here: Ethiopian Israelis protest police brutality in Jerusalem», *Mondoweiss*, 1 de mayo de 2015.

75. El fiscal que supervisó la investigación del Gran Jurado, Daniel Donovan, fue elegido posteriormente para representar en el Congreso de los Estados Unidos a Staten Island, un distrito densamente poblado por agentes de policía. Posteriormente, la ciudad resolvió una demanda por homicidio doloso pagando 5,9 millones de dólares a la familia de Garner.

Al día siguiente, miles de personas protestaron en Nueva York, con manifestaciones itinerantes que bloquearon las carreteras alrededor del lugar de la matanza en Staten Island y a lo largo de Manhattan, coreando «No puedo respirar. No puedo respirar». En Grand Central Station se produjeron concentraciones, que tuvieron su reflejo al otro lado del país, en la zona de la bahía. Casi todos los días se producían acciones significativas, normalmente convocadas a través de Facebook o Twitter, con grupos que bloqueaban el tráfico en una esquina de una ciudad recibiendo actualizaciones en directo de grupos en muchas otras zonas, a veces encontrándose con ellos con gran alegría. En las ciudades costeras, la reciente experiencia de Occupy prestó cierta facilidad a la manifestación espontánea. La policía parecía desbordada, pero en muchos casos había recibido instrucciones de contenerse por miedo a avivar las llamas.

A continuación, el 13 de diciembre se convocaron manifestaciones a gran escala en varias ciudades: Nueva York, Washington, Oakland, Chicago. La manifestación de Washington estuvo encabezada por el inevitable Sharpton y por las familias de Garner y Brown, aunque los jóvenes activistas de Ferguson interrumpieron los discursos, una señal más de la ruptura. Decenas de miles de personas salieron a la calle en Nueva York, pero se trató de una marcha dirigida tradicionalmente, en la que la energía de las semanas anteriores se contuvo o se gastó. Pocos días después, dos policías de Brooklyn fueron ejecutados por Ismaaiyl Brinsley aparentemente en venganza por Garner y Brown, y el sindicato policial culpó al alcalde de izquierdas, Bill de Blasio, de adoptar una línea blanda con los manifestantes.<sup>76</sup> Mientras tanto, Obama anunció otra respuesta institucional: una comisión sobre la reforma policial, «Task Force on 21st Century Policing» para

76. Esto, así como la posterior «huelga de policía», resultó ser un gambito de apertura en las negociaciones contractuales entre la ciudad y la Asociación Benéfica de Patrulleros.

«examinar cómo fortalecer la confianza pública y fomentar relaciones sólidas entre las fuerzas de seguridad locales y las comunidades a las que protegen, promoviendo al mismo tiempo una reducción eficaz de la delincuencia».

Aunque los disturbios se calmaron en los fríos meses de invierno, no se extinguieron. A principios de enero de 2015 se formó un pequeño campamento frente a la sede del Departamento de Policía de Los Ángeles, publicitado con los hashtags #OccupyLAPD y #BlackLivesMatter, para protestar por el asesinato de Ezell Ford, un joven de 25 años con problemas mentales al que la policía de Los Ángeles había disparado en 2014 y cuya muerte ya había sido motivo de varias manifestaciones. En febrero los memes de «Black Lives Matter» se viralizaron en los círculos de famosos, con los bailarines de Beyoncé y Common y Pharrell Williams haciendo gestos de «manos arriba, no disparen» en los Grammy. La implicación de celebridades ha sido otro aspecto destacable de una oleada de luchas caracterizada por algunas formas de acción que deben horrorizar a la pulcra sociedad estadounidense: desde la recaudación de fondos para Trayvon en noviembre de 2013 que Jamie Foxx organizó en su propia casa hasta las asociaciones de Snoop Dogg con las familias Brown y Davis, pasando por el rescate de Beyoncé y Jay-Z a los manifestantes de Ferguson y Baltimore o el «rally4peace» y la canción protesta «Baltimore» de Prince, en 2015.

A principios de marzo el Departamento de Justicia anunció que Darren Wilson no sería acusado a nivel federal por violación de los derechos civiles en el tiroteo contra Brown, alegando falta de pruebas. Ese mismo día, el mismo departamento emitió un informe condenatorio sobre el sesgo racial de la actuación policial en Ferguson, evidenciado en correos electrónicos que contenían abusos racistas y un uso sistemático de las infracciones de tráfico para aumentar las arcas del Estado. El jefe de la policía local dimitiría a los

pocos días. Las conclusiones iniciales del «Grupo de Trabajo sobre la Policía del siglo XXI» también se hicieron públicas entonces, para hacer mayor hincapié en las perspectivas de reforma y, por asociación, en la eficacia de los disturbios para conseguirla. No obstante, al día siguiente, Cleveland, sin disturbios, se las arregló para culpar a Tamir Rice, de 12 años, de su propio tiroteo, algo en lo que la ciudad no tardó en dar marcha atrás tras estallar el escándalo. En Ferguson continuaron las protestas, en el contexto de las cuales otros dos policías resultaron heridos de bala, aunque no muertos, lo que dio lugar a manifestaciones de apoyo a la policía y a enfrentamientos entre acciones a favor y en contra de la esta.

## DURO PASEO

A principios de abril se añadió otro nombre a la lista: Walter Scott, de 50 años, asesinado a tiros mientras huía, por el agente de policía Michael Slager, en North Charleston, Carolina del Sur. Se trataba de otro caso grabado por las cámaras, imágenes que pronto se difundieron con la ayuda de un activista de Black Lives Matter. Cuando Anthony Scott vio el vídeo, rememoró las palabras del amigo de Brown, Dorian Johnson, al comentar: «Pensé que a mi hermano le habían disparado como a un animal». A los pocos días se presentaron cargos de asesinato contra Slager, mientras los activistas llegaban al lugar de los hechos y se iniciaban pequeñas manifestaciones en favor de Walter Scott en el Ayuntamiento de North Charleston. Al igual que la de Renisha McBride, la familia de Scott parece haberse resistido inicialmente a su incorporación a la cadena de fallecidos y al espectáculo mediático asociado a ella. Pero la historia no tardó en llegar a la portada de la revista *Time*, con las fotos del flagrante asesinato de Scott exhibidas en una portada ennegrecida bajo un gran texto en negra «BLACK LIVES MATTER». Al día siguiente del funeral de Scott, la policía de Baltimore detuvo

a Freddie Gray, de 25 años, y le dio un «duro paseo» en la parte trasera de un furgón policial, en el transcurso del cual se rompió el cuello.<sup>77</sup>

Durante los días posteriores al coma de Gray, antes de su muerte el 19 de abril, ya habían comenzado las manifestaciones frente a la comisaría del Distrito Oeste. El 25 de abril las protestas de Black Lives Matter llegaron al centro de Baltimore, dando las primeras señales de los disturbios que se avecinaban.<sup>78</sup> Al funeral del 27 de abril, como al de Brown, asistieron miles de personas, entre ellas representantes de la Casa Blanca, la familia Garner, «líderes de los derechos civiles», etc. Un enfrentamiento entre policías y adolescentes a las puertas del centro comercial Mondawmin Mall de Baltimore fue el detonante de los disturbios masivos en los que se sumió Baltimore durante varios días y que causaron daños materiales estimados en 9 millones de dólares.<sup>79</sup> Los tuits declaraban «guerra total entre niños y policía» y «comunistas salvajes».<sup>80</sup> Le siguió el

77. *Rough ride*: técnica policial para infligir violencia a los detenidos de forma indirecta, a través de los movimientos de un vehículo y manteniéndolos esposados sin cinturón de seguridad, eximiéndolos así de la culpabilidad de una agresión más directa. MANNY FERNANDEZ, «Freddie Gray's Injury and the Police "Rough Ride"», *New York Times*, 30 de abril de 2015.

78. Los hinchas blancos de los Orioles que estaban de fiesta fuera del estadio se enfrentaron a los manifestantes, la policía intervino violentamente y un 7-11 fue saqueado.

79. La policía cerró el centro comercial en respuesta a un panfleto que circulaba por las redes sociales en el que se convocaba una «purga», en referencia a la película de terror del mismo nombre. Decenas de estudiantes de secundaria acudieron a la cita, pero muchos más quedaron atrapados frente al centro comercial por la policía, que cerró los autobuses que debían llevarlos a casa y disparó gases lacrimógenos contra la multitud congregada. JUSTIN FENTON, «Baltimore rioting kicked off with rumors of "purge"», *The Baltimore Sun*, 27 de abril de 2015.

80. *The 2015 Baltimore Uprising: A Teen Epistolary* (Research and Destroy, New York City 2015).

guión habitual de los disturbios: llamamientos a la calma y condenas a los «matones», culpando a una minoría egoísta y defendiendo, en contra, la protesta pacífica; el llamada a la Guardia Nacional; anuncio de toque de queda; concentraciones masivas para limpiar la zona de los disturbios; una madre disciplinaria convertida en heroína nacional tras ser grabada por una cámara dando un tirón de orejas a su hijo alborotador; insinuaciones de que las bandas estaban detrás de todo; algunas personas espionando la llegada de agitadores externos...

Pero los arquetipos lanzados por la luz de las llamas no deben, por supuesto, cegarnos ante las especificidades de cada ola de disturbios. En los disturbios ingleses, las primeras afirmaciones sobre la implicación de bandas resultaron infundadas. En Baltimore, las bandas parecen haber desempeñado exactamente la función contraria a la que se les atribuyó en un principio. La policía había advertido de una tregua entre Bloods, Crips y la Black Guerilla Family con la intención de «unirse» contra ellos. Pero pronto se reveló que la tregua, negociada por la Nación del Islam, era en realidad para reprimir los disturbios. Los líderes de los Bloods y de los Crips publicaron una declaración en vídeo en la que pedían calma y protestas pacíficas en la zona, y se unieron a la policía y al clero para hacer cumplir el toque de queda. El 28 de abril, las cámaras de los informativos grabaron a miembros de las bandas dispersando a «posibles alborotadores» en el centro comercial Security Square.<sup>81</sup>

---

81. «Gangs call for calm in Baltimore», *Baltimore Sun*, 27 de abril de 2015.

## TIEMPOS DIFÍCILES EN LA CIUDAD

La mejor imagen para resumir el inconsciente es Baltimore de madrugada

—Jacques Lacan

Las similitudes entre Baltimore y San Luis son asombrosas. Ambas ciudades llevan décadas volviéndose cada vez más pequeñas como consecuencia de la desindustrialización, y casi la mitad de sus habitantes viven por debajo del umbral de la pobreza. Ambas fueron epicentros de la segregación impuesta por el Estado hasta la década de los 70 y de los préstamos de alto riesgo en la década de los 2000.<sup>82</sup> Y, mientras que, en la mayoría de las ciudades estadounidenses, los índices de delincuencia habían descendido drásticamente después de su punto álgido en la década de los 90, en San Luis y en Baltimore han permanecido elevados, y ambas figuran sistemáticamente en los diez primeros en las listas sobre delitos violentos y homicidios.<sup>83</sup> Sin embargo, mientras que los suburbios negros tradicionales de San Luis, como Kinloch, fueron destruidos, los de Baltimore prosperaron y proliferaron.<sup>84</sup> Situados en el nexo de unión de la rica expansión triestatal de Maryland, Virginia y Washington D. C., los suburbios de Baltimore contienen la mayor concentración de

82. Baltimore fue la primera ciudad en adoptar una ordenanza de segregación residencial (en 1910). RICHARD ROTHSTEIN, «From Ferguson to Baltimore», *Economic Policy Institute*, 29 de abril de 2015.

83. También comparten historia: ambas eran ciudades fronterizas en las que la esclavitud tenía tenue arraigo. Véase BARBARA FIELDS, *Slavery and Freedom on the Middle Ground* (Yale 1985).

84. En 1970 había siete secciones censales en la zona de Baltimore que eran mayoritariamente negras, relativamente ricas y alejadas de la pobreza, que estaba concentrada en el centro de la ciudad. En 2000 había 17. Sharkey, «La segmentación espacial y la clase media negra».



clase media negra de Estados Unidos. El condado de Prince George es el condado con mayoría negra más rico del país, a menudo citado como el suburbio de clase media negra por excelencia, y su policía tiene la reputación de ser muy violenta.<sup>85</sup> En sus memorias más recientes, Ta-Nehisi Coates cita el descubrimiento de este hecho como el origen de su desilusión con el nacionalismo negro. Prince Jones, compañero de estudios de Coates en la Universidad Howard, fue asesinado por un agente negro del condado de Prince George, que lo confundió con un sospechoso de robo. En su momento, Coates dedicó un artículo a las cuestiones de raza y de clase que planteaba este asesinato:

Normalmente, la brutalidad policial es una cuestión racial: Rodney King sufriendo a manos de un Departamento de Policía de Los Ángeles blanco y racista, o, más recientemente, Timothy Thomas, desarmado, abatido a tiros por un policía blanco de Cincinnati. Pero en cada vez más comunidades los policías que cometen estos abusos son afroamericanos supervisados por jefes de policía afroamericanos y responsables ante alcaldes y ayuntamientos afroamericanos.

Al tratar de explicar por qué acudieron tan pocas personas a una marcha encabezada por Sharpston tras el tiroteo contra Jones, Coates señala que «los residentes negros acomodados tienen las mismas probabilidades que los blancos de pensar que las víctimas de la brutalidad policial se lo tienen merecido».<sup>86</sup>

Durante décadas, estos suburbios fueron el caldo de cultivo de una clase política negra: representantes federales, senadores estatales, vicegobernadores, concejales y comisarios de

85. La policía de este condado fue una de las primeras en llegar a Baltimore en respuesta a los disturbios.

86. TA-NEHISI COATES, «Black and Blue: Why does America's richest black suburb have some of the country's most brutal cops?», *Washington Monthly*, junio de 2001.

policía. Este es otro legado de los derechos civiles.<sup>87</sup> Implica que Baltimore fue la primera revuelta estadounidense contra una estructura de poder mayoritariamente negra, como han señalado varios comentaristas.<sup>88</sup> Esto contrastaba notablemente con Ferguson, y planteaba un importante problema para los simplistas intentos de atribuir las muertes de negros al racismo policial. Después de todo, tres de los seis policías acusados de matar a Gray eran negros.<sup>89</sup>

Parecía, pues, que los acontecimientos estaban obligando a que la cuestión de clase volviera al orden del día. La negritud se había presentado hasta entonces como la solución al problema de la composición, sustituyendo la indeterminada política de clase del 99% con algo que parecía poseer toda la actualidad social que Occupy no tenía.

Pero al igual que las modulaciones compositivas descendentes habían producido ese cambio de tonalidad, ahora planteaban la cuestión de si la nueva unidad negra podía mantenerse a lo largo de sus líneas hasta entonces extremadamente verticales. ¿La clase era la roca sobre la que naufragaría la raza, o era la raíz social gracias a la cual podría radicalizarse? En ese momento, lo primero parecía lo más probable.

---

87. En 1970, había 54 legisladores negros en Estados Unidos. En 2000, 610. La mayoría se encuentra en las cámaras estatales, pero el Black Caucus, con más de 40 miembros, se ha convertido en una fuerza en el Congreso.

88. CURTIS PRICE, «Baltimore's "Fire Next Time"», *Brooklyn Rail: Field Notes*, 3 de junio de 2015. <https://brooklynrail.org/2015/06/field-notes/baltimores-fire-next-time>

89. Frente al 60 % de su población, el 44 % de los policías de Baltimore son negros, pero el área metropolitana más amplia de la que se recluta a los policías es 30 % negra. Véase JEREMY ASHKENAS, «The Race Gap in America's Police Departments», *New York Times*, 8 de abril de 2015. <https://www.nytimes.com/interactive/2014/09/03/us/the-race-gap-in-americas-police-departments.html>

## MIRANDO HACIA ABAJO

El 28 de abril, mientras los drones del FBI sobrevolaban el cielo de Baltimore, Obama interrumpió una cumbre con Shinzo Abe para hacer una declaración. La declaración parecía mucho menos guionizada que las anteriores. Pasó con cautela de una frase a otra para equilibrar las declaraciones de apoyo a la policía con las de apoyo a la familia Gray; señaló que las manifestaciones pacíficas nunca reciben tanta atención como los disturbios; torpemente, llamó a los alborotadores «manifestantes», antes de reconocer el paso en falso y sustituirlo rápidamente por «delincuentes», para luego escalar y compensar con un racializador *thugs*;<sup>90</sup> vinculó Baltimore con Ferguson para situar la sucesión de acontecimientos en «una crisis de lenta evolución» que llevaba dándose desde hacía «décadas»; pidió a los sindicatos policiales que no cerraran filas y que reconocieran que «esto no es bueno para la policía».

La contradicción que había descrito las tensiones polares de la retórica de Obama pasó, sin embargo, a un segundo plano, mientras que el hecho de que «como país tenemos que hacer un examen de conciencia» pasó a ser específicamente el problema de los negros pobres, un problema de comunidades empobrecidas, de ausencia de empleo formal y de su sustitución por la economía ilegal, de policías llamados simplemente para contener los problemas de gueto. Este era el verdadero problema, y era difícil de resolver políticamente.<sup>91</sup> Hillary Clinton también se esforzó por expresar su compren-

90. NdT: *Thug* significa «matón» en inglés y tiene una fuerte carga connotativa racista hacia los negros.

91. «Observaciones del presidente Obama y el primer ministro de Japón Shinzō Abe, en Joint Press Conference», *La Casa Blanca*, 28 de abril de 2015. <https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2015/04/28/remarks-president-obama-and-prime-minister-abe-japan-joint-press-confere>

sión de las cuestiones sociales que estaban en juego en estas luchas.<sup>92</sup> El periódico conservador *Washington Times* declaró que el problema de Baltimore era una cuestión de clase, y no de raza, y hablaba con simpatía de cómo «los residentes de los barrios más pobres se sienten atacados por una fuerza policial que los trata injustamente».<sup>93</sup>

La opinión general parecía estar cambiando, con los demócratas y los republicanos intercambiando disparos sobre Baltimore, aunque compartiendo a menudo la premisa tácita de que el problema era la pobreza del centro de la ciudad. El contraste con la década de los 60 era impresionante: mientras que Johnson, un ultraliberal, consideraba que las revueltas de los negros eran un complot comunista, ahora, toda la clase política parecía estar de acuerdo con las quejas de los alborotadores. Las vidas de los negros importaban, y sí, las condiciones de los guetos y el encarcelamiento eran un problema.<sup>94</sup>

Además del nivel relativamente bajo de destrucción de propiedades en comparación con los disturbios de los sesenta (véase la tabla a continuación), el sorprendente grado de aceptación por parte de las élites en este caso podría atribuirse, quizás, a las posibilidades tan diferentes a las que se enfrentaban estos dos movimientos por los derechos civiles.

---

92. «Es hora de poner fin a la era del encarcelamiento masivo», 29 de abril de 2015. Incluso el republicano del Tea Party Ted Cruz se ha unido al coro contra el encarcelamiento.

93. KELLAN HOWELL, «Baltimore riots sparked not by race but by class tensions between police, poor», *Washington Times*, 29 de abril de 2015. <https://www.washingtontimes.com/news/2015/apr/29/baltimore-riots-sparked-not-by-race-but-by-class-t/>

94. Es igualmente llamativo el contraste con la reacción del Estado y los medios de comunicación británicos a los disturbios ingleses de 2011, que fue simultáneamente autoritaria e incomprensible.

	LA	Detroit	Baltimore	LA	Baltimore
Año	1965	1967	1968	1992	2015
Días de protesta	6	4	6	6	3
Edificios saqueados	977	2.509	1.200	3.767	285
Gente asesinada	34	43	6	53	0
Arrestos	3.438	7.200	5.800	11.000	486
Daños (en \$)	40M	60M	13,5M	100M	9,2M

Tabla: Impacto de algunos disturbios en EE. UU. (Wikipedia)

Mientras que el primero amenazaba con tener efectos sociales y políticos sustancialmente transformadores, desafiaba estructuras de opresión racial que se remontaban a la derrota de la Reconstrucción y hacía suya la idea de destronar a algunas élites racistas, la nueva política unitaria negra parecía estar dándole patadas a una puerta abierta que no llevaba a ninguna parte. Mientras que la primera podía ofrecer la perspectiva de la incorporación de al menos ciertas partes de la población negra a una economía en crecimiento, el nuevo movimiento se enfrentaba a una economía estancada con cada vez menos oportunidades, incluso para muchos de los que tenían la suerte de haber evitado el gueto, por no hablar de lo que estaban atrapados en él.<sup>95</sup> La élite negra actual está dispuesta a ensalzar la retórica del *New Jim Crow* siempre que lleve a los activistas a las ONG y ayude a consolidar votos, pero a ser posible dentro de un marco paternalista, salpicado de evocaciones de la familia negra disfuncional al estilo de Moynihan. Aquí las penosas iniciativas se centran

95. Véase «A Statement from a Comrade and Baltimore Native About the Uprising», en el sitio web del SIC. <https://www.sicjournal.org/a-statement-from-a-comrade-and-baltimore-native-about-the-uprising-there/>

en cosas como tutorías para mejorar las perspectivas individuales, eludiendo así los problemas sociales. Mientras tanto, las iglesias funcionan como sustitutos del Estado del bienestar y como órganos de representación de la comunidad, funciones que han demostrado estar dispuestos a aceptar y a afirmar en el contexto de este movimiento.<sup>96</sup> Las élites de Baltimore han aprovechado el ambiente, por ejemplo, acusando a todos los policías del caso Gray, algo que le valdrá elogios a la fiscal del Estado, Marilyn J. Mosby, sea cual sea el resultado. Pero probablemente sea significativo que la palabra «matón» fuera utilizada por primera vez aquí por esas mismas élites -y por Obama.<sup>97</sup> Mientras que la gente de todo el espectro de la sociedad negra estadounidense y más allá podría afirmar fácilmente que todas esas vidas desde Trayvon Martin en adelante ciertamente importaban, ¿qué podrían decir a los alborotadores de los guetos de Baltimore? ¿Podía mantenerse la delgada unidad de la identidad negra cuando el estigma de la criminalidad pasaba a primer plano?

## GRACIA

El 8 de junio fue procesado un agente de policía en uno de los casos más destacados: Michael Slager, por el asesinato de Walter Scott. Podríamos anticipar razonablemente que, aquí, por fin, es probable que se sacrifique a un policía en aras de una mayor legitimidad de la policía. Sin duda, no

96. Véase ANTONIA BLUMBERG y CAROL KURUVILLA, «How The Black Lives Matter Movement Changed The Church», *Huffington Post*, 8 de agosto de 2015. [https://www.huffpost.com/entry/how-the-blacklivesmatter-movement-changed-the-church\\_n\\_55c4f54ce4b0923c12bcc8c0](https://www.huffpost.com/entry/how-the-blacklivesmatter-movement-changed-the-church_n_55c4f54ce4b0923c12bcc8c0)

97. También esta vez fue la NAACP, con sede en Baltimore, la que culpó a «agitadores externos». Aaron Morrison, «NAACP condemns looting and violence in Baltimore», *International Business Times*, 28 de abril de 2015.

pueden hacer otra cosa: este caso parece tan claro como el que más, y cualquier otro resultado sería una admisión rotunda de doble rasero. Pero, como hemos visto recientemente con Randall Kerrick —asesino de Jonathan Ferrell—, incluso los casos claros no suelen dar lugar a condenas; al igual que en los casos civiles de «Stand Your Ground», el agente de policía solo tiene que decir que se sintió «amenazado», aunque la víctima estuviera desarmada.

La celda vecina a la de Slager pronto sería ocupada por otro hombre de Carolina del Sur: Dylann Roof, de 21 años, verdugo, el 17 de junio, de 9 feligreses negros en Charleston. La suya fue la reacción de un supremacista blanco a los acontecimientos posteriores a Trayvon. Cuando por fin se cumplió la exigencia de inculpar a los policías —se iba a inculpar a más a lo largo del mes siguiente, en Cincinnati—, la reacción a la masacre pareció silenciada. No hubo protestas airadas, solo conmoción y dolor. En la vista previa al juicio de Roof se presentaron familiares de sus víctimas y le perdonaron públicamente. Fue esta «gracia» cristiana la que dio a Obama la oportunidad de presentarse finalmente como un presidente de los Derechos Civiles, en el funeral del senador estatal Reverendo Pinckney, que había muerto en la masacre. La inocencia como corderos de las víctimas y la respuesta civil de la comunidad le permitieron invocar una imagen de la negritud revestida de esa tradición tan americana: la fe cristiana.

Apropiándose de la retórica vernácula de la iglesia negra, por fin pudo dejar de lado sus equívocos sobre raza y racismo: «no solo nos protegemos contra los insultos racistas, sino también contra el sutil impulso de llamar a Johnny para una entrevista de trabajo, pero no a Jamal». Aplausos de júbilo: «¡Aleluya!» El nacionalismo sureño revanchista de Roof significaba que la justa rabia negra podía ahora dirigirse no contra los policías asesinos, sino contra un símbolo: la

bandera confederada, que había ondeado en los palacios estatales de Alabama y Carolina del Sur desde que George Wallace encabezó una reacción blanca contra los derechos civiles en los años sesenta. El 27 de junio, Bree Newsome, una activista cristiana negra, arrancó la bandera de la sede del Estado de Carolina del Sur. A la semana siguiente, los gobernadores republicanos de ambos estados habían ordenado retirar la bandera de los edificios oficiales.<sup>98</sup> Durante un tiempo, los vídeos de ataques a personas, coches y edificios en los que ondeaba la bandera se convirtieron en un popular meme de Internet.<sup>99</sup>

Con el verano llegaron las intervenciones de los activistas de Black Lives Matter en las primarias demócratas: interrupciones de los discursos del sorprendente aspirante izquierdista Bernie Sanders que se interpretarían como enfrentamientos entre los izquierdismos de «la raza primero» y «la clase primero»; una reunión improvisada con Hillary Clinton, seguida de una denuncia de «su participación y la de su familia en la perpetuación de la violencia supremacista blanca en este país y en el extranjero». En este punto empezaron a surgir tensiones entre la *Campaign Zero*, identificada con DeRay, y la Red Black Lives Matter, liderada por Garza, Tometi y Cullors, en gran parte por la cuestión de si debían aceptar el tierno abrazo de los demócratas.<sup>100</sup> Esta cautela no carece de justificación: después de todo, como les gusta decir a los izquierdistas estadounidenses, el Partido Demócrata es donde los movimientos sociales van a morir. En agosto, el

98. Ningún otro Estado la enarbola, pero está incorporada a la bandera del Estado de Mississippi, apoyada por una reciente votación popular de 2-1.

99. A finales de junio se reavivó un meme más antiguo y anónimo en respuesta: ocho iglesias negras del Sur fueron incendiadas en una semana.

100. DARREN SANDS, «The Success And Controversy of #CampaignZero».



Comité Nacional Demócrata aprobó una resolución sobre «Black Lives Matter», solo para ser rechazada en una declaración por la Red Black Lives Matter; los demócratas más veteranos compitieron por apoyar al alumno más obediente, *Campaign Zero*.

Con menos cobertura, pero quizá más significativo, el verano también fue testigo de un enfrentamiento abierto con la vieja guardia de los derechos civiles en la NAACP. Gran parte de las desavenencias se deben a la cuestión de la delincuencia «negro contra negro»: según la Oficina de Estadísticas de Justicia, el 93% de los asesinatos de personas de raza negra se producen a manos de otras personas de raza negra, como Rudy Giuliani no dudó en señalar en el momento álgido de los disturbios de Ferguson. Para figuras de la NAACP como Roslyn Brock, la cuestión acuciante es, por tanto: «¿Cómo damos vida a la narrativa de que las vidas de los negros importan cuando somos nosotros los que matamos?».<sup>101</sup> «Para los nuevos activistas, estos discursos eximen a la «supremacía blanca» de toda responsabilidad, culpando a los propios negros, y equivalen a que los líderes negros «vigilen» sus propias comunidades como parte de una «política de respetabilidad» generalizada.

---

101. DARREN SANDS, «The NAACP And Black Lives Matter Are Talking Past Each Other», *BuzzFeed*, 17 July 2015.

## DELINQUIR SIENDO NEGRO

La cuestión de la «criminalidad negra» está sobredeterminada por décadas de acritud entre liberales y conservadores, que se remonta al lamento de Moynihan en 1965 por el estado de la «familia negra».<sup>102</sup> Aproximadamente tres conjuntos distintos de diagnósticos y recetas delimitan el perímetro retórico de este debate triangular. Los conservadores condenan las patologías culturales y la falta de familias biparentales estables, que consideran el origen de la elevada delincuencia en los barrios negros; las soluciones pasan a ser la promoción de la observancia religiosa y la paternidad negra, junto con la condena de la música rap. Los liberales defienden a los raperos y a las madres solteras de los conservadores patriarcales, y condenan a los policías racistas que exageran la criminalidad negra al vigilar en exceso los barrios negros; así, la solución pasa a ser la reforma de la policía y la lucha contra el racismo. Por último, los socialdemócratas estarán de acuerdo con los conservadores en que la delincuencia negra es real, pero apuntan a factores estructurales como el elevado desempleo y la pobreza, a su vez impulsados en parte por el racismo presente y pasado; la solución se convierte así en un Plan Marshall para el gueto.

Los miembros de la clase media negra se muestran escépticos ante la negación liberal de la criminalidad negra; muchos tienen familiares o amigos que se han visto afectados por la delincuencia. A menudo abiertos a argumentos estructurales, también están cansados de esperar panaceas socialdemócratas que parecen cada vez menos probables. Al observar su propia capacidad de progreso relativo, les resulta fácil contrastar la situación de los negros pobres con el supuesto

102. Para un resumen del informe y los debates posteriores, véase STEPHEN STEINBERG, «The Moynihan Report at Fifty», *Boston Review*, 24 de junio de 2015.

éxito de otros grupos de inmigrantes racializados. Así, llegan a conclusiones conservadoras: debe haber algo que no funciona en su cultura, en sus costumbres sexuales, etcétera. No se trata solo de Bill Cosbys y Ben Carsons. Es la posición de influyentes académicos liberales como William Julius Wilson y Orlando Patterson. También se ha convertido cada vez más en la postura de muchos supuestos radicales: Al Sharpton despotricando contra los pantalones caídos o Cornel West denunciando el «nihilismo» de la cultura negra e identificando la religión como solución.<sup>103</sup> A esto se refieren los activistas del Black Lives Matter cuando se oponen a «la política de la respetabilidad».

Tales objeciones son, por supuesto, esencialmente correctas: es estúpido culpar de la delincuencia a la cultura.<sup>104</sup> *The New Jim Crow*, de Michelle Alexander, es un punto de referencia clave para estos activistas. Alexander señala las disparidades raciales en el encarcelamiento relacionado con las drogas: los negros y los blancos consumen drogas en proporciones similares, pero los negros son detenidos con mucha más frecuencia, y a veces reciben condenas más largas por el mismo delito, lo que implica que estas disparidades son obra de policías y jueces racistas. Sin embargo, estas respuestas liberales a los argumentos conservadores suelen ir acompañadas de un punto ciego. Al centrarse en los delincuentes de poca monta relacionados con las drogas —que incluso muchos conservadores están de acuerdo en que no deberían cumplir condena—, Alexander elude algunas cuestiones espinosas. Entre los reclusos, los delincuentes violentos superan en

103. STEPHEN STEINBERG, «The Liberal Retreat From Race», *New Politics*, vol. 5, n.º 1, verano de 1994.

104. Para consultar datos actuales sobre los determinantes estructurales de la delincuencia, véase RUTH PETERSON y KRIVO LAUREN, «Segregated Spatial Locations, Race-Ethnic Composition, and Neighborhood Violent Crime», *Annals of the American Academy*, n.º 623, 2009.

número a los delincuentes de drogas en más de 2 a 1, y la desproporción racial entre estos presos es tan alta como entre los delincuentes de drogas.<sup>105</sup> Pero con estos delitos es difícil negar que los negros son tanto víctimas como autores en tasas mucho más altas.<sup>106</sup> Aquí la explicación de los estructuralistas es básicamente correcta, aunque sus soluciones parezcan inverosímiles: los negros tienen muchas más probabilidades de vivir en guetos urbanos, enfrentados a niveles de privación material mucho más altos que los blancos.

Con su violencia endémica, estos lugares son la base real de las elevadas estadísticas de «crímenes de negros contra negros» que a los conservadores les gusta sacar a relucir como prueba de que la responsabilidad de la violencia a la que están sometidos los negros recae en las propias comunidades negras. En una reacción comprensible contra tales argumentos, los liberales han señalado las similitudes entre las tasas de asesinatos intrarraciales: 84% para los blancos y 93% para los negros.<sup>107</sup> Parece un argumento polémicamente eficaz: ¿no deberían las comunidades blancas asumir también más responsabilidad por los «crímenes de blancos contra blancos»? Pero, de nuevo, se está ocultando algo: según la Oficina de Estadísticas de Justicia, los negros se matan entre sí 8 veces más a menudo. No es necesario aceptar la lógica retórica por la que reconocer esto parece

105. Los delincuentes relacionados con las drogas constituyen una proporción mucho mayor de los presos federales, pero solo el 6% de los presos están en cárceles federales. Véase FORMAN JR., «Racial Critiques of Mass Incarceration».

106. Si nos fijamos solo en los homicidios —por lo general, los datos más fiables—, de 1980 a 2008 los negros han tenido entre 6 y 10 veces más probabilidades que los blancos de ser víctimas y autores. COOPER y SMITH, «Homicide Trends in the United States, 1980-2008».

107. Jamelle Bouie, «The Trayvon Martin Killing and the Myth of Black-on-Black Crime», *Daily Beast*, 15 de julio de 2013.

una concesión a la moralina conservadora. ¿Acaso no cabe esperar altos índices de criminalidad en la sociedad más desigual del mundo desarrollado? ¿Y no es totalmente previsible que la delincuencia violenta se concentre en zonas urbanas donde predominan formas de empleo que no gozan de protección legal y que, por lo tanto, a menudo deben ser respaldadas con la capacidad de recurrir a la fuerza directa? Los argumentos que evitan estas cosas suelen implicar apelaciones implícitas a una noción poco realista de la inocencia y, así, parecen tener el efecto perverso de reforzar el estigma de la delincuencia; aquí los críticos de la «política de respetabilidad» reproducen su premisa fundacional.<sup>108</sup> Mientras que la perspectiva de que el problema subyacente se resuelva mediante un gigantesco Plan Marshall para el gueto parece la más desoladora, muchas propuestas políticas de los activistas de Black Lives Matter se limitan a alguna versión de «más policías negros».<sup>109</sup> La historia de la reforma policial en lugares como Baltimore, donde la policía y las «juntas civiles de revisión» han reflejado durante mucho tiempo los rostros de la población en general, demuestra claramente la insuficiencia de estas respuestas. Pero quienes afirman de forma más radical que lo que se debería exigir es *menos* policía, en lugar de *mejor*, están en cierto modo igual de alejados de la realidad.<sup>110</sup> El hecho preocupante —citado a menudo por la derecha conservadora, pero no por ello menos cierto— es que es precisamente en los barrios negros más pobres donde

**108.** En efecto, al cuestionar la realidad de la delincuencia, los liberales sugieren que los más desposeídos consienten obedientemente su condición.

**109.** Por ejemplo, Michael McDowell, de Black Lives Matter Minneapolis, ha abogado por convertir a los «líderes comunitarios» en agentes de policía. WALEED SHAHID, «The Interrupters», *Colorlines*, 14 de agosto de 2015.

**110.** Ver ALEX VITALE, «We Don't Just Need Nicer Cops: We Need Fewer Cops», *The Nation*, 4 de diciembre de 2014.

a menudo encontramos el mayor apoyo a una policía más dura. Cuando Sharpton, en su elogio a Brown, arremetió contra la negritud abyecta del gángster y el matón, algunos de los activistas se horrorizaron, pero su mensaje fue recibido calurosamente por muchos de los residentes de Ferguson presentes. Esto se debe a que Sharpton apelaba a una versión de la «política de respetabilidad» que tiene sus raíces en el gueto. Ta-Nahesi Coates, que creció en Baltimore Oeste, ha reconocido que muchos residentes «eran más propensos a pedir apoyo a la policía que a quejarse de la brutalidad». Esto no se debe a que amaran especialmente a los policías, sino a que no tenían otro recurso: mientras que la «seguridad» de la América blanca estaba en «las escuelas, las carteras y los rascacielos», la suya estaba en «hombres armados que solo podían mirarnos con el mismo desprecio que la sociedad que los envió». <sup>111</sup>

## VIGILANCIA DE LAS POBLACIONES EXCEDENTES

En el nivel más abstracto, el capital es daltónico: la plusvalía producida por la mano de obra blanca no es diferente de la producida por la mano de obra negra, y cuando las leyes racistas interfieren en la compra y venta de mano de obra, como acabó ocurriendo en el Sur de Jim Crow, los capitalistas tenderán a apoyar la derogación de esas leyes. No obstante, cuando la demanda de mano de obra disminuye y se plantea la cuestión de quién debe quedarse sin ella, por lo general se puede confiar en que los trabajadores descubran las divisiones necesarias entre ellos, normalmente a lo

111. COATES, *Between the World and Me* (Spiegel & Grau 2015), p. 85. Coates lo describe además como «enfurecerte contra el crimen en tu gueto, porque eres impotente ante el gran crimen de la historia que dio origen a los guetos».

largo de líneas de parentesco, etnia y raza. De este modo, los capitalistas se benefician del racismo aunque no lo creen, ya que en periodos de crecimiento estas divisiones socavan cualquier poder de negociación colectiva que los trabajadores pudieran conseguir de otro modo. Históricamente, las rígidas jerarquías raciales no han sido obra del capital, sino del Estado, sobre todo, aunque no exclusivamente, de los colonos blancos y otros Estados coloniales. El racismo de Estado se personifica en las leyes contra el mestizaje, que pretenden hacer realidad la diferencia racial prohibiendo la mezcla de razas; el Estado-nación se convirtió en un Estado racial. En tiempos de crisis económica, se podía contar con que los Estados raciales intervinieran en los mercados laborales —que asignan contingentemente trabajadores a los empleados y a los desempleados— para reordenar estas determinaciones metódicamente, según criterios raciales.

A mediados del siglo XX, este proyecto de creación de raza orquestado por el Estado se vino abajo a escala mundial. Por un lado, la revelación del genocidio nazi y el éxito de los movimientos de descolonización deslegitimaron el racismo estatal explícito. Por otro, el rápido crecimiento de la posguerra condujo a la rigidez de los mercados laborales, lo que redujo la competencia por los puestos de trabajo entre los grupos racializados. Fue, pues, una época de asimilación, evidenciada por las victorias parciales del Movimiento por los Derechos Civiles. Lo que hizo retroceder este proceso fue la reafirmación de las tendencias capitalistas de crisis en los años setenta. La caída de los beneficios provocó un descenso de la demanda de mano de obra. La igualdad formal recientemente alcanzada no impidió que las desigualdades económicas reales se vieran reforzadas por una mayor competencia por los puestos de trabajo. Aquí el Estado encontraría para sí

mismo un nuevo papel de creación de raza, esta vez no como árbitro de la separación legal, sino más bien como gestor de poblaciones excedentes racializadas.<sup>112</sup>

A medida que la regulación de las relaciones sociales por el mercado laboral empezó a resquebrajarse con la ralentización de la economía, los proletarios fueron expulsados del sector industrial, lo que provocó el aumento del desempleo y el subempleo, y el crecimiento de los servicios con salarios bajos. La población huyó hacia los suburbios, dejando atrás unos centros urbanos en decadencia. Esto provocó un deshilachamiento del tejido social, junto con una crisis fiscal del Estado. A pesar de las divisiones bipartidistas, los gobiernos a partir de Reagan aprovecharon la oportunidad para poner fin a toda una serie de programas sociales ya de por sí escasos. Las comunidades previamente existentes empezaron a desmoronarse. Esto tenía una dimensión cultural: el consumo privado de medios de comunicación en casa, la creciente atomización, etcétera. Pero, sobre todo, las solidaridades existentes se habían basado en una economía en crecimiento. Las comunidades que debían alcanzar la autonomía en el contexto del Movimiento del Poder Negro se encontraron desgarradas por la delincuencia y la desesperación. Aquí la policía intervino como último recurso de mediación social, gestionando un creciente desorden social, convirtiéndose en omnipresente en todo el tejido social. Cuando, por ejemplo, las personas entraban en estados mentales alterados por una u otra crisis, el Estado enviaba cada vez más, no a «profesionales de la salud mental», sino a policías, que sometían por la fuerza y a menudo mataban en el proceso.

En este mundo precario hay que sobrevivir con poca ayuda, y cualquier accidente o racha de mala suerte puede suponer perderlo todo. No es de extrañar que la gente enferme o recurra a la delincuencia cuando cae y no puede volver a



levantarse. La policía está ahí para garantizar que los que han caído no creen más disturbios, y para llevarlos a la cárcel si lo hacen. Las personas que quedan atrapadas no son solo las que atrapa la policía, sino personas -no ángeles- atrapadas en los vectores de una desintegración social que se extiende. Al mismo tiempo, poblaciones más amplias —temerosas de mirar hacia abajo— desarrollan sus propias mentalidades policiales. Esto da la razón a los eslóganes antipoliciales que presentan a la policía como una imposición a la comunidad, que se basan en la suposición de que estas comunidades estarían bien si la policía dejara de interferir: donde la comunidad y la sociedad están en estado de decadencia, la policía se ofrece como un sustituto, aportando una apariencia de orden a las vidas que ya no importan al capital.

Por la misma razón, es más o menos imposible que el Estado resuelva el problema cambiando el carácter fundamental de la policía. Una reforma a gran escala que acabara con la función actual de la policía como mediación social represiva y de último recurso, requeriría un renacimiento del proyecto socialdemócrata. Pero con sus menguados recursos económicos, el Estado carece de la llave de esa puerta. Mientras tanto, las reformas más suaves en torno a las cuales los activistas de Black Lives Matter pueden unirse con una élite política bipartidista —cosas como el encarcelamiento de los delincuentes de drogas de bajo nivel y la «reversión de la justicia» en la policía comunitaria— solo aumentan la perspectiva de una versión más quirúrgica del Estado carcelario. La brutal vigilancia policial de la América negra es una advertencia sobre el futuro global de la humanidad sobrante. Escapar de ese futuro requerirá el descubrimiento de nuevos modos de acción unificada, más allá de las separaciones.

## CODA

Esta oleada de luchas, que ha reunido a personas de toda la sociedad estadounidense bajo el término «negro» para protestar por cuestiones profundamente relacionadas con las estructuras raciales, ha mostrado una peculiar integración vertical. El contenido de este término unificador ha sugerido un cierto peso cuando se contraponen al tanteo sin orientación hacia la unidad de otros movimientos recientes como Occupy. Es raro el movimiento que parece unir al habitante del gueto, a la estrella multimillonaria y al agente del poder político en torno a una causa social sustantiva. Pero ahí está el problema. Al extenderse a lo largo de un espacio tan desigual, era inevitable que la unidad en juego fuera correspondientemente delgada. Si el contenido de la identidad es nulo sin ella, en los extremos de la diferencia el planteamiento de la identidad se convierte en una mera formalidad, mientras que el contenido se escapa.

Que la negritud pueda parecer que ofrece algo más sustancial es un efecto de su peculiar construcción: un contenido social forzosamente dado por su papel como marcador de clase subordinada, pero también una unidad identitaria posibilitada por su no correspondencia última con la clase. Estos polos en tensión han identificado durante mucho tiempo la especificidad de las luchas negras: insurgencia proletaria o «liderazgo de raza»; negritud como maldición socioeconómica o como cultura. Pero a medida que la brecha entre ricos y pobres se ensancha, y que estos últimos se hunden cada vez más en la miseria y la delincuencia, los gestos para mantener unidos los dos polos deben ser cada vez más vacíos. Para alcanzar el contenido social hay que soltar la identidad; para abrazar la identidad hay que soltar el contenido. Es prácticamente imposible mantener ambos a la vez. ¿La principal reivindicación es la reforma de la policía? ¿O se trata de mejorar las condiciones de los guetos en los que la violencia

policial es más o menos la única forma de controlar otros tipos de violencia? Si la negritud parece ofrecerse como un espacio en el que estas demandas podrían no estar realmente en desacuerdo, es solo por la luz borrosa de la penumbra de las antiguas capacidades de solidaridad, cuando la clase media negra también vivía en el gueto y compartía su destino; cuando la clase trabajadora negra podía razonablemente esperar ver días mejores.

Aunque está claro que la negritud ha sido en gran parte evacuada de un contenido social consistente, por su evidente capacidad para inducir movilizaciones dinámicas a tan gran escala en la población estadounidense está igualmente claro que sería prematuro anunciar su desaparición. Y en sus tensiones reside todavía un momento inestable aunque inafirmable, en la raíz social de las lógicas racializadoras, donde las relaciones sociales capitalistas se pudren en la nada, y donde residen los problemas más acuciantes de la humanidad excedente. Si la raza podía presentarse como la solución a un enigma compositivo, conjurando una nueva unidad a través de modulaciones descendentes, esa misma unidad desemboca en otro *impasse* compositivo cuando un nuevo descenso amenaza con deshacerla. Ahora que el gueto ha redescubierto su capacidad de amotinarse, y de forzar el cambio al hacerlo, ¿se quedarán de brazos cruzados otros componentes más amplios de los pobres de Estados Unidos, blancos y latinos? ¿Y qué papel desempeñarán, en esos momentos, los nuevos líderes raciales? Hay que aguzar el oído para captar las nuevas composiciones en las que se están resolviendo estas modulaciones.

## EPÍLOGO

Los cadáveres no han dejado de acumularse. El 16 de julio de 2015, la activista de Black Lives Matter Sandra Bland, de 28 años, fue encontrada ahorcada en una celda de la policía en el condado de Waller (Texas), un suceso que se dictaminó suicidio, pero en el que, por supuesto, muchos sospecharon de juego sucio. Los que entran en el panteón macabro de este movimiento son la punta del iceberg. En el momento de escribir estas palabras, 891 personas habían sido asesinadas en lo que va de año por la policía estadounidense, de las cuales 217 fueron identificadas como negras, más del doble que las tasas de blancos e hispanos.<sup>113</sup> Aunque no se dispone de cifras exactas, en los años transcurridos desde que comenzó esta oleada de luchas decenas de miles de personas negras habrán sido asesinadas en Estados Unidos.<sup>114</sup> Aunque el total sería solo ligeramente inferior en el caso de los blancos, éstos representan el 63% de la población estadounidense, mientras que los negros son solo el 13%.

El 9 de agosto, aniversario del tiroteo contra Brown, 250 personas se congregaron en Ferguson durante el día. Por la noche se produjeron algunos disparos contra la policía, saqueos y un robo a un periodista, mientras hombres armados vigilaban Ferguson Market & Liquor. Tyrone Harris Jr., de 18 años —al parecer, amigo íntimo de Mike Brown—, fue abatido por cuatro agentes de policía vestidos de civil, tras

113. Estas cifras proceden del proyecto «The Counted» de *The Guardian*, iniciado en respuesta a esta oleada de luchas, cuyo objetivo es llevar un registro de las personas asesinadas por la policía estadounidense. Un recuento similar del Washington Post, restringido a los tiroteos, informa de 759 muertes, de las cuales 190 eran negras. Consultado el 9 de octubre de 2015.

114. Entre 2000 y 2010, la cifra superó las 78.000 víctimas, más que el total de bajas militares estadounidenses durante la guerra de Vietnam.

participar supuestamente en un tiroteo entre saqueadores. El 19 de agosto, otro adolescente de San Luis, Mansur Ball-Bey, de 18 años, recibió un disparo por la espalda de la policía tras huir de un registro en su domicilio. Grandes multitudes se congregaron en el norte de St. Louis, donde la policía lanzó gases lacrimógenos; se tiraron piedras, se quemaron coches, se produjeron saqueos... Se hizo viral un vídeo de Peggy Hubbard, una abuela negra que creció en Ferguson, atacando a Black Lives Matter por apoyar a «matones» como Ball-Bey —y a su hermano y su hijo, que estaban en la cárcel—, mientras ignoraba la trágica muerte de Jamyla Bolden, de 9 años, asesinada por una bala perdida de un tiroteo mientras yacía en la cama de su madre. El 24 de agosto, un juez de Ferguson recién nombrado anunció que se anularían todas las órdenes de detención emitidas antes de 2015, y la legislatura de Missouri limitó las tasas judiciales en el condado de San Luis al 12,5% de los ingresos municipales. Aunque la matanza no da señales de amainar, la negociación colectiva por disturbios vuelve a obtener concesiones.



# Historia de una separación

## Prefacio

### Ascenso y caída del movimiento obrero, 1883-1982

No existen modelos. La historia de la experiencia pasada solo nos sirve para liberarnos de ella.

— Mario Tronti, «Lenin en Inglaterra», 1964

## PRÓLOGO: LA TRAICIÓN Y LA VOLUNTAD

¿Qué deberíamos estar haciendo hoy si estamos «a favor» de la revolución? ¿Deberíamos estar acumulando recursos o esperar pacientemente la próxima ruptura? ¿Deberíamos actuar de acuerdo a principios revolucionarios invariantes o permanecer flexibles, para que podamos adaptarnos a las nuevas situaciones a medida que vayan surgiendo? Cualquier respuesta a estas preguntas tiene que vérselas, inevitablemente, con la historia de las revoluciones en el siglo XX. El fracaso de esas revoluciones explica el hecho de que todavía estemos aquí haciéndonos estas preguntas. Todos los intentos para dar cuenta de nuestra agencia en la actualidad están acechados por las debacles del pasado. Eso es cierto incluso, o quizás sobre todo, para aquellos que nunca mencionan el pasado en primer lugar. La razón de esto es fácil de ver.

La historia del comunismo no es solo la historia de las derrotas: tomar riesgos, alzarse contra una fuerza más poderosa y perder. Es también una historia de la perfidia, o de lo que

la izquierda ha llamado normalmente «traición». En el curso del movimiento obrero tradicional, hubo muchos ejemplos famosos: el de los socialdemócratas y la dirigencia sindical en el inicio de la Primera Guerra Mundial, el de Ebert y Noske en el curso de la revolución alemana, el de Trotsky en medio de la rebelión de Kronstadt, el de Stalin cuando asumió el poder, el de la CNT en España cuando ordenó a los revolucionarios derribar las barricadas, y así sucesivamente.

En los movimientos anticoloniales de mediados del siglo XX, el Camarada Mao, el Viet Minh, y Kwame Nkrumah fueron todos llamados traidores. Mientras tanto, en el último auge importante en Europa, fueron la CGT en 1968 y el PCI en 1977, entre otros, quienes traicionaron, según se dice. La contrarrevolución no solo viene de fuera, sino también al parecer desde el corazón de la revolución misma.

Que esa derrota sea atribuida en última instancia a las fallas morales de organizaciones e individuos de izquierda es, al menos en las historias de los izquierdistas, esencial. Si las revoluciones hubieran sido derrotadas por alguna otra razón —por ejemplo, como consecuencia de las exigencias derivadas de situaciones extraordinarias—, entonces habría poco para que aprendamos con respecto a nuestra propia militancia.

Es debido a que el proyecto del comunismo parecía estar como bloqueado —no por la casualidad, sino por la traición— que la teoría comunista ha terminado dando vueltas, como neuróticamente, en torno a la cuestión de la traición y la voluntad que la impide.

La relación entre estas dos es fundamental: a primera vista, la teoría de la traición parece ser la inversa de una concepción heroica de la historia. Pero la traición delimita el espacio negativo del héroe y por tanto de la figura del militante. Es este militante, con su correcta línea revolucionaria y su auténtica



voluntad revolucionaria —así como el vehículo de ambas, el partido— quien se supone que impedirá que la traición se realice y, por ende, que llevará la revolución a término.<sup>1</sup>

Los orígenes de esta forma de pensamiento son sencillos de identificar: el 4 de agosto de 1914, los socialdemócratas alemanes votaron apoyar el esfuerzo bélico; los sindicatos se comprometieron a gestionar la mano de obra. Así, la Gran Guerra comenzó con la aprobación de los representantes terrenales del socialismo. Un año después del comienzo de la guerra, los disidentes socialistas antiguerra se congregaron en Zimmerwald, bajo el pretexto de organizar una convención de observadores de aves, con el fin de reconstruir un proyecto comunista hecho jirones. Pero incluso en este caso, las divisiones surgieron rápidamente. La izquierda de ese grupo disidente —que incluía tanto a Lenin como a representantes de las corrientes que se convertirían en los comunistas de la izquierda germano-holandesa— se separó del contingente principal, ya que este último se negó

1. Para dar solo un ejemplo, en 1920, durante el Segundo Congreso de la Comintern, Grigory Zinoviev sostuvo que: «Toda una serie de viejos partidos socialdemócratas se han convertido ante nuestros ojos [...] en partidos que traicionan la causa de la clase obrera. Nosotros decimos a nuestros camaradas que el signo de los tiempos no consiste en el hecho de que debemos negar el Partido. El signo de la época en la que vivimos [...] consiste en el hecho de que debemos decir: “Los viejos partidos han naufragado; abajo con ellos. Larga vida al nuevo Partido Comunista que debe ser construido bajo nuevas condiciones”». Continúa diciendo: «Necesitamos un partido. Pero ¿qué tipo de partido? No necesitamos partidos que tengan el simple principio de reunir el mayor número posible de miembros alrededor de sí mismos. [...] Necesitamos] un partido centralizado con disciplina de hierro». Es imposible leer estas líneas sin recordar que, quince años más tarde, Zinóviev sería acusado en el primer juicio falso de Moscú y ejecutado por el mismo partido que había defendido incondicionalmente. Para entonces Trotsky, que lo había apoyado en el segundo congreso, ya había sido expulsado fuera del país y pronto sería asesinado.

a denunciar abiertamente a los socialdemócratas. En su propio borrador de propuesta, la izquierda no se contuvo: «imbuidos de prejuicios nacionalistas, podridos por el oportunismo, al comienzo de la Primera Guerra Mundial [los socialdemócratas] traicionaron al proletariado en favor del imperialismo». <sup>2</sup> Ahora eran «un enemigo más peligroso para el proletariado que los apóstoles burgueses del imperialismo». <sup>3</sup> Pero esta denuncia fue solo una instancia de un tropo repetido después mil veces más. Las organizaciones creadas con el propósito de defender los intereses de la clase trabajadora —habiéndolo hecho a menudo sobre la base de sus propias nociones de traición y voluntad— traicionaron a la clase, una y otra vez, durante el curso del siglo XX.

Ya sea que se llamen a sí mismos comunistas o anarquistas, los que se identifican como «revolucionarios» pasan gran parte de su tiempo examinando pasadas traiciones, a menudo en detalle, para determinar exactamente cómo esas traiciones ocurrieron. <sup>4</sup> Muchos de estos análisis tratan de recuperar el *hilo rojo* de la historia: la sucesión de individuos

2. Borrador de Resolución propuesto por la Izquierda de Zimmerwald, 1915.

3. *Ibid.*

4. «Este fue un ambiente político en el que el estudio minucioso de la historia mes a mes de la revolución Rusa y de la Comintern entre 1917 y 1928 parecía la clave del universo en su conjunto. Si alguien decía que creía que la Revolución Rusa había sido derrotada en 1919, 1921, 1923, 1927, o en 1936, o en 1953, uno tenía una idea bastante buena de lo que pensaría sobre casi todas las demás cuestiones políticas del mundo: la naturaleza de la Unión Soviética o de China, la naturaleza de los PC, la naturaleza de la socialdemocracia, la naturaleza de los sindicatos, el Frente Único, el Frente Popular, los movimientos de liberación nacional, la estética y la filosofía, la relación entre partido y clase, la importancia de los soviets y los consejos obreros y si Luxemburg o Bujarin habían tenido razón sobre el imperialismo» (LOREN GOLDNER, «Comunismo es la comunidad humana material: Amadeo Bordiga Hoy », *Crítica* 23, 1991).

o grupos que expresaron una heroica fidelidad a la revolución. Su existencia misma demuestra supuestamente que era posible no traicionar y, por tanto, que la revolución podría haber tenido éxito —si tan solo los grupos correctos hubieran estado a la cabeza, o si los grupos equivocados hubieran sido apartados del timón en el momento adecuado—. Uno se convierte en comunista o anarquista sobre la base del hilo particular con el que teje su propia bandera —y hoy en día, a menudo se enarbolan esas banderas no sobre la base de una identidad sentida, sino debido a las contingencias de la amistad—. No obstante, sin importar la bandera que se alce, los revolucionarios no alcanzan a ver los límites a los que respondían los grupos que veneran —es decir, los límites que precisamente hicieron de aquellos una formación minoritaria—. Los revolucionarios se pierden en la historia, definiéndose a sí mismos en referencia a un contexto de lucha que ya no tiene correlato actual. Dibujan líneas en una arena que ya no está allí.

## EL QUIEBRE EN LA PERIODIZACIÓN

Podríamos estar tentados de leer las runas una vez más y así intentar resolver definitivamente el enigma de la historia: ¿qué era lo correcto a hacer en 1917, 1936, 1968? Sin embargo, el propósito aquí no es llegar a nuevas respuestas para las viejas preguntas. Por el contrario, nuestra intervención es terapéutica: apuntamos a confrontar a los interrogadores, para desafiar las suposiciones que los motivan. Cualquier orientación estratégica hacia el pasado debe basarse, por lo menos, en el supuesto de que el presente es esencialmente semejante. Si el presente no es como el pasado, entonces sin importar cómo se resuelva el enigma de la historia, esta nos dirá muy poco acerca de lo que deberíamos estar haciendo hoy.

Así, nuestro objetivo es introducir un quiebre, escindir el presente del pasado, para así también cortar la relación entre traición y voluntad. Si lo hacemos correctamente, este quiebre en la periodización nos permitirá relacionarnos con el pasado como pasado, y con el presente como algo distinto. Por supuesto, este quiebre en la periodización no puede ser absoluto. El presente no es totalmente diferente del pasado. El modo de producción capitalista permanece. De hecho, la relación capital-trabajo define la forma de nuestras vidas más de lo que nunca lo hizo con nuestros antepasados, y lo hace como mínimo en dos aspectos fundamentales.

En primer lugar, en comparación con el pasado, una mayor parte de la población actual del mundo consiste en proletarios y semiproletarios: deben vender su fuerza de trabajo para comprar al menos algo de lo que necesitan. En segundo lugar, ese «algo de lo que necesitan» se ha ampliado de forma masiva, por lo que hoy en día las vidas de las personas están profundamente sumergidas en las relaciones de mercado: en los países de altos ingresos, y también en partes del mundo de bajos ingresos, los trabajadores no solo pagan el alquiler y compran alimentos. Compran comidas preparadas, hablan con sus familias por teléfono, internan a sus padres en residencias y toman pastillas para vivir mejor, o al menos sobrevivir. Deben continuar trabajando con el fin de permitirse estas cosas, es decir, con el fin de mantener sus lazos sociales.

Muchos revolucionarios toman esta imbricación cada vez más profunda en las relaciones de mercado como prueba suficiente de que el presente es como el pasado, en cualquier sentido relevante. Como resultado, se relacionan con el pasado a través de una pantalla, convirtiéndose este en una proyección fantasiosa del presente. Con bastante frecuencia, esa pantalla se llama «la Izquierda». Los debates acerca de la historia se convierten en debates sobre la izquierda, sobre lo que fue o lo que se debería haber hecho (algunos, sobre

esa misma base, llegan a verse a sí mismos como la «posizquierda»). Lo que no se percibe, por tanto, es la ausencia, en nuestros días, del contexto que dio forma al mundo en el que la Izquierda actuara durante el transcurso del siglo XX, es decir, el movimiento obrero y sus ciclos de lucha.

El movimiento obrero proporcionó el escenario sobre el cual el drama de «la Izquierda» tuvo lugar. Ese movimiento no era *el proletariado en lucha* simplemente, como si cualquier lucha de hoy tuviera que replicar sus características esenciales. Era una forma de lucha en particular, que cobró forma en una época que no es la nuestra. Para nosotros no queda más que «la reverencia melancólica de los que llegaron tarde». <sup>5</sup> Nuestra meta es, en este ensayo, explorar esta totalidad como pasado y explicar su disociación con el presente.

Nuestro argumento es que, si el movimiento obrero histórico es hoy ajeno a nosotros, lo es porque la *forma* de la relación capital-trabajo que dio base al movimiento obrero ya no rige: en los países de altos ingresos desde la década de 1970, y en los países de bajos ingresos desde la década de 1980 (varios movimientos obreros tardíos tuvieron lugar en Sudáfrica, Corea del Sur y Brasil, pero todos ellos presentan ahora la misma forma: una socialdemocracia en retirada). De hecho, las bases sociales sobre las que se construyó el movimiento obrero han sido desgarradas: el sistema fabril ya no aparece como el núcleo de una nueva sociedad en formación; los trabajadores industriales que trabajan allí ya no aparecen como la vanguardia de una clase en proceso

5. «Cuanto más buscamos persuadirnos de la fidelidad de nuestros propios proyectos y valores con respecto al pasado, más obsesivamente nos hallamos explorando ese pasado, y a sus proyectos y valores, que lentamente se van convirtiendo en algo así como una totalidad y empiezan a disociarse de nuestro propio presente». *Una modernidad singular: Ensayo sobre la ontología del presente* (Verso 2002), p. 24. Traducción al castellano por Gedisa.

de convertirse en revolucionaria. Todo lo que queda de este mundo del pasado son *ciertas lógicas de desintegración*, y no solo del movimiento de los trabajadores, sino también de la propia relación capital-trabajo. Afirmar esto no quiere decir, de ningún modo, que todos los trabajadores estén «realmente» desempleados, o negar que exista un emergente proletariado industrial en países como India y China.

Más bien se trata de señalar lo siguiente. La economía mundial está creciendo cada vez más lentamente, cada década que pasa, debido a un largo período de sobreproducción y bajas tasas de ganancia. Ese crecimiento lento se ha visto asociado, en la mayoría de países del mundo, con desindustrialización: la producción industrial continúa creciendo, pero este crecimiento ya no se presenta más asociado a un rápido incremento en el empleo industrial. Los trabajadores fabriles semicualificados ya no pueden, por tanto, presentarse como la vanguardia de una clase-en-formación. En este contexto, las masas de proletarios, sobre todo en países con mano de obra joven, no encuentran trabajo estable; muchos de ellos han sido expulsados del mercado de trabajo, sobreviviendo únicamente por medio de la economía informal.

La baja demanda de mano de obra resultante ha llevado a una caída global en la proporción laboral de los ingresos; en otras palabras, a la pauperización. Mientras tanto, el Estado, en un intento por gestionar esta situación, se ha endeudado masivamente y ha tenido que emprender progresivamente «reformas estructurales» —un término que en nuestra época ha llegado a ser sinónimo del desmoronamiento de las protecciones sociales—, llevando a la precariedad a una parte considerable de la población.

Los vínculos sociales que en el mundo moderno mantienen a la gente unida, aunque sea en una posición de sumisión, se están debilitando, y en algunos lugares se han roto por completo. Todo esto tiene lugar en un planeta que se está

calentando, con concentraciones de gases de efecto invernadero aumentando rápidamente desde 1950. La conexión entre calentamiento global y expansión de la producción industrial es clara. El sistema fabril no constituye el núcleo de una sociedad futura, sino una máquina que produce *no-future*.

Estas no son meramente consecuencias políticas del neoliberalismo; son características estructurales del modo de producción capitalista de nuestro tiempo. Las luchas dentro y en contra de este mundo están comenzando a asumir una mayor importancia mundial, pero no han encontrado una coherencia comparable a la que tuvieron en una época anterior.

Una característica clave de las luchas de hoy es precisamente que, aun cuando continúan siendo luchas de trabajadores, solo se presentan como tales cuando se dan al nivel de las luchas sectoriales, es decir, como luchas de fracciones de la clase, que casi siempre son luchas defensivas contra las «reformas» en curso y las «reestructuraciones». Cuando las luchas adquieren un significado más amplio, es decir, para la clase en su conjunto, la unidad que presentan, tanto para ellas como para las demás, va más allá de una identidad de clase. Los trabajadores encuentran una base común para la lucha no por medio de la pertenencia de clase que tienen en común, sino más bien como ciudadanos, como participantes en una «democracia real», como el 99%, y así sucesivamente. Tales formas de identificación distinguen marcadamente las luchas de estos trabajadores de las luchas clásicas de la era del movimiento obrero. Han hecho también difícil ver el camino a seguir, en dirección a un futuro comunista.

Es este contexto -de desintegración de la relación capital-trabajo, y de no realización del potencial de las luchas para generar nuevos tipos de relaciones sociales- el que distingue la época en la que nos encontramos de aquella del pasado.

## SUS PERIODOS Y LOS NUESTROS

En el primer número de *Endnotes* publicamos una serie de textos que llamamos «materiales preliminares para un balance del siglo XX». En este número aproximamos aquel balance hasta el modo en que se nos presenta en la actualidad. Pero antes de hacerlo será útil contrastar nuestro enfoque con el de *Théorie Communiste* (TC), cuyos textos destacaron prominentemente en esa primera edición y han seguido influyendo en nuestro pensamiento con el pasar de los años.

El quiebre en la periodización que presentamos en este artículo tiene mucho en común con el que propone TC.<sup>6</sup> Nuestra perspectiva emergió, en parte, de un intento por medir la teoría de TC con la historia global del movimiento obrero durante el curso del siglo XX. Una diferencia entre nuestro punto de vista y el suyo es que TC trata de fundamentar su periodización en las categorías marxianas de la subsunción formal y la real. Para Marx, estos términos se refieren específicamente a la transformación del proceso de trabajo; TC los aplica a la relación capital-trabajo en su conjunto, e incluso a la sociedad capitalista.<sup>7</sup> TC ubica el quiebre entre subsunción formal y real en torno a la Primera Guerra Mundial, para luego dividir la subsunción real en dos fases distintas. A continuación, superponen esta periodización estructural (de la «forma» de la «relación capital-trabajo») a una segunda periodización (del comunismo, o lo que ellos llaman «ciclos de lucha»), donde la fase actual, a partir de la década de los 70, corresponde a una segunda fase de la subsunción real:

6. Ver *Endnotes 1* (Ediciones Extáticas, 2022).

7. TC no fue el primero en hacerlo. Jacques Camatte, Negation y Antonio Negri también lo hicieron. Ver «Historia de la subsunción», *Endnotes 2* (Ediciones Extáticas, 2022), para nuestra crítica de estos intentos.



## PERIODIZACIÓN

Aun así, un tanto extrañamente, el quiebre principal en una secuencia no coincide con el quiebre principal en la otra: una transformación completa en el «ciclo de la lucha» (los 70) se corresponde con una transformación de menor importancia en la forma de la «relación capital-trabajo». Esto le da a la periodización de TC la forma tripartita de una estructura narrativa, con introducción, nudo y desenlace. Como es habitual en este tipo de estructuras, el término medio tiende a dominar a los demás: TC define la primera y última fases negativamente en relación al cénit del «programatismo», entre 1910 y 1970.<sup>8</sup> Así, en sus textos el fantasma del programatismo, supuestamente muerto desde hace tiempo, tiene una tendencia a merodear y aparecerse en el momento presente. Un problema más grave es que el esquematismo encaja perfectamente, en todo caso, únicamente en Francia —a lo sumo se podría aplicar a Europa occidental—.<sup>9</sup> Solo con gran dificultad podría extenderse al resto del mundo, y es particularmente inadecuado a los países pobres y de desarrollo tardío. En este artículo partimos de lo que consideramos que es el núcleo de verdad en la distinción de TC entre subsunción formal y real. En lugar de dos fases, argumentamos que su distinción corresponde aproximadamente

8. Sobre esta idea, ver «Error» en el próximo número de Endnotes.

9. Quizá esto se deba a que TC parece derivar su periodización estructural del trabajo de Michel Aglietta, el economista de la Escuela de la Regulación que ve a la historia francesa reflejada en los Estados Unidos (AGLIETTA, *Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos*, Verso, 1976) [Traducción al castellano por Siglo XXI]. Aglietta pasa por alto el crecimiento de la productividad y los salarios a fines del siglo XIX, e imagina que el fordismo en los Estados Unidos estuvo dirigido por el Estado de forma similar a la Francia de posguerra. Ver ROBERT BRENNER y MARK GLICK, «La Escuela de la Regulación: Teoría e historia», *New Left Review* I/188, Julio 1991. Hay traducción al castellano en la NLR.

a dos aspectos del mundo en el que el movimiento obrero se desplegó. El primer aspecto «formal» tenía que ver con la persistencia del campesinado —aspecto ampliado aquí para incluir la persistencia de las élites del antiguo régimen cuyo poder se basaba en el campo— como una especie de exterior para el modo de producción capitalista. Este exterior estaba en proceso de ser incorporado a las relaciones sociales capitalistas, pero esta incorporación tomó mucho tiempo. El segundo aspecto, el «real», era el «desarrollo de las fuerzas productivas», es decir, los aumentos acumulativos de la productividad del trabajo, y las transformaciones del aparato productivo y de la infraestructura de la sociedad capitalista sobre las que se basa.

Estos dos aspectos a su vez dieron lugar a los dos imperativos del movimiento obrero: por un lado, luchar contra las élites del antiguo régimen, que trataban de negar a los trabajadores las libertades de la sociedad liberal capitalista —por ejemplo, el derecho al voto, la libertad de elegir el empleador—; por otro, liberar el desarrollo de las fuerzas productivas de las cadenas que lo ataban, sobre todo en los países de desarrollo tardío —cadenas que, a menudo, eran el resultado parcial de la persistencia del antiguo régimen—. <sup>10</sup> En cada uno de los casos, nuestra atención se centrará en la divergencia entre las consecuencias *esperadas* del desarrollo capitalista y las *reales*.

Sin embargo, los conceptos de subsunción formal y real son inadecuados para la tarea de explicar la historia del movimiento obrero. Los dos aspectos del movimiento que estos conceptos vagamente describen no son períodos distintos,

10. TC trata estas dos tendencias con su noción de un conflicto entre las demandas por «autonomía» y un «creciente fortalecimiento de la clase obrera dentro del capitalismo», pero fallan en hacer la conexión con sus categorías de subsunción formal y real, como si las anteriores fueran características puramente «subjetivas» de la lucha de clases, mientras que las últimas serían puramente «objetivas».

que pudieran fecharse con precisión, sino que más bien se desplegaron al mismo tiempo, al igual que la subsunción formal y la real del proceso de trabajo mismo. No obstante, la periodización que hace TC del comunismo sigue siendo cercana a la nuestra. El quiebre fundamental en la periodización, tanto para nosotros como para TC, se inicia a mediados de los 70. Los dos aspectos del movimiento obrero que hemos descrito anteriormente fueron radicalmente transformados en el último cuarto del siglo XX. En lugar de un quiebre entre dos «fases» de la subsunción real, marcadas por la «revolución» y la «contrarrevolución», vemos esta transición en términos de la transformación en curso del proceso de trabajo, el fin del campesinado, la ralentización de la acumulación capitalista a escala global, y la aparición correspondiente de un largo periodo de desindustrialización, todos los cuales han transformado las condiciones de las luchas obreras por razones que exploramos en detalle a continuación. Un *horizonte comunista* se desintegró y disolvió en aquel momento, encerrándonos por un tiempo dentro de un mundo capitalista aparentemente sin un punto de fuga.

## HORIZONTES DE COMUNISMO

Hay otra distinción entre nuestra periodización y la de TC, una que concierne más al contenido que a la forma. TC a menudo se refiere al movimiento obrero, la era del «programatismo», como un «ciclo de luchas». De este modo, no distinguen claramente entre, por un lado, ciclos u oleadas de lucha y, por el otro, el horizonte del comunismo, al interior del cual los ciclos se desarrollan. Ambos conceptos son necesarios para nuestro balance del siglo veinte.<sup>11</sup>

11. Sobre horizontes comunistas, ver «Crisis de la relación de clase», *Endnotes 2*.

El concepto de ciclo de lucha describe cómo el choque de clases tiene lugar. Típicamente, este choque no se desarrolla ni en largas marchas ni en abruptos estallidos, sino más bien en olas. Hay tiempos de reacción, en los que las fuerzas revolucionarias son débiles y episódicas, pero no del todo ausentes. Estas épocas reaccionarias pueden durar décadas, pero tienen un final, aún cuando ese final es extremadamente difícil de predecir por adelantado. Entonces estalla la revuelta, cada vez con mayor frecuencia. Los militantes, que hasta entonces causaban poca impresión en sus compañeros, comienzan a aumentar. Mientras tanto, las luchas adquieren un nuevo contenido, se desarrollan nuevas tácticas y se descubren nuevas formas de organización —aspectos que solo se alcanzan a través de la aterradora lucha del sufrimiento y la retribución—. Con el tiempo, las luchas se unen (pero nunca de una manera lineal) en olas que suben y bajan durante años. Eso es lo que vuelve posible la revolución. En la medida en que las revoluciones fracasan o las contrarrevoluciones tienen éxito, el ciclo llega a su fin, y comienza un nuevo período de reacción.

Los estrategias revolucionarios se han ocupado mayormente de los puntos más álgidos de diversos ciclos de lucha: 1917, 1936, 1949, 1968, 1977, y así sucesivamente. De este modo, por lo general ignoran el contexto en que se desarrollan esos ciclos. El movimiento obrero fue ese contexto: proporcionó el escenario en el que distintos ciclos se desplegaron (por ejemplo, en Europa, los ciclos de 1905-1921, 1934-1947, 1968-1977). Fue porque cada ciclo de lucha se desarrolló en el contexto del movimiento obrero que podemos decir lo siguiente sobre sus puntos álgidos: *estos no eran solo rupturas al interior de la relación capitalista de clase, sino rupturas producidas al interior de un horizonte de comunismo particular.*<sup>12</sup>

12. Sobre la idea de «ruptura producida», ver *Théorie Communiste*, «Sur la critique de l'objectivisme», *TC 15*, febrero de 1999.

Vale la pena examinar tales rupturas en detalle, aunque no es esa la tarea que nos fijamos en el presente texto.<sup>13</sup> Argumentamos que, solo si observamos al movimiento obrero en su conjunto en lugar de centrarnos en sus puntos álgidos distintivos, lograremos ver lo que los hizo distintivos, o incluso excepcionales. Las revoluciones de la era del movimiento obrero surgieron a pesar de las tendencias generales, más que en concierto con ellas, y lo hicieron de una manera que fue totalmente en contra de la teoría revolucionaria de aquella era, con todo su sentido de inevitabilidad.

Así, para nosotros, el movimiento obrero no fue en sí mismo un ciclo de lucha. Se constituyó como un horizonte comunista preciso, lo cual impartió una cierta dinámica a las luchas y estableció también sus límites. Decir que el movimiento obrero fue *un* horizonte del comunismo es decir que no era *el* horizonte invariante. Es necesario rechazar la idea de que el comunismo podría llegar a ser posible otra vez solo sobre la base de una renovación del movimiento obrero (que no es lo mismo que lucha organizada de los trabajadores). Trataremos aquí de entender las condiciones que, entre finales del siglo XIX y la década de los 70, inauguraron la era del movimiento obrero, dieron lugar a varios ciclos de lucha, y luego irreversiblemente colapsaron. Nos centramos, en otras palabras, en la *longue durée* del movimiento.

---

13. Ver «Espontaneidad, mediación, ruptura», *Endnotes 3* (Ediciones Extáticas, 2023), para una discusión del concepto de ciclos de lucha y estrategia revolucionaria.

## DOS FALACIAS

Lo esencial a entender sobre el movimiento obrero es que representó el horizonte de comunismo durante la era del largo ascenso del modo de producción capitalista, es decir, una época en la que «todas las relaciones firmes y enmohecidas, con su cortejo de prejuicios y opiniones veneradas durante siglos» fueron «barridos». Los marxistas a menudo han extraído las conclusiones equivocadas de este pasaje del *Manifiesto comunista*. Por tanto, antes de comenzar, será útil desengañarnos primero de dos falacias comunes.

La primera falacia es que *el capitalismo es un estadio inevitable o evolutivo de la historia*. A finales del siglo XIX los marxistas a menudo se imaginaban que las relaciones sociales capitalistas se extendían sin descanso por todo el mundo. Pensaban que la ciudad, la fábrica, y el trabajo asalariado pronto iban a absorber todo el mundo. En realidad, para 1950 cerca de dos tercios de la población mundial continuaba en la agricultura, campesinos y pastores autosuficientes en su gran mayoría. Incluso en los países de altos ingresos, un 40% de la fuerza de trabajo estaba en la agricultura. No fue hasta finales de los 70 y principios de los 80 que se llegó a un punto de inflexión: la población agrícola de los países de altos ingresos se redujo a su mínima expresión, y globalmente, por primera vez en miles de años, la mayoría de los trabajadores del mundo ya no estaban trabajando en los campos. Por lo tanto, el campesinado mundial, así como las «relaciones enmohecidas» con las que se los asociaba, no fueron tan rápidamente «barridas». Poner la casa en orden tomó más tiempo de lo esperado, porque, a diferencia de lo que los materialistas históricos imaginaron, no había ninguna tendencia natural o automática del campesinado mundial a plegarse al proletariado, ya fuese por la corrosión de las fuerzas del mercado o por alguna tendencia de los capitalistas para expropiar a los campesinos en masa.

En efecto, el capital no atrajo a los campesinos a su órbita con una fuerza irresistible. Siempre que podían, estos lucharon para asegurar su acceso no mercantil a la tierra. En el siglo XIX y mayor parte del XX el desalojo de los campesinos de la tierra era necesariamente un acto político. Por otro lado estos actos rara vez eran llevados a cabo por capitalistas, que preferían emplear trabajo no libre o semilibre donde quiera que estuviese disponible, con el fin de producir para los mercados mundiales —donde los niveles de desigualdad eran altos los mercados nacionales eran pequeños—. De hecho, cuando la expropiación se llevó a cabo, lo fue a menudo por los representantes del movimiento obrero, o al menos con su apoyo.

Los proletarios pudieron apoyar el proyecto de «descampesinización» porque los campesinos estaban imbuidos en relaciones de clase precapitalistas con los terratenientes. Estas formas sociales patriarcales, estratificadas en castas o estamentos, ofrecían poca oportunidad para el cambio o la movilidad. La élites del antiguo régimen, orientadas hacia los asuntos militares, estaban hasta cierto punto interesadas en la búsqueda de alianzas con los capitalistas —a menudo los hijos de esas élites, que se enfrentaban a un mundo cambiante—; esta amalgama élite-clase, empero, no veía ninguna ganancia en la ampliación de la franquicia. Las élites a menudo ni siquiera consideraban a los trabajadores como de la misma especie, esto es, como seres humanos *capaces* de gestionar los asuntos de la política, mucho menos *merecedores* de ello. Tampoco renunciaron a sus privilegios sin luchar. Los testigos del siglo XIX —o, para el caso, del siglo XXI— pueden ser perdonados por imaginar que el «trabajo libre» era el acompañamiento inevitable de la acumulación capitalista. La historia del siglo XX demostró que el «trabajo libre» tuvo que ser conquistado.

La segunda falacia es que *el desarrollo del capitalismo tiende a unificar a los trabajadores*. El mercado de trabajo puede ser singular, pero los trabajadores que ingresan a vender su fuerza de trabajo en él no lo son. Están divididos por el idioma, la religión, nación, raza, género, habilidad, etc. Algunas de estas diferencias fueron preservadas y transformadas por el ascenso del capitalismo, mientras que otras fueron de nueva creación. Tal mezcla tuvo consecuencias ambivalentes. La mayoría de estas divisiones demostraron ser obstáculos para organizarse sobre la base de la solidaridad de clase. Sin embargo, algunas formas preexistentes de colectividad demostraron ser sus propias fuentes de solidaridad, un impulso a la acción directa de masas.

Los líderes del movimiento obrero declararon que el desarrollo de las fuerzas productivas terminaría deshaciendo las divisiones entre los trabajadores. Las masas dispersas, la «clase en sí», sería convertida por la disciplina fabril en una masa compacta, que podría luego ser capaz de convertirse en la «clase para sí». Así, si los trabajadores simplemente hubieran renunciado a sus intentos de preservar las viejas formas, si tan solo hubieran cedido a la reorganización científica (y constante) del lugar de trabajo, se hallarían a sí mismos positivamente transformados: serían unificados por el sistema fabril en un «trabajador colectivo». Durante un tiempo, en la primera parte del siglo XX, esta visión pareció estar haciéndose realidad.

Pero, de hecho, estas transformaciones dieron lugar a la integración de los trabajadores —excampesinos, en su mayor parte— en la sociedad de mercado, y no solo en la esfera de la producción, sino también en la del intercambio y el consumo, donde los trabajadores estaban atomizados. Fue esta característica de atomización del nuevo mundo y no los aspectos cooperativos del trabajo en la fábrica la que resultaría dominante. Esto fue cierto no solo en los mercados



de consumo, donde los trabajadores intercambiaban salarios por bienes, sino también en los mercados de trabajo, donde intercambian su promesa de trabajar por un salario prometido —e incluso en las mismas fábricas, ya que las divisiones entre los trabajadores se conservaron y renovaron—. La competencia intraclase resultante únicamente fue mitigada parcialmente por los sindicatos, que actuaron como asociaciones de vendedores rivales, tratando de acaparar el mercado de fuerza de trabajo.

Esta es la unidad-en-la-separación de la sociedad de mercado. Las personas se vuelven cada vez más interdependientes a través del mercado, pero este poder se produce a expensas de sus capacidades para la acción colectiva. La sociedad capitalista reduce a los trabajadores a pequeños vendedores de mercancías, proporcionándoles una cierta autonomía, pero siempre dentro de unos límites. En retrospectiva, está claro que el sueño del movimiento obrero —que una «unidad real» de los trabajadores, en oposición a su unidad-en-la-separación, se realizaría en las fábricas a través de un mayor desarrollo de las fuerzas productivas— no se cumplió. *Dicha unidad real solo puede lograrse por medio de una transcendencia comunista de las relaciones sociales capitalistas.*



## La construcción del movimiento obrero

Ambas falacias mencionadas anteriormente fueron elementos de la historia que el movimiento obrero se narraba a sí mismo por medio de sus líderes y teóricos. La primera falacia, la visión etapista, progresista, de la historia, era un componente básico del pensamiento burgués del siglo XIX, desde Ranke a Comte a Spencer, uno que resultó particularmente atractivo para los escribas oficiales del movimiento obrero. Kautsky, Bernstein y Plejánov, así como Lenin, Luxemburg y Lukács, se entusiasmaron con la idea de que su revolución heredaba el bastón de una anterior, la llamada «revolución burguesa», a la que veían como el resultado inevitable del desarrollo de las fuerzas productivas y del creciente poder de una burguesía urbana. En sus primeros escritos el propio Marx se adhirió a esta visión de las etapas inevitables, pero, como veremos en el epílogo («La idea del movimiento obrero»), terminó rechazándola en sus escritos tardíos sobre el mir ruso.<sup>14</sup>

En esta sección mostramos que el Marx «del final» tenía razón en repudiar la perspectiva etapista que él mismo había promulgado. Excepto en Inglaterra, el capitalismo no se desarrolló *in nuce* dentro del antiguo régimen; las revoluciones burguesas europeas, cuándo y dónde tuvieron lugar, no fueron realmente burguesas.<sup>15</sup> Por el contrario, hallaron

14. NdT: se refieren a sus estudios sobre la situación de la comuna rural rusa.

15. Neil Davidson recientemente ha intentado salvar la noción de revolución burguesa abandonando la pretensión (hoy ampliamente rechazada) de que esas revoluciones fueron guiadas por el intento de la burguesía por esparcir la democracia liberal. En su lugar propone que, sin habérselo propuesto deliberadamente, la burguesía dio paso a Estados que «promovieron el desarrollo capitalista». Esto puede ser cierto para las «revoluciones pasivas» (Italia, Alemania, Japón), pero no es cierto para el caso clásico, la Revolución Francesa, que consoli-

su base principalmente en las tensiones internas del antiguo régimen, esto es, en primer lugar, en la competencia en curso por entonces entre los campesinos y las élites que extraían un ingreso de sus trabajos, y en segundo lugar, en la competencia entre facciones de la élite, que competían por la dominación. Como veremos, estos antiguos regímenes trataron de modernizarse en respuesta al despegue del desarrollo capitalista en el Reino Unido, y el expansionismo militar con el que este estaba asociado. Lo que finalmente condujo a intentos por establecer relaciones sociales capitalistas por decreto en el continente.

Con esto no queremos decir que el desarrollo capitalista no tuviera lugar fuera del Reino Unido y los Estados Unidos. Es solo que *la revolución política que debía de acompañar a la revolución económica no tuvo lugar en suelo europeo*. En consecuencia, el establecimiento de normas liberales -con las promesas de sufragio universal (masculino), libertades individuales, y gobierno por medio de leyes debatidas en el Parlamento- no estaba garantizado. En lugar de eso el antiguo régimen, con su sistema de privilegios, mayormente se conservó, a la par del desarrollo capitalista en curso. Los privilegios de élite únicamente se suprimirían cuando la clase obrera hubiera completado las tareas políticas que la burguesía no había llevado hasta el fin. Tal fue el entorno social del surgimiento del movimiento obrero, y también del desarrollo de las perspectivas socialistas y anarquistas. El movimiento obrero tuvo que ganar su derecho a la existencia en un mundo donde tanto el campesinado como las élites del viejo régimen continuaban siendo fuerzas poderosas.<sup>16</sup>

dó los derechos campesinos a la tierra y la oficina impositiva del Estado. Ver DAVIDSON, *How Revolutionary Were the Bourgeois Revolutions?* (Haymarket 2012).

16. El estancamiento de lo que Théorie Communiste ha denominado «subsunción formal» de la sociedad jugó un rol clave a la hora de determinar qué forma iba a tomar el movimiento obrero. No obstante,

## UNA NO-TRANSICIÓN

De acuerdo con la concepción etapista de la historia que prevalecía hasta entonces, el surgimiento del Estado absolutista constituía ya un síntoma de la transición al capitalismo, que se suponía estaba en curso por toda Europa durante los inicios de la Edad Moderna. Los poblados crecían a la par que la actividad comercial de la burguesía; se daba por descontado que las revoluciones de 1789 y 1848 estaban señalando su ascenso al poder político. Pero de hecho, las revueltas campesinas en el momento álgido de las revoluciones modernas —que se extendieron desde 1789 hasta el final de la década de los 60— no tuvieron por resultado el dominio político del capital; antes bien, continuaron en gran medida las luchas de clases dentro del contexto antiguo régimen.

Las comunidades campesinas estaban luchando para liberarse de la dominación de los señores feudales. Sin embargo, el resultado de sus luchas «no sería la transición al capitalismo, sino el fortalecimiento de las relaciones sociales precapitalistas de propiedad».<sup>17</sup> Las revueltas campesinas tenían como objetivo reforzar la resistencia de sus comunidades a todas las formas de explotación, bien fuera capitalista o no capitalista.

---

a diferencia de TC, no pensamos que esta fase terminara con la conclusión de la Primera Guerra Mundial. Incluso en Europa, el proceso de reestructuración de las relaciones sociales en un sentido capitalista continuó activo ya pasada la Segunda Guerra Mundial.

17. ROBERT BRENNER, «Property and Progress: Where Adam Smith Went Wrong», en CHRIS WICKHAM, ed., *Marxist History-Writing for the Twenty-First Century* (British Academy 2007), p. 89. Estamos muy en deuda con las tesis de Brenner concernientes a los orígenes históricos del modo de producción capitalista. Véase T. H. ASTON y C. H. E. PHILPIN, eds., *The Brenner Debate: Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-industrial Europe* (Cambridge 1987).

Los campesinos podían proseguir sin los señores porque ya estaban constituidos como una comunidad: poseían un «acceso directo a factores de producción —tierra, herramientas y trabajo— suficientes como para permitirles mantenerse a sí mismos sin tener que recurrir al mercado».<sup>18</sup> Bajo estas condiciones la eliminación de la dominación externa de los señores no iba a ser suficiente para que los campesinos quedaran libera. Para que esto sucediera, las comunidades tenían que ser disueltas, pero era difícil hacer que esto sucediera dos a las relaciones sociales capitalistas.

Por una parte, las comunidades campesinas no se disolvieron a sí mismas. Por la otra, lucharon tenazmente contra los intentos de separarlos de la tierra. De tal modo que los campesinos, como toda otra formación social no capitalista, no llegaron a quedar imbricados *necesariamente* en los mercados. No existe una tendencia históricamente inevitable hacia la proletarianización de la población mundial.

Si bien fue importante como un paso en dirección a la formación del Estado moderno, el surgimiento del absolutismo en la Europa continental solo estuvo indirectamente relacionado con la transición al modo de producción capitalista. El absolutismo surgió como consecuencia de que, a raíz de la Peste Negra, las comunidades campesinas de aquella región se volvieron más fuertes. Para los señores feudales era difícil extraer renta de los campesinos: «padeciendo una reducción de los ingresos, los señores locales eran a menudo demasiado débiles para hacer frente a los planes expansionistas de esos grandes competidores señoriales, los monarcas y príncipes, que extendieron su jurisdicción territorial a expensas [de los señores locales]».<sup>19</sup> Sobre esa base, el Estado absolutista fue capaz de centralizar la actividad de extracción de la renta señorial bajo la forma de impuesto estatal —aunque solo en

18. BRENNER, «Property and Progress», p. 63.

19. *Ibid.*, p. 92.

un proceso altamente conflictivo, que enfrentó a las élites entre sí—. De este modo, la riqueza de los Estados absolutistas se logró exprimiendo a los campesinos más enérgicamente. Todo desarrollo comercial que pudiera tener lugar en este contexto solo reflejaba los ciclos seculares de crecimiento y declive urbano. Si bien este proceso sentó las bases para lo que sería el Estado moderno, no hubo una transición al *modo de producción específicamente capitalista* que estuviera necesariamente implicada en estos desarrollos.

Igualmente, en el resto de Europa la fortaleza de los antiguos regímenes continuó siendo un rasgo constante del paisaje. Pero fuera de Europa Occidental esto no se debía a que los campesinos estuvieran volviéndose más fuertes. Antes bien era consecuencia de que sus comunidades eran débiles. En Europa del Este, donde los territorios habían sido colonizados en épocas más recientes, los señores mantuvieron un estricto control sobre los campesinos. Incluso después de la Peste Negra los señores fueron capaces de mantener a los campesinos en condiciones de servidumbre, en algunos casos hasta entrado el siglo XX, sin haberse visto obligados a centralizar la extracción señorial.

¿Y más allá de Europa? Marx había esperado que el colonialismo europeo llevara el capitalismo al resto del mundo.<sup>20</sup> Pero las administraciones coloniales, incluso ya entrados los años 20 y 30, solo acabaron por reforzar el poder de las élites locales que gobernaban, a su forma y a su modo, sobre varias sociedades agrarias. Donde esas élites no existían, como en algunas partes de África subsahariana, las potencias

20. «Inglaterra, ciertamente, causando un revolución social en [India], estaba actuando exclusivamente de acuerdo a los intereses más viles», pero «cualesquiera hayan sido los crímenes de Inglaterra esta fue la herramienta inconsciente de la historia al provocar aquella revolución». MARX, «La dominación británica en la India», *New-York Daily Tribune*, 25 de junio de 1853.

coloniales designaron a ciertos individuos «jefes tribales», a veces inventando tal título *ad hoc*. El objetivo del colonialismo no era proletarizar a la población, dando inicio a una transición a relaciones sociales plenamente capitalistas. Por el contrario, el propósito estribaba en reforzar las relaciones sociales existentes en el campo -acorralando primero a los «nativos» y luego proletarizándolos parcialmente- con el fin de asegurar el espacio y la mano de obra necesarios para limitados proyectos de extracción de recursos.

## DESARROLLO Y DESARROLLO TARDÍO

Fue solo en Inglaterra que las relaciones sociales capitalistas emergieron como un desarrollo imprevisto a partir del antiguo régimen. Aquí, la lucha de clases en ese contexto tuvo un resultado novedoso. Después de la Peste Negra, las comunidades campesinas fuertes ganaron la libertad formal, si bien los señores bien organizados se aseguraron el derecho a cobrar renta sobre las tierras que los campesinos cultivaban. Estos últimos llegaron a depender del mercado por vez primera. A ello siguió una verdadera revolución agrícola, marcada por la consolidación de los latifundios y la adopción de nuevas técnicas, así como el crecimiento de la división del trabajo en el campo. La productividad agrícola aumentó, y esto a su vez fomentó el crecimiento demográfico y la urbanización. Aquello no se parecía en nada a lo que estaba sucediendo en cualquier otro lugar de Europa o del mundo.

Este patrón de desarrollo capitalista acrecentó el poder militar del Estado en Gran Bretaña. El desequilibrio de poder europeo resultante condujo a una lógica de conquista territorial por medio de la cual el Imperio Británico llegaría eventualmente a cubrir una cuarta parte de la superficie de la Tierra. Como respuesta, los Estados absolutistas de Europa continental trataron (sin éxito) de racionalizar sus imperios,



lo que los llevó a crisis fiscales y sociales, la más famosa de las cuales condujera a la Revolución Francesa. Para las élites fuera de Gran Bretaña el cambio de régimen se mostró por tanto como una necesidad política. De lo contrario, quedarían por detrás en el plano militar, como fue patente en el curso de las guerras napoleónicas. Las élites tuvieron que hallar la manera de introducir relaciones sociales capitalistas por decisión política —y hacerlo lo más rápido posible: «mientras que Gran Bretaña careció de una política para “industrializar”, a partir de entonces la mayoría de los países han tenido una estrategia para emular su éxito».<sup>21</sup> Aquella estrategia llegó a ser conocida, al menos en la literatura económica, como «desarrollo tardío».

El punto clave es que, a mediados del siglo XIX, el desarrollo tardío se basó en alianzas entre la clase capitalista y las élites del viejo régimen: «Hierro y Centeno». De hecho, a menudo no estaba claro si había alguna separación entre estas clases a partir de la cual establecer alianzas: el surgimiento de una burguesía era a menudo simplemente un aburguesamiento parcial de una sección de la aristocracia. En lo que respecta al desarrollo tardío, «la década de 1860 fue una coyuntura fundamental. Presenció la Guerra Civil de Estados Unidos, la unificación de Alemania, la unificación de Italia, la emancipación de los siervos de Rusia y la Restauración Meiji en Japón».<sup>22</sup> Mientras que las guerras y los conflictos internos en la década de 1860 sirvieron para consolidar el poder de las élites sobre los territorios, el proteccionismo en la década de 1870 creó un espacio para la industria nacional. También protegió a las clases campesinas contra las importaciones de granos de los Estados Unidos y de Europa del Este.

21. ROBERT ALLEN, *Global Economic History: A Very Short Introduction* (OUP 2011), p. 41 —un libro mucho más importante de lo que su título sugiere—.

22. GOLDNER, «Communism is the Material Human Community».

Algunos de los países donde las élites actuaron sobre esta base fueron capaces de ponerse al nivel de Gran Bretaña, uniéndose así al club de los países ricos: «No solo Europa continental y América del Norte superaron a Gran Bretaña en producción industrial entre 1870 y 1913, sino que incluso lograron darle alcance en destreza tecnológica».<sup>23</sup> Sin embargo, la naturaleza del desarrollo tardío aseguró que las élites del viejo régimen y el campesinado persistieran. En el continente, «la industrialización resultó ser compatible con la preservación de una clase dirigente agraria firmemente arraigada y un Estado dinástico de sello conservador y militarista. Aquella se llevó a cabo sin la destrucción del campesinado como clase y dio oportunidades para el surgimiento de un estrato de campesinos prósperos produciendo para el mercado».<sup>24</sup> El antiguo régimen entró en declive en Europa solo después de la Primera Guerra Mundial. Y luego, después de haber retornado a escena cojeando, fue diezmado en la Segunda: las élites del viejo régimen fueron finalmente liquidadas solo con la llegada del Ejército Rojo, que, habiendo ya erradicado al zar y a la aristocracia rusa en la Guerra Civil, abría ahora un sendero de matanzas en dirección a Prusia, corazón del antiguo régimen en Europa central.

Pero incluso entonces, el antiguo régimen persistió en el resto del mundo, fortaleciéndose al aliarse con otras clases en los movimientos anticoloniales de mediados del siglo XX. Sin una guerra internacional (en la escala de las Guerras Mundiales) que podría haber unificado las naciones y fortalecido

23. ALLEN, *Global Economic History*, p. 43. Tal y como veremos. Rusia y Japón no tuvieron éxito en sus intentos de alcanzar a Gran Bretaña por medio del desarrollo tardío. Para ellos, el modo de llegar a su nivel podría ocurrir solo por medio de una industrialización de «gran impulso», y esto ocurriría solo en las décadas intermedias del siglo XX.

24. TOM KEMP, *Industrialisation in Nineteenth Century Europe* (Routledge 2014), p. 104.

las manos de los desarrollistas, resultó difícil desbancar a dichas élites. La tarea de hacerlo se hizo aún más difícil en el contexto global de las intervenciones imperialistas: EE. UU. temía que cualquier intento de verdadera reforma agraria condujese inevitablemente a la revolución comunista y al contagio regional. Y, en efecto, donde las élites no fueron derrotados por la revolución comunista, lograron conservar gran parte de su control, tanto de la política como de la economía. Todavía se da el caso, hoy día, de que muchas economías nacionales de países de bajos ingresos son monitoreadas por un puñado de clanes familiares y sus séquitos.

### LA PERSISTENCIA DEL CAMPESINADO

Las nuevas ciudades industriales se materializaron por primera vez en el contexto de «la persistencia del antiguo régimen», durante la segunda mitad del siglo XIX.<sup>25</sup> En ciertos lugares, las ciudades surgieron como consecuencia de la transformación de pueblos medievales; en otros lugares las aglomeraciones urbanas surgieron donde solo habían existido pequeñas villas. En cualquier caso, a finales del siglo XIX, la velocidad de la urbanización no tenía precedentes. Eso fue cierto a pesar del hecho de que, durante todo este período, continuaba habiendo un número considerable de campesinos. De los grandes embalses en el campo, los campesinos fluyeron a las ciudades —en lento goteo o en torrentes—, ya fuera porque habían perdido sus tierras debido a la expropiación, o bien porque, a causa del crecimiento demográfico, sus padres no tenían suficiente tierra para repartir entre la totalidad de sus descendientes.<sup>26</sup>

25. Para la mejor explicación de este fenómeno, ver ARNO MAYER, *The Persistence of the Old Regime* (Pantheon 1981).

26. Es importante notar que no fue hasta las intervenciones en materia de salud pública y las innovaciones médicas durante el último cuarto del siglo XIX y comienzos del XX que el crecimiento demográ-

Sin embargo, las personas no fueron solo empujadas hacia las ciudades; también fueron atraídas por ellas. Las ciudades ofrecían una verdadera, si bien parcial, emancipación respecto del patriarcado rural, de la ley del padre y de la del señor. La total dependencia de los niños respecto de sus padres se basaba en el hecho de que era la tierra -no el trabajo- el factor productivo limitante en las zonas rurales, por tanto también la fuente real de la riqueza social. Los hombres tenían que recibir la tierra de sus padres en herencia o adquirirla con los recursos de aquellos; del mismo modo, con el fin de casarse, las mujeres necesitaban dotes, que solo los padres podían proporcionar. Esta era la fuente de un poder paternal autoritario: los niños no podían tomar decisiones sobre su propia vida. No podían permitirse el lujo de molestar a sus padres. La posibilidad de encontrar trabajo en una ciudad cercana interrumpió esa relación ancestral: el salario proporcionó autonomía a los jóvenes. En este sentido, las relaciones sociales capitalistas extendieron una característica previamente existente en las ciudades medievales, delimitando una zona de relativa libertad en un mundo de restricciones.

Dicha libertad, empero, solo se logró en un contexto de gran peligro. Las instalaciones en las que los proletarios trabajaban eran construidas a toda prisa. Sus trabajos demandaban de ellos el manejo de maquinaria letal, con escaso aire fresco o luz diurna. Los capitalistas se dieron cuenta de que no tenían que preocuparse por las condiciones de trabajo que ofrecían, ya que por malas que estas fueran, los jóvenes proletarios, a menudo recién llegados del campo, seguían haciendo fila para conseguir trabajo; incluso se peleaban por él. Aparecieron conflictos internos entre los campesinos que llegaban de pueblos diferentes, los cuales hablaban dialectos mutuamente ininteligibles, incluso idiomas por completo

fico en las ciudades sustituyó a la migración como la principal fuente de crecimiento urbano.

diferentes. Los capitalistas enfrentaron a los trabajadores entre sí para asegurar salarios bajos y una mano de obra dócil. El mismo tipo de conflictos y disputas internas aparecieron en las residencias proletarias.

En este nuevo y extraño mundo, lleno de sufrimiento, las libertades proletarias crearon oportunidades para la autodestrucción: «si al final de la semana al trabajador le quedaban energías suficientes para permitirle olvidar durante unas horas el infierno que había vivido emborrachándose del peor licor, esto era lo mejor que podía hacer. La consecuencia inevitable de tal estado de cosas fue un enorme aumento de la prostitución, el alcoholismo y la delincuencia».<sup>27</sup> Los hogares estaban siempre a un paso de la miseria, de modo que eran empujados a la mendicidad, a la pequeña delincuencia o al trabajo sexual cuando uno de sus miembros se volvía alcohólico.<sup>28</sup> En la nueva ciudad industrial *era fácil caer y difícil levantarse*. Eso era más cierto aún en la medida que trasladarse a las ciudades significaba cortar los lazos de apoyo que existían en las comunidades rurales. Tampoco iban los capitalistas a ayudar a los trabajadores a sobrevivir: en condiciones de competencia capitalista y un exceso de oferta de mano de obra, los empleadores no podían permitirse la preocupación por la supervivencia de ningún trabajador o su familia.

Esto era de esperar; al fin y al cabo, la clase obrera solo se emanciparía por sí misma.<sup>29</sup> Y aun así, en contra de la narrativa del movimiento obrero, el desarrollo de las fuerzas

27. ROCKER, *Anarcho-Syndicalism: Theory and Practice – An Introduction to a Subject Which the Spanish War Has Brought Into Overwhelming Prominence* [1937] (AK Press 2004).

28. La noción de que la pobreza estaba empujando a la mujer proletaria, contra su propio deseo, al trabajo sexual, fue un tema mayor de la literatura socialista de fines del XIX y comienzos del XX.

29. Aunque, de hecho, la temprana legislación laboral no fue conseguida por los trabajadores, sino más bien por equipos de inspectores de fábrica y sus defensores en el gobierno.

productivas no tendía a fortalecer a la clase trabajadora dando a luz al trabajador colectivo. El movimiento obrero daba por supuesto que este trabajador colectivo iba a ser un subproducto del sistema fabril, que estamparía su forma universal sobre sus víctimas, aniquilando sus relaciones con el pasado —un pasado que se mantuvo a su alrededor, en forma de villas por fuera de los límites de la ciudad—; la clase-en-sí se convertiría entonces en clase-para-sí. Pero eso no sucedió de forma automática. La mayoría de los trabajadores no eran siquiera trabajadores fabriles. Y, en cualquier caso, los que trabajan en las fábricas a menudo estaban divididos entre ellos, no solo por la habilidad o su posición dentro de la división del trabajo, sino también por la religión y las costumbres. ¡Muchos ni siquiera hablaban el mismo idioma! A falta de una base para la solidaridad, los proletarios tenían dificultades para convencer a sus compañeros de trabajo para arriesgar sus puestos yendo a la huelga por el bien común. La clase obrera era una clase que no tendió a expresarse a través de huelgas, sino por medio de revueltas.

### LA PERSISTENCIA DE LAS ÉLITES DEL ANTIGUO RÉGIMEN

Las periódicas explosiones de revueltas urbanas dieron lugar a lo que llegó a conocerse como «cuestión social». ¿Qué querían los trabajadores? ¿Y qué haría falta para apaciguarlos? En un primer momento, de hecho, pareció que no había ninguna necesidad de apaciguar a los trabajadores: a medida que los capitalistas expandían la producción, su poder sobre ellos solo aumentaba. Además, cuando los proletarios hacían revueltas, la clase propietaria descubrió que podía llamar al ejército y a la policía para golpearlos o disparares por perturbar la paz. Contra estas intervenciones represivas, el proletariado contaba con pocos recursos a los que recurrir.

Necesitaban organizarse. De acuerdo con lo que llegó a ser la teoría revolucionaria predominante, los trabajadores necesitaban organizarse para conseguir los derechos que les ayudaran en su lucha posterior. Necesitaban el derecho de reunión y la libertad de la prensa. Necesitaban obligar al ejército y la policía a permanecer neutrales ante la lucha de clases.<sup>30</sup> Para lograrlo —según dictaba la teoría—, los trabajadores necesitan obtener poder a nivel político: tenían que lograr el derecho al voto. Sobre esta base podrían formar un partido de clase que compitiera por el poder en las elecciones nacionales. Esta perspectiva política se vio reforzada en casi todas partes por la falta de alternativas: «Si bien las huelgas orientadas hacia las extensiones del sufragio tuvieron éxito en Bélgica y Suecia, el uso de huelgas de masas por objetivos económicos resultaron invariablemente en desastres políticos: en Bélgica en 1902 [...], en Suecia en 1909 [...], en Francia en 1920 [...], en Noruega en 1921 [...] y en Gran Bretaña en 1926 [...]. Todas estas huelgas fueron derrotadas; en los períodos que las siguieron los sindicatos fueron diezmados y se aprobó una legislación represiva».<sup>31</sup>

El problema para los trabajadores, cuando probaban la vía parlamentaria, era que el antiguo régimen controlaba la política. Las clases bajas «no estaban llamadas a compartir [...] las prerrogativas de los seres humanos con plenos derechos», aquellos que conformaban la élite.<sup>32</sup> Existía una base mate-

30. Estas reformas no tienen nada que ver con el «reformismo», es decir, la creencia de que las clases trabajadoras podrían llegar a ser plenos miembros de la política capitalista en igualdad de condiciones, haciendo así innecesaria a la revolución. Muy al contrario, tales reformas eran vistas como armas imprescindibles para la inminente guerra de clases.

31. ADAM PRZEWORSKI, *Capitalism and Social Democracy* (Cambridge 1985), p. 12.

32. G.M. TAMÁS, «Telling the Truth about Class», en *Socialist Register*, vol. 42, 2006; disponible en [grundrisse.net](http://grundrisse.net).

rial que subyacía a esta perspectiva: las élites temían que el reconocimiento de las clases más bajas como iguales, aún formalmente, socavaría las bases de su poder en el campo; tal poder no se basaba en el éxito en los mercados libres, sino en un estricto control del acceso a recursos limitados—incluyendo los derechos a poseer tierras y los derechos a la minería, la tala o el pastoreo de animales en esa tierra—, todo lo cual estaba determinado por privilegios de élite.<sup>33</sup>

Como finalmente resultó, la burguesía en Europa no desplazó a esas élites como había esperado el movimiento obrero. En lugar de ello, los propietarios de fábricas se desarrollaron al interior del antiguo régimen, a menudo tomando títulos nobiliarios. Para defender sus intereses, la clase propietaria apeló tanto al privilegio como a la economía liberal. También existió una base material que subyacía a esta perspectiva: los capitalistas se beneficiaban de la falta de libertad de los trabajadores. Especialmente en la agricultura y en la extracción de recursos, destinados a los mercados internacionales, los empresarios no necesitaban que los trabajadores fueran totalmente libres para obtener un beneficio. Los propietarios de plantaciones, dedicados a la producción de todo tipo de materias primas y productos agrícolas, se beneficiaron generosamente del empleo de esclavos. En la estepa rusa, el grano exportado era producido por semisiervos. Por lo tanto, el desarrollo capitalista no condujo automáticamente a la doble libertad que Marx describiera como su base: los trabajadores no estaban siendo transformados en vendedores de mercancías formalmente libres que asimismo eran libres del acceso a los medios de producción. Sólo algunos

33. «Ningún gobierno dominado por los terratenientes votará alegremente el fin de su estatus sobre la tierra y otros diversos privilegios sin una fuerte presión por parte de otros grupos sociopolíticos». RUSSEL KING, *Land Reform: A World Survey* (Westview 1977), pp. 9-10.



trabajadores obtuvieron el derecho económico de vender su fuerza de trabajo; menos trabajadores lograron los derechos políticos de igualdad ciudadana.

El antiguo régimen no sentía más que desprecio por los reclamos de los trabajadores de igualdad económica y política plenas, con el argumento de que no la merecían porque carecían del autocontrol y la independencia que derivan del hecho de ser propietario. Por el contrario, los barrios proletarios estaban llenos de formas no convencionales y extáticas de creencias religiosas. Los borrachos mendigaban en la calle, mientras que en los puertos y parques públicos la prostitución proletaria y la homosexualidad masculina perturbaban las sensibilidades refinadas. Estas indecencias se convirtieron en objeto del periodismo sensacionalista; las élites reían y miraban boquiabiertas la anomia y la penuria de la vida proletaria. Los trabajadores con mentalidad política percibían que esto era un problema no solo para su imagen, sino también para su capacidad de organización: ¿cómo iban los trabajadores a ganar el voto —y ya no decir abolir la sociedad de clases— si ni siquiera podían mantener sus propias casas en orden?

## LA AFIRMACIÓN DE LA IDENTIDAD DE CLASE

Con el fin de abolir la sociedad de clases los trabajadores necesitaban obtener reformas, y para poder hacerlo primero tenían que mostrarse a sí mismos como capaces y dignos de poder. La dificultad que enfrentaban era doble. En las ciudades, los trabajadores tenían que aclimatarse a peligrosas condiciones de la vida. Procediendo de diferentes pueblos, y portando tan diversas experiencias, tuvieron que encontrar la manera de organizarse en forma unitaria. Mientras tanto, en los estados liberales recientemente creados, los trabajadores enfrentaban el odio de sus superiores sociales,

que buscaban cualquier excusa para excluirlos de la sociedad civil. En respuesta a estos problemas, el movimiento obrero se constituyó a sí mismo como un proyecto: los proletarios lucharían por su derecho a existir. Ellos mostrarían que había dignidad y orgullo en ser trabajadores; la cultura de los trabajadores era superior a la de otras clases sociales. Eric Hobsbawm sugiere que «ningún término de la clase obrera de mediados del siglo XIX es más difícil de analizar que la «respetabilidad», ya que expresa al mismo tiempo la asimilación de los valores y normas de la clase media, como las actitudes sin las que el amor propio de la clase obrera habría sido difícil de alcanzar, y un movimiento de lucha colectiva imposible de construir: sobriedad, sacrificio, aplazamiento de la gratificación».<sup>34</sup> Esta noción de respetabilidad maduró en programas y proyectos más elaborados del movimiento obrero de finales del siglo XIX y principios del XX en cualquiera de sus formas: como partidos socialistas y comunistas, como sindicatos anarquistas, y como otras diversas fuerzas revolucionarias.

Junto con las reivindicaciones de respetabilidad de los trabajadores, había una visión de su propio destino, con cinco principios:

(1) Los trabajadores estaban construyendo un nuevo mundo con sus propias manos; (2) en este nuevo mundo los trabajadores eran el único grupo social que estaba en expansión; mientras que todos los demás grupos se estaban reduciendo, incluyendo la burguesía; (3) los trabajadores no solo se estaban convirtiendo en la mayor parte de la población; también se estaban convirtiendo en una masa compacta, el trabajador colectivo, que estaba siendo forjado en las fábricas en consonancia con las máquinas; (4) eran por tanto el único grupo capaz de gestionar el nuevo mundo de acuerdo con su lógica

34. HOBBSAWM, *The Age of Capital, 1848–1875* (Penguin 1984), p. 224.

interna: ni una jerarquía de los que ordenan y los que obedecen ni la irracionalidad de las fluctuaciones del mercado, sino más bien una división del trabajo cada vez más refinada;(5) los trabajadores estaban demostrando la verdad de esta visión, ya que la clase se daba cuenta de lo que estaba en juego en una conquista del poder, cuyo logro haría posible abolir la sociedad de clases, y por lo tanto terminar con la prehistoria del hombre.<sup>35</sup>

Esta visión no era una implantada desde el exterior, que transformase un movimiento reformista en uno revolucionario. Para armarse del valor necesario para asumir riesgos y hacer sacrificios los trabajadores necesitaban creer en un mundo mejor, uno que ya estaba en proceso de realizarse. Su victoria supuestamente estaba garantizada: era una necesidad histórica pero también, paradójicamente, un proyecto político. Es precisamente la simplicidad y la obviedad de estos principios, su atractivo inmediato, lo que explica el crecimiento exponencial del movimiento entre 1875 y 1921.

Como ya se ha mencionado, en el centro de la visión obrerista yacía una figura mítica: el trabajador colectivo, es decir, la clase en-y-para-sí, la clase unificada y consciente de su unidad, nacida en el espacio de la fábrica. El trabajador colectivo estaba tanto presupuesto a la acción organizativa de los trabajadores como postulado por medio de ese esfuerzo de organización. Pero, en gran medida, *el trabajador colectivo no existió por fuera de los intentos del movimiento por construirlo*.<sup>36</sup> Los teóricos del movimiento obrero jamás podrían haber admitido que este era el caso. Hablaban del

35. Este último principio expresó algunas veces el objetivo de ver al proletariado convertirse en la única clase; otra veces expresó el objetivo de ver abolidas a todas las clases y que el tiempo de trabajo se viera reducido drásticamente. (ver epílogo).

36. La falsa conciencia supuestamente ocultaba a la clase de sí misma, pero el concepto de falsa conciencia era erróneo.

sistema fabril como si este proviniera del futuro: el desarrollo del sistema fabril era supuestamente una consecuencia de la «socialización progresiva del proceso de producción», que creaba «los gérmenes del futuro orden social». <sup>37</sup> Se esperaba que el sistema fabril socializado también prepararía a los trabajadores para una existencia socialista, convirtiéndolos de un conjunto dispar de clases trabajadoras en una fuerza de combate unificada —el proletariado industrial— forjado en la planta fabril.

En realidad, esta transformación no ocurrió automáticamente. El sistema fabril no era un viajero del tiempo que venía del futuro. Era la forma adoptada por la producción en el interior de las sociedades capitalistas desarrolladas. Como tal, no encarnaba la «unidad real» de un mundo por venir, sino más bien la unidad-en-la-separación de este mundo. El sistema fabril, en sí mismo, no tendió a unificar la fuerza de trabajo de una manera que beneficiara a los trabajadores que participaban en la lucha —o al menos no fue esto lo único que hizo—. Puede que el desarrollo capitalista hubiera disuelto algunas diferencias preexistentes entre los trabajadores, pero reforzó o creó otras divisiones, particularmente como consecuencia de la división del trabajo —esto es, principalmente en torno a la cualificación, pero también alrededor de las divisiones de tareas por «raza» y género, así como de acuerdo con la antigüedad, el idioma, la región de origen, etc.—.

Mientras tanto, en el exterior de la fábrica, los trabajadores continuaban estando en conflicto entre sí. Tenían que cuidar de sí mismos, así como de sus parientes: «La similitud de la posición de clase no da lugar necesariamente a la solidaridad, ya que los intereses que los trabajadores tienen en común son precisamente aquellos que los ponen en competencia

37. LUXEMBURG, «Reform or Revolution» (1900), en *The Essential Rosa Luxemburg* (Haymarket 2008), p. 45.

entre sí, en primer lugar cuando impulsan a la baja los salarios en su búsqueda de empleo». <sup>38</sup> Dado que nunca había suficientes puestos de trabajo para todos —la existencia de un exceso de población era una característica estructural de las sociedades construidas en torno a la explotación capitalista—, las lealtades a la religión, «raza» y «nación» hicieron posible que algunos trabajadores progresaran a expensas de los demás. En la medida en que los trabajadores no se encontraban ya organizados sobre bases clasistas —y no había ninguna necesidad estructural, predeterminada, para que lo estuvieran—, poseían un interés real en el mantenimiento de su individualidad, así como de sus adhesiones más allá de la clase.

Esta fue la batalla a la que se lanzó el movimiento obrero. El movimiento alentó a los trabajadores a olvidar su especificidad y todo lo que supuestamente procedía del pasado. Los trabajadores debían dirigir su mirada hacia el futuro; debían fusionarse activamente en la generalidad del trabajador colectivo. Esto era la esencia del movimiento obrero. Los sindicatos y las cámaras de trabajo, así como las organizaciones sociales, unieron a los proletarios sobre la base de los oficios, los barrios o las aficiones. A partir de estas organizaciones locales, se conformó un interés general de los trabajadores. Los partidos socialdemócratas y comunistas y las federaciones anarquistas dieron cuerpo al trabajador colectivo a nivel nacional.

Estas organizaciones no podrían haber tenido éxito en sus tareas sin, al mismo tiempo, basarse en una identidad afirmativa de clase. En tanto hacían sacrificios en nombre del movimiento obrero, los trabajadores no estaban actuando de acuerdo a su interés inmediato. Decir que afirmaron una identidad compartida es decir que el movimiento logró convencer a los trabajadores para suspender sus intereses como

38. PRZEWORSKI, *Capitalism and Social Democracy*, p. 20.

vendedores aislados en un mercado laboral competitivo y, en cambio, actuar según un *compromiso* con el proyecto colectivo del movimiento obrero.

En la medida en que los trabajadores estuvieron dispuestos a creer que ser solidarios era moralmente necesario, fueron capaces de llevar a cabo, parcialmente y de manera irregular, la consigna de que «un ataque contra uno es un ataque contra todos». Esta frase no describió nunca una verdad preexistente sobre la clase obrera; era, en cambio, un mandato ético. Pero conforme los trabajadores aceptaron este mandato, sus intereses como individuos comenzaron a cambiar: estos intereses fueron simplificados, acotados, incluso completamente redefinidos, si bien también parcialmente satisfechos.<sup>39</sup> Gracias a ello la competencia entre los trabajadores fue silenciada, pero solo por tanto tiempo como pudieran ser mantenidas la ética e identidad compartidas.

En ese sentido, el movimiento obrero fue un aparato, una máquina urbana que mantenía unidos a los trabajadores.<sup>40</sup> Tal unión no tuvo lugar solo en las fábricas.

39. Ver la «Adenda» a esta parte, p. 171.

40. Los EE. UU. representan solo una excepción parcial a esta historia. Sus características distintivas son (1) el logro temprano del sufragio universal masculino, y (2) el hecho de que obtuvo su fuerza industrial de trabajo no de su propia periferia agrícola, sino de la de Europa. Engels, en una carta a Weydemeyer, captó la clave de ambos fenómenos, escribiendo sobre «la facilidad con que la población excedente [en EE. UU.] es decantada hacia las granjas». La tierra libre en la frontera (tras la limpieza étnica de sus habitantes iniciales) estimuló la mayor migración transoceánica en la historia de la humanidad. Los Estados extendieron los derechos políticos a todos los hombres con tal de atraer a estos inmigrantes —al mismo tiempo que se les negaba a las mujeres y los negros libres—. Máquinas políticas urbanas rápidamente surgieron en las ciudades norteamericanas con el propósito de manipular el voto masculino blanco sobre bases étnicas, religiosas y regionales. Estas estructuras solo fueron conmovidas durante la

Este continuó siendo uno de los equívocos más duraderos en la izquierda: los 'movimientos de los trabajadores' implicaban un socialismo cuyo origen era el lugar de trabajo, centrado en las huelgas, y llevado a cabo por militantes trabajadores masculinos; sin embargo esos movimientos tuvieron en realidad una base más amplia, en tanto requerían también de los esfuerzos de las mujeres en los hogares, los barrios, y las calles.<sup>41</sup>

El trabajador colectivo se fue armando en las ciudades a partir de una serie de organizaciones populares obreras: «cajas de ahorro, fondos de salud y pensiones, periódicos, academias populares extramuros, clubes de obreros, bibliotecas, coros, bandas de música, intelectuales comprometidos, canciones, novelas, tratados filosóficos, revistas científicas, folletos, gobiernos locales bien arraigados, sociedades promotoras de la sobriedad, cada cual con sus propias costumbres, maneras y estilos».<sup>42</sup> Gracias a estas organizaciones los proletarios olvidaban que eran corsos o lioneses; eran trabajadores. *La clase llegó a existir* como una identidad abstracta que podía ser afirmada, dignificada y de la cual estar orgullosos.

Así es como el movimiento obrero resolvió los problemas de adaptación del flujo constante de nuevos migrantes rurales a las ciudades industriales, y de hacerlos respetables. La respetabilidad involucró tres operaciones. (1) El movimiento difundió nuevos códigos de comportamiento, ya sea copiados de la cultura burguesa, o directamente opuestos a ella (normas familiares heterosexuales, sobriedad). (2) El

década de 1920, cuando se cerró la fuente migratoria y la industria norteamericana por primera vez tuvo que buscar en su propio interior rural. Solo fue durante este período de inmigración escasa, de 1932 a 1974, que los EE. UU. llegaron a aproximarse a la socialdemocracia europea.

41. GEOFF ELEY, *Forging Democracy: The History of the Left in Europe, 1850-2000* (Oxford 2002), p. 58.

42. TAMÁS, «Telling the Truth about Class».

movimiento proporcionó un sentido de comunidad, para ayudar a los trabajadores a superar la dislocación social que conllevaba la migración a las ciudades. Las organizaciones comunitarias reforzaban los nuevos códigos al tiempo que proveían a las necesidades espirituales de sus miembros. Y (3) el movimiento edificó instituciones que apoyaban las luchas de los trabajadores por transformar su situación material, así como para evitar que personas o familias cayeran en el descrédito —los sindicatos y partidos no solo luchaban por mejores salarios y condiciones, sino también por planes de salud pública, esquemas de bienestar, pensiones para los ancianos y los enfermos, etc.—.

Las dos primeras de estas operaciones contribuyeron con la tercera, mientras que fue la tercera la que llevó a la clase al conflicto con los marcos jurídicos y políticos de la época. Los trabajadores eran impelidos a luchar «contra el trono y el altar, por el sufragio universal, por el derecho de asociación y de hacer huelga». <sup>43</sup> Se hacía necesario asumir riesgos y hacer sacrificios, pero ambos podían ahora justificarse gracias al modo en que el movimiento se percibía a sí mismo —como una comunidad moral que luchaba por establecer un mundo mejor, guiada por las luces de la producción racional y la distribución equitativa.

## EL PASADO EN EL PRESENTE

En realidad, esta comunidad moral fue una construcción *ad hoc* sostenida por un bello sueño. Lejos estaba de ser una realidad irrefutable: «lo que, desde un punto de vista, parecía una concentración de hombres y mujeres en una única «clase obrera», se podía ver desde otro lado como una gigantesca dispersión de fragmentos de sociedades, una diáspora de

43. *Ibid.*



comunidades nuevas y antiguas». <sup>44</sup> Los trabajadores retuvieron o preservaron sus vínculos con el pasado, y lo hicieron de muchas maneras diferentes. Los tradicionales gremios de artesanos se integraron en los sindicatos, los grupos étnicos y religiosos se establecieron en las nuevas ciudades y la mayoría de los nuevos trabajadores retuvieron sus lazos con las familias campesinas.

Aunque los trabajadores no olvidaban tan fácilmente sus lazos con las antiguas comunidades, los activistas del movimiento consideraron esos vínculos cada vez más como un obstáculo: «la historia del mundo no puede dar marcha atrás», proclamaba el Sindicato Alemán de Trabajadores Metalúrgicos (DMV), <sup>45</sup> «a fin de salvar a los afiladores de cuchillos» y su mentalidad artesanal. <sup>46</sup> No obstante, en muchos casos, la cultura de la solidaridad que los militantes estaban tratando de construir se basaba precisamente en estos remanentes, en tanto había sido forjada en las experiencias de los campesinos y artesanos. La idea de que el trabajo dignificaba, de que uno debe identificarse con su propia esencia, era precisamente una herencia proveniente de los artesanos. El movimiento trató de transferir los lazos de los artesanos a los «trabajadores-masa», esto es, a los obreros semicualificados de las fábricas, de quienes se esperaba que se identificaran con la clase en su conjunto, al mismo tiempo que negaban cualquier intento por preservar sus oficios específicos. La resistencia al proyecto del movimiento obrero tuvo lugar a menudo sobre esta base; se abrió así un conflicto entre la clase y sus organizaciones. Fueron a menudo los trabajadores que se

44. HOBBSAWM, *Age of Empire*, p. 119.

45. NdT: *Deutscher Metallarbeiter-Verband*. Este sindicato industrial estuvo activo desde 1891 hasta la llegada de los nazis al poder en 1933. No confundir con la IG Metall [*Industriegewerkschaft Metall*], que es el sindicato dominante del metal en Alemania actualmente, fundado en 1949 para dar continuidad al extinto DMV.

46. Citado en GEOFF ELEY, *Forging Democracy*, p. 78.

resistían a la incorporación en la generalidad del trabajador colectivo los que llevaron a cabo las acciones más militantes. En muchos lugares la corriente más radical del movimiento obrero estuvo asociada -en contra de la teoría predominante de los socialdemócratas- con una defensa de la autonomía en el taller, es decir, con el derecho de los trabajadores a tomar decisiones acerca de la organización de la producción, incluso cuando esas decisiones frenaban el desarrollo de las fuerzas productivas. El conflicto era evidente en las ciudades de rápido crecimiento como Solingen, en la Alemania occidental: «Mientras que grupos como los fabricantes de amoladoras de cubiertos de Solingen se adherían a los viejos ideales de un comunitarismo cooperativo de raíces locales basado en la autonomía artesanal, los nuevos estrategias del DMV festejaban el progreso técnico, la mejora material masiva, y un sindicalismo industrial adecuado a las estructuras de un capitalismo en continua racionalización».<sup>47</sup> Los socialistas y comunistas no vieron que solo en la medida en que los trabajadores tenían algo que decir sobre cómo se llevaba a cabo la producción eran estos capaces de identificarse con su trabajo como aquello que los definía realmente. Una vez que ese derecho y la experiencia que le correspondía desaparecieron, también lo hizo la identidad de los trabajadores.

---

47. *Ibid.*, pp. 78-79.

## ADENDA SOBRE EL LUMPEMPROLETARIADO

En otro lugar, hemos denominado al exceso de población como la encarnación extrema de la dinámica contradictoria del capital.<sup>48</sup> ¿Cuál es la relación entre el exceso de población y el lumpenproletariado? ¿Son una y la misma cosa? Mientras que Marx se explaya ampliamente en *El Capital* sobre la población excedente, no hace ninguna referencia al lumpemproletariado en esa obra; solo usa la frase en sus escritos políticos. ¿Cómo es que el «lumpen» se convirtió en un tema tan popular entre los revolucionarios durante el transcurso del siglo XX?

El «lumpemproletariado» llegó a ser una categoría clave para el movimiento obrero, en particular para los marxistas, tanto en sus variantes socialdemócrata como bolchevique. Los marxistas lanzaban continuamente maldiciones a supuestos lumpenproletarios y anarquistas por igual, tanto que ambas categorías acabaron significando lo mismo. Según Rosa Luxemburg en *Huelga de Masas, Partido y Sindicatos*, «[e]l anarquismo llegó a ser en la revolución rusa [de 1905] no la teoría del proletariado en lucha, sino la palestra ideológica del lumpemproletariado contrarrevolucionario que, como un banco de tiburones, se arremolina alrededor de la estela del acorazado de la revolución».<sup>49</sup>

¿Quiénes eran esos lumpemproletarios que predicaban la anarquía? Los intentos de dar respuesta a esta pregunta no adoptaron por lo general la forma de un análisis estructural, sino más bien la de largas listas de personajes sospechosos que se derrumbaban sobre sí mismas en una frenética incoherencia. Aquí tenemos la paradigmática discusión de Marx sobre el lumpemproletariado, tomada de *El 18 Brumario*

48. «Miseria y deuda», *Endnotes 2*, (Ediciones Extáticas, 2022).

49. ROSA LUXEMBURG, «The Mass Strike» [1906], en *The Essential Rosa Luxemburg* (Haymarket 2008), p. 114.

*de Luis Bonaparte*: «Bajo el pretexto de crear una sociedad de beneficencia, se organizó al lumpemproletariado de París en secciones secretas, cada una de ellas dirigida por agentes bonapartistas». Estos lúmpenes consistían supuestamente en «vagabundos, licenciados de tropa, convictos fugados, esclavos huidos de las galeras, timadores, charlatanes, pícaros, carteristas y rateros, jugadores, proxenetas, dueños de burdeles, mozos de cuerda, escritorzueros, organilleros, traperos, afiladores, caldereros, mendigos, en una palabra, toda esa masa informe, difusa y errante que los franceses llaman la *bohème*». <sup>50</sup> ¿Hay algo de verdad en esta fantasía paranoica? ¿Acaso los convictos fugados y organilleros tienen un interés contrarrevolucionario en común con los mendigos, uno que los distingue de la masa común de trabajadores, aparentemente revolucionaria por naturaleza? Pensar esto es una locura.

El lumpenproletariado era un fantasma que rondaba al movimiento obrero. Si este movimiento se presentaba como el movimiento por la dignidad de los trabajadores, entonces el lumpen era la figura del trabajador indigno —o, más exactamente, una de sus figuraciones—. Todos los esfuerzos por parte del movimiento por otorgar dignidad a la clase estaban supuestamente socavados por estas figuras díscolas: borrachos cantando en la calle, pequeños delincuentes y prostitutas. Las referencias al lumpemproletariado daban cuenta de una simple verdad: era difícil convencer a los trabajadores de organizarse como tales, ya que en su mayoría no estaban interesados en el socialismo: «una gran mayoría de los pobres, especialmente los muy pobres, no pensaban en sí mismos o se comportaban como “proletarios”, ni encontraban aplicables o relevantes a ellos a las organizaciones y los modos de acción del movimiento». <sup>51</sup> En su tiempo libre preferían ir al pub que cantar canciones proletarias.

50. MARX, «The 18th Brumaire of Louis Bonaparte» (*MECW* 10), p. 198.

51. HOBBSBAWM, *Age of Empire*, p. 140.

En la figura del lumpen descubrimos el lado oscuro de la afirmación de la clase obrera, un profundo odio de clase. Los trabajadores se veían a sí mismos como provenientes de un pantano pestilente: «En los comienzos de la industria moderna el término proletariado estaba asociado con la degeneración absoluta. Y hay personas que creen que este es todavía el caso». <sup>52</sup> Es más, el capitalismo empujaba continuamente a los trabajadores de nuevo al lodo, y por tanto la tendencia del capitalismo a la crisis solo podía terminar de dos maneras: la victoria de la clase obrera o su devenir lumpen.

---

52. KAUTSKY, *La Lucha de Clases* (1892), capítulo 5, disponible en [marxists.org](http://marxists.org).



## La infraestructura del mundo moderno

Los trabajadores pudieron haber fallado en su ensayo para derrotar al antiguo régimen; nos hemos detenido suficiente en los numerosos obstáculos que tuvieron que afrontar. Pero a pesar de todo, el movimiento tuvo éxito en la consecución de algunos de sus objetivos. El movimiento obrero dio forma a la historia, si bien no siempre del modo que se había propuesto. Este éxito, sostenemos, tuvo principalmente que ver con la aparición de industrias de infraestructura, es decir, industrias que producen bienes cuyo uso depende de la construcción de grandes redes de infraestructuras: carreteras, redes de electricidad, fontanería, torres de radio, etc.

Si la persistencia del antiguo régimen estableció el escenario en el que nació el movimiento obrero, estas industrias de infraestructura aportaron la acción dramática. A través de su crecimiento se desarrolló el drama del movimiento obrero. Estas nuevas industrias se pusieron en marcha al tiempo que las de la primera revolución industrial alcanzaban su madurez —por ejemplo, procesamiento de los alimentos, materiales textiles o trabajos en el metal y ferrocarriles—. Ocupando su lugar de vanguardia, las industrias de infraestructura incluyeron, en un primer momento, todo lo relacionado con la electrificación y el acero: máquinas de afeitar, pan en rebanadas, radios y máquinas de precisión. A ello le siguió el apogeo del llamado «fordismo»: automóviles, refrigeradoras, lavadoras, y todo tipo de bienes de consumo duraderos. En conjunto, estas industrias emplearon enormes masas de obreros semiespecializados.

Debido al empleo masivo de trabajadores y a su importancia para el funcionamiento de la economía en general, las industrias de infraestructura determinaron el curso del movimiento obrero. El crecimiento de estas industrias significó que, por un tiempo, el desarrollo de las fuerzas productivas

incrementó realmente el tamaño y el poder de la mano de obra industrial. Los trabajadores fueron asimismo unificados dentro de masivos complejos industriales, que empleaban a miles de ellos a la vez. Por consiguiente, el desarrollo parecía representar la creciente fuerza del proletariado y la relevancia cada vez menor de sus enemigos del viejo mundo.

Aun así, este crecimiento en unidad y poder resultó ser un fenómeno temporal. Ambos fueron arrasados en la década de 1970, cuando la industrialización devino desindustrialización. Mientras tanto, la expansión de las industrias de infraestructura no unificó a la clase como se esperaba. En cambio, profundizó la imbricación del proletariado dentro de la unidad-en-la-separación de las relaciones sociales capitalistas. La unidad-en-la-separación fue, en un principio, un mero aspecto formal del intercambio mercantil. Pero, con el tiempo, esta característica formal alcanzó su «realización» [NdT: en el sentido de *Verwirklichung*] en la transformación de la tierra —un revoltijo de acero y vidrio, de hormigón y asfalto, de cables de alta tensión— que tuvo lugar tanto en el espacio de la fábrica como de puertas afuera.

### **INDUSTRIAS DE INFRAESTRUCTURA, TRABAJADORES SEMICUALIFICADOS**

La producción en las industrias de infraestructura no tuvo una tendencia a la automatización, y esto las diferenció de aquellas en las que Marx estaba pensando en su famoso fragmento sobre las máquinas: una vez que las plantas químicas se habían construido, por ejemplo, como mucho tenían que ser mantenidas o supervisadas. A diferencia de la producción de productos químicos, las industrias de la segunda revolución industrial requerían enormes cantidades de trabajo, no solo para la construcción de las plantas, sino también, una vez construidas, para el montaje de los productos. El



resultado fue un incentivo totalmente inesperado, desde el punto de vista de la teoría de Marx, para el crecimiento de la demanda de mano de obra.<sup>53</sup> Sobre esta base, dos olas de fuerte crecimiento del empleo industrial tuvieron lugar en los 100 años posteriores a la muerte de Marx: a partir de la década de 1880 a 1914, y posteriormente desde la década de 1950 a 1973. Tanto el repunte de fin de siglo como el bum de la posguerra parecieron confirmar la creencia de los trabajadores en que el destino del capital y del trabajo estaban entrelazados: acumulación de capital era equivalente a multiplicación del proletariado.

Este proletariado era una clase cada vez más respetable. Se ganó su respeto con la figura del *trabajador de la industria pesada, varón y semicualificado* —lo cual no quiere decir que todos esos trabajadores fueran hombres, sino que así se imaginaban idealmente—. Esta figura llegó a ser hegemónica en el transcurso del movimiento obrero: al igual que el artesano, este podía definirse a sí mismo en relación con su trabajo. Y así fue porque, al menos hasta la década de 1960 —cuando la pérdida de autonomía en el taller alcanzó un punto de inflexión— era capaz de ver su trabajo como una fuente de creciente poder colectivo. Proporcionaba así un modelo para el resto de la clase: lo que podía ser, aquello en lo que se estaba convirtiendo.

Pero los trabajadores semicualificados no solo proporcionaban dicho modelo, también poseían una característica que les confería una seguridad de la que carecían otros miembros de la clase: eran difíciles de sustituir de forma inmediata y ponían en movimiento enormes cantidades de capital fijo, que carecían de valor cuando se dejaban inactivas. Aquella seguridad confirió una base sólida para luchar por las libertades de la clase en su conjunto. El tiempo del movimiento obrero fue sencillamente el tiempo del ascenso y declive del

53. Sobre la teoría de Marx, ver «Miseria y deuda», *Endnotes 2*.

trabajador masculino semicualificado y de las industrias en las que trabajaba. Juntos hicieron posible imaginar que el capital estaba unificando tendencialmente a la clase por medio de una identidad afirmable por los trabajadores. Pero fue solo en la medida en que aquellas industrias se estaban expandiendo que el movimiento obrero podía ver al trabajador semicualificado como a su futuro siendo realizado en el presente. Una vez que esas industrias entraron en declive, también lo hizo el glorioso futuro.

### EL ROL DEL ESTADO

Volveremos a ello. Por ahora es importante señalar que, en el continente, las nuevas industrias que estaban surgiendo en esa época solo lo hicieron en el contexto del desarrollo tardío. Como hemos visto anteriormente, el desarrollo tardío tenía sus raíces en las alianzas entre élites aristocráticas y capitalistas.

Esas alianzas permitieron que las potencias europeas instituyeran el «sistema americano»,<sup>54</sup> que se caracterizaba por cuatro componentes esenciales. Los regímenes de desarrollo tardío tuvieron que: (1) erigir aranceles externos para proteger las industrias nacientes; (2) suprimir los aranceles internos y apoyar la construcción de infraestructura, con el fin de unificar el mercado nacional; (3) proveer de fondos a grandes bancos, tanto para estabilizar la inflación como para dar impulso a la formación del capital nacional; e (4) instituir programas de educación pública, para consolidar la lealtad al estado, estandarizar el idioma nacional, y promover la alfabetización —la alfabetización era un requisito previo para una gran cantidad de trabajadores fabriles semicualificados, así como para el trabajo de oficina—.

54. ALLEN, *Global Economic History*, p. 80. La lista a continuación proviene también del texto de Allen.

El desarrollo tardío comenzó en la década de 1860 y principios de la de 1870. Posteriormente, en el transcurso de la Primera Gran Depresión (1873-1896), muchos Estados abandonaron sus pretensiones de un liberalismo manchesteriano [*Manchestertum*] y comenzaron a intervenir decididamente en las economías nacionales. Esto hizo posible la construcción de una gran infraestructura, necesaria para el funcionamiento de las nuevas industrias: canales, ferrocarriles, líneas telegráficas, carreteras, cables telefónicos, gasoductos, redes cloacales y eléctricas. En un primer momento, esta infraestructura fue unidimensional: los ferrocarriles y canales atravesaban el paisaje de punta a punta. Posteriormente fue adoptando dos (o incluso tres) dimensiones: redes viales, redes eléctricas y torres de radio cubrían zonas enteras.

Todo esto hizo necesario algún tipo de planificación urbana. Por ejemplo, el trazado de las líneas de tranvía se asoció a la separación, por un lado, de los barrios obreros y, por otro, de las zonas industriales (ya no era necesario que los trabajadores vivieran a poca distancia de sus lugares de trabajo).<sup>55</sup> Estos distritos residenciales y comerciales tenían que ser diseñados con antelación a la construcción de la infraestructura.

Este tipo de empresa era a menudo demasiado difícil para los capitalistas, y no solo debido a la magnitud enorme de la inversión requerida. Construir una infraestructura masiva

55. Ver WALLY SECCOMBE, *Weathering the Storm* (Verso 1993). Seccombe muestra hasta qué punto el capitalismo realmente llegó a tomar forma solo con la «segunda revolución industrial». Hasta entonces, las viviendas proletarias no solo estaban localizadas en las vecindades de las fábricas, sino que frecuentemente funcionaban como sitios adjuntos para la producción mercantil: las familias «terminaban el producto» en su hogar. El contrato salarial moderno, que emplea individuos que trabajan fuera del hogar antes que familias, solo fue generalizado al final del siglo XIX. Seccombe sostiene que, como resultado, las mujeres casadas fueron crecientemente relegadas a actividades no retribuidas.

requiere de un ejército de planificadores, necesarios para promover un amplio alcance, evitar la duplicación inútil y decidir sobre estándares industriales.

Esto otorgó al Estado un rol cada vez mayor, en tanto único componente, dentro de la sociedad, capaz de llegar a ser adecuado para la tarea de planificarla. El desarrollo tardío se dio junto a un aparato estatal creciente, más centralizado y a la vez más disperso que nunca —aunque este aparato se mantuvo relativamente pequeño hasta que las Guerras Mundiales estimularon su crecimiento—.

El nuevo papel del Estado transformó drásticamente las perspectivas proletarias del comunismo. Marx no asoció en su teoría ningún rol al estado, ya fuera antes o después de la revolución. El capitalismo de libre mercado iba a ser reemplazado por el socialismo, es decir, por la «planificación consciente de la producción por los productores asociados (Marx no dice en ninguna parte que tenga que ser el Estado)».<sup>56</sup>

El modelo de planificación para Marx no estaba en el Estado, sino en la cooperativa de trabajadores, por una parte, y en la sociedad anónima, por la otra. Del mismo modo, es de sobra conocido que Engels sostuvo, en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, que después de la revolución el Estado tendría su lugar en «un museo de antigüedades, junto a la rueda y el hacha de bronce».<sup>57</sup> Ninguno de los dos anticipó el enorme papel que jugarían los Estados, en el futuro próximo, en las sociedades capitalistas.

Asimismo, tampoco previeron el papel que el Estado jugaría en el imaginario socialista. Como dijera Kautsky:

56. ERNEST MANDEL, «Karl Marx», en JOHN EATWELL et al., eds., *The New Palgrave Marxian Economics* (Norton 1990).

57. FRIEDRICH ENGELS, *Origins of the Family, Private Property and the State*, 1884 (MECW 26) p. 272.

Entre las organizaciones sociales existentes hoy en día no hay más que una que posea las dimensiones necesarias, que pueda ser utilizada como el terreno apropiado, para el establecimiento y desarrollo de la Comunidad Socialista o Cooperativa, y esa es el Estado moderno.<sup>58</sup>

El desarrollo de la infraestructura comandado por el Estado reveló la irracionalidad del capital, pero de una manera peculiar. Parecía irracional consumir productos en forma privada cuando corrían sobre una infraestructura pública eficiente. ¿Por qué vender coches a particulares, cuando era posible construir redes de tranvías utilizados colectivamente? ¿Por qué no planificarlo todo? El socialismo se convirtió en una visión de la extensión infinita del Estado: de una planificación parcial a una sociedad totalmente planificada.<sup>59</sup>

Esta nueva perspectiva generó debates entre los revolucionarios: ¿el Estado total planificador existiría por medio de la nacionalización o de la socialización? ¿Sería todo dirigido desde arriba, por parlamentos nacionales, o habría que sustituir el aparato burgués en su totalidad por uno más apropiado para los proletarios, como por ejemplo una federación de sindicatos de trabajadores? En cualquier caso, el problema era cómo llegarían unidades separadas —todavía organizadas en torno a la actividad económica y, por tanto, sobreviviendo más o menos intactas desde la era capitalista— a intercambiar sus productos entre sí, reservando una parte de su producción para el crecimiento del aparato productivo. Por supuesto, la automatización acabaría resolviendo estos problemas, pero ¿y mientras tanto? No había respuestas fáciles:

58. KAUTSKY, *The Class Struggle*. Por supuesto, esta fue la tesis que Pannekoek y Lenin desafiaron.

59. Esta visión de la sociedad totalmente planificada, como opuesta a su planificación parcial, de algún modo refleja la visión de acuerdo a la cual los trabajadores obtendrían no una parte, sino el valor total del producto de sus trabajos.

Por un lado, como señalaron Korsch [...], Wigforss [...] y otros, el control directo de empresas particulares por parte de los productores inmediatos no eliminaría el antagonismo entre productores y consumidores, es decir, los trabajadores en otras empresas. Por otro lado, la transferencia al control centralizado del Estado tendría el efecto de sustituir la autoridad privada del capital por la autoridad burocrática del gobierno.<sup>60</sup>

El modo en que uno veía el futuro papel del Estado afectaba la propia estrategia en el presente. ¿Es el Estado un comité que administra los negocios de la burguesía, o un instrumento neutro que refleja el equilibrio de fuerzas de clase? Esta pregunta no era meramente teórica. Las alianzas entre el Hierro y el Centeno parecían sugerir que el Estado podía lograr un equilibrio entre las clases. ¿Sería posible entonces, para la clase obrera, entrar en la contienda por reformar el capitalismo en dirección (o como vía) al socialismo? Tales debates dieron lugar a escisiones profundas en el movimiento obrero, y más tarde, a su fragmentación.

## EL EMBUDO DE LA NACIÓN

El movimiento obrero nació en el contexto de un creciente papel tanto del Estado como de la nación: *el desarrollo tardío era desarrollo nacional*. Esto explica por qué, cuando llegó la Gran Guerra, los socialistas estaban mayormente dispuestos a echar por la borda su internacionalismo. Justificaron su apoyo a la guerra haciendo referencia al éxito del movimiento, después de las guerras de consolidación nacional en las décadas de 1860 y 1870.<sup>61</sup> La mayoría asumía que el retorno

60. ADAM PRZEWORSKI, *Capitalism and Social Democracy*, p. 33.

61. Engels había escrito sobre esas dos guerras retrospectivamente: «La ironía de la historia hizo que Bismarck derrotara a Napoleón, y el Rey Guillermo de Prusia no solo estableciera el pequeño Imperio

de la guerra era un mero presagio de una nueva ola de consolidación nacional, que volvería a sacudir el marco interestatal y establecería las condiciones para una expansión mayor del proletariado industrial. Apoyando el esfuerzo de guerra los trabajadores se probarían respetables. Se acercarían un poco más al poder, o quizá lo obtuvieran por primera vez, durante el siguiente ciclo de crecimiento económico.

Luxemburg lamentó esta interpretación de la guerra en su *Folleto Junius*. Fue de las únicas entre los socialdemócratas en ver que la guerra de 1914 sería diferente: sería una muy larga, y dejaría una destrucción masiva tras de sí. Reprendió a sus compañeros por su falta de comprensión de la naturaleza cambiante de la guerra: «Hoy, la guerra no actúa como fuerza dinámica capaz de proveerle al capitalismo joven y en ascenso las condiciones políticas indispensables para su desarrollo “nacional”. La guerra moderna cumple este papel únicamente en Serbia, como fragmento aislado». <sup>62</sup> La implicación era que la guerra realmente había funcionado de esa manera en el pasado.

Ciertamente, en las décadas de 1860 y 1870, las guerras de consolidación nacional habían dado paso a un período de rápido crecimiento para el movimiento obrero. Se fundaron partidos socialdemócratas y federaciones anarquistas en toda Europa (e incluso más lejos, en Argentina por ejemplo). Los estrategas del movimiento sabían que su éxito estaba atado

Germano, sino también la República Francesa. El resultado global, sin embargo, fue que en Europa la independencia y unidad interior de las grandes naciones llegó a ser una realidad [...] en una escala suficiente como para permitir que el desarrollo de la clase trabajadora prosiguiera». ENGELS, «Introduction to The Class Struggles in France, 1848-50» (*MECW* 27), p. 506.

62. ROSA LUXEMBURG, *The Junius Pamphlet*, 1915. Precisamente ella antes que nadie vio lo que estaba viniendo: «Otra guerra mundial como esta y el pronóstico para el socialismo quedará enterrado bajo los escombros».

al marco de la nación. Si la acumulación de capital era la multiplicación del proletariado, entonces la fuerza de la nación era el grado de organización de su clase obrera: «la alternativa a una conciencia política “nacional” no era, en la práctica, “el internacionalismo obrero”, sino una conciencia subpolítica que aún operaba en una escala mucho menor que la del Estado-nación, si es que no era irrelevante al mismo». <sup>63</sup> El movimiento obrero prosperó con la consolidación de las lenguas y culturas nacionales, que eran en gran parte efecto de la educación pública (y el incremento en la alfabetización asociado a ella), así como de las redes ferroviarias. El vínculo entre el destino de la nación y el de la clase estaba más que claro para aquellas secciones del movimiento obrero que eran capaces de competir en las elecciones nacionales. Por supuesto, estas fueron las mismas secciones que votaron patrióticamente los créditos de guerra en 1914.

He aquí la cuestión: en muchos sentidos, fue la construcción de infraestructura liderada por el Estado, en el contexto del desarrollo nacional, la que otorgó un papel creciente a los parlamentos, que gozaban del poder monetario debido a su control de los impuestos. Gracias a que los Estados fueron capaces de recaudar impuestos regularmente por vía parlamentaria, estos pudieron pedir préstamos en los mercados de bonos para financiar sus proyectos de infraestructura: «El mantenimiento de un poder público especial por encima de la sociedad requiere de impuestos y préstamos estatales». <sup>64</sup> Por lo tanto era de interés del antiguo régimen el compartir el poder con los parlamentos nacionales, a fin de estimular el desarrollo. A cambio, el antiguo régimen consiguió dar un gran impulso a su poder militar. Como consecuencia, la importancia del parlamento creció de manera constante, a pesar de que la presión impositiva involucrada se mantuviera

63. ERIC HOBBSBAWM, *Age of Capital* (Vintage 1996) p. 93.

64. LENIN, *State and Revolution*. (Haymarket 2015) p. 48.



en niveles bajos, en comparación con lo que sería plausible en el curso de las guerras mundiales. Por eso valía la pena para el movimiento obrero entrar en el parlamento. Desde la perspectiva de mediados del siglo XIX, que los trabajadores pudieran tener representantes en el gobierno era algo ilusorio. No obstante, a finales de siglo, Engels estaba llamando públicamente a una transición pacífica al socialismo. La urna reemplazaba a la barricada: «los dos millones de votantes que [el SPD envía] a la urna, junto con los hombres y mujeres jóvenes que están detrás de ellos como no votantes, forman la más numerosa y compacta masa, la decisiva «fuerza de choque» del ejército proletario internacional». <sup>65</sup> La victoria pacífica de los partidos socialistas electorales, aun cabiendo la posibilidad de que pudiera ser necesario derrotar a la contrarrevolución por la fuerza, parecía casi asegurada:

Solo era una cuestión de tiempo, de acuerdo con los socialistas alemanes de mentalidad sistemática y estadística, antes de que estos partidos superaran la cifra mágica del 51 por ciento de los votos, que en los Estados democráticos sin duda debe ser el punto de inflexión. <sup>66</sup>

Esa esperanza sobrevivió hasta la Gran Guerra. Después de la guerra los intentos por desmontar el constitucionalismo y la democracia fueron exitosos (especialmente en Europa central, oriental y del sur, donde ambos eran de reciente cosecha); en contraste, antes de la guerra, la expansión de los derechos electorales mediante la lucha había parecido inevitable. La socialdemocracia se convirtió en la forma dominante del movimiento obrero en los países donde los trabajadores habían conseguido derechos electorales. En los estados en los que los trabajadores no habían conseguido el derecho a voto, la referencia a aquellos que sí lo habían logrado les

65. FRIEDRICH ENGELS, «Introduction to Karl Marx's *The Class Struggles in France, 1848-50*» (*MECW* 27), p. 522.

66. HOBBSAWM, *Age of Empire*, p. 117.

permitió ver su futuro emergiendo desde el presente. Por esta vía se extendió el etapismo: Rusia miraba a Alemania como modelo, tanto económica como políticamente.

Al final, resultó que las trayectorias de los países con un desarrollo más tardío no replicaron aquellas del desarrollo tardío en general. Fuera de Europa Occidental, los movimientos tenían que tener una orientación más revolucionaria, ya que el antiguo régimen se resistía más tenazmente al reconocimiento de los intereses de los trabajadores. Por esa razón el anarquismo fue más fuerte en el sur y el este de Europa (y también porque en esos lugares el avance era imposible sin el campesinado). Pero el etapismo también estaba equivocado por otra razón: con el avance y alejamiento de la frontera tecnológica ya no era posible ponerse al día sobre la base del desarrollo tardío: «En el siglo XX, las políticas que habían funcionado en Europa Occidental, especialmente en Alemania y en los EE. UU., resultaron ser menos eficaces en los países que aún no se habían desarrollado».<sup>67</sup> La única salida era a través de la industrialización forzosa. Como veremos más adelante, esta última no requería de alianzas con el antiguo régimen, sino más bien su liquidación como condición previa para un crecimiento que les permitiera recuperar terreno.

### INTEGRANDO A LOS TRABAJADORES EN LA POLÍTICA

A medida que el movimiento obrero se desarrollaba dentro de las zonas nacionales de acumulación, también se fracturaba (esto era cierto incluso antes de que la Gran Guerra hiciera estallar el movimiento). El movimiento se desestabilizó porque —al menos en los países capitalistas más «avanzados»— se demostró que era posible mejorar las condiciones

67. ALLEN, *Global Economic History*, p. 2.

de los trabajadores a través del desarrollo nacional de un modo que disipaba sus energías revolucionarias. La reforma y la revolución se separaron la una de la otra. En un principio, los socialdemócratas habían argumentado que tal escisión era imposible:

La elevación de la clase obrera como resultado de la lucha de clases es más moral que económica. Las condiciones del proletariado en la industria, si mejoran, lo hacen muy poco a poco. Pero su autoestima vuela más alto, como lo hace también el respeto reservado a ellos por las otras clases de la sociedad. Comienzan a verse a sí mismos en igualdad con las clases altas. Plantean mayores exigencias a la sociedad [que esta es incapaz de satisfacer...], haciendo crecer el descontento entre los proletarios.<sup>68</sup>

Siguiendo a Kautsky, pensar que las reformas volverían la explotación más aceptable era una «enfermedad infantil»; las reformas eran necesarias para el esfuerzo revolucionario: proporcionaban a los trabajadores un poco de seguridad, necesaria para que pudieran concentrarse en la organización de la última batalla.<sup>69</sup>

Kautsky podía decir esto solo porque, al igual que todos los segundo-internacionalistas, todavía creía en el *Kladdera-datsch*, el colapso inminente del sistema, que acontecería independientemente de qué reformas se granjearan. El inicio de la Primera Gran Depresión, en 1873, parecía confirmar esa creencia. En el curso de la Depresión, el capital se concentró en un grado extremo, concentrándose en complejos industriales asociados en cárteles. Sobre esa base, los socialistas

68. KAUTSKY, *The Class Struggle* (Norton 1971).

69. De aquí es, por supuesto, de donde Lenin extrae su idea de que el comunismo de izquierda es una enfermedad infantil: lo ve más como una forma temprana de conciencia socialista en lugar de una tardía.

anunciaban que los proletarios —junto con la mayoría de los capitalistas, campesinos, artesanos y pequeños empresarios— pronto se encontrarían siendo arrojados a la calle.

La conexión que los socialistas percibían entre concentración industrial y desempleo era la clave de su posición revolucionaria: el desarrollo técnico obligaría a los capitalistas a sustituir hombres con máquinas. En sociedades organizadas de acuerdo al modo de producción capitalista tal reducción necesariamente provocaría el desempleo de muchas personas. Finalmente resultó ser que el ulterior desarrollo técnico en las industrias de infraestructura no generó desempleo, especialmente en grandes complejos manufactureros. En su lugar, el crecimiento de las fuerzas productivas creó puestos de trabajo —y más aún después del final de la Primera Gran Depresión en 1896—.

Simplificando un poco, podemos explicar este fenómeno de la siguiente manera. Aunque hubo grandes avances técnicos en la producción en el curso del siglo XIX, pocos de esos avances tuvieron lugar en el ensamblaje. Aquí todavía se necesitaban manos humanas. Como resultado, las industrias de infraestructura absorbieron enormes cantidades de capital y trabajo. Estas requieren de un pequeño ejército de ingenieros, pero también demandan un gran ejército de mano de obra, que son quienes ensamblan todas las partes elaboradas con tecnología de precisión. Por otra parte, las industrias de infraestructura estaban organizadas de manera tal que cada vez que esas manos obstruían el proceso de montaje, forzaban a máquinas que valían enormes cantidades de dinero a permanecer inutilizadas.

Por consiguiente, el desarrollo no resultó en empobrecimiento, sino en la posibilidad de que algunos trabajadores pudieran ganar salarios más altos por medio de paros que detuvieran el proceso productivo. Bajo estas condiciones económico-políticas modificadas era más frecuente que

algunos trabajadores fueran capaces de ganar dignidad sin dejar de permanecer atados al capital. La clase obrera dejó de ser la clase con cadenas radicales: la clase como fuerza puramente negativa que iba a levantarse y a negar la sociedad. En cambio, había sido integrada lenta y vacilantemente en la sociedad —aunque, cabe añadir, de ningún modo de forma completa—, como una fuerza positiva para el cambio. Como Paul Mattick argumentaba en 1939: «consciente e inconscientemente, el viejo movimiento obrero [llegó a ver] en el proceso de expansión capitalista su propio camino hacia un mayor bienestar y reconocimiento. Cuanto más florecía el capital, mejores eran las condiciones de trabajo».<sup>70</sup>

Las consecuencias de esta nueva situación fueron de gran calado: las organizaciones del movimiento obrero fueron capaces de obtener reconocimiento como parte de la sociedad, y obtuvieron conquistas para sus miembros sobre esa base. Sin embargo, aceptar el reconocimiento social requería que ya no promovieran la revolución como su objetivo. No era posible aceptar el marco constitucional y al mismo tiempo argumentar a favor de su derrocamiento.

Esto arriesgaría la posibilidad de que el movimiento pudiera perder su reconocimiento y, por ende, también las conquistas que había logrado: «había que elegir entre las tácticas “legales” y las “extraparlamentarias”».<sup>71</sup> Este dilema fue más claro en el caso de los sindicatos, las moléculas clave que conforman el trabajador colectivo.

---

70. PAUL MATTICK, «Karl Kautsky: from Marx to Hitler» (1939), en *Anti-Bolshevik Communism* (Merlin 1978), p. 4. En esa época oscura, Mattick sostuvo: «Ciencia para los trabajadores, literatura para los trabajadores, escuelas para los trabajadores, participación en todas las instituciones de la sociedad capitalista: esto y ninguna otra cosa fue el deseo real del movimiento».

71. PRZEWORSKI, *Capitalism and Social Democracy*, p. 15.

## LOS DIRIGENTES SINDICALES Y LAS BASES

El principal problema que enfrentaban los sindicatos era el mismo al que se enfrentaba toda organización de trabajadores: «el interés de clase es algo asociado a los trabajadores como una colectividad más que como una colección de individuos, un interés “de grupo” más que “serial”». <sup>72</sup> Los intereses de clase de los trabajadores tenían que ser instaurados de alguna manera. Con ese fin, los sindicatos crearon órganos para castigar comportamientos que maximizaran el bienestar individual —los esquirols, por ejemplo— a expensas del colectivo. Entonces comenzaron a ejercer poder amenazando con retirar el trabajo colectivo, y a veces retirándolo efectivamente. Aquí estaba el quid de la cuestión: en un contexto donde los sindicatos se propusieron mejorar los salarios y las condiciones de los trabajadores, *sin dejar de estar más o menos dentro de los límites de la legalidad*, estos necesitaban demostrar no solo la capacidad de hacer huelga, sino también de no hacerla, siempre que se cumplieran sus demandas. De lo contrario, no podrían ganar influencia. Por esa razón, los sindicatos tuvieron que desarrollar mecanismos disciplinarios que, además de suprimir el comportamiento que maximizara los intereses seriales de los trabajadores, garantizaran que el colectivo actuara en consonancia con los acuerdos negociados. El desarrollo de tales mecanismos no requería de una separación estable entre la dirección de la organización y la militancia de base. Esa separación, empero, solo podía evitarse cuando tal base funcionaba de manera continuada. Dado que las luchas tienden a ir y venir, la única forma de que los sindicatos siguieran siendo eficaces en el tiempo era crear estructuras formales que permitieran a los negociadores aparentar que tenían la capacidad de activar y desactivar la militancia de base a voluntad —cuando, en realidad, no podían hacer ni lo uno ni lo otro—.

72. PRZEWORSKI, *Capitalism and Social Democracy*, p. 20.

En este punto, los intereses de los dirigentes y de las bases se separaron. La militancia de base se convirtió en una carga, excepto cuando estuviera bajo el estricto control de la dirección. Mientras tanto los dirigentes se convirtieron en un personal fijo sostenido por las cuotas sindicales y que ya no dependía de los empleadores para sus salarios. Los intereses de los dirigentes se fueron identificando cada vez más, no con la defensa de los miembros del sindicato, sino con la supervivencia del sindicato en sí mismo. Por esta razón, tendían a evitar enfrentamientos con los empleadores que pusieran en riesgo el futuro del sindicato. Así, la reforma sustantiva, por no hablar de la revolución, se convirtió en un objetivo cada vez más distante.

Las mismas organizaciones que los trabajadores habían construido para hacer posible la revolución —las organizaciones que crearon al trabajador colectivo— se convirtieron en un impedimento para la revolución. Porque «un partido orientado hacia mejoras parciales, un partido en el que los líderes-representantes llevan un estilo de vida pequeñoburgués, un partido que durante años ha evitado las calles, no puede “filtrarse por el agujero en las trincheras”, como dijera Gramsci, incluso cuando este agujero es cavado por una crisis». <sup>73</sup> De aquí en adelante, la revolución dejó de aparecer como una tendencia interna al desarrollo capitalista para hacerlo como un efecto externo de la geopolítica. Las revoluciones solo se produjeron donde el desarrollo capitalista desestabilizó los marcos nacionales de acumulación, enfrentando entre sí los Estados-nación.

En el fondo estaba también este permanente dilema: a medida que las fuerzas productivas se desarrollaban, se hizo cada vez más difícil saber lo que significaría ganar y administrar todos estos gigantescos aparatos en interés de los trabajadores. Al igual que una galaxia parece un único punto de luz al

73. *Ibid.*, p. 15.

verla de lejos, pero observada de cerca se ve que en su mayor parte es espacio vacío, así también las fuerzas productivas de la sociedad capitalista, vistas en miniatura, parecían dar a luz al trabajador colectivo, cuando en una escala más grande solo dieron a luz a la sociedad separada.

### ADENDA SOBRE LA IDENTIDAD DE CLASE

El movimiento obrero promovió el desarrollo de las fuerzas productivas como medio para impulsar la creación del trabajador colectivo, como masa compacta. Al final resultó que la extensión e intensificación del sistema fabril no tuvo el efecto deseado; el trabajador colectivo existió solo en y a través de la actividad del propio movimiento obrero. Pero las mediaciones del movimiento obrero hicieron del interés colectivo de los trabajadores algo real. Como hemos argumentado, sindicatos y partidos construyeron una identidad de clase obrera como un rasgo distintivo de sus esfuerzos de organización. Esto no quiere decir que la unidad de clase, o la identidad con la que se asoció, de alguna manera fue meramente impuesta por la dirigencia sindical y política; unidad e identidad eran parte integral del proyecto del movimiento obrero mismo, en el cual participaron millones de trabajadores.

Dentro del movimiento obrero los trabajadores reivindicaron que la identidad de clase que promovían y afirmaban era realmente de carácter *universal*. Supuestamente subsumía a todos los trabajadores, independientemente de sus cualidades específicas: como madres, como inmigrantes recientes, como nacionalidades oprimidas, como hombres solteros —y en el límite más externo: como discapacitados, como homosexuales, etcétera, etcétera—. En realidad, la identidad supuestamente universal que el movimiento obrero construyó resultó ser de carácter particular. Subsumía a



los trabajadores solo en la medida en que eran marcados, o estaban dispuestos a dejarse marcar, con un carácter muy particular. Es decir, incluía a los trabajadores no como eran en sí mismos, sino solo en cuanto se ajustaban a una cierta imagen de respetabilidad, dignidad, trabajo duro, familia, organización, sobriedad, ateísmo, y demás.<sup>74</sup>

Anteriormente examinamos la génesis histórica de esta identidad de clase en particular, tanto en la lucha contra el antiguo régimen como en la expansión de las industrias de infraestructura. Es posible imaginar que, en circunstancias distintas, ciertas características particulares de esta identidad podrían haber sido diferentes. Ciertamente, incluso dentro de Europa, uno podría encontrar muchas características completamente contradictorias atribuidas a los trabajadores en tanto clase en diferentes contextos nacionales y regionales. A este respecto, sin embargo, debemos tomar algunas precauciones. Incluso en los Estados Unidos, donde se alcanzó tempranamente el sufragio universal masculino y no había antiguo régimen que derrotar, la identidad de un trabajador era asimismo construida, a finales del siglo XIX, en torno a un conjunto similar de rasgos: productividad, dignidad, solidaridad, responsabilidad personal. En una nación de inmigrantes, donde los nativos americanos y africanos ocupaban el último escalafón de la jerarquía social, la blanquitud<sup>75</sup> representó un marcador adicional, a veces complementando la identidad de clase y a veces compitiendo

74. «Siempre está en el corazón de la aristocracia obrera la idea de que ella forma una fracción hegemónica, presentándose a sí misma como el proletariado y afirmando la capacidad del proletariado para organizar otro orden social, a partir de los aprendizajes y valores formados en este mundo y en sus luchas». JACQUES RANCIERE, «Les maillon de la chaîne», *Les Revoltes Logiques* #2, Spring-Summer 1976, p. 5.

75. NdT: la triada «blancura, blanquitud y blanqueamiento», relevante en los estudios de sobre la raza y sus condicionamientos sociales, equivale a lo que en inglés es «white, whiteness and whitening».

con ella. Esto último explica en parte la debilidad de la identidad obrera en los EE. UU. y su desaparición más temprana. Pero asimismo apunta a los factores estructurales más profundos que dieron origen a esa identidad, a pesar de las enormes diferencias nacionales y culturales.

Había algo necesario, algo espontáneo, en el estrechamiento de la identidad de clase que tuvo lugar en el movimiento obrero. El punto clave aquí es que los intereses colectivos de los trabajadores no pueden determinarse simplemente mediante la suma de sus intereses seriales como individuos. Este hecho distingue a los trabajadores de los capitalistas, y también pone a los primeros en desventaja en las negociaciones. Al fin y al cabo, los intereses colectivos de los capitalistas son, en gran medida, cuestión de simple aritmética —o más exactamente, cuestión de resolver complejos sistemas de ecuaciones—: los costes deben mantenerse lo más bajos posible y el beneficio lo más alto posible. No hay, por ejemplo, capitalistas ambientalistas y capitalistas feministas que se peleen con otros capitalistas sobre la forma en que hay que dirigir una empresa. Tales consideraciones entran en juego solo en la medida en que no afectan el balance final de una compañía.<sup>76</sup> Los trabajadores, por el contrario, se enfrentan a tipos de cálculo mucho más difíciles: «¿a cuánta cantidad de salario, por ejemplo, se puede «racionalmente» renunciar a cambio de cierto incremento en la satisfacción laboral? La respuesta a esta pregunta no proviene de ningún cálculo que pudiera ser objetivamente realizado, solo puede ser hallada como resultado de la deliberación colectiva de los miembros de la organización [de los trabajadores]».<sup>77</sup> Las respuestas que cualesquiera trabajadores particulares pudieran dar a

76. Los capitalistas también pueden expresar sus intereses particulares mediante gestos filantrópicos: dañan y destruyen en un momento aquello que, a bombo y platillo, tratan de remediar en el siguiente.

77. CLAUS OFFE y HELMUT WIESENTHAL, «Two Logics of Collective Action», en Offe, *Disorganized Capitalism* (MIT 1985), p. 179.

esta pregunta dependen de sus preferencias individuales, así como de las particularidades de sus situaciones: los jóvenes solteros tienen diferentes intereses que las madres solteras.

Y aun así, deliberar cada punto, llegar a algún tipo de consenso o compromiso que garantizase que todo trabajador obtuviera al menos algo de lo que quiere, haría difícil la organización de los trabajadores. Los «costes» de organizar serían demasiado grandes. La solución ha de encontrarse en la formación de una identidad colectiva: «solo en la medida en que las asociaciones de los relativamente impotentes tienen éxito en la formación de una identidad colectiva, de acuerdo a cuyos estándares los costes de organizarse son subjetivamente disminuidos, pueden aquellos esperar cambiar la relación de poder original». <sup>78</sup> Eso es precisamente lo que lograron los sindicatos mediante la promoción de la identidad del trabajador: haciendo que los trabajadores percibieran sus intereses a través de esta lente identitaria, los sindicatos simultáneamente «expresaron y definieron los intereses de sus miembros». <sup>79</sup> Los trabajadores individuales tuvieron que reconocer al sindicato como representante de su propio interés, incluso cuando sus intereses particulares no estaban siendo atendidos por la estrategia negociadora del sindicato. Esta es una característica de todas las luchas cotidianas basadas en demandas: en la medida en que un colectivo quiere hacer demandas y, en ese sentido, participar en alguna clase de negociación, los miembros de ese colectivo deben bien compartir un interés inmediato, bien ser capaces de formar una identidad que cierre las brechas entre sus intereses superpuestos —introduciendo, paradójicamente, un elemento no utilitario en una lucha basada en demandas—. <sup>80</sup>

78. *Ibid.*, p. 183.

79. *Ibid.*, p. 184.

80. Cualquiera que haya participado en Occupy lo sabe: si se quiere obtener la unidad de reivindicaciones entre diversos sectores y presentarla después al mundo, sin una identidad compartida, eso solo puede

Fue debido a que las organizaciones de trabajadores tuvieron que redefinir parcialmente los intereses en juego con el fin de satisfacerlos que se vieron obligadas a depender de «formas no utilitarias de acción colectiva», basadas en «identidades colectivas».<sup>81</sup> De hecho, la capacidad de reivindicación de una lucha determinada puede entenderse como estructuralmente vinculada a su capacidad de basarse en una identidad colectiva existente —o de forjar una nueva—; reivindicación y composición son dos caras de la misma moneda.<sup>82</sup>

En el contexto del movimiento obrero, este punto no solo aplica a las negociaciones con los jefes, sino también a la expansión de los partidos políticos, así como al crecimiento de todas las otras organizaciones existentes en entornos urbanos llenos de excampesinos y/o inmigrantes recientes. El gran número y diversidad de situaciones hace que sea difícil decidir sobre objetivos comunes «intermedios» —es decir, previos a la conquista del poder—. Pero incluso si esto no fuera un problema, los costes de la organización continúan siendo altos de otras maneras. Los trabajadores tienen pocos recursos monetarios; pagan los costes de la lucha de clases mayormente con su tiempo y esfuerzo, ya sea participando en manifestaciones, acudiendo a una reunión o yendo a la huelga. Si uno tiene que trabajar 12 horas al día o cuidar de los niños, como hacen la mayoría de las mujeres trabajadoras, todo esto es extremadamente difícil. Por otra parte, no hay manera de que los trabajadores supervisen las contribuciones de cada uno. Junto con el gran tamaño del movimiento, esto crea enormes problemas de acción colectiva. Lo vemos en el centro moral del movimiento obrero —cultivar

---

lograrse mediante una deliberación interminable y/o a costa de que mucha gente no consiga lo que quiere.

81. OFFE, «Two Logics of Collective Action», p. 183.

82. Para un desarrollo de este argumento en relación a una lucha contemporánea específica, ver «Reúnenos de entre las naciones», en este número, pp. 304-310.

el sentido del deber, la solidaridad—, pero también en los medios de disciplina —el taller cerrado, los ataques a los esquirolés—. Incluso con estas bazas, el atractivo de las organizaciones obreras varió enormemente, al igual que su capacidad organizativa. Por lo general, seguía siendo necesaria una tragedia, como un incendio industrial o una masacre perpetrada por matones de la empresa, para que la mayoría de los trabajadores salieran a la calle.



## La fractura del movimiento obrero

Los trabajadores creían que, si participaban de la aterradora marcha del progreso, el matadero de la historia sacrificaría a sus enemigos. El desarrollo de la civilización industrial empujaría a los trabajadores a una posición de poder. Era cierto que en las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial las tendencias parecían moverse en la dirección correcta. En la primera década del siglo XX, los trabajadores fluyeron masivamente a las organizaciones construidas alrededor de una identidad afirmativa de los trabajadores. Los partidos socialdemócratas pasaron de obtener unos miles de votos —en tanto formación minoritaria en el interior del movimiento obrero— a conseguir millones, convirtiéndose en la fuerza principal de ese movimiento.

Mientras tanto, en algunos países, la afiliación sindical creció: «En 1913 los sindicatos británicos habían añadido aproximadamente 3,4 millones de trabajadores, los alemanes algo menos de 3,8 millones y los franceses cerca de 900.000 a finales de la década de 1880. Los sindicatos finalmente invadieron las fábricas, que se sumaron a los sitios de construcción, las mina de carbón y el pequeño taller, en los que ya tenían presencia».<sup>83</sup> La clase se había convertido en una fuerza con la que había que medirse, y lo sabía.

La creencia de los revolucionarios de que las tendencias continuarían moviéndose a su favor se consagró en la política del abstencionismo. Los partidos socialdemócratas se convirtieron en las facciones más numerosas en los parlamentos, incluso si quedaban en minoría; pero se abstuvieron de participar en el gobierno. Se negaron a gobernar al lado de sus enemigos, prefiriendo en lugar de ello esperar pacientemente a alcanzar la mayoría: «Esta política de abstención llevaba implícita una gran confianza en el futuro, una creencia

83. GEOFF ELEY, *Forging Democracy*, p. 75.

firme en la inevitable mayoría de la clase trabajadora y el poder siempre en aumento del apoyo de la clase trabajadora al socialismo». <sup>84</sup> Pero lo inevitable nunca llegó a suceder.

### LOS LÍMITES EXTERNOS DEL MOVIMIENTO OBRERO

Los trabajadores industriales nunca llegaron a ser la mayoría de la sociedad: «Incluso cuando el trabajo industrial alcanzó su mayor extensión, la reestructuración de largo plazo ya estaba volcando el empleo hacia la administración y demás trabajos en los servicios». <sup>85</sup> Ese fue el límite externo del movimiento: siempre fue demasiado pronto para el movimiento obrero, y cuando no fue demasiado pronto, ya era demasiado tarde.

Era demasiado pronto porque el antiguo régimen persistió, en todas sus formas, a pesar de la creciente fuerza de la clase obrera industrial. A finales del siglo XIX «era innegable que, a excepción de Gran Bretaña, el proletariado no era —“todavía”, afirmaban con confianza los socialistas— el grueso de la población en absoluto». <sup>86</sup> El estancamiento en el crecimiento de la clase obrera se reflejó en la permanencia obstinada de los campesinos en el campo, así como en la resistencia tenaz de los artesanos y pequeños comerciantes en las ciudades. También se reflejaba en límites cuantitativos aparentes para el crecimiento del movimiento: los sindicatos estaban lejos de organizar a la mayoría de la población; los porcentajes de votación a la socialdemocracia se mantuvieron por debajo del 51 por ciento. Mirando por encima de estas cifras, los partidos decidieron esperar. Y eso fue lo que hicieron, incluso durante aquellos momentos en los que la clase se sacudió

84. *Ibid.*, p. 83.

85. *Ibid.*, p. 48.

86. ERIC HOBSBAWM, *Age of Capital*, p. 136.



y trató de aplastar a sus jinetes. Supuestamente, la historia seguiría su curso; eso estaba garantizado. No obstante, la historia dio un giro inesperado.

Casi tan pronto como el antiguo régimen se disipó, la clase obrera industrial semicualificada dejó de crecer. Poco después, entró en un declive imparable. Al principio solo lo hizo en términos relativos, en comparación a la fuerza de trabajo total. Pero más tarde, en las décadas de 1980-90, y en casi todos los países de altos ingresos, descendió en términos absolutos. Como resultado, *los trabajadores industriales nunca constituyeron más de, como mucho, un 40-45 por ciento del total de la fuerza de trabajo*.<sup>87</sup> Una creciente masa de trabajadores en los servicios privados se expandió a la par de los trabajadores de la industria y después los rebasó como la fracción mayor de la fuerza de trabajo.<sup>88</sup> Asimismo, muchos pobladores urbanos llegaron a encontrar empleo en el sector público —empleados de la administración pública, maestros, etc.— o pasaron a vivir de ingresos no salariales: estudiantes, beneficiarios de ayuda estatal, etc. Se esperaba que todos estos grupos se integraran en el proletariado, pero en su lugar el proletariado se integró en ellos.

Ese fue el escenario, a pesar del hecho de que una parte cada vez mayor de la población mundial pasó a depender de un salario. Pero en su mayor parte, esta población asalariada no encontró trabajo en la industria. La aparición de fábricas en algunos lugares no presagiaba su aparición en todas partes: «En realidad, el dinamismo requería el atraso en [una] dialéctica de dependencia».<sup>89</sup> El éxito del movimiento obrero, ya fuera en ciudades de una sola industria o en ciudades

87. En muchos países el cénit fue mucho menor, alrededor del 30-35 por ciento de la fuerza de trabajo.

88. Sobre la especificidad del trabajo en los servicios, ver debajo sección 5.2

89. GEOFF ELEY, *Forging Democracy*, p. 48.

plenamente industriales, no era la realización del futuro en el presente. La coexistencia de fábricas masivas y pequeños talleres no era una falla, sino antes bien una característica permanente del sistema.

No obstante, las razones más profundas del continuo carácter no mayoritario de los trabajadores se hallan en las «leyes de movimiento» de la dinámica del capital. El punto clave, aquí, es que el capital desarrolla las fuerzas productivas en y a través de un aumento masivo de la productividad del trabajo. Esto tiene resultados contradictorios con respecto a la demanda de trabajo: los aumentos en la producción hacen que el empleo crezca; el incremento de la productividad hace que se contraiga. El equilibrio entre ambos determina entonces el crecimiento de la demanda de trabajo. En el apogeo de la industrialización, la productividad del trabajo aumentó rápidamente. Pero la producción industrial aumentó más rápidamente, por lo que el empleo industrial se expandió. Como exploramos a continuación, esta relación global se invirtió en la segunda mitad del siglo XX: las tasas de crecimiento del producto cayeron por debajo de las tasas de crecimiento de la productividad; como resultado el crecimiento del empleo industrial declinó de manera constante. Pero incluso en el período anterior el equilibrio entre crecimiento de la producción y crecimiento de la productividad presentó límites reales para el poder obrero.

En muchas de las industrias de vanguardia del período previo a la Primera Guerra Mundial —como las del textil o del acero, donde los trabajadores habían logrado las mayores conquistas— el empleo no pudo seguir el ritmo del crecimiento de la fuerza de trabajo de la posguerra. Incluso algunas industrias despedían más de lo que contrataban. Mientras tanto, nuevos sectores, como los de bienes de consumo y automóviles, recogieron parte de la carga de la generación de empleo en la industria, pero a los sindicatos les llevó tiempo

organizarlos. Además, *como empezaron con un alto nivel de mecanización, la expansión de estas industrias fue menos generadora de empleo de lo que había sido el crecimiento de las industrias anteriores*, por ejemplo, a mediados y finales del siglo XIX.. Se dio así el fenómeno de intensificación tecnológica y disminución relativa de la demanda de fuerza de trabajo que Marx, en el primer volumen de *El Capital*, había llamado «composición orgánica creciente del capital». <sup>90</sup> En todos los países, el empleo industrial como parte del total se mantuvo firmemente por debajo del 50 por ciento requerido para lograr la mayoría. Incluso en los países más industrializados (Reino Unido, Alemania) no logró elevarse por encima del 45 por ciento.

## LOS LÍMITES INTERNOS DEL MOVIMIENTO OBRERO

Los límites externos establecieron una frontera al crecimiento del movimiento obrero, al limitar el tamaño de su electorado. No obstante, el movimiento se enfrentó también a límites internos: *solo una porción del proletariado llegó a identificarse con el programa del movimiento obrero*. Eso se debió a que muchos proletarios afirmaban sus identidades no clasistas —organizadas principalmente en torno a la raza y la nación, y secundariamente alrededor del género, la cualificación y la rama— sobre su identidad de clase. Vieron que sus intereses que sumaban de manera diferente dependiendo de cuál de sus identidades favorecían.

Hablar de una «identidad de clase» en este sentido habría parecido a los teóricos del movimiento obrero una especie de contradicción en los términos. Ellos veían identidad y clase como conceptos opuestos. Se suponía que la clase constituía la esencia de lo que eran las personas; identificarse

90. Sobre este concepto ver «Miseria y deuda», en *Endnotes 2*.

principalmente con la propia clase era tener «conciencia de clase». Identificarse de acuerdo con algún otro eje era tener «falsa conciencia». Las identidades no clasistas fueron vistas como rasgos no esenciales que enfrentaban a los trabajadores unos contra otros, así como también contra sus intereses reales, esto es, sus intereses de clase. Pero fue solo desde el interior del movimiento obrero que la lucha horizontal entre grupos políticos, organizados en torno a diferentes identidades, se percibió como una lucha vertical entre una categoría profunda —la esencia de clase— y una diversidad de categorías superficiales.

La identidad obrera pudo funcionar como una categoría profunda puesto que parecía ser al mismo tiempo una identidad tanto particular como universal. La identidad particular era la del trabajador industrial masculino semicualificado: «La clase obrera fue asimilada con demasiada facilidad con la relación asalariada en su forma pura: el auténtico trabajador, el verdadero proletario, era el trabajador fabril», y podríamos añadir, más específicamente, el trabajador fabril masculino.<sup>91</sup> Aunque a menudo sostuvo que sus necesidades eran secundarias, el movimiento no pasó por alto a las mujeres: entre los trabajadores, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Engels y *La mujer y el socialismo* de August Bebel eran más populares que *El Capital* de Marx. Obviamente, las mujeres también trabajaban en las fábricas, en particular en la industria ligera —la textil o la de ensamblaje electrónico—, y eran a menudo importantes organizadoras de los trabajadores.

Sin embargo, la identidad particular del trabajador industrial semicualificado de sexo masculino seguía teniendo un significado universal: era solo como clase obrera industrial que la clase se aproximaba al trabajador colectivo, la clase en-y-para-sí. Esta importancia no era solo política. Durante

91. GEOFF ELEY, *Forging Democracy*, p. 51.

el ascenso del movimiento obrero parecía que todas las identidades no clasistas —incluido el género, en la medida en que servía para separar ciertas tareas en trabajos masculinos y femeninos— se estaban disolviendo en el vasto ejército de trabajadores fabriles semicualificados.

Los teóricos del movimiento obrero vieron al trabajador colectivo emerger de las entrañas de la fábrica y previeron la extensión de esta dinámica a la sociedad en su conjunto. Debido a la división del trabajo y la descualificación del trabajador, existía la expectativa de que el tipo de trabajo que los obreros industriales realizaban fuese cada vez más fungible. Los mismos trabajadores se convertirían en intercambiables a medida que pasaran de industria a industria, de acuerdo con una demanda continuamente cambiante de fuerza de trabajo y de bienes. Por otra parte, en las fábricas los trabajadores se verían obligados a trabajar con muchos otros miembros de su clase, con independencia de su raza, género, nacionalidad, etc. Se esperaba que los capitalistas agruparan a todo tipo de trabajadores en sus complejos gigantescos: el interés capitalista en obtener una ganancia llevaría a superar todos los prejuicios no rentables en la contratación y los despidos, obligando a los trabajadores a hacer lo mismo. Como resultado, los intereses particulares de los trabajadores entrarían en cortocircuito. Lo sólido desvaneciéndose en el aire, lo sagrado siendo profanado.

En realidad la homogeneización que parecía estar teniendo lugar en la fábrica fue siempre parcial. Los trabajadores se convirtieron en piezas intercambiables de una máquina gigante; no obstante, tal máquina resultó ser enormemente compleja, proporcionando muchas oportunidades para enfrentar a diferentes grupos entre sí. En las plantas de automóviles en Estados Unidos, los trabajadores negros se concentraron en la fundición, el trabajo más sucio. Los italianos del sur se vieron igualmente separados de los nortños en las

plantas de Turín y Milán. Dicha separación puede parecer ineficiente desde el punto de vista de los empleadores, ya que restringe el número de trabajadores potenciales para un puesto dado. Pero mientras las poblaciones relevantes sean lo suficientemente grandes, los empleadores son capaces de segmentar el mercado de trabajo y presionar a la baja los salarios. Si podían crearse conjuntos diferenciales de intereses entre los trabajadores gracias a las divisiones internas en la planta fabril (como con la toyotización), tanto mejor. Los capitalistas no tenían inconveniente de que la población trabajadora continuara siendo diversa y en muchos aspectos inconmensurable, sobre todo cuando esto socavaba los esfuerzos organizativos de los trabajadores.

Dado que la esperada homogeneidad de la fuerza de trabajo semicualificada no se dio plenamente, la realización de esta homogeneidad por otros medios se convirtió en parte de la tarea del movimiento obrero. Como ya se ha dicho, la organización requiere una identidad *afirmable*, una imagen de respetabilidad y dignidad de la clase obrera. Cuando los trabajadores no lograron adaptarse a este molde, los líderes del movimiento obrero se convirtieron en adalides de la autotransformación. El movimiento obrero era una secta: sensibilidad pragmática y puritana, estilo de ropa particular, etc.<sup>92</sup> Aun así, la prédica del trabajador dignificado —masculino, disciplinado, ateo, que expresa una sed de conocimiento científico y de formación política, etc.— a menudo fue obtenida por analogía a los valores de la sociedad burguesa. «Los activistas del partido querían vivir vidas dignas, honradas, morales, moderadas y disciplinadas: por una parte, para dar un buen ejemplo a los trabajadores que todavía no estaban organizados; por otra, para mostrar a la sociedad burguesa que estaba a la altura de las circunstancias, que

92. Véase la importancia del metodismo para el movimiento obrero inglés. La Prohibición (del alcohol) fue un punto clave en el partido laborista original de Keir Hardie.

uno tenía buena reputación y merecía respeto».<sup>93</sup> En otras palabras, los activistas del partido eran con frecuencia unos aguafiestas.<sup>94</sup>

Es fácil señalar que había muchos trabajadores que nunca se sentirían atraídos por tal autocomprensión. El límite interno del movimiento obrero era el límite de la capacidad o el deseo de los trabajadores de identificarse como trabajadores, de afirmar tal identidad como algo positivo; más aún, como algo esencial, algo que definía fundamentalmente quiénes eran. Esto significó que el movimiento obrero nunca llegó a incluir más que solo una fracción de la clase obrera. Fuera quedaron siempre «los supersticiosos y devotos religiosos, los transgresores sexuales, los jóvenes frívolos, las minorías étnicas y otros marginados y la clase obrera irregular de las subculturas criminales, los precarizados y los migrantes pobres».<sup>95</sup>

Surgieron tendencias políticas que intentaron apelar a los trabajadores sobre la base de algunas de estas identidades que el movimiento obrero dejaba fuera. De esta manera, el movimiento se encontró compitiendo con partidos nacionalistas, cristianos o católicos. Sin embargo, en la era del movimiento obrero, todas esas facciones se vieron obligadas a definirse con respecto a la identidad obrera para poder tener alguna importancia. El movimiento obrero hegemonizaba el campo político, aunque fuera al margen de la política oficial.

93. GEOFF ELEY, *Forging Democracy*, p. 82.

94. El movimiento se opuso a todas las formas de cultura popular mayoritaria que estaba justo apareciendo por aquel entonces, ya que esta mantenía a los proletarios en sus casas en lugar de en la calle, donde eran más susceptibles a los sermones y ruegos para que entraran en mítines socialistas o anarquistas. El éxito de las formas hegemónicas de entretenimiento (sobre todo el cine, la radio y la televisión) explican gran parte de la eventual muerte de aquellas formas de vida en las que se basaba la afirmación de la identidad de los trabajadores.

95. GEOFF ELEY, *Forging Democracy*, p. 83.

## ESTRATEGIAS EN TORNO A LOS LÍMITES

Fue principalmente en respuesta a su límite externo que el movimiento obrero desarrolló estrategias divergentes. ¿Cómo iban los trabajadores a superar este límite y convertirse en la mayoría de la sociedad? En retrospectiva, podemos ver el límite exterior como una barrera absoluta, pero fue imposible extraer esa conclusión durante la era de la industrialización. Para los trabajadores parecía probable que de un modo u otro la industrialización seguiría su curso, o que las fuerzas productivas podrían expandirse por diversos medios, lo que aumentaría el tamaño y la unidad del proletariado. Por supuesto, los que creían que el proyecto del movimiento obrero nunca se vería realizado bajo las condiciones existentes, simplemente dejaron el movimiento —entrando en una u otra tendencia utópica perdida en la historia— o renunciaron a la política.

Para los que se quedaron, el límite exterior se presentó como un conjunto de dilemas estratégicos. Estos debates concernían sobre todo a las formas de lucha, por oposición a su contenido: (1) la forma de la revolución —¿insurrección o elecciones?—; (2) la forma de la organización —¿acción directa o representación parlamentaria y sindical?—, y (3) la forma del Estado —¿herramienta de las clases dominantes o instrumento neutro que refleja el balance de fuerzas de clase?—.

En cualquier caso, la clave para nosotros es ver que los debates estratégicos fundamentales del movimiento obrero surgieron en relación con los límites específicos que enfrentaba aquel movimiento. Nuestros propios debates estratégicos, en nuestro tiempo, están en relación con los límites que enfrentamos o vamos a encontrar, los cuales son bastante diferentes (no debe leerse aquí una implicación pesimista de que nuestros límites también van a terminar mostrándose



como barreras infranqueables). Cualquier intento de reactivar el horizonte estratégico del movimiento obrero en la actualidad, o bien se basa en una falsa lectura de una similitud entre épocas, o bien es un delicado y difícil salto a través del abismo del tiempo que se reconoce como tal.<sup>96</sup>

## 1. LA SALA DE ESPERA

A la derecha del movimiento obrero, los socialdemócratas se vieron obligados a enfrentar los hechos. Esperaban que llegara su momento, pero en todas partes tocaron techo en cuanto a porcentajes de votación se refiere, a menudo muy por debajo del 51 por ciento. Decidieron que necesitaban prepararse para un largo camino por recorrer. Eso significaba, en particular, mantener la disciplina entre sus afiliados cuando estos intentaban apresurarse poniendo en riesgo demasiado pronto las conquistas de la organización en un «test de fuerza».<sup>97</sup>

Los socialdemócratas —y, más tarde, los partidos comunistas— estuvieron siempre motivados por este miedo al demasiado pronto. En lugar de apresurarse, habrían de tomarse su tiempo y moderar sus demandas en alianza con otras clases. En el pasado, los partidos socialdemócratas habían sido lo suficientemente fuertes como para tener una participación en

96. Esto no es lo mismo que decir que todas las tácticas y estrategias están igualmente condenadas a fracasar. Los sindicatos obviamente todavía existen, y las identidades y tácticas forjadas en épocas pasadas pueden ser movilizadas en determinados casos. Pero está claro que aquellas instancias particulares ya no pueden ser insertadas dentro de una suerte de narrativa al final de la cual yace alguna clase de sociedad de los trabajadores a la que llegar mediante la reforma o la revolución.

97. Anton Pannekoek repasó los debates alrededor de esta frase en *Teoría marxista y táctica revolucionaria*, 1912.

el poder, pero no lo hicieron como resultado de la política de abstención. Ahora comenzarían a usar el poder que tenían: era hora de hacer compromisos, de llegar a acuerdos. Fue esta tendencia al compromiso la que dividió al movimiento obrero. Para muchos trabajadores, renunciar a la abstención y hacer alianzas era una «traición», una que señalaba, en particular, las influencias corrosivas de otras clases (intelectuales pequeño burgueses) o de ciertos sectores privilegiados y proimperialistas de la clase obrera (la aristocracia obrera). De hecho, este giro en la socialdemocracia tenía raíces más prosaicas. En primera instancia, era la única manera de dar a los votantes algo que celebrar, una vez que los porcentajes de voto dejaron de crecer con rapidez. Segundo, y más importante aún, una vez que los socialdemócratas pudieron ver que no podían llegar a la crucial mayoría numérica solo sobre la base de los trabajadores, era lógico que comenzaran a buscar a los votantes en otra parte: los socialistas tuvieron que «elegir entre un partido homogéneo en su apelación a la clase, pero condenado a derrotas electorales perpetuas, y un partido que lucha por el éxito electoral a costa de diluir su carácter de clase».<sup>98</sup> Cada vez con más frecuencia, todos los partidos socialdemócratas optaron por esta última opción.

El «pueblo» tendió a ser sustituido por la clase obrera —aunque la retórica socialdemócrata también tendió, en momentos cruciales, a dar marcha atrás—; con la victoria sobre el antiguo régimen al alcance de la mano, la democracia se convirtió en un fin en sí misma. Los socialistas abandonaron cualquier referencia a la violencia y, finalmente, a la revolución, para así poder establecerse en el parlamento y prepararse para el largo camino que les esperaba. El problema es que atraer al pueblo requiere diluir el programa.<sup>99</sup> Su

98. ADAM PRZEWORSKI, «Social Democracy as a Historical Phenomenon». *New Left Review* NLR I/122, julio-agosto de 1980.

99. Cf. AMADEO BORDIGA, «El programa revolucionario de la sociedad comunista elimina toda forma de propiedad sobre la tierra, los

electorado ampliado de pequeños comerciantes, campesinos y demás experimentaba los problemas de la modernidad de diferentes maneras difíciles de aunar. Los partidos se convirtieron en receptores de un conjunto de intereses sectoriales, conservados juntos más por maniobras políticas que por cualquier tipo de coherencia interna. Los socialdemócratas se vieron obligados a luchar por el centro con otros partidos, nacionalistas y religiosos: «a medida que la identificación de clase [se volvió] menos prominente, los partidos socialistas [perdieron] su atractivo único para los trabajadores». <sup>100</sup> Por lo tanto, incluso con un electorado ampliado, tuvieron que seguir bregando por alcanzar el escurridizo 51 por ciento de la mayoría.

Los partidos socialdemócratas justificaron inicialmente su reformismo diciendo que el momento aún no estaba maduro, pero a partir de la década de 1950 dejaron caer gradualmente la idea de la socialización de los medios de producción, hasta abandonarla por completo. Habían llegado a ver este cambio no necesariamente como un retroceso. Esto se debe a que, para muchos socialdemócratas, un partido de la clase obrera a la cabeza del Estado es el socialismo, o al menos, todo lo que queda de esta idea: el Estado organiza todas las actividades de la clase obrera, no a través de sus intereses separados como trabajadores de diferentes fábricas o sectores, sino más bien, como un todo, como trabajador instrumentos de producción y los productos del trabajo» (Partido Comunista Internacional 1957).

100. PRZEWORSKI, *Social Democracy as a Historical Phenomenon*. «Los partidos socialdemócratas ya no son cualitativamente diferentes de otros partidos; la lealtad de clase ya no es una fuerte base para la autoidentificación. Los trabajadores ven la sociedad como compuesta por individuos; se ven a sí mismos como miembros de colectividades distintas a la clase; se comportan políticamente sobre la base de afinidades religiosas, étnicas, regionales o de algún otro tipo. Así llegan a ser católicos, sureños, francófonos, o simplemente “ciudadanos”».

colectivo, el cual comanda a los diferentes sectores. El mundo obrero, desde esta perspectiva, no es un sueño lejano, sino una socialdemocracia realmente existente.

## 2. LOS REVOLUCIONARIOS ROMÁNTICOS

En el centro del movimiento obrero estaban los revolucionarios románticos. Argumentaban que el poder debía tomarse ya, precisamente con el fin de completar la transición que el capitalismo no había logrado producir. De este modo, los bolcheviques en Rusia y los maoístas en China adoptaron la tarea de asegurarse de que la clase obrera se convirtiera en mayoría, en lugar de que se desarrollara en sus países «atrasados» de acuerdo a la dinámica capitalista. Con el fin de lograr este objetivo, los trabajadores tendrían que completar la revolución burguesa en lugar de una burguesía débil y servil.

Al emprender esta tarea, los revolucionarios de los países pobres se enfrentaron a un verdadero problema. Debido al continuo desarrollo capitalista en Occidente, la frontera tecnológica había seguido desplazándose hacia el exterior. Se hizo mucho más difícil ponerse al día. Ya no era posible alcanzar a los líderes tecnológicos de Occidente por medio del «sistema americano». Permitir a las industrias capitalistas que se desarrollaran sobre esa base simplemente tardaría demasiado tiempo: ponerse al día llevaría cientos de años, en vez de décadas.<sup>101</sup>

En estas condiciones, la única manera de avanzar era suspender de la lógica del mercado por completo. Toda la infraestructura y el capital fijo tuvieron que ser construidos de una sola vez. Los precios tuvieron que ser deflacionados artificialmente a su nivel esperado en el futuro, un nivel que no sería realmente alcanzado hasta que todo el sistema

101. ROBERT ALLEN, *Global Economic History*.

industrial interconectado hubiera sido más o menos completamente edificado. Esta estrategia industrial tan compleja fue conocida como «industrialización forzosa». <sup>102</sup> Sólo fue posible en aquellos países en los que se permitieron formas extremas de planificación.

Yevgeni Preobrazhensky, en esencia, descubrió la posibilidad de la industrialización forzosa apoyándose en sus propios análisis sobre los esquemas de reproducción de Marx. <sup>103</sup> Desarrolló sus hallazgos en una nueva clase de marxismo antimarxista: desarrollismo vía planificación centralizada. Así surgió, en un naciente bloque «comunista», la figura del tecnócrata-planificador. Sin embargo la creación de un Estado planificador tecnocrático significaba erradicar las tradicionales relaciones agrarias, algo a lo que las élites del antiguo régimen, así como también muchos campesinos, se opondrían amargamente. Por lo tanto el desarrollismo marxista necesitaba deshacerse de las viejas élites y reorganizar la vida en el campo; hacer compromisos ya no era una opción. Al final fue este aspecto de la estrategia el que dio resultados. En el siglo XX, solo los países que acabaron con las élites del antiguo régimen fueron capaces de ponerse al día: Rusia, Japón, Corea del Sur y Taiwán. <sup>104</sup> Por supuesto, Japón, Corea del Sur y Taiwán fueron capaces de lograr este resultado sin volverse comunistas, pero su capacidad para hacerlo tuvo todo que ver con una oleada de revoluciones que barrió Asia oriental y suroriental (principales escenarios de guerras campesinas victoriosas), y también con la ayuda recibida de EE. UU. Donde los revolucionarios románticos no llegaron al poder y las élites del antiguo régimen no fueron depuestas

102. *Ibid.*

103. Ver ROBERT ALLEN, *From Farm to Factory: A Reinterpretation of the Soviet Industrial Revolution* (Princeton 2003).

104. Se podría mencionar también el Estado de asentamiento colonial de Israel, que se desembarazó de las élites locales en una manera diferente.

—India, Brasil...—, el desarrollismo encalló. Tuvieron que hacerlo entonces a la antigua usanza, mediante el compromiso y la corrupción, y esto sencillamente no fue suficiente.

Podemos ver en esta tendencia la forma extrema de la paradoja del movimiento obrero. Bajo los socialdemócratas el apoyo al desarrollo de las fuerzas productivas significó principalmente la construcción de la imagen del trabajador colectivo, los llamados a la disciplina, la construcción de las instituciones para supervisar a los trabajadores en el largo plazo. Con los revolucionarios románticos nos encontramos con el movimiento obrero no simplemente esperando el desarrollo de las fuerzas productivas, teniendo fe en que se van a desarrollar, sino desarrollándolas *de manera activa*, con la disciplina de hierro de un aparato estatal centralizado.<sup>105</sup>

### 3. LO QUE PODRÍA HABER SIDO

Por último estaba la izquierda: los anarcosindicalistas y comunistas consejistas. La izquierda partió del hecho de que la clase obrera ya era una mayoría en las ciudades industriales, donde los socialdemócratas y sindicalistas tenían el poder. En este estrecho contexto el límite externo era invisible. Para los trabajadores de estas áreas estaba claro que eran ellos los que estaban construyendo el nuevo mundo.

Todo lo que quedaba por hacer era tomar el control del proceso de producción directamente -no a través de la mediación del Estado, sino por medio de sus propias organizaciones. De esta manera, la izquierda rechazó el problema de qué hacer para que la clase obtuviera una mayoría del 51 por

105. Su apoyo al desarrollo de las fuerzas productivas involucró una visión del comunismo como mundo de la abundancia. Teóricamente, la disolución del Estado tendría lugar al mismo tiempo que la de la clase. Pero para llegar allí, paradójicamente, habría que agrandarlo y fortalecerlo.

ciento a nivel nacional. No había necesidad de compromisos con otros partidos, ninguna necesidad de apelar al pueblo en lugar de a la clase. Esto explica el carácter cada vez más anti-parlamentario de una fracción considerable del movimiento obrero después de 1900: rechazaron el parlamento como el sitio donde todo el país se suma, dejando en minoría a los trabajadores. La izquierda rechazó el problema de la mayoría real, pero lo hizo únicamente en favor de muchas mayorías locales.

Eso se debió a que los anarquistas y la izquierda comunista, más que nadie, realmente *creían* en el trabajador colectivo.<sup>106</sup> Ambos veían en la huelga de masas la agitación de un gigante dormido, tirando de las cuerdas con las que las organizaciones formales lo habían atado con tanto esmero. El trabajador colectivo tenía que ser alentado para que se deshiciera de las mediaciones que lo dividían, que lo atrapaban en sindicatos y partidos obsesionados con este mundo y con la obtención de conquistas para los trabajadores en tanto que vendedores de mercancías.

En ese sentido, la izquierda reconoció implícitamente que el desarrollo de las fuerzas productivas estaba llevando a la sociedad separada. Entendió correctamente que esto era resultado, en parte, del trabajo de las organizaciones de los propios trabajadores, de su intento por fortalecer a la clase por medio de su integración al Estado.<sup>107</sup> La izquierda criticó

106. La izquierda italiana complica esta foto, ya que no rechazaron a los sindicatos y partidos de la misma manera que los anarcosindicalistas y la Izquierda Comunista holandesa y alemana. Las mediaciones que opusieron —partido de masas, frente único, antifascismo— fueron más singulares; su disenso respecto a la línea principal del movimiento obrero fue menos pronunciado. Aun así, la crítica de Bordiga al consejismo llegaría a ser la base para una ruptura crítica con la ideología del movimiento obrero (Ver «Epílogo»).

107. La izquierda se mantuvo fiel al período temprano del movimiento obrero, rechazando no solo el parlamento sino el aparato de

las realidades del movimiento obrero desde el punto de vista de sus ideales, refugiándose o hallando consuelo en la lógica de los análisis más puros y revolucionarios de Marx. Pero al hacerlo, buscaban mayormente hacer retroceder la marcha del reloj. No vieron que no podría haber sido de otro modo: era imposible construir el trabajador colectivo sin, por una parte, la derrota del antiguo régimen y, por la otra, la construcción del poder de clase a través de todas estas diferentes mediaciones. Veían la huelga de masas como una revelación de la verdadera esencia del proletariado. Pero ¿qué propósitos tenían esas huelgas? En su mayoría buscaban asegurar los derechos políticos de los partidos y sindicatos de los trabajadores, o intentaban renegociar, en lugar de derrocar, las relaciones entre los trabajadores y sus direcciones.

---

Estado en su conjunto, llamando a su remplazo por federaciones de trabajadores. El trabajador colectivo no se constituiría a sí mismo por medio de los órganos del Estado, recibiendo y pasando órdenes, sino de abajo arriba, por medio de la democracia directa. Así, empero, el problema de cómo «agregar» se trasladó a las relaciones entre unidades productivas individuales. ¿Cómo se resolverían los conflictos de intereses entre estas unidades? La izquierda se imaginó una resolución mágica, por medio del intercambio directo entre unidades productivas, el remplazo del dinero por unidades de tiempo de trabajo, el trabajo mediándose a sí mismo. En lugar de la superación de la enajenación, concibieron la reducción de su esfera.



## La extraña victoria del movimiento obrero

El movimiento obrero sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial, e incluso prosperó tras la misma. Lo hizo apegándose a una estrategia segura: las organizaciones de trabajadores apoyaron el esfuerzo de guerra todo lo que pudieron. Propugnaron la paz laboral durante el tiempo en que duró la conflagración, con la esperanza de alcanzar poder y obtener reconocimiento después del desastre de la guerra. Donde los fascistas tomaron el poder tal paz no fue posible. Todas las organizaciones de superficie del movimiento obrero fueron aniquiladas. De este modo, fueron los comunistas, en lugar de los socialdemócratas, los que adquirieron el papel principal dando sus vidas en la Resistencia. Tras la finalización de la guerra, esta Resistencia se convirtió en una irritación temporal para los líderes socialdemócratas y comunistas: las organizaciones revolucionarias armadas, formadas por fuera del control de los partidos y sindicatos establecidos, tenían sus propias visiones de la reconstrucción de la posguerra. Sin embargo, estas organizaciones fueron rápidamente desarmadas, y luego decayeron. De este modo la misma estrategia de desarrollo de antes de la guerra pudo entonces ser retomada tras su finalización.

La posguerra fue un triunfo para el comunismo en el Este y para la socialdemocracia en el Oeste (aunque a menudo esta última no pudo obtener mayorías parlamentarias). El antiguo régimen fue derrotado en suelo europeo, y en algunos casos en otras partes del mundo. Los trabajadores finalmente ganaron reconocimiento como un poder dentro de la sociedad. Y, sin embargo, a pesar de estas victorias, cada vez era más difícil ver el camino a seguir. El sendero que llevaba desde el desarrollo de las fuerzas productivas al triunfo de la clase se volvía cada vez más oscuro.

Esto fue así porque el trabajador colectivo, producto del sistema fabril, se encontraba cada vez más disperso por todo el complejo aparato productivo. Como se confirmó al final, los vínculos reales forjados entre los trabajadores no se encontraban en su conexión vivida dentro de los lugares de trabajo. En su mayor parte, sus vínculos reales se formaban fuera de las paredes de la fábrica: en las carreteras, en las líneas de energía eléctrica, en el supermercado, en la televisión. En lugar de la «noche de estreno» del trabajador industrial triunfante tuvimos el somnoliento trayecto mañanero de la casa al trabajo. *El trabajador atomizado se reveló como la verdad del trabajador colectivo.* Aquí estaba la unidad-en-la-separación del capitalismo, corroyendo las bases de la solidaridad de los trabajadores, y no solo en la fábrica sino también en toda la ciudad. En lugar del Coro de los Trabajadores, estaba *Soul Train*.<sup>108</sup> El partido del día lo jugaba el West Ham en vez de el Thames Ironworks Football Club [su antiguo nombre]. En lugar de vecinos llenando los parques y las costas, había paquetes de vacaciones familiares con el Club Med. Todo esto —no debería sorprender— demostró ser mucho más entretenido que un mitin socialista. Sin embargo, nada dura para siempre. Las extrañas victorias de la posguerra resultaron ser solo un respiro temporal de los estragos de la sociedad capitalista. Las tendencias a la crisis volvieron a surgir ya a mediados de la década del 60 y principios de los 70. Los gloriosos avances en la producción se convirtieron en sobreproducción, y el pleno empleo en desempleo.

---

108. NdT: programa de variedad y entretenimiento musical estadounidense dirigido por Don Cornelius entre 1971 y 2006.

## LA DERROTA DE LAS ÉLITES DEL ANTIGUO RÉGIMEN

La Segunda Guerra Mundial finalmente decapitó el antiguo régimen europeo. El Ejército Rojo marchó a través de las tierras ensangrentadas de Europa central, haciéndose heredero de la riqueza de las clases opulentas. Por el camino, grandes extensiones de tierra -que hasta ese momento formaban la base material del poder de las élites en países donde más de la mitad de la población se dedicaba a la agricultura- fueron confiscadas. Inicialmente se hicieron algunos intentos por distribuir esta tierra confiscada entre los campesinos, pero estos esfuerzos fueron rápidamente abandonados en favor de la colectivización agrícola a gran escala. Mientras tanto, Prusia, bastión histórico del antiguo régimen en Europa Central, fue borrada del mapa.

En Europa occidental la aristocracia entró también en declive terminal. Aparte de Italia y Grecia, esta disminución no fue el resultado de la reforma agraria. En lugar de ello, el fin del antiguo régimen fue una consecuencia de la turbulencia en tiempos de guerra y de entreguerras. Desplomes de la bolsa, seguidos de una rápida inflación, acabaron con fortunas que habían abandonado mucho tiempo atrás el campo para ser invertidas en modernas formas de acumulación de riqueza (bonos de deuda gubernamentales en particular).<sup>109</sup> La pérdida de las colonias y la nacionalización de industrias también causaron estragos en las finanzas de la clase alta. Esta nivelación a la baja de la riqueza fue a continuación asegurada, políticamente, por altos tipos impositivos.

Tales transformaciones materiales fueron acompañados por otras culturales. El respeto que quedaba por las familias establecidas fue demolido durante la guerra. Los ilustres ya no eran tan notables, sobre todo porque muchos habían

109. THOMAS PIKETTY, *Capital in the 21st Century* (Harvard 2013).

colaborado con las fuerzas de la ocupación o con desacreditados regímenes fascistas de cosecha propia. De aquí en adelante, las clases ya no se distinguirían por lo que llevaran sobre sus cabezas —el sombrero de copa, la gorra del obrero—. Así, las guerras completaron una de las principales tareas del movimiento obrero europeo. Abrieron el camino para un mayor desarrollo de las fuerzas productivas y, también, para el esperado triunfo de la clase obrera. En realidad, Europa estaba tratando de dar alcance a los Estados Unidos, en términos de comercialización de la vida e integración de todo el mundo en la sociedad completamente separada.

Es cierto que, fuera de Europa, los antiguos regímenes se mantuvieron en su lugar, bloqueando el progreso de tales proyectos de modernización. Sin embargo, precisamente debido a la guerra, los imperios coloniales quedaron significativamente más débiles, mientras que los modelos socialistas y capitalistas de desarrollo, dentro de las zonas nacionales de acumulación, eran mucho más fuertes. Hacia la década de los '50 los movimientos de independencia nacional estaban barriendo el mundo, extendiendo el modelo del Estado-nación hasta los confines de la tierra (hubo reductos, por supuesto: Sudáfrica, las colonias portuguesas, etc.). En las colonias, así como en las metrópolis, se preparó un ataque contra el persistente atraso económico.

Aun así, entre los movimientos de independencia victoriosos —que se desarrollaron a la par de las insurgencias campesinas en América Latina— solo aquellos pocos que fueron guiados por revolucionarios románticos e inspirados por Rusia, y luego por China, fueron capaces de derribar de manera definitiva la dominación de las élites rurales.

Los revolucionarios reorganizaron las tierras de las élites en granjas colectivas, creando las condiciones para una industrialización forzosa al estilo ruso —a pesar incluso de que su éxito, en ese sentido, fue por lo general bastante limitado—:

la eliminación de las élites del antiguo régimen permitió a los tecnócratas comunistas centrarse en las tareas desarrollistas inmediatas -a saber, quebrar las comunidades campesinas y desplazar campesinos hacia a las ciudades, donde podrían ser puestos a trabajar en gigantescas plantas siderúrgicas.<sup>110</sup>

En todos los demás lugares donde la bandera roja fue derrotada —ya sea porque las insurgencias campesinas eran demasiado débiles o porque los campesinos se vieron envueltos en alianzas anticoloniales con las élites locales—, los movimientos de reforma agraria o bien fallaron por completo, o se diluyeron tanto que resultaron ser intrascendentes.<sup>111</sup> Como resultado, las élites del antiguo régimen sobrevivieron a la transición al capitalismo de desarrollo nacional, al igual que lo habían hecho en la Europa del siglo XIX, salvo que ahora el desarrollo tardío de la alianza entre «Hierro y Centeno» ya no era viable.

110. Dos casos excepcionales que no agitaron la bandera roja, pero aun así se desarrollaron a lo largo de estas líneas —y de hecho haciéndolo mucho más exitosamente, ya que contaban con el apoyo de los EE. UU. y el acceso a su mercado doméstico—, siguieron un modelo similar de industrialización forzosa. Corea del Sur y Taiwán eran Estados-cuarteles con el propósito de servir de modelo a las poblaciones del este y sudeste asiático para que estas pudieran ver lo que podían lograr gracias al desarrollo capitalista. Aquí también la industrialización forzosa exitosa dependió de programas radicales de reforma agraria, que demolieron los antiguos regímenes en el campo a comienzos del período de posguerra. En estos casos los programas radicales de reforma agraria solo fueron implementados como esfuerzos contrarrevolucionarios de último recurso para detener el avance de la revolución comunista (el régimen de Vietnam del Sur rehusó implementar un programa similar, asegurando así su derrota). Como resultado, los administradores del Estado en estos países, como los revolucionarios románticos en otras partes, fueron capaces de establecer un desarrollo capitalista estilo cuartel.

111. REHMAN SOBHAN, *Agrarian Reform and Social Transformation* (Zed Books 1993).

Desde luego, la persistencia del antiguo régimen no era solo una cuestión de élites: había también un importante resto de campesinos en las zonas rurales de todo el mundo. Este campesinado no solo continuaba representando una importante minoría en Europa occidental y central; en el sur y el este de Europa, así como en Asia del este, los campesinos constituían la mayoría de la población. Cuando el antiguo régimen se disipó, la dominación real se desplegó rápidamente en el campo: en un plazo de veinte a cuarenta años (dependiendo de la región), el campesinado había desaparecido. Eso se debió en parte a la reducción de las protecciones políticas para los productores agrícolas, y en parte era el resultado de nuevas tecnologías que permitieron que la subsunción real de la producción agrícola se produjera rápidamente. Al terminar la guerra, la agricultura comenzó a parecerse más a una rama de la industria.

Aun así, los avances técnicos en la agricultura no podrían haber aniquilado por sí mismos la pesada herencia del campesinado en todo el mundo. Esa tarea fue encomendada al crecimiento demográfico. Los desarrollos de la salud pública en la posguerra —incluyendo antibióticos, vacunas y el DDT— condujeron a una caída sin precedentes en los niveles de mortalidad infantil. El impulso resultante del crecimiento poblacional socavó al campesinado en una escala global. También se asoció con la urbanización. Hoy en día la mayoría de la población mundial vive en ciudades. El proletariado urbano, que suma más de tres mil millones de personas (más que el total de la población mundial a fines de la Segunda Guerra Mundial) es totalmente dependiente de la producción y el intercambio mercantil para sobrevivir. Todavía queda por ver el *comunismo total*, pero, de un tiempo a esta parte, a donde nos estamos acercando peligrosamente es al *capitalismo total*.

## EL MOVIMIENTO TRIUNFANTE

Con el antiguo régimen derrotado en Europa -y en riesgo de destrucción revolucionaria en todas partes del mundo- el movimiento obrero parecía haber triunfado, incluso donde sus partidos quedaron al margen del poder. Al mostrarse a sí mismos como valientes soldados y hábiles cogestores de la economía de guerra, los trabajadores no solo derrotaron al antiguo régimen: ganaron también reconocimiento dentro de zonas nacionales de acumulación. La dignidad de los trabajadores fue legalmente consagrada.<sup>112</sup> No solo los sindicatos fueron reconocidos como representantes oficiales de los trabajadores; la negociación sindical logró apoyo legal. El corporativismo reinó, primero en los EE. UU. desde la década de 1930, y luego por toda Europa después de la guerra.

Mientras tanto, el éxito de la industrialización forzosa puso a los revolucionarios románticos del Este en el mismo plano que a los socialdemócratas, si bien siempre unos pasos por detrás. Los años 50 fueron, según algunos, la edad de oro de la planificación socialista; los bienes de consumo se volvieron al fin más accesibles. Sin embargo, al mismo tiempo, cualquier apelación residual a una identidad de clase o solidaridad clasista se redujo a una estética kitsch, fuente de muchos chistes amargos. Así pues, el movimiento obrero completó tendencialmente el proyecto de proletarización de la población mundial, o al menos participó en su realización, en sus versiones del «primero», «segundo» y «tercer» mundo.

Paradójicamente, al menos desde la perspectiva del movimiento obrero, este mismo proceso agotó las energías revolucionarias, y por dos razones. (1) El pasado, ese que el

112. El primer artículo de la constitución italiana de 1948, escrito con la colaboración del PCI, declara el «trabajo» como la base de la república italiana, la roca sobre la que fue construido el Estado de posguerra.

movimiento obrero se había propuesto aniquilar, resultó ser un soporte fundamental de su visión revolucionaria. (2) El futuro, cuando finalmente llegó en forma de un aparato productivo altamente desarrollado, resultó no dar a luz al trabajador colectivo; en su lugar reforzó la unidad-en-la-separación de la sociedad capitalista. El movimiento obrero se mantuvo como fuerza social, pero en una forma esclerótica. Probablemente podría haber durado por siempre si no hubiera sido derrotado desde un rincón inesperado -estos es, por la reactivación de la contradicción fundamental del capital.

## 1. SIN PASADO NO HAY FUTURO

Fue la experiencia vivida de la transición —de las comunidades campesinas y artesanales a la sociedad capitalista— la que dio a los trabajadores la idea de que otra transición era posible (de la sociedad capitalista a la comunidad cooperativa). En cierto sentido, esta perspectiva «transicional» trataba simplemente de la visibilidad de formas de vida que no estaban fundadas exclusivamente en el nexo del dinero.<sup>113</sup> Pero el impulso transicional no se refería solo a la existencia de alternativas.

Se trataba también de la experiencia del despliegue de la historia. Los obstáculos inmediatos a la llegada de ese futuro —la persistencia del antiguo régimen— proporcionaron un punto focal alrededor del cual reunir a los trabajadores a nivel nacional. De hecho, los privilegios que conservaban los señores recordaban a todos el fracaso de la burguesía en defender sus valores liberales. Esto facultaba a los trabajadores a liderar una coalición interclasista: en defensa de la laicidad, la democracia y la igualdad (formal). La idea de «hegemonía», popularizada por Gramsci, extendió la cuestión clave

113. FREDRIC JAMESON, *A Singular Modernity* (Verso 2002), p. 142.



de la política francesa del siglo XIX al siglo XX: ¿qué clase puede representar para otras clases su verdadero interés? Y en ese período, en el que socialdemócratas y comunistas por igual estaban aproximándose al *impasse* del movimiento obrero, este interés aparecía como un interés nacional. En la medida en que la «revolución burguesa» parecía estar estancada, los trabajadores podían reclamar este manto para sí. Esa era su misión histórica. Por supuesto, no constituía motivo de preocupación que fuera fácil hallar odio a los de «alta cuna» entre las capas más bajas, así como que la línea que separa al aristócrata del capitalista siempre fuera muy delgada.

No obstante, no fue solo el mito del destino histórico de los trabajadores el que dependía de la existencia del antiguo régimen. Muchos aspectos de la cultura de la clase obrera fueron heredados de la experiencia directa de los proletarios con las formas de vida del viejo mundo. El movimiento obrero dijo a los excampesinos que olvidaran el pasado, pero a pesar de estas súplicas, los recientes inmigrantes urbanos encontraron maneras de construir una nueva cultura de la resistencia sobre las antiguas bases de la comunidad inmediata y una solidaridad intransigente. Del mismo modo, el movimiento obrero amonestaba a los artesanos -que conocían todo el proceso de producción y estaban realmente identificados con su trabajo- por su falta de predisposición para abandonar el control sobre ese proceso, lo que era la base real de su orgullo en su trabajo (y por lo tanto también de su afirmación de su identidad de clase). El anarquismo español, en particular, se basó en recursos del viejo mundo para su intransigencia política. Una vez que esos recursos hubieron desaparecido, también desapareció el ala más intransigente del movimiento obrero.

## 2. EL PRESENTE RESULTÓ NO SER LO QUE HABÍAN IMAGINADO

Con el fin de sobrevivir en la era posterior a la Segunda Guerra Mundial, los partidos socialdemócratas y los sindicatos se vieron obligados a debilitar a sus propias bases como medio para estabilizar su rumbo en el camino hacia el poder. Durante las guerras las organizaciones de trabajadores se habían convertido en organizaciones para la gestión de la fuerza de trabajo.

De hecho, en los momentos claves esas organizaciones demostraron que estaban dispuestas a sacrificar las alas radicales de sus propios movimientos con el fin de demostrar su capacidad para gobernar dentro de los límites de la sociedad capitalista. Pero el éxito en la contención de las bases solo condujo a socavar el poder de los líderes en el largo plazo.<sup>114</sup>

Esto fue así debido a que el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas, en el que el movimiento obrero había depositado su confianza, socavó la base misma del propio movimiento. Cada vez más trabajadores eran empleados por la industria, como el movimiento había esperado. Sin embargo, la creciente fragmentación del proceso de trabajo industrial hizo cada vez más difícil para los trabajadores identificarse con su trabajo como fuente de dignidad y orgullo.

Lo que hacía cada trabajador era, cada vez más, solo un simple paso en un gran proceso que se desplegaba a través de múltiples centros productivos, y que los trabajadores no podían llegar a comprender. El trabajo fabril era aburrido y frustrante, especialmente para los trabajadores jóvenes que se incorporaban a las modernas fábricas construidas en la

114. Ver ROBERT BRENNER, «The Paradox of Social Democracy: The American Case», en *The Year Left: an American Socialist Yearbook* (Verso 1985).

década de los 50 y los 60.<sup>115</sup> *La desaparición de una identidad de clase trabajadora afirmable no tuvo que esperar al comienzo de la desindustrialización.* Surgieron nuevos sentimientos antitrabajo, o por lo menos antitrabajo fabril, que llevaron a algunos teóricos a cuestionar no solo la forma de la revolución —es decir, el papel del partido o del Estado—, sino también «el contenido del socialismo»: <sup>116</sup> una mejor forma de vida tenía que ser algo distinto al desarrollo sin fin de la maquinaria y la industria a gran escala.

Que los trabajadores terminarían perdiendo su capacidad de entender su trabajo, y también su sentido de satisfacción en el trabajo, había sido anticipado por muchos estrategas del movimiento. No obstante, se esperaba que los trabajadores se enorgullecieran de que, aunque ya no pudieran comprender la totalidad del proceso de producción por sí mismos, su comprensión seguía encarnada de algún modo en el *savoir-faire* de la mano de obra en su conjunto, es decir, el trabajador colectivo.<sup>117</sup>

A pesar del desarrollo de las fuerzas productivas, se insistió en que el trabajo seguía siendo la fuente de toda la riqueza, y su poder y conocimiento latentes se reflejaban precisamente en ese desarrollo. Esto resultó no ser cierto: el conocimiento del proceso de producción ya no estaba localizado en el

115. Ver PAUL ROMANO y RIA STONE, *The American Worker* (Facing Reality 1969) y Bill Watson, «Counter-Planning on the Shop Floor», *Radical America*, 1971.

116. Cornelius Castoriadis publicó tres artículos bajo el título «Sobre el contenido del socialismo», entre 1955 y 1958.

117. El concepto de «trabajador colectivo» fue expresado por Marx por primera vez en su discusión sobre la manufactura: «El trabajador colectivo posee, en igual grado de excelencia, todas las cualidades requeridas para la producción, y las emplea en modo más económico, empleando exclusivamente sus órganos, que consisten en trabajadores particulares, o grupos de trabajadores, para desarrollar sus funciones especiales», *El Capital*, vol. 1 (MECW 35), p. 354.

lugar del trabajador colectivo, sino más bien, si acaso, en el lugar del técnico colectivo. Esto era un punto clave, ya que, al mismo tiempo que ponía patas arriba los cimientos del movimiento obrero, también confirmaba finalmente la perspectiva de Marx en el «Fragmento sobre las máquinas» (reproducido más sobriamente en *El Capital*).

Aquí estaba la verdadera obsolescencia de la forma valor, de una relación social que mide la riqueza en términos de tiempo de trabajo. El trabajo humano, de forma creciente, estaba dejando de ser la principal fuerza productiva; la ciencia —a menudo aplicada a los fines más abyectos del «desarrollo» industrial— ocupó el lugar de la fuerza de trabajo. Esto afectó profundamente la auto-comprensión de los trabajadores, su experiencia de lo que hacían y su lugar en el mundo: los trabajadores ya no podían verse a sí mismos como edificando el mundo en nombre de la modernidad o una mejor y más racional forma de vida. Por el contrario, ese mundo estaba ya construido, y completamente fuera de sus manos. La modernidad se presentó a sí misma como una imposición a la que los trabajadores se enfrentaban, no como a un sujeto, sino más bien como un objeto al que había que regular y controlar.

La fábrica era solo una parte de esta nueva realidad. Fue en la transformación total del medio ambiente, tanto humano como ecológico, que la sociedad completamente separada alcanzó realmente a realizarse en forma plena. La sociedad ya no es solo los medios de producción, un conjunto de fábricas que pudieran ser ocupadas y autogestionadas por los trabajadores que las hacen funcionar. Esas fábricas, así como todo lo demás en la vida moderna, se apoyan en una infraestructura masiva. No es posible esperar que los trabajadores tomen por asalto las oficinas de sus jefes como si fueran otros tantos palacios de invierno. Las bases del poder social están ahora mucho más dispersas. Se encuentran no

solo en los aparatos represivos de la policía, las cárceles y las fuerzas armadas y los llamados aparatos «ideológicos» de las escuelas, las iglesias, y la televisión. Incluyen también las centrales eléctricas, plantas de tratamiento de agua, gasolineras, hospitales, saneamiento, aeropuertos, puertos, y así sucesivamente. Al igual que las propias fábricas, toda esta infraestructura se basa en una legión de ingenieros y técnicos, que hacen que todo funcione minuto a minuto. Estos técnicos no poseen ninguna identidad obrera, ni fueron jamás incluidos en los programas de los movimientos obreros.<sup>118</sup>

En este nuevo contexto, el papel del Estado socialista ya no podía simplemente consistir en aunar los trabajadores federados —un papel que retuvo en la visión de los comunistas consejistas—. El Estado socialista tenía que encarnar la racionalidad técnica de todo el sistema, en toda su complejidad. Tendría que convertirse en el órgano central de coordinación, establecer directivas, pero sin replicar el autoritarismo de la URSS. Los socialdemócratas se hallaban desconcertados ante la cuestión de cómo lograr esta nueva meta. De ahí la creciente identificación de la socialdemocracia con una forma de planificación tecnocrática que manipulara, pero no sustituyera los mercados, con el fin de asegurar el pleno empleo. Esta nueva visión debe mucho a la planificación militar en las guerras mundiales y el ejemplo (negativo) de la Unión Soviética, pero fue posible gracias a la revolución keynesiana. Discutiremos las promesas de esta «nueva macroeconomía» en breve.

Antes de hacerlo, sin embargo, vale la pena reiterar este punto. La tecnocracia de posguerra no fue simplemente un efecto ideológico de una época que deificaba al científico y el ingeniero. Fue un verdadero problema de gestión fruto de un mundo que encarna la separación de cada uno con los

118. Estos temas serán explorados con detenimiento en «Error», en *Endnotes 5*, de próxima publicación en castellano.

demás, amén de su reunificación por medio del mercado; es decir, la forma-valor. Esta separación es, ante todo, una separación entre trabajadores, una *división* literal del trabajo. Esta división significa que los trabajadores solo pueden llegar a estar juntos sobre la base de su separación previa, como tantos obreros, como representantes de tal o cual lugar de trabajo, para llegar de algún modo a decidir qué hacer. En este contexto, la eliminación del Estado —sin cierto grado de simplificación de la vida— es extremadamente difícil de imaginar.

## DANDO TUMBOS

En las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial los socialistas todavía tenían la expectativa de que ganarían. Se imaginaban que un futuro glorioso los alcanzaría pronto. Pero si podían entregar la mercancías en el ínterin, siendo mejores administradores del capitalismo que los propios capitalistas, mucho mejor. De hecho, para los partidos y los sindicatos de trabajadores en Europa, los años de la posguerra estaban llenos de promesas. Habiendo ya (mucho antes de la guerra) diluido su carácter de clase para ganar votos -adoptando las nociones burguesas de «el pueblo» y «la nación»- estos partidos —el Partido Laborista británico, el SPD en Alemania, el SFIO francés— estaban en buena posición para capitalizar el resentimiento popular hacia la vieja clase política (y remitirse al aparente éxito de las economías planificadas de guerra y el New Deal), para llevar adelante un esfuerzo de reconstrucción dirigido por el Estado bajo la bandera de la economía keynesiana.

El keynesianismo permitió a los socialistas conservar su rol ideológico como líderes de la clase obrera, y a la vez alejarse de los problemas del poder y la autonomía en el taller, orientándose hacia políticas que afectarían a la riqueza y la

distribución del ingreso a nivel nacional. Este movimiento también coincidió con una transferencia de poder e influencia de los representantes sindicales a los representantes electorales. Sin embargo, en el gobierno, estos últimos se vieron obligados a comportarse como cualquier otro partido, respetando los intereses de aquellos que controlan la inversión y, por consiguiente, sus posibilidades de reelección. Después de haber abandonado todo sueño de «revolución» en nombre de la «reforma», los socialdemócratas se vieron obligados cada vez más a abandonar toda esperanza de «reforma» en nombre de la «paz» y la «estabilidad». El resultado fue el declive de los viejos movimientos obreros, el destripamiento de la identidad colectiva a la que se habían ceñido. Esto tuvo dos dimensiones, antes de la venganza del límite exterior en la década de los 70. Primero, las nuevas formas de estímulo gubernamental a la demanda de consumo a menudo salían directamente del movimiento obrero: las prestaciones por desempleo, los planes de pensiones o la asistencia sanitaria subvencionada colectivamente. Difícilmente se puede culpar a los trabajadores por creer que habían ganado cuando el Estado adoptaba estas medidas. Pero sin estos elementos clave de su programa —y habiendo mientras tanto abandonado el proyecto de socialización de los medios de producción—, los socialdemócratas estaban desorientados en cuanto a qué hacer. Lo mismo puede decirse de los sindicatos: «el sindicalismo perdió sus credenciales como una fuerza progresista», ya que ahora «el bienestar de los trabajadores» derivaba de «una recaudación pública más amplia» —es decir, el Estado de bienestar—; en consecuencia, «la negociación colectiva se deslizó más fácilmente hacia el sectorialismo, menos atenta a un interés general de la clase obrera o a los efectos sobre otros sindicatos y categorías de trabajadores».<sup>119</sup> Conforme

119. ELEY, *Forging Democracy*, p. 402. Las implicaciones negativas de este giro para la solidaridad de clase fueron pronto aparentes: «la pobreza llegó a ser demonizada como una patología de regiones y

los salarios crecían durante la posguerra, a los sindicatos se les dejó la tarea de discutir a fondo la letra pequeña de los contratos en cada sector.

No obstante, al adoptar este rol de administradores, la distancia entre las direcciones de los sindicatos y las bases se ensanchó abismalmente. El reconocimiento estatal de los sindicatos acabó trasladando a los representantes aún más lejos de sus bases, al mismo tiempo que veían crecer sus responsabilidades como reconocidos coggerentes de la sociedad. Bajo las nuevas condiciones, el tamaño óptimo de los sindicatos aumentó; como resultado, la conciliación obligatoria sustituyó a la militancia de taller.

Al mismo tiempo, los dirigentes sindicales tenían cada vez más funciones que desempeñar por encima y más allá de la representación de los trabajadores frente al empleador: los sindicatos proveyeron protección ante accidentes y desempleo, así como pensiones. Mientras que la parcial desmercantilización de la fuerza de trabajo asociada al reconocimiento gubernamental de los sindicatos (y extensas regulaciones laborales) dio a los trabajadores más poder de negociación, al mismo tiempo volvió a las organizaciones sindicales más conservadoras en sus perspectivas.

La gestión de fondos de pensiones y seguros cada vez más gigantescos convirtió a los sindicalistas en funcionarios burocráticos, temerosos de cualquier perturbación que pudiera herir su balance y, según afirmaban razonablemente, también el de los trabajadores. Ya fuera que actuaran como enlaces de los funcionarios del Estado o como cuasifuncionarios

ciudades del interior decadentes, de madres solteras y minorías étnicas, de jóvenes que abusan de drogas, en economías subterráneas de trabajo informal y desempleo permanente. En este discurso racial y criminalizador, los movimientos forjados históricamente en la apelación al trabajador blanco masculino con empleo regular tenían cada vez menos que decir».



del mismo, la presión para que los líderes sindicales se comportaran de manera «responsable» aumentó, y la distancia con respecto a su base se ensanchó. Por lo tanto, las organizaciones construidas para la defensa de los trabajadores se convirtieron en organizaciones que coadministraban los mercados de trabajo en nombre de la economía regulada, lo que garantizó la paz laboral, por un lado, y la protección de las ganancias salariales, por el otro; todo con el fin de estabilizar el ciclo económico. Este movimiento por parte de los sindicatos no significó realmente que se vendieran. Los sindicatos estaban siguiendo el mismo curso que siempre tuvieron, llevándolo a su conclusión: intentar 1) preservar las organizaciones, y 2) defender la membresía, en un contexto en el que la mayor parte de los derechos formales por los que habían luchado habían sido logrados —las viejas élites habían sido destruidas— y la población asalariada era menos nueva, menos inestable, y cada vez más diferenciada.

Sumado al hecho de que los trabajadores tenían muchas más dificultades para identificar el mundo a su alrededor como «hecho» por ellos —en lugar de por las máquinas, por los ingenieros o por los planificadores estatales—, estas transformaciones anunciaban el declive de la identidad compartida y afirmativa de los trabajadores, incluso antes de la caída del movimiento obrero.



## La derrota del movimiento obrero

Dejado a su suerte, el movimiento obrero podría haber continuado indefinidamente bajo una forma esclerótica. Sin embargo, como acabó sucediendo, el triunfo del movimiento obrero en los grandes acuerdos de la posguerra fue una victoria pírrica, y no porque los trabajadores llegaran a rechazar, en 1968, lo mejor que el capitalismo podía ofrecerles. El final del compromiso de posguerra fue el resultado de la re-emergencia de las tendencias objetivas del capitalismo a la crisis después de 1965. Esto es lo que anteriormente llamamos «límite externo» del movimiento obrero, y se mostró como 1) una dinámica mundial —en la competencia entre los bloques regionales del capital— y 2) cambios sectoriales al interior de cada bloque.

### 1. DINÁMICA GLOBAL

En el transcurso del siglo XX, el número de zonas nacionales de acumulación se multiplicó. Cada zona desarrolló su propio sistema fabril y, por otra parte, con el tiempo la capacidad productiva de las fábricas se incrementó exponencialmente. Estas tendencias de un capitalismo mundial en expansión no eran automáticas. Como hemos visto, el desarrollo tardío fue políticamente mediado; dada las dinámicas de clase imperantes, en las que las élites del antiguo régimen y las administraciones coloniales desempeñaron papeles protagonistas, el desarrollo industrial en curso tenía una perspectiva muy incierta, incluso en partes de Europa. Por otra parte, el desarrollo tardío se hizo más difícil de lograr a medida que el tiempo pasaba, ya que la frontera tecnológica avanzaba progresivamente, y el necesario apoyo infraestructural para la expansión industrial se hizo cada vez más técnicamente complejo.

En el período de posguerra, fueron las nuevas realidades geopolíticas las que ayudaron a algunos estados a superar estos obstáculos. Durante la guerra, el estalinismo había ampliado su esfera de influencia; a continuación, la Revolución China abrió una nueva era de insurgencias comunistas en las regiones más pobres del mundo. Ambos alentaron a los EE. UU. y a las potencias europeas (exceptuando Portugal) a renunciar a las estrategias de aislacionismo y, tras 1960, a las intenciones imperiales, para en su lugar promover el desarrollo industrial en el interior del «mundo libre». Se promovieron el comercio internacional y la industrialización, aunque los programas de reforma agraria radical fueron aplastados. La brecha que se había abierto entre los países capitalistas avanzados y el resto del mundo no se cerró; sin embargo, ya no se estaba expandiendo. Aun así estas nuevas condiciones globales fueron cruciales solo en Europa Occidental y en los países en desarrollo de Asia del Este, donde «bloques» regionales de capital cada vez más grandes expandieron rápidamente su alcance.

Los economistas del siglo XX imaginaron que las zonas nacionales de acumulación eran el espacio adecuado para el desarrollo tardío. A decir verdad, la rápida expansión económica de mediados del siglo XIX y principios del XX se basaba tanto en la exportación de productos industriales a los mercados extranjeros como en la importación de materias primas y fuentes de energía, por lo general desde otros mercados en países de menor renta. No obstante, una transformación cualitativa tuvo lugar en el período de posguerra. Las industrias en expansión de la segunda revolución industrial desafiaron las fronteras nacionales, en busca de nuevos mercados ciertamente, pero también eventualmente en busca de nuevas fuentes de producción de partes industriales y centros para el montaje industrial. El debilitamiento de las élites del viejo mundo en las guerras mundiales y la amenaza de un insidioso estalinismo permitieron la creación

de nuevas zonas regionales de acumulación como nuevos contenedores para estas industrias, ya que debilitaron los intereses proteccionistas.<sup>120</sup>

Por lo tanto, gran parte del mundo se dividió entre un bloque americano bajo administración estadounidense, un bloque europeo bajo la gestión francoalemana, un bloque de Asia del Este bajo administración japonesa y un bloque soviético bajo administración rusa. Para unirlos a todos existieron instituciones transnacionales como la ONU, la OTAN, el GATT, etc. El breve triunfo del movimiento obrero se debió en parte a un componente transnacional: a la influencia de Rusia sobre sus oponentes durante la guerra fría, a la expansión militar-industrial del Estado —que permitió diversos experimentos en planificación social— y a la extensión de empresas industriales a nuevos mercados regionales, si bien aún sin deslocalizar la producción misma. Los trabajadores pudieron conseguir un asiento en la mesa, tanto a causa de su posición estratégica en el corazón de esta máquina de crecimiento como porque el «capitalismo de Estado» estuvo, durante un breve tiempo, realmente en juego.

No obstante, sin la posibilidad de una guerra entre estos bloques regionales, su crecimiento simultáneo condujo inevitablemente a una saturación de los mercados de exportación. A mediados de la década de los 60, la competencia entre los bloques nacionales de capitales —centrada en los EE. UU., Europa occidental y Asia del Este— se intensificó. Los mercados globales se vieron crecientemente saturados, llevando eventualmente a que ningún bloque pudiera crecer rápidamente a no ser que lo hiciera a expensas de los otros.<sup>121</sup>

120. Asimismo, el desarrollo de la bomba atómica disminuyó radicalmente, y quizá eliminó para siempre, la posibilidad de una guerra total entre estados-nación desarrollados.

121. Para un mejor estudio de este fenómeno, ver ROBERT BRENNER, *The Economics of Global Turbulence* (Verso, 2006), especialmente el

El resultado fue una disminución de las tasas de crecimiento de la producción industrial, que cayeron por debajo de las tasas de crecimiento de la productividad del trabajo en la década de los 80.

Este punto debe ser destacado: la desindustrialización no fue el resultado de un descubrimiento tecnológico milagroso que empujara las tasas de crecimiento de la productividad a nuevas alturas. Más bien se debió a la sobreproducción crónica, que empujó a la baja a las tasas de crecimiento del producto, con efectos menos graves sobre la productividad. Las mismas tendencias de desaceleración del crecimiento de la producción mundial y de crecimiento mediocre de la productividad han continuado hasta el presente, aún tomando en consideración la expansión china. Sobre esta base, el crecimiento del empleo industrial finalmente se revirtió, no solo de forma temporal, como consecuencia del ciclo económico, sino de modo permanente, tanto en los picos como en las depresiones. La tendencia a la desindustrialización sustituyó a la industrialización en todo el mundo, aunque al igual que con la industrialización, nunca fue una tendencia secular sencilla. La trayectoria del capital resultó así distinta de lo que los trabajadores esperaban. Para la clase obrera industrial el desarrollo de las fuerzas productivas no significó su conversión en mayoría, sino más bien su disolución tendencial.

## 2. CAMBIOS SECTORIALES

Por supuesto esto no significó el fin de la clase obrera. Junto con las innovaciones técnicas y de infraestructura antes mencionadas vino el enorme crecimiento de puestos de trabajo de «cuello blanco»: de administración, contabilidad,

prefacio a la edición en español: «What's Good for Goldman Sachs is Good for America».

logística, servicios, comunicación y educación. Estos puestos de trabajo crecieron aún cuando los trabajos industriales estaban desapareciendo. Así, mientras que las nuevas industrias —al contrario de las predicciones de Marx— creaban puestos de trabajo y salvaban temporalmente a la clase obrera industrial de la decadencia, fue este último sector el que absorbió la mayor parte de la disminución de la fuerza de trabajo agrícola. Y aunque los viejos sindicatos pudieron organizar este nuevo sector, las victorias fueron mucho menos consistentes, debido a que la identidad hegemónica de la clase trabajadora tendió a disolverse en este nuevo terreno. Sin embargo esto se explica menos por la naturaleza de estos trabajos, y por lo tanto no por su crecimiento absoluto, que por el hecho de un estancamiento en la demanda de trabajo.

En parte los trabajos en servicios crecieron porque la mayoría de los servicios no son comercializables internacionalmente. No puede haber sobreproducción internacional de servicios, como sí puede haberla en la industria y la agricultura. Pero que los servicios no sean comercializables forma parte del hecho de que estos, casi por definición, son solo formalmente (aunque no realmente) subsumidos. Es decir, el proceso de producción en los servicios es resistente a la clase de transformación capitalista que haría aquellos servicios susceptibles de aumentos regulares en la productividad del trabajo. En otras palabras, los servicios no se producen en fábricas —donde el trabajo humano directo da lugar a la producción por medio de máquinas—.

Es la resistencia de las actividades económicas a la subsunción real lo que las convierte en fuentes duraderas de crecimiento del empleo. Es por eso que, al interior de la industria, los procesos de montaje presenciaron el mayor aumento en el empleo en el transcurso del siglo XX. Más raramente, enteros sectores industriales resistieron la subsunción real pasado cierto punto. Esos sectores experimentaron también

un crecimiento de empleo masivo: en la industria textil la máquina de coser fue el último gran desarrollo tecnológico. Todavía la ropa se cose mayormente con esas máquinas del siglo XIX en talleres clandestinos por todo el mundo.

Pero la mayor parte de lo que era resistente a la subsunción real no era industrial en absoluto, sino más bien del sector servicios. Con notables excepciones, por lo general ha demostrado ser difícil transformar los procesos de prestación de servicios para hacerlos susceptibles a constantes aumentos en la productividad del trabajo. De hecho, los «servicios» son una especie de categoría falsa. Son precisamente aquellas actividades económicas que se quedan rezagadas: consisten en todas las actividades que se resisten a ser transformadas en bienes —es decir, instrumentos de autoservicio—. La transformación en un bien es la forma típica en que una actividad económica llega a estar realmente subsumida: los conductores de carros son reemplazados por coches, las lavanderas por lavadoras. Dado que los servicios no son subsumidos realmente, el aumento de la productividad sigue siendo modesto. Incluso si la producción crece más lentamente en el sector servicios que en el de la industria —durante el apogeo de esta última—, no es menos cierto que el número de puestos de trabajo en los servicios aumenta de manera constante. He aquí la tendencia del capitalismo a largo plazo: producir un páramo posindustrial, donde el empleo crece lentamente y los trabajadores son muy precarios.

El creciente segmento de la clase obrera que ocupaba estos puestos de trabajo todavía-no-subsumidos tuvieron una experiencia del trabajo y del modo de producción capitalista que difirió de la de los trabajadores industriales que formaban el núcleo del movimiento obrero:

1. La subsunción real es lo que asemeja los empleos de los trabajadores entre las industrias. Es el proceso de mecanización que reduce a todos los trabajadores a manos



fabriles semicualificadas. Sin mecanización, los procesos de trabajo conservan su especificidad en términos de las habilidades requeridas (hacer café vs. programación vs. enseñanza vs. actividades de cuidado). Los trabajos de servicios son menos homogéneos. Por la misma razón la escala salarial es más dispersa. He aquí la diferencia entre la experiencia de los trabajadores de la industria, convirtiéndose en una masa compacta, y la experiencia de los trabajadores de servicios, confrontando una diferenciación de tareas sin fin.

2. La subsunción real aglomera trabajadores en complejos masivos, en los que trabajan con grandes cantidades de capital fijo. Eso es lo que da a los trabajadores industriales el poder de detener la sociedad al negarse a trabajar. Hay muchos cuellos de botella en el proceso de producción industrial: la interrupción del trabajo en un solo lugar puede a veces detener toda una industria. Lo contrario es cierto en los servicios: muchos trabajadores de servicios están desperdigados por innumerables negocios, y la mayoría de ellos están involucrados en el comercio minorista (una importante excepción son los servicios de distribución).
3. La subsunción real es el crecimiento potencialmente ilimitado de la productividad del trabajo. Los trabajadores experimentan los aumentos de la productividad como una contradicción: producimos un mundo de libertad, pero sabemos que esa libertad significa, potencialmente, nuestro propio desempleo, y por lo tanto falta de libertad. Por contraste, la experiencia de los trabajadores de servicios no está vinculada al triunfo del tiempo libre. Al contrario, es el fracaso para generar tiempo libre lo que crea empleo. Un pasar el rato interminable, que no obstante es esencial para la valorización, es lo que crea

empleos y genera ingresos. El trabajo humano directo continúa siendo central para el proceso de trabajo; no es un suplemento a la potencia de las máquinas.

### LOS TRABAJADORES AL LÍMITE

La respuesta de los trabajadores a este cambio de suerte fue, en contra de la interpretación estándar del Mayo del 68, de hecho bastante débil. La relativamente baja amplitud de la ola de luchas en los países industrializados avanzados de 1968 al 1977, el hecho de que nunca desafiaron directamente el modo de producción, se explica en gran parte por el agotamiento de la militancia de base en el período anterior. Puestos frente al límite externo, los sindicatos demostraron ser monolitos huecos, incapaces de apelar ya sea a sus propios miembros, que habían sistemáticamente debilitado, o al estado, del que se habían vuelto cada vez más dependientes. Era la incorporación previa de aspectos del movimiento obrero al Estado la que enfriaba la respuesta de los trabajadores a la reestructuración del capital. Pero esa derrota era inevitable, ya que eran las mismas industrias en que se había basado el movimiento obrero las que eran socavadas por la reestructuración. Todo lo que queda del movimiento obrero son los sindicatos que administran el lento desangrarse del empleo estable; partidos socialdemócratas que implementan medidas de austeridad cuando los partidos conservadores no lo hacen; y sectas comunistas y anarquistas que esperan (activa o pasivamente) su oportunidad de saltar al escenario. Estas organizaciones difícilmente han sido confinadas al basurero de la historia. Sin embargo ninguna podrá rejuvenecerse a escala mundial. El movimiento obrero ya no es una fuerza con la capacidad de rehacer el mundo. Que haya sido tal fuerza era lo que daba vida a estas corrientes dentro del movimiento obrero: ya no tienen sentido; sus coordenadas han sido embarulladas.

Pero, por supuesto, el fin del movimiento obrero no es el mismo que el fin del capital o de la clase obrera. A pesar de que cada vez más trabajadores se vuelven superfluos a las necesidades del capital, la relación entre estos dos términos continúa definiendo lo que se considera una vida digna de ser vivida. Por lo tanto, la relación de clase ha sobrevivido al movimiento real que se suponía iba a destruirlo. De hecho la relación de clase solo se ha vuelto más dominante desde el fin del movimiento obrero: para las mujeres en todas partes, para los campesinos, etc.

Lo que ha cambiado en este período es que las diversas fracciones de la clase obrera ya no se dan forma a sí mismas en un movimiento obrero. Excepto de manera reaccionaria —cuando una parte de la clase defiende su acceso a una cada vez menor cantidad de puestos de trabajo estables—, los trabajadores rara vez afirman su identidad compartida como trabajadores. Hay varias razones para esta transformación, todas las cuales derivan de la «reestructuración» de la relación de clase en la década de los 70. A medida que la tasa de ganancia se redujo después de 1973, comenzó a crecer un excedente de trabajadores y capital. Se hizo posible atacar la existencia material de los trabajadores, y era necesario hacerlo, ya que la competencia entre capitales se estaba intensificando. Debido a que estaban siendo atacados, los movimientos obreros establecidos a nivel nacional se vieron incapaces de conseguir las ganancias materiales que habían sido su última razón de ser. Los trabajadores abandonaron las organizaciones a las que anteriormente se habían aferrado —incluso cuando esas organizaciones habían demostrado ser contrarrevolucionarias.

En todas partes la clase obrera es menos homogénea —está estratificada en ocupaciones de altos y bajos ingresos—, su trabajo es más precario y cambia de empleo con mayor frecuencia. Cada vez más trabajadores sienten que el trabajo no

tiene propósito porque cada vez más se encargan de servicios sin futuro, están parados o ni siquiera tienen la capacidad de trabajar. Al igual que las amas de casa de una época anterior, apenas producen poco más que la reproducción cotidiana de la relación de clase. Por estas razones, no podemos seguir a los autonomistas en el supuesto de que una recomposición «objetiva» de la clase encontrará su correlato en una nueva afirmación «subjctiva» de la identidad de clase.

No es que hoy en día sea imposible glorificar el trabajo o los trabajadores; es que aquellos que pueden hacerlo son necesariamente una minoría. Ya no pueden postular su actividad, o la de cualquier fracción concreta de la clase, como portadora de un significado universal. El movimiento obrero se basaba en una visión del futuro que resultó ser un sueño. En la segunda mitad del siglo XX los trabajadores despertaron de este sueño para descubrir que todo lo que se suponía que iba a reunirlos los había de hecho separado.

## LA METAFÍSICA DE LA LUCHA DE CLASES

La maquinaria de la acumulación se está hundiendo. Hasta el momento ninguna fuerza revolucionaria parece estar lista para oponerse a su reinado mundial. Es lógico entonces que lloremos al movimiento obrero, que miremos hacia atrás con nostalgia a la época en la que el movimiento se presentaba como una contrafuerza, aunque esta fuera problemática. ¿Cómo no sentir nostalgia por el pasado, viviendo en tiempos con tan pocas herramientas para detener los estragos de las dinámicas sociales capitalistas?

Pero no hay que dejar que la nostalgia nuble nuestra comprensión, haciéndonos creer que sería posible renovar las luchas de una época que ha llegado a su fin. Las personas no hacen la historia en circunstancias elegidas por ellos, sino

bajo las existentes. La humanidad ha sobrevivido a la era del nacimiento del capitalismo, aunque no sin traumas. Ahora hay que seguir adelante con su destrucción.

¿Cómo acometer esta tarea? El movimiento obrero encarnó una cierta idea acerca de cómo se debía hacer. En su centro yacía una concepción metafísica, la del trabajador colectivo, que desde entonces ha sido disuelta.<sup>122</sup> La sociedad sigue siendo el producto de toda esta gente trabajadora: los que cultivan y distribuyen los alimentos, los que extraen minerales de la tierra, los que hacen la ropa, los automóviles y los ordenadores, los que cuidan de los ancianos y de los enfermos, y así sucesivamente. Pero el pegamento que la mantiene unida no es una solidaridad social cada vez más consciente. Al contrario, este papel está reservado al mecanismo de los precios. El mercado es la comunidad humana material. Nos une, pero solo en la separación, solo en y por la competencia de cada uno con todos. Si los trabajadores del mundo dejaran de trabajar y, en cambio, dirigieran la atención a derrocar a los capitalistas y sus secuaces, no encontrarían a su disposición un modo accesible de organización social, nacida de su unidad «real» —es decir, el trabajador colectivo—. En lugar de ello, se verían lanzados a un vacío social, en el que sería necesario construir relaciones humanas desde cero.

La razón de que ya no sea posible creer en el trabajador colectivo como la verdad oculta de las relaciones sociales capitalistas es simplemente esta: la extensión de las relaciones sociales capitalistas hasta los confines de la tierra no estuvo asociada con una fuerza de trabajo con cada vez más conciencia de clase; todo lo contrario. En el período

122. Como esperamos que haya quedado claro en el argumento anterior, esta metafísica no fue simplemente una 'mala idea', una que pudiera haber sido de otro modo. Emergió más o menos orgánicamente de las luchas de los trabajadores dentro de un marco social y político particular, que ya no existe.

inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial, una serie de teorías surgieron para explicar por qué esto era así.<sup>123</sup> Después de todo la revolución había tenido lugar en la «atrasada» Rusia, pero no resultó en la «avanzada» Alemania, donde la clase obrera había estado más industrializada. ¿Por qué la organización industrial había fallado en generar conciencia de clase?

Una serie de explicaciones se centraron en el papel de la ideología burguesa: la emergencia de una conciencia de clase había sido bloqueada por una falsa conciencia, implantada en la mente de los trabajadores por los aparatos de la sociedad burguesa: sus periódicos, sus escuelas, sus iglesias. Este mecanismo institucional estaba poniendo drogas en el agua que los trabajadores bebían. Otro conjunto de explicaciones se centró en el papel de las instituciones mediadoras de la propia clase obrera. Se suponía que los sindicatos y los partidos debían transformar la voluntad de los trabajadores en un inmenso martillo con el que demoler al viejo mundo. En su lugar, este martillo cogió polvo, cuando no fue directamente usado contra la propia clase —tales traiciones fueron explicadas con frecuencia como una cuestión relativa a un cierto aburguesamiento de los líderes de partidos y sindicatos—.

En realidad, no fueron ni la ideología burguesa ni la mediación de las organizaciones de los trabajadores las que tenían principalmente la culpa del fracaso en la generalización de una conciencia revolucionaria. Al final resultó ser que la extensión de las relaciones sociales capitalistas no dio a luz al trabajador colectivo, sino más bien a la sociedad separada. Cuanto más las vidas de los trabajadores se veían imbricadas en las relaciones de mercado, tanto más eran reducidos

123. Ver *World Revolution and Communist Tactics*, de Anton Pannekoek, *El izquierdismo: enfermedad infantil del comunismo*, de Lenin, *Carta al camarada Lenin*, de Herman Gorter, y los *Cuadernos de la cárcel*, de Antonio Gramsci.

a observadores atomizados de su propia explotación. En el transcurso del siglo XX, las revoluciones socialistas no surgieron donde se había logrado la plena florescencia de las formas sociales capitalistas. Surgieron, por el contrario, donde esas relaciones solo se habían difundido recientemente.<sup>124</sup> Con el tiempo los potenciales revolucionarios parecían disminuir en todas aquellas partes en que la sociedad capitalista se desarrollaba. Llegados a tal punto -excepto en raras circunstancias, a las que llegaremos en un momento- los trabajadores podían encarnar su voluntad combativa solo en formas mediadoras, como los sindicatos y los partidos. Estas instituciones eran parte de esta sociedad, y como tales reflejaban su carácter básico. Se tardó casi medio siglo desde 1917 en aclarar esta realidad.

A pesar de sus deficiencias, *La sociedad del espectáculo* de Guy Debord al menos intuyó esta triste realidad: la extensión de las relaciones sociales capitalistas se reflejaba en el aumento de la separación de los trabajadores entre sí, aún cuando se volvían cada vez más dependientes unos de los otros para su supervivencia. La construcción de una unidad «real», en estas condiciones, tenía que ser un proyecto político: fue el proyecto del movimiento obrero. Actuando dentro de esta sociedad, a contracorriente y de forma cada vez más intensa, el movimiento forzó su marcha. Pero se encontró perdido en un mar de intereses diferenciales: de mujeres y hombres, jóvenes y viejos, «blancos» y no «blancos», y así sucesivamente. Los trabajadores podían superar las brechas entre sus intereses sectoriales solo en la medida en que creían, y convencían a otros de creer, en una identidad compartida: el trabajador colectivo. Sin embargo, la unidad así denominada no era una unidad «real», consecuencia inmediata del pleno florecimiento de las relaciones sociales capitalistas. Era una ficción presupuesta y postulada por el movimiento mismo.

124. Por supuesto ninguna de estas revoluciones condujo a nada remotamente parecido al comunismo.

Sobre la base de esta identidad compartida, las luchas cotidianas de los trabajadores —de la que muchos se beneficiaban solo indirectamente, en todo caso— parecían ser universalmente utilitarias: «el ataque a uno» era «un ataque a todos». De acuerdo a algunos parámetros este proyecto fue un gran éxito. Por medio de la solidaridad y el sacrificio, los trabajadores fueron capaces de conseguir protecciones sociales para los desempleados, los ancianos y los indigentes. Por otra parte, mediante la limitación de las circunstancias en que se veían obligados a vender su fuerza de trabajo, los trabajadores achicaron también las jerarquías salariales. Con todo, sus esfuerzos no produjeron una ruptura revolucionaria. Con el tiempo, el carácter corrosivo de las relaciones sociales capitalistas disolvió las unidades ficticias del movimiento obrero. Y aquí estamos, hoy.

Hoy en día existe en todas partes una sentida ausencia de las formas institucionales de solidaridad que constituían la columna vertebral del movimiento obrero. Cuando tenemos que encontrar un trabajo, o cuando tenemos problemas con un casero, no hay Cámaras del Trabajo, no hay sociedades de ayuda mutua a las que recurrir. No contamos más que con el Estado y sus organizaciones benéficas auxiliares. Los pensadores estratégicos de la actualidad intentan entonces con urgencia inventar nuevas organizaciones de este tipo —lugares para habitar y compartir—, o tratan de revivir las del pasado —sindicatos, partidos, cooperativas—. Pero estas estructuras nuevas o resucitadas carecen de solidez, ya que están construidas sobre las arenas movedizas de la sociedad totalmente separada: sin importar el esfuerzo, estas no llegan a cuajar. Es cierto que en muchos aspectos las diferencias entre trabajadores que el movimiento obrero tenía que superar, durante la primera mitad del siglo XX, se han reducido significativamente. En los países de ingresos altos, y en muchos países de bajos ingresos también, la gran mayoría de los trabajadores vive en zonas urbanas. Su único



país de residencia es la tierra de la mercancía. Obtienen casi todo lo que necesitan —el pago de hipotecas o alquiler de viviendas, la compra de alimentos, ropa y aparatos de diferentes tipos, y la compra de entretenimiento— mediante la venta de su capacidad de trabajo. En este contexto, las subculturas surgen y mueren, pero todas ellas solo recubren una monotonía cultural permanente. Para muchas personas la identidad nacional se ha convertido en poco más que una cuestión de lenguas y cocinas nacionales. Los monumentos nacionales ocupan el lugar de cualquier conciencia histórica comprometida. Mientras tanto, proliferan las mujeres CEO, los negros CEO los gays CEO, etc.

Con todo, ciertas diferencias sociales se han endurecido. La escala salarial continúa instanciando una jerarquía entre los trabajadores, generando oportunidades de vida diferenciales para los trabajadores y sus hijos. Estas oportunidades de vida también están determinadas por la acumulación diferencial de activos: los hijos de algunos trabajadores heredan cuantiosos fondos, que tal vez no les permitan dejar de trabajar, pero al menos les aseguran que no vivirán peor que sus padres en sus últimos años. Para la mayoría de los trabajadores, empero, no hay tal red de seguridad personalizada. Tampoco están los desempleados y subempleados distribuidos al azar por toda la clase. Estos continúan respondiendo a diferencias de género, raza, nacionalidad, estatus migratorio, etc. Los intereses de los trabajadores tienden a diferir con más fuerza cuando la economía está creciendo lentamente o estancándose. Por supuesto, en la mayoría de los países la economía no ha crecido rápidamente desde hace mucho, mucho tiempo.<sup>125</sup>

125. Una transformación más profunda ha ocurrido, también, que ha disminuido aún más las chances para un resurgir de una política de intereses compartidos fundada en la clase: ser un trabajador ya no constituye más la propia esencia, aún si uno es pobre. La sociedad trata de convencer a aquellos en la cúspide de la jerarquía salarial que

Hoy en día las crisis son más frecuentes. Cada vez más personas son empujadas a una existencia definida por bajos salarios, trabajo irregular, e informalidad, es decir, todo lo que hemos denominado poblaciones excedentes. La división entre los que todavía gozan de empleo regular y las fracciones de la población excedente se está convirtiendo, en la actualidad, en la división clave en el seno de las luchas.

Debido a este énfasis, nuestro análisis a menudo se interpreta como una defensa a ultranza del funesto principio de «cuanto peor, mejor». Sin duda es poco probable que las revoluciones se lleven a cabo en un momento en que las cosas simplemente están cada vez mejor —y lo mismo cuando están estáticamente mal—. Aun así, no hay ninguna esperanza en el empeoramiento de las cosas por sí mismo.

Las esperanzas revolucionarias solo se hallan en las revueltas, que tienden a surgir de un optimismo frustrado. Es decir, las revueltas son consecuencia de una alteración de la vida cotidiana, o a una serie de tales interrupciones, que fracturan el sueño por el cual la humanidad es conducida a creer que el juego amañado de la vida social se resolverá en su favor.

La imagen de calma y unanimidad presentada por las fuerzas del orden se rompe; conflictos entre las élites aparecen de repente ante la gente. La ira acumulada durante años o incluso décadas se levanta y se muestra en la superficie. Solo hay esperanza, entonces, en la apertura de un nuevo ciclo de lucha, en la fuga de las poblaciones a la ingobernabilidad.

pueden trabajar en lo que aman, y que por tanto pueden identificar la totalidad de sus vidas con su vida laboral. Esto es incluso cierto con algunos trabajo —enfermeras o docentes— en los que los trabajadores podrían imaginar una forma diferente de organización social, en la que ellos podrían ser más útiles, incluso ser reconocidos como útiles. Para la mayoría de la gente, sin embargo, el trabajo es lo que hacen para sobrevivir. El trabajo que hacen es el tipo de trabajo que desearían que sus hijos jamás tuvieran que hacer.

De hecho, la verdadera unidad de la clase no se encuentra ni en alguna unidad orgánica dada por el desarrollo de las fuerzas productivas, ni en la unidad mediada alcanzada por medio de los sindicatos y los partidos. Más bien, tal unidad ha sido y siempre será forjada en la lucha autoorganizada, cuando los trabajadores superan su atomización mediante la construcción creativa de una nueva base para la actividad colectiva. En el número anterior de la revista intentamos hallar una manera de describir esa unidad sin apelar a una entidad metafísica preexistente, el trabajador colectivo. Mostramos de qué manera una forma históricamente específica de lucha emerge de la especificidad histórica de las relaciones de clase en la sociedad capitalista, una forma determinada por la unidad-en-la-separación de los explotados.<sup>126</sup>

Esta forma de entender la lucha —basada en las perspectivas de los comunistas de izquierda, pero también alejada de las mismas— se puede aplicar igualmente al pasado como al presente. Pero es importante reconocer, aquí, el abismo que nos separa del pasado. La generación creativa de nuevas formas de organización, nuevas tácticas, nuevo contenido -todo ello inmanente al despliegue de la lucha- se orienta hacia un horizonte dado de comunismo. En el pasado, la ruptura revolucionaria se orientó hacia un proyecto en particular, que hemos descrito en detalle en este artículo. También hemos demostrado por qué este proyecto ya no se da en la actualidad.

Pensar a través del nuevo contexto en el que las luchas se llevan a cabo requiere un giro en el nivel más profundo, en las propias categorías de la teoría comunista. Ya no podemos apelar a la noción de conciencia de clase, con todo lo que ella implica. Nos vemos obligados a enfrentar el hecho de que la clase obrera es una clase perteneciente a este modo de producción, unificada solo en la separación. Por supuesto

126. «Espontaneidad, mediación, ruptura», *Endnotes* 3.

todavía hay momentos en que, en sus luchas, los trabajadores se unen en un modo que interrumpe su unidad para el capital, que les permite organizarse tanto dentro como fuera de las líneas de división. No obstante, cuando se unen ya no lo hacen como clase, pues su pertenencia de clase es precisamente lo que los divide. En su lugar, se unen bajo el nombre de alguna otra unidad —la democracia real, el 99%— que parece ampliar su capacidad de lucha. En tales momentos puede abrirse un conflicto entre esta unidad ideal de la clase, como algo distinto de una clase, y el hecho de la falta de unidad real de la clase, como una clase de este modo de producción.

Es en este tipo de conflictos variados y diversificados que el horizonte comunista del presente puede anunciarse, no en una creciente conciencia de clase, sino más bien, en una creciente conciencia del capital.<sup>127</sup> En la actualidad los trabajadores nombran al enemigo que enfrentan de diferentes formas: como bancos malos y políticos corruptos, como el codicioso 1%, etc. Estas son, sin embargo, solo críticas escorzadas de una realidad aplastante y terrible. La nuestra es una sociedad de extraños, que participan en un complejo conjunto de interacciones. No hay nadie, ningún grupo o clase, que controle estas interacciones. En realidad, nuestro baile ciego es coordinado de forma impersonal, a través de los mercados. La lengua que hablamos, mediante la cual nos comunicamos en esta oscuridad, es el lenguaje de los precios. No es el único lenguaje que podemos oír, pero sí el más fuerte. Esta es la comunidad del capital. Cuando las personas salten fuera de esta comunidad, tendrán que descubrir nuevas maneras de relacionarse entre sí y con las cosas mismas. No hay una sola manera de hacer eso. El capital es la unidad de nuestro mundo, y lo que ocupe su lugar no puede ser una sola cosa, sino muchas.

127. Esta reflexión ha sido hecha por *Théorie Communiste*. Ver, por ejemplo, «Respuesta de *Théorie Communiste*», en *Aufheben* 13, 2005.

## Epílogo

El primer número de SIC expone la principal declaración histórica de la corriente de la comunización. «A finales de los 60 y principios de los 70, un período histórico completo entró en crisis y llegó a su fin: el período en que la revolución era concebida [...] como la afirmación del proletariado, su elevación a la posición de clase dominante, la liberación del trabajo, y la institución de un período de transición».<sup>128</sup> Esta declaración deja sin respuesta lo que parecería ser una cuestión esencial: ¿a dónde nos llevaba este «período de transición» por el que los revolucionarios luchaban? Después de todo, los socialistas y comunistas de finales del siglo XIX y del XX no asumían como su objetivo final elevar al proletariado a la posición de una nueva clase dominante. Su objetivo final era la abolición de todas las clases, incluyendo el proletariado. Este objetivo fue establecido en el programa de Erfurt de 1891, el que se convirtiera en el modelo para muchos revolucionarios por todo el mundo: «el Partido Socialdemócrata alemán ... no lucha por nuevos privilegios y derechos de clase, sino por la abolición de la dominación de clase y las clases mismas».<sup>129</sup> Con ese fin el SPD combatió «no solo la explotación y la opresión de los asalariados», sino también contra «toda forma de explotación y opresión, ya sea dirigida contra una clase, partido, sexo o raza».<sup>130</sup> El centrarse exclusivamente en el período de transición —la llamada dictadura del proletariado— es perder de vista su conexión íntima con este objetivo final —la abolición de la sociedad de clases—.

128. «Editorial», *SIC 1*.

129. *El Programa de Erfurt*, 1891; disponible en marxists.org.

130. *El Programa de Erfurt*. Que el SPD prometiera luchar contra la opresión dirigida a los partidos es, presumiblemente, una referencia al pasaje de las Leyes Anti-socialistas alemanas de 1878, que limitaban la organización alrededor de principios socialdemócratas.

Algunos podrían responder que cuando el SPD se refirió a la abolición de las clases esto significaba algo muy diferente de lo que entendemos hoy. ¿Qué entendía el SPD por la abolición de las «clases mismas»? En su comentario sobre el programa de Erfurt, publicado como *La lucha de clases* en 1892, Karl Kautsky ofrece la siguiente glosa: dice él, «no es por la libertad del trabajo» [*freedom of labor*] por lo que los socialistas están luchando, sino más bien por «liberarse del trabajo [*freedom from labor*]». <sup>131</sup> Luchan para traer «a la humanidad libertad de vivir, libertad para la actividad artística e intelectual». <sup>132</sup> Kautsky no veía a los partidos socialistas luchando por preservar o extender un mundo ya gris, un mundo de humo asfixiante, un mundo de agotamiento físico y mental causado por años de trabajo.

Por el contrario, el objetivo del socialismo era reducir el papel del trabajo en la vida de todos, para crear tiempo para otras actividades. Este objetivo ya estaba presupuesto en la principal lucha de los trabajadores en tiempos de Kautsky, la campaña por la jornada de ocho horas: «la lucha del proletariado por la reducción de la jornada no está dirigida a obtener ventajas económicas [...] la lucha por la reducción

131. KARL KAUTSKY, *La lucha de clases*, 1892; en marxists.org. Vamos a citar mucho de Kautsky a partir de aquí. Mucho más que de Marx, y precisamente porque aquel lo interpretó para una audiencia más amplia, Kautsky desplegó la perspectiva teórica básica del movimiento obrero. Si Lenin, Trotsky, incluso Pannekoek, reaccionaron contra Kautsky, fue por lo común sobre ciertas bases que compartían con él. Ver MASIMO SALVADORI, *Karl Kautsky y la Revolución Socialista* (Verso, 1990); PAUL MATTICK, «Karl Kautsky: de Marx a Hitler», 1938, en Mattick, *Comunismo antibolchevique* (Merlin Press 1978); GILLES DAUVÉ, «El 'Renegado' Kautsky y su discípulo Lenin», 1977, en *Lenin Redescubierto: el ¿Qué hacer? en contexto* (Ediciones Extáticas 2024). Lars Lih ha propuesto recientemente argumentos similares aunque extrayendo conclusiones políticas opuestas.

132. KAUTSKY, *La lucha de clases*.

de la jornada es una lucha por la vida». <sup>133</sup> De acuerdo a las estimaciones de Kautsky, solo el socialismo podría alcanzar este objetivo. El programa del partido alegaba que solo el socialismo podía transformar «el constante crecimiento de la productividad del trabajo social [...] de una fuente de miseria y opresión en una fuente del mayor bienestar y de la perfecta armonía universal». <sup>134</sup> El crecimiento de la productividad era ampliamente percibido como fuente de las miserias del presente, pero también de una liberación potencial, que no podría ser otra que la liberación de la humanidad.

La propia visión de Kautsky de una liberación basada en la productividad era la de un mundo de arte y filosofía no muy diferente al de la antigua Atenas. Mientras que la cultura ateniense se basaba en la esclavitud de los hombres, el socialismo se basaría en el trabajo de las máquinas: «Lo que los esclavos eran para los antiguos atenienses, la maquinaria será para el hombre moderno». <sup>135</sup> Por lo tanto el socialismo realizaría el sueño de Aristóteles, quien imaginó que «si cada instrumento pudiera llevar a cabo su propio trabajo, obedeciendo o anticipándose a la voluntad de otros, al igual que las estatuas de Dédalo, o los trípodes de Hefesto», no habría ya ninguna necesidad de la degradación de la mayoría en orden de crear tiempo libre para unos pocos. <sup>136</sup>

---

133. *Ibid.*

134. *Ibid.*

135. *Ibid.*

136. ARISTÓTELES, Política 1:4, en *Obras completas* (Princeton, 1984).

## LA CONTRADICCIÓN PRINCIPAL DEL MOVIMIENTO OBRERO

¿Fue entonces Kautsky el teórico original del antitramajo? ¿Cómo se transformó esta perspectiva liberadora en su opuesto durante el siglo XX? Es decir, ¿cómo se transformó la liberación del trabajo en liberación a través del trabajo? Los socialistas y comunistas de finales del siglo XIX y del XX querían abolir la clase obrera y con ella la sociedad de clases. Creían, sin embargo, que *esta abolición solo podría lograrse a través de la universalización de la condición proletaria*. Para terminar con un mundo de duro trabajo, la mayor parte de la humanidad tendría que ser transformada en obreros: tendrían que ser puestos a trabajar de acuerdo con las últimas técnicas y tecnologías de producción.

Hoy en día la mayor parte de la humanidad ha sido proletarizada. En todo el mundo enormes masas de personas tienen que vender su fuerza de trabajo con el fin de comprar lo que necesitan para sobrevivir. Esto es así a pesar del hecho de que, para muchos, la proletarización ha tenido lugar sin una integración a las modernas empresas capitalistas que la acompañe: una gran parte de la fuerza de trabajo mundial se compone de trabajadores sin acceso (regular) al empleo. Es evidente que esta situación no nos ha acercado nada a la liberación de un mundo de trabajo. De hecho es difícil imaginar cómo alguien podría haber pensado de otro modo en el pasado: ¿cómo podrías tratar de poner fin a la dominación mediante la difusión de una de sus formas hasta los confines de la tierra? Sin embargo esta idea animó una era de energías revolucionarias: *abrir paso a un mundo de trabajadores se convirtió en el orden del día*. Eso explica por qué, casi medio siglo después de la publicación del *Programa de Erfurt*, León Trotsky pudo echar la vista atrás y entender sus intervenciones en la historia de Rusia como tendentes a la realización del proyecto socialista, a pesar de la pesadilla estalinista en



que la URSS se convirtió. Él pensaba que había contribuido a este proyecto, no porque los bolcheviques hubieran reducido la cantidad de trabajo que el pueblo ruso realizaba, sino más bien porque lo habían incrementado: «el socialismo ha demostrado su derecho a la victoria, no en las páginas de *El Capital*, sino en una arena industrial que comprende una sexta parte de la superficie de la Tierra; no en el lenguaje de la dialéctica, sino en el lenguaje del acero, del cemento y de la electricidad».<sup>137</sup> La medida del éxito del socialismo no estribaba en una reducción de la jornada laboral sino en un aumento masivo de la producción.

Aunque no fuera él mismo el que la supervisó, fue este el sentido en el que Trostky elogió la guerra contra el campesinado ruso —llevada a cabo en el transcurso de los impulsos a la colectivización a comienzos de los 30— como una «revolución complementaria» a la de 1917.<sup>138</sup> Esta revolución complementaria fue necesaria porque «el kulak no deseaba “crecer” evolutivamente hacia el socialismo» (con esto Trotsky quería decir que los campesinos se habían negado a la proletarización voluntaria y, por ende, a la sujeción a la voluntad del planificador central y del burócrata local).<sup>139</sup> Trotsky concebía una proletarización más completa como un paso necesario antes de que fuera posible cualquier reducción en el tiempo de trabajo. Creía, de hecho, que el punto de inflexión en el que el trabajo podría reducirse estaba aún lejos en el futuro, incluso en los países capitalistas avanzados: «Un Estado socialista, incluso en Estados Unidos [...] no podría proporcionar inmediatamente a cada cual con todo lo que necesita, y por lo tanto se vería obligado a impulsar a todo el mundo a producir tanto como fuera posible. El deber del estimulador en estas circunstancias cae

137. LEON TROTSKY, *La revolución traicionada*, 1936 (Socialist Alternative 2013).

138. *Ibid.* p. 59.

139. *Ibid.* p. 59.

naturalmente en el estado, que a su vez no puede dejar de recurrir [...] a la forma de pago del trabajo elaborada por el capitalismo».<sup>140</sup> ¡No solo un mundo de trabajo, sino también un sistema de pago de salarios, tendría que ser conservado por el momento!<sup>141</sup> Tomamos a Trotsky, aquí, como un ejemplo clave, aunque no necesariamente representativo, de la gama de perspectivas socialistas.

En cualquier caso, la cuestión es que la extensión al mundo del sistema fabril inglés —desplazado más tarde por el estadounidense— con su ritmo espantoso, su alta tasa de accidentes de trabajo, sus periódicas aceleraciones y su sometimiento integral a los seres humanos a las necesidades de la máquina— era el sueño de muchos revolucionarios.<sup>142</sup>

Sobre esa base es fácil ver por qué el socialismo, en su aparentemente interminable etapa de desarrollo intermedio, llegó a parecerle a mucha gente como algo no tan diferente del capitalismo. De hecho, muchos socialistas se veían a sí

140. *Ibid.* p. 64.

141. Como dice Lenin, «La totalidad de la sociedad llegará a ser una sola oficina y una sola fábrica, con igualdad de trabajo y paga». VLADIMIR LENIN, *ibid.* p. 59, capítulo 5, 1917; disponible en marxists.org. Lenin imagina esta oficina-fábrica como organizada «según los principios del servicio postal», en la que tanto los técnicos como los trabajadores reciben el «salario de un obrero».

142. Antonio Gramsci no solo popularizó el término «fordismo», también se identificó con él. El fordismo era el «último estadio» de la socialización de los medios de producción, fundado en la primacía del capital industrial y la emergencia de una moralidad de nuevo tipo. Tales indicios del «nuevo hombre» podían surgir en América debido a que los EE. UU. carecían de las clases improductivas que formaban la base social del fascismo europeo. La depravación moral del último entraba en conflicto con los nuevos métodos de producción, que «demandan una disciplina rigurosa de los instintos sexuales y con ella un fortalecimiento de la familia». *Cuadernos desde la cárcel* (International Publishers 1971), p. 299.

mismos como haciendo el trabajo que el capital no había llevado a cabo o se había negado a hacer. *El incumplimiento del desarrollo capitalista se presentó como un problema comunista.*

## SU VISIÓN FUNDAMENTAL

En la visión del futuro expuesta en el Manifiesto Comunista se suponía que el desarrollo de las fuerzas productivas traería el cielo a la tierra. Como hemos visto, los socialistas esperaban un tiempo, no muy lejano en el futuro, en el que las máquinas, moviéndose a sí mismas y produciendo una abundancia de bienes de acuerdo a los designios de los científicos, pondrían fin al sufrimiento, así como también al conflicto originado en ese sufrimiento, que hacía del hombre un lobo para otros hombres. El desarrollo pleno de las fuerzas productivas no iba a erradicar el sufrimiento de inmediato: toda esta potencia productiva aún permanecía concentrada en las manos de los capitalistas, que la usaban para sus propios fines —de ahí el empobrecimiento de las masas en un mundo de abundancia—. No obstante, al avivar el desarrollo, lo que estos capitalistas estaban produciendo «ante todo» era a sus «propios sepultureros».<sup>143</sup>

Aquí llegamos a la clave, aún no mencionada, de la visión obrerista del futuro. Se esperaba que el susodicho pleno desarrollo de las fuerzas productivas impulsara a los trabajadores al papel de liderazgo. Este desarrollo era, al mismo tiempo, «la multiplicación del proletariado», su devenir la mayoría de la sociedad burguesa.<sup>144</sup> De manera crucial, los proletarios no solo se estaban convirtiendo en la mayoría; también estaban siendo transformados en una masa

143. MARX Y ENGELS, *Manifiesto comunista*, 1848 (MECW 6), p. 496.

144. KARL MARX, *El Capital*, vol. 1, (MECW 35) p. 609 (traducción de Fowkes). Ver «Miseria y deuda», en *Endnotes 2*, para una discusión más rigurosa de esta famosa cita de Marx.

compacta: el *Gesamtarbeiter*, o trabajador colectivo. El sistema fabril estaba preñado de este trabajador colectivo, que nacía de la sociedad burguesa de modo tal que destruiría esa sociedad.

Antonio Gramsci captó mejor esta visión cuando, en sus años previos a la prisión, describió al trabajador colectivo en términos de la creciente conciencia de los trabajadores «de ser un todo orgánico, un sistema homogéneo y compacto que trabajando con fines útiles, produciendo desinteresadamente la riqueza social, afirma su soberanía, realiza su poder y su libertad creadora de historia».<sup>145</sup> Por supuesto, con el fin de tomar conciencia de sí mismos como un «todo orgánico», los trabajadores tendrían que renunciar a diversas identidades particularizantes relacionadas con la cualificación, la etnia, el género, etc. Persuadirlos de hacerlo resultó ser más difícil de lo que los socialistas esperaron. Sin embargo, a pesar de estas dificultades, los trabajadores estaban seguros de que la historia se movía en su favor. Su visión no flotaba en el aire, sino que se basaba en la *experiencia* del despliegue de la historia. La clase obrera podía sentir la historia desarrollándose en etapas: el viejo mundo engendra el capitalismo y el capitalismo engendra el socialismo. La transición a través de estas etapas podía leerse en el paisaje, en el campo que daba paso a las ciudades. La misma disyunción se reflejaba en la superficie del acero británico: uno podía comparar su excelencia con los toscos instrumentos manuales. Las fábricas inglesas eran supuestamente el estadio más avanzado de la historia, aquel que había llegado más lejos en la trayectoria lineal. Toda Inglaterra estaba siendo transformada por las fábricas; toda Europa se estaba convirtiendo en Inglaterra; y todo el mundo se estaba convirtiendo en Europa.

145. ANTONIO GRAMSCI, «Sindicatos y consejos», 1919. Gramsci pensaba que el consejo era la forma apropiada a este trabajador colectivo, como así también el germen de una sociedad futura. Ver «Una perspectiva colapsada», más adelante.

Esta lectura alegórica del sistema fabril Inglés afirmaba la creencia fervientemente sostenida de que el futuro pertenecía a la clase obrera: «El proletariado estaba destinado -basaba con mirar a la Gran Bretaña industrial y el registro de los censos nacionales a lo largo de los años- a convertirse en la gran mayoría de la gente». <sup>146</sup> Era inevitable. Por contraste, todos los demás estratos sociales estaban condenados a desaparecer: campesinos, artesanos, pequeños comerciantes, etc. Sobre esta base, muchos socialistas no sentían necesidad, al menos al principio, de oponerse al colonialismo o al genocidio de lejanas poblaciones en los países de asentamiento, como forma de hacer espacio para los europeos. La historia iba a aplastar a estos pueblos bajo sus botas y continuar su marcha.

### ALGUNOS PROBLEMAS

Aun así, la historia marchaba a un ritmo vacilante. La comprensión marxista de la historia resultó ser solo parcialmente correcta. El mundo entero no estaba siendo hecho a imagen de la fábrica Inglesa. La industrialización se llevó a cabo en algunas regiones; sin embargo fracasó en gran medida en dar a luz al trabajador colectivo como masa compacta. Hemos proporcionado anteriormente un recuento histórico de estos problemas. Aquí nos centramos en los debates internos entre socialistas y comunistas. El asunto en cuestión era: ¿daría lugar el capital, en última instancia, a una clase obrera que fuera lo suficientemente grande y unificada como para asumir el control y luego destruir la sociedad burguesa? ¿Y cómo de rápido lo haría? Kautsky hizo de la resistencia de las clases moribundas una pieza central de su comentario sobre el *Programa de Erfurt*. Admitió que todavía quedaban muchos

146. ERIC HOBSBAWN, *La era del imperio* (Weinfeld & Nicolson 1987) p. 117.

campesinos, artesanos y pequeños comerciantes en Europa —por no hablar en el resto del mundo, donde estas clases eran predominantes—. Kautsky explicaba esta realidad de la siguiente manera: en la sociedad capitalista, «la propiedad privada de los medios de producción encadena a los pequeños productores a sus ocupaciones subdesarrolladas mucho tiempo después de que éstas hayan dejado de resultarles aptas, e incluso cuando podrían mejorar su condición convirtiéndose simplemente en trabajadores asalariados». <sup>147</sup> En esencia, los pequeños productores se negaban a convertirse en trabajadores asalariados porque ello demandaría que se sometieran a las inseguridades del mercado y el despotismo del director de la fábrica. A la vista de estas perspectivas nefastas, los pequeños propietarios hacían todo lo posible para conservar su autonomía.

Por supuesto, Kautsky aún pensaba que estos pequeños productores estaban condenados. Pero en ese momento suponía que el capitalismo los extinguiría mucho más lentamente de lo esperado por Marx y Engels. El socialismo, una vez logrado, tendría que completar el proceso de proletarización. Ser un proletario ya no significaría una vida de inseguridad y subordinación durante el socialismo. Ello haría más factible el convencer a los pequeños productores de integrarse en la fábrica: estarían dispuestos a renunciar a sus pequeñas propiedades y unirse al proletariado, reduciendo así la irracionalidad económica y acercándonos cada vez más al comunismo. Kautsky concibió así la nivelación del nuevo mundo como condición previa para absorber el resto del viejo mundo. En su crítica revisionista, Eduard Bernstein argumentó que los pequeños agricultores no tendrían la oportunidad de participar en este tipo de esquemas socialistas. Bernstein también partía del argumento de que, de hecho, «los trabajadores industriales son en todas partes la

147. KAUTSKY, *La lucha de clases*.

minoría de la población». <sup>148</sup> En el cambio de siglo —incluso en Alemania, una de las potencias industriales de referencia— el remanente de campesinos, artesanos y comerciantes era muy grande. Los asalariados industriales, «incluyendo trabajadores industriales a domicilio», representaban apenas «7.000.000 de entre 19.000.000 de personas que ganan ingresos», o en otras palabras, alrededor del 37 por ciento de la fuerza de trabajo. <sup>149</sup> Por debajo de la barrera del 50 por ciento era rotundamente imposible para la clase obtener una mayoría en el parlamento.

Aún más problemático para Bernstein era el hecho de que estos «modernos asalariados no son una masa homogénea, desprovistos en igual medida de propiedad, familia, etc., tal como prevé el *Manifiesto comunista*». <sup>150</sup> Es decir, el sistema fabril no estaba dando a luz al trabajador colectivo como masa compacta. Entre trabajadores de diferentes situaciones y cualificaciones, es posible imaginar una «viva simpatía mutua»; sin embargo, «hay una gran diferencia entre [...] simpatía político-social y solidaridad económica». <sup>151</sup> Más aún, el sistema fabril estaba tendiendo a acentuar las divisiones entre los trabajadores, no a reducirlas.

Bernstein argumentó que los socialistas tendrían dificultades para mantener la igualdad entre los trabajadores, incluso si administraran las fábricas por sí mismos. Porque en cuanto una fábrica «ha alcanzado un cierto tamaño —que puede ser relativamente modesto—, la igualdad se rompe debido a que la diferenciación de funciones se vuelve necesaria, y con ella la subordinación. Si se abandona la igualdad se quita la piedra angular del edificio, y las otras piedras la seguirán

148. EDUARD BERNSTEIN, *Evolutionary Socialism*, 1899; disponible en marxсист.org.

149. *Ibid.*

150. *Ibid.*

151. *Ibid.*

con el tiempo. La decadencia y la conversión en empresas comerciales ordinarias ocupa su lugar». <sup>152</sup> La solución de Bernstein a estos aprietos era renunciar por completo a la meta de una transición revolucionaria hacia el socialismo, y tratar de hallar una vía más inclusiva y democrática-liberal para el camino por venir.

Para la corriente principal del movimiento socialista no había llegado todavía el momento de renunciar a la meta. Una parte del movimiento llegó a la conclusión de que era necesario esperar el momento oportuno: deberían permitir que el capitalismo madurara, y aguardar a una mayor integración de la población en la moderna fuerza de trabajo industrial; mientras tanto deberían proseguir con la organización de esa fuerza de trabajo en una masa consciente y coherente a través de las mediaciones de los sindicatos y los partidos socialdemócratas.

Por contraste, para los revolucionarios románticos —incluyendo a Trotsky— no había tiempo que perder. La historia se había estancado, quedando a medio hacer. La internacional comunista revolucionaria se constituiría a sí misma en la decisión de desarmar la dialéctica de la historia. Lo que se había supuesto históricamente inevitable se convertiría ahora en un acto de voluntad. *¡Todo el mundo está siendo proletarizado, y por lo tanto, para lograr el comunismo, debemos proletarizar a todo el mundo!*

Independientemente de la facción a la que se unieron, los socialistas compartieron esta perspectiva global. A medida que las catástrofes de la historia se apilaban cada vez más alto, pusieron su fe en el pleno desarrollo de las fuerzas productivas. Los estrategas del movimiento vieron ese desarrollo, y el poder de clase que traería, como la única forma de salir de la penúltima etapa de la historia y avanzar hacia la última.

---

152. *Ibid.*



## UNA PERSPECTIVA COLAPSADA

Antes de proseguir, es importante tener en cuenta que lo que hemos llamado la contradicción principal del movimiento obrero —que la generalización de una forma de dominación era vista como la clave para superar toda dominación— finalmente encontró su conclusión en una perspectiva «colapsada», que fundía ambos lados de la contradicción. La universalización de la condición proletaria fue identificada *directamente* con la abolición de la dominación de clase, más que como una condición previa de la abolición de todas las clases. De hecho, esta perspectiva colapsada —que podríamos llamar «lassalleana»— era hegemónica hasta que la visión marxista la desplazó, y volvió a hacerse popular una vez más en la mitad del siglo XX. El lassalleanismo tiene sus raíces en las luchas defensivas de los trabajadores artesanales contra la industrialización capitalista.

Para los artesanos el capital aparecía como un parásito exterior: realizaban la misma cantidad de trabajo que antes, pero en lugar de recibir todos los ingresos de la venta de los productos de su trabajo, solo recibían de vuelta una parte de esos ingresos como salario. De ahí que el lema casi universal entre los artesanos que luchaban era que el trabajador tenía derecho a su «producto completo». Sus luchas no versaban solo sobre cómo resistir «el sistema salarial». Los artesanos también pelearon por el control del taller. Resistieron los esfuerzos de los empleadores por racionalizar el proceso de trabajo, aumentar la división del trabajo e introducir técnicas ahorradoras de trabajo.<sup>153</sup>

A pesar de que los artesanos fueron finalmente derrotados (de hecho, la batalla se prolongó durante mucho tiempo), su visión de la autogestión de los trabajadores cualificados fue

153. Ver DAVID MONTGOMERY, *The Fall of the House of Labour* (Cambridge 1989).

adaptada a la era industrial. Lo que los trabajadores «semi-cualificados» perdieron en términos de habilidad y control lo ganaron en términos de número: formaron, en mayor grado que cualquier otro conjunto de trabajadores, una masa compacta en grandes espacios de trabajo, los cuales hacían las veces de fortaleza. Los trabajadores soñaban que, una vez tuvieran el control, serían capaces de hacer andar el sistema fabril existente en interés de la fuerza de trabajo, sin los capitalistas. En cuanto a los salarios y el control del taller, el conflicto de clases se percibía más o menos como un juego de suma cero: era clase contra clase, con la posibilidad de que la clase explotada pudiera tomar el «producto completo», eliminando al capitalista.<sup>154</sup>

Esta perspectiva lassalleana fue la que el marxismo derrotó, en el último cuarto del siglo XIX: una narrativa marxista sobre el crecimiento dinámico de la productividad desplazó a la lassalleana de una disputa de suma cero entre clases. Sin embargo, esta perspectiva estática fue restablecida a principios del siglo XX, sobre todo en la corriente radical del movimiento obrero llamada anarcosindicalismo —lo que no quiere decir que los sindicalistas fueran promercado,

154. «[L]os artesanos [...] como mucho podían soñar con una industrialización que diera la espalda a la gran fábrica y regresara al pequeño taller y a una propiedad privada independiente, liberada de los grilletes del dinero —por ejemplo, gracias al libre crédito à la Proudhon, o al Banco Popular de Louis Blanc—. Por el contrario, no había vuelta atrás para el electricista o trabajador del metal, minero, ferroviario o portuario. Su edad de oro no se encontraba en el pasado, sino en un futuro basado en fábricas gigantes; un futuro sin jefes. [...] sin jefes. Su experiencia en un equipo de trabajo relativamente autónomo le hizo pensar que podía gestionar colectivamente la fábrica y, sobre el mismo modelo, toda la sociedad, concebida como una interconexión de empresas que debían volver a unirse democráticamente para acabar con la anarquía burguesa». GILLES DAUVÉ y KARL NESIC, «Proletariado y Trabajo: ¿Una historia de amor?», *Endnotes 1*, p. 127.

como Lassalle, solo que ellos llegaron a ver el comunismo como una especie de paraíso de los trabajadores—. Este tipo de perspectiva se convirtió también en la posición *de facto*, cuando no *de jure*, de los socialistas y comunistas a lo largo de la primera mitad del siglo XX, y luego hasta mediados de la década de 1960, cuando el objetivo de una producción total o casi totalmente automática —que ya se había alejado hacia el horizonte— cayó por debajo de ese horizonte y desapareció completamente de vista.

La dinámica dada por el crecimiento de la productividad, y la tendencia hacia la automatización —que era tan central para Marx y los socialistas de finales del siglo XIX— quedó fuera de la narrativa una vez más. Sólo la lucha por poner fin a la explotación capitalista se mantuvo. Como explicó Rudolf Rocker: «Para los anarcosindicalistas, el sindicato no es de ninguna manera un simple fenómeno transitorio ligado a la duración de la sociedad capitalista; es el germen de la economía socialista del futuro, la escuela primaria del socialismo en general».<sup>155</sup> En este caso, era realmente flagrante que la clase obrera debía ser la gobernante de la sociedad. Hacerse cargo de la sociedad era inaugurar una transición, no a un mundo sin trabajo, sino más bien, al mundo de los trabajadores. *Historia de una separación* ha intentado explicar por qué la contradicción primaria del movimiento obrero se resolvió en esta perspectiva colapsada. La clave fue que, durante mucho tiempo, el desarrollo de las fuerzas productivas realmente tendía a aumentar el tamaño de la fuerza de trabajo industrial. Al igual que Marx, Kautsky y los otros socialistas esperaban que llegase una segunda fase del desarrollo industrial, y más temprano que tarde: se esperaba que el aumento de la productividad condujera a una reducción en la demanda de fuerza de trabajo y, por tanto, a

155. RUDOLF ROCKER, *Anarcho-Syndicalism: Theory and Practice*, 1938. El resumen de Rocker del anarcosindicalismo no menciona el incremento de la productividad por cambio tecnológico.

la expulsión de los trabajadores del espacio fabril, dando lugar a un desempleo generalizado. En realidad, esta segunda fase no llegó hasta los 70.<sup>156</sup> Cuando finalmente llegó, trajo la sentencia de muerte para el movimiento obrero.

### UNA CRÍTICA PARCIAL

Hurgando en nuestra caja de herramientas teóricas, podríamos estar inclinados a recuperar la siguiente perspectiva crítica. Los socialistas carecían de una teoría del valor adecuada, así como de la posibilidad y la tendencia interna a su auto-abolición.<sup>157</sup> De acuerdo con esta crítica, el movimiento obrero no consiguió concebir una verdadera ruptura con la forma-valor, lo que terminó reforzando las categorías del modo de producción capitalista, en particular la categoría de trabajo productivo. Por ello, finalmente, el movimiento obrero «afirmó el proletariado», en lugar de abolirlo.

El error de los teóricos del movimiento obrero fue el siguiente. A menudo describían las relaciones sociales capitalistas en términos de una fractura fundacional: la separación de los campesinos de la tierra genera un proletariado sin propiedad. Sin embargo, la relación de clase no solo se establece a través de una fractura fundacional; también confirma tal fractura a cada momento. El capitalismo realiza la fractura de la existencia social como la «unidad en la separación» de la sociedad de mercado, una interdependencia de cada uno con todos que no obstante reduce las personas a átomos

156. Probablemente era difícil ver el colapso de 1929/30 como teniendo su fuente en la automatización, pero sería valioso examinar las políticas de aquel período cuidadosamente.

157. Para una lectura de Endnotes en esta línea ver MATTHIJS KRUL, «Endnotes: ¿Una Crítica Romántica?», *The North Star*, 28, enero 2014. Para una respuesta crítica ver ATË, «Ficción Romántica: Notas sobre la crítica de Krul a Endnotes», blog de *Endnotes*, febrero 2014.

aislados, enfrentados entre sí en la competencia mercantil.<sup>158</sup> Esto es especialmente cierto para los proletarios, cuya supervivencia misma depende de competir con otros proletarios, y que, por tanto, tienen ante sí las mayores barreras para la organización colectiva (como hemos argumentado en otra parte, no es el eventual declive de la identidad de clase obrera, sino más bien su aparición a pesar de estos obstáculos, lo que hay que explicar).

La escisión de los seres humanos con respecto a sus capacidades —la expropiación de «trabajadores» puestos frente a los «medios de producción»— es a la vez la separación social de los individuos entre sí, de la esfera de la producción de la de la reproducción. También es la separación entre la economía y la política. Todo esto está presupuesto en el fenómeno de la dependencia e intercambio mercantil: estamos aislados de la naturaleza y de otras personas, de tal manera que nos relacionamos con ambos casi exclusivamente a través de la mediación de los mercados, supervisada por los estados. Continuamos siendo dependientes los unos de los otros, pero de una manera que nos mantiene separados entre nosotros. Esta unidad-en-la-separación práctica se instancia así en un conjunto de ideas, aparentemente evidentes: «un día de trabajo justo por un pago diario justo»; «el que no trabaja no come».

Sería necesario superar todas estas separaciones en su conjunto para alcanzar el comunismo, es decir, un mundo en el que la relación entre cuánto «trabaja» uno y cuánto «come» ha sido quebrada definitivamente. Para el movimiento obrero solo la separación inicial de los trabajadores respecto a los medios de producción se mostró claramente como algo a superar: esperaban lograrlo mediante la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y la sustitución

158. «La separación es en sí misma parte integral de la unidad de este mundo», GUY DEBORD, *La sociedad del espectáculo*, ¶7.

del intercambio privado con la planificación centralizada de la producción y la distribución.<sup>159</sup> Por el contrario, la mercancía —como «valor de uso», pero no como «valor de cambio»— parecía ser neutral y transhistórica; la misma en todas las épocas. Por tanto, pensaron que cuanto más, mejor: si con más trigo se puede alimentar a todos, ¿por qué no más de todo lo demás? Esto solo puede ser algo bueno.<sup>160</sup>

El atesoramiento de grandes montones de mercancías (una «inmensa acumulación de mercancías») se vio como la superación de la enajenación, no como su realización. Más importante aún: el sistema fabril —como «proceso de trabajo», pero no como «proceso de valorización»— era entendido como la base del socialismo que sobreviviría al fin del capitalismo, no como a la encarnación material de la dominación abstracta.

Llamar a estas nociones «productivista» o «progresista» es resaltar lo obvio de nuestra desconexión respecto a una época anterior. Pero ninguno de estos epítetos se debe tomar en el sentido de que hoy creamos que el sueño de liberar a los seres humanos de la inseguridad existencial no es un bello sueño. Tampoco cuestionaríamos las necesidades humanas, no importa cuán frívolas en apariencia, que se suponía que dicha producción debía satisfacer (la crítica del consumismo es en sí misma fruto del productivismo).

Se trata sencillamente de señalar que la identificación entre la realización de este sueño —que «nadie habrá de pasar hambre nunca más»<sup>161</sup>— y la extensión de las relaciones

159. Los socialistas suelen hablar sobre un momento futuro en el que la separación entre trabajo manual e intelectual será superado, pero entienden esta superación como un asunto técnico.

160. Cuando los anarquistas españoles especulaban alrededor de su utopía, lo hacían en términos de electricidad y máquinas automáticas de eliminación de residuos».

161. THEODOR ADORNO, *Minima Moralia* (Verso 2005), p. 156.

sociales capitalistas, o la expansión masiva del sistema fabril, no solo es falsa: debido al calentamiento global, tiene ahora el potencial de provocar un daño extremo a la humanidad en su totalidad.

Pocos fueron capaces de ver que la maquinaria y los productos del proceso de producción capitalista no eran neutrales; estos reproducen todas las separaciones de la sociedad capitalista.<sup>162</sup> Es quizás sorprendente que las contribuciones a una crítica de la neutralidad del sistema fabril no surgieran dentro del movimiento obrero hasta la década de 1950 —por ejemplo, en los escritos de Phil Singer y Grace Lee Boggs, así como en los de Raniero Panzieri y Cornelius Castoriadis.<sup>163</sup>

Entre los pocos que sí vieron tempranamente este lado de las cosas estaba el propio Marx. Citando a Fourier, equiparó a las fábricas con «cárceles mitigadas».<sup>164</sup> Porque la fábrica es la encarnación misma de la dominación capitalista, de la separación de los seres humanos de sus capacidades y entre ellos. Es la realización perfecta del mundo al revés del capital en el que el hombre está dominado por los productos de su propio trabajo. Marx no pudo terminar *El Capital*, su obra maestra sobre estos fenómenos de enajenación y dominación encarnada (o subsunción real). Sin embargo, apoyándonos en el volumen que pudo terminar, es difícil ver cómo la fábrica pudo ser pensada como un recipiente de contenido

162. El marxismo ortodoxo tiende a ver la tecnología como neutral, con independencia de su uso capitalista o socialista, de ahí el interés de Lenin en la administración científica y su definición del comunismo como «soviets más electrificación». En realidad, la transformación capitalista del proceso de trabajo no tiene lugar simplemente como un medio de incrementar la productividad; también es un medio para incrementar el control del capitalista sobre los trabajadores.

163. PAUL ROMANO y RIA STONE, *The American Worker* (Facing Reality 1969) y Raniero Panzieri, «The Capitalist Use of Machinery» en Phil Slater ed., *Elementos para una crítica de la tecnología* (Ink Links 1980).

164. MARX, *El Capital*, vol. 1 (MECW 36), p. 553.

liberador. En su crítica a Bernstein, Rosa Luxemburg le dio la razón en este punto: «Es una de las peculiaridades del orden capitalista que en él todos los elementos de la sociedad futura asuman primero, en su desarrollo, una forma que no se aproxima al socialismo, sino que se aleja cada vez más».<sup>165</sup>

### UNA TRAYECTORIA AUTODESTRUCTIVA

El hecho de que la fábrica fuera parte integrante de la unidad-en-la-separación de la sociedad capitalista hizo difícil que el trabajador colectivo se abriese paso a la existencia.

A pesar de las declaraciones retóricas en sentido contrario, resultó que la «unidad real» de los trabajadores fabriles —en contraposición a su unidad-en-la-separación— solo podía alcanzarse a través de las mediaciones de los sindicatos y de los partidos, así como de sus múltiples organizaciones culturales (abordaremos los problemas asociados con la unificación a través de esas mediaciones, por oposición a hacerlo directamente sobre la base del taller, un poco más tarde). Se puede ir más allá de esta crítica.

Los teóricos del movimiento obrero esperaban que la unidad de los trabajadores dentro de las cuatro paredes de la fábrica compensaría la tendencia de la sociedad capitalista a atomizar a los trabajadores y a atomizar a los trabajadores y a oponerlos entre sí fuera de la fábrica —tanto en la competencia en el mercado laboral como en el aislamiento de la reproducción doméstica—. No obstante, parece probable que esta estrategia fuera eficaz solo en las primeras fases de la industrialización, es decir, durante las fases que Marx denominara, en *El Capital*, «cooperación» y «manufactura».<sup>166</sup>

165. ROSA LUXEMBURG, «Reform or Revolution» (1900), en *The Essential Rosa Luxemburg* (Haymarket 2008), p. 92.

166. MARX, *El Capital*, vol. 1 (MECW 36), capítulos 13 y 14.



Durante estas fases, los capitalistas tomaron trabajadores de muchos pequeños talleres y los juntaron en establecimientos gigantescos, donde eran capaces de verse y experimentarse a sí mismos trabajando conjuntamente, produciendo todos los materiales de un nuevo mundo. Por lo tanto, fue en estas fases tempranas cuando los trabajadores parecieron ser la fuente última de la riqueza material (como hemos mostrado anteriormente, restos de estas fases tendieron a durar mucho tiempo, mucho más del que Marx adelantó). Bernstein señaló despectivamente que era precisamente el trabajo «cooperativo» el que la gente suele considerar cuando se imaginan la autorrealización del trabajador colectivo: «Lo que uno normalmente entiende por trabajo asociado es solo una representación errónea de las formas más sencillas de trabajo cooperativo, tal como son practicadas por grupos, bandas, etc., de trabajadores indiferenciados».<sup>167</sup>

Con el advenimiento y la extensión de la «gran industria» este imaginar solo perdura como nostalgia.<sup>168</sup> Las máquinas, diseñadas de acuerdo con los conocimientos científicos más recientes, se volvieron cada vez más centrales para el proceso de producción. El centro de la sociedad cambia: la ciencia, y tal vez incluso más que ella la ingeniería, sustituye al trabajo como el corazón del proceso de producción, como la fuente principal de riqueza material. En efecto, he aquí la tendencia fundamental del modo de producción capitalista por la que se autodestruye: la vida social continúa estando fundada en el intercambio de trabajos; no obstante, con la extensión y el desarrollo de la base de capital fijo, el trabajo ya no es la clave de la producción. El trabajo humano directo juega un papel cada vez más subsidiario en la producción, a pesar de que el intercambio de equivalentes continúa siendo medido en términos de tiempo de trabajo.

167. BERNSTEIN, *Evolutionary Socialism*, capítulo 3.

168. MARX, *El Capital*, vol. 1 (MECW 36), capítulo 15.

El desarrollo de la gran industria se expresa, por último, en la expulsión de los trabajadores de la fábrica: la desindustrialización. Más allá de sus puertas, los trabajadores vagan en la inmensa infraestructura de la vida moderna, que no les devuelve el reflejo de un creciente poder, sino más bien de su impotencia. No ven un mundo hecho por ellos, sino más bien un mundo en fuga, uno más allá de su control, más allá quizá del control de cualquiera.

En la medida en que pusieron su fe en el desarrollo de las fuerzas productivas, en la medida en que ellos mismos contribuyeron a ese desarrollo, los trabajadores industriales en realidad socavaron la base de su poder. El desarrollo pleno de las fuerzas productivas terminó dando como resultado todo lo imaginado por Marx: crisis cada vez más graves, la expansión de las poblaciones excedentes y el empobrecimiento de un gran número de personas en medio de un mundo de abundancia. Pero al mismo tiempo, ese desarrollo hizo imposible que los trabajadores se experimentaran a sí mismos como una parte alícuota del trabajador industrial colectivo, y por tanto como el salvador-destructor de la sociedad. En suma, la atomización se impuso a la colectivización, tanto en la URSS como en los EE. UU.<sup>169</sup>

### ¿HABÍA ALTERNATIVA?

En las secciones anteriores, hemos observado una brecha entre la crítica tardía de Marx de la economía política y las teorías del movimiento obrero, al que por otra parte Marx

169. Debido a que las relaciones de producción son transparente, la mayoría de los individuos que ocupan posiciones sociales inferiores están insatisfechos con el sistema [...]. La única manera de que el sistema pueda mantenerse es a través de la efectiva atomización de la población». HILLEL TICKTIN, «Towards a Political Economy of the URSS», *Critique*, vol. 1, nº 1. 1973, p. 36.

expresaba una fidelidad infinita. Algunos han descrito esta brecha en términos de una enseñanza «exotérica» y una «esotérica». Pruebas de ello pueden encontrarse en la crítica de Marx al *Programa de Gotha*, de 1875, el precursor directo del *Programa de Erfurt* de la década de 1890 antes citado. La primera línea del programa de Gotha afirma que «el trabajo es la fuente de toda riqueza y de toda cultura», a lo que Marx responde: ¡no! «El trabajo no es la fuente de toda riqueza. La naturaleza es fuente de valores de uso tanto como el trabajo (¡y es sin duda de ellos de lo que está hecha la riqueza material!)».<sup>170</sup> Es solo dentro de una sociedad productora de valor que el trabajo se convierte en el centro de la actividad social y la naturaleza pasa a un segundo plano como algo a ser utilizado, pero no realmente valioso en sí mismo. Marx confía en que el desarrollo ulterior de las economías capitalistas hará irrelevante esta perspectiva lassalleana.

Pero ¿realmente los últimos escritos de Marx nos presentan una alternativa al camino tomado por el movimiento obrero? En la *Crítica del Programa de Gotha*, Marx pasa a exponer su visión de las etapas por las que el capitalismo llegará a ser efectivamente superado. En la «primera fase de la sociedad comunista», explica, se aplicará el mismo principio que en la sociedad burguesa, excepto que «el contenido y la forma son cambiados, ya que bajo las nuevas circunstancias alteradas nadie puede dar sino su trabajo, y porque, por el otro lado, nada puede pasar a ser propiedad del individuo, a excepción de los medios individuales de consumo».<sup>171</sup> Marx expresa aquí el mismo tipo de posición contradictoria que Kautsky y Trotsky expresaron en sus escritos: para lograr la abolición del proletariado es necesario primero que cada individuo se

170. KARL MARX, *Crítica del Programa de Gotha*, 1875 (MECW 24), p. 81. Aquí Marx está expresando explícitamente su frustración con la perspectiva lassalleana, la cual carece de la dinámica proporcionada por la tendencia hacia la automatización.

171. *Ibid.* p. 87.

vea reducido a la condición de proletario. La universalización de esta forma de dominación es la precursora del fin de la dominación.

Para Marx es solo en el estadio más elevado [del comunismo] cuando realmente se subvierte la dominación. Esta superación es, una vez más, aparentemente posible solo sobre la base de un desarrollo más completo de las fuerzas productivas: «cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; después de que las fuerzas productivas se hayan también incrementado con el desarrollo general del individuo, y todas las fuentes de la riqueza cooperativa fluyan más abundantemente- solo entonces podrá el estrecho horizonte del derecho burgués ser anulado en su totalidad y la sociedad inscribir en sus banderas: de cada cual según su capacidad, a cada cual según su necesidad».<sup>172</sup>

Esta declaración de Marx es sin duda bella, cargada de misterios dignos de consideración adicional. Para nuestros propósitos es pertinente simplemente hacer notar que, incluso según Marx, no es hasta que hayamos logrado un estado de abundancia que podemos esperar romper el lazo, inaugurado por el capitalismo, entre la cantidad de trabajo que se hace para la sociedad y lo que uno recibe de vuelta de ella.<sup>173</sup>

## EL MARX TARDÍO

Sin embargo, muy tarde en su vida, Marx puso esta perspectiva etapista en tela de juicio por completo. De hecho llegó a creer que la teoría de la sucesión de los modos de producción, que había desplegado en el *Manifiesto comunista*, así

172. MARX, *Crítica del Programa de Gotha*, p. 87.

173. GEORGE PLEJÁNOV, incluso más que Kautsky, fue uno de los que desarrolló estas ideas hasta convertirlas en una teoría etapista con todas las letras. Ver, por ejemplo, «El desarrollo de la teoría monista de la historia» (1895).

como su visión de la transición gradual hacia el comunismo, eran incorrectas. En lugar de terminar *El Capital*, Marx se obsesionó cada vez más con las comunidades no capitalistas, entre ellas la comuna campesina rusa, el Mir.<sup>174</sup> La intuición de Marx era que, si bien había clases en el campo ruso, no había sido alcanzada la dominación de una clase sobre otra sobre la base de la «propiedad privada»; por el contrario, el dominio fue impuesto externamente sobre una comunidad que conservaba la «propiedad común» de la tierra.<sup>175</sup> Dentro del Mir las relaciones no estaban mediadas por los mercados, sino por decisiones comunales hechas de acuerdo y en conflicto con las costumbres locales. Por supuesto eso también era cierto fuera de Rusia, en las vastas zonas rurales del mundo más allá del continente europeo.

Sobre la base de estas investigaciones, Marx cambió drásticamente la teoría etapista de la historia. Tal vez la proletarización universal era innecesaria. En zonas en las que aún no se había alcanzado la proletarización podía ser posible pasar directamente de la comuna rural al comunismo pleno, sin una etapa intermedia. En un borrador de carta a Vera Zasulich, Marx sugería: la comuna rural «puede llegar a ser un punto de partida directo del sistema económico hacia el que la sociedad moderna está tendiendo; puede abrir un nuevo capítulo que no comienza con su propio suicidio; puede cosechar los frutos con los que la producción capitalista ha enriquecido la humanidad sin pasar por el régimen capitalista».<sup>176</sup> Es importante señalar que Marx no está aquí mirando hacia atrás, o imaginando una realidad alternativa en la que el capitalismo nunca hubiera surgido; el punto es que las comunas podían adoptar innovaciones capitalistas sin proletarizarse.

174. Ver B. ANDERSON, *Marx at the Margins* (Chicago 2010).

175. KARL MARX, borradores de una carta a Vera Zasulich, en THEODOR SHANIN, *El Marx Tardío y la Vía Rusa* (Monthly Review 1983), p. 100.

176. SHANIN, *Late Marx and the Russian Road*, p. 112.

La misma idea fue expresada públicamente en el prefacio corregido para la edición rusa del Manifiesto Comunista, publicado en 1882, es decir, solo un año antes de la muerte de Marx. Con Engels, escribió: «Si la revolución rusa se convierte en la señal para una revolución proletaria en Occidente, de tal modo que ambas se complementen entre sí, la propiedad común de la tierra en la Rusia de la actualidad puede servir como punto de partida para un desarrollo comunista».<sup>177</sup>

La nota de esperanza que Marx hacía sonar aquí, sobre el papel que las comunas campesinas podrían desempeñar en la próxima revolución rusa, tuvo eco —al menos inicialmente— en la actividad espontánea de los propios campesinos, en el transcurso de la era revolucionaria que se abrió en 1917.

Según Jacques Camatte, en su texto de 1972, «Comunidad y Comunismo en Rusia», las comunas, que habían padecido un proceso de disolución a finales del siglo XIX y principios del XX, fueron realmente revitalizadas en el transcurso de la Revolución Rusa.<sup>178</sup> Camatte sugiere —tristemente, teniendo en cuenta lo que iba a suceder— que «esto podría haber sido el comienzo de la reforma de las comunidades en un nivel más alto, con la condición de que los campesinos fueran apoyados por el nuevo Estado, que tenía que eliminar los elementos nocivos para el desarrollo de las comunas, como Marx había declarado en los borradores de sus cartas a Zasulich».<sup>179</sup> Tal vez habría habido un camino a seguir para el mundo en su conjunto aquí, una nueva clase de revolución,

177. MARX y ENGELS, *Manifiesto comunista*, edición rusa de 1882 (MECW 24), p. 426.

178. JACQUES CAMATTE, «Community and Communism in Russia», Parte II. Ver también LOREN GOLDNER, «The Agrarian Question in the Russian Revolution», *Insurgent Notes* 10, julio de 2014.

179. CAMATTE, «Community and Communism in Russia», Parte II.

que habría hecho posible la «reconciliación de los hombres en diversos estadios de su desarrollo, sin poner necesariamente a estos estadios en una escala axiológica». <sup>180</sup>

No está claro cómo se habría logrado esta nueva revolución, en momentos en que Rusia era diezmada por la guerra civil y las revoluciones de Europa no conseguían despegar. Haciendo caso omiso de estos impedimentos, Camatte se limita a observar: «La victoria del marxismo obstaculizó la realización de esta solución». <sup>181</sup> Camatte está sin dudas en lo cierto al decir que, en lugar de ser repudiada por los acontecimientos sobre el terreno mismo, la anterior perspectiva etapista de Marx fue «codificada en el nombre del marxismo», como un programa de desarrollo económico y puesta en práctica, a continuación, por los bolcheviques. <sup>182</sup>

Estos últimos determinaron que «todo lo arcaico y asiático había de ser eliminado a lo largo y ancho del enorme imperio —lo cual, dado que la oleada revolucionaria afectó a los países periféricos, adquirió una importancia mundial—». <sup>183</sup> Al darse cuenta de que los campesinos no podrían sencillamente ser inducidos a este mundo moderno en formación, los bolcheviques se dispusieron finalmente a destruir la comuna, proletarizar los campesinos, y desarrollar las fuerzas productivas como el capital de Rusia no lo había hecho. Este programa se convirtió en el programa de la revolución comunista en el siglo XX.

---

180. *Ibid.*

181. *Ibid.*

182. *Ibid.*

183. *Ibid.*

## UN MOMENTO PARA LA REFLEXIÓN

Para Camatte, la humanidad tuvo «la posibilidad de saltar por encima del MPC [modo de producción capitalista]», pero ha «perdido» ya esa posibilidad.<sup>184</sup> Hemos hecho una pausa para considerar esta posibilidad «perdida» por varias razones. En primer lugar, entre todos los venerados hilos rojos de la historia —que retornan a un momento inicial de traición, y por tanto a un potencial no realizado de salvación—, este parece remontarse más lejos: a los conflictos en la concepción misma de Marx de la vía al comunismo. Pero más que eso, esta visión alternativa nos parece más cercana que cualquier otra al fondo de la cuestión, esto es, la contradicción principal del movimiento obrero: poner fin a toda dominación supuestamente requería la extensión de una forma de dominación, a saber la proletarización, hasta los confines de la tierra, con toda la violencia que este proceso requiriera.<sup>185</sup> Se pensaba que la clase proletaria -unificada en y a través de la ampliación del sistema fabril- era la única clase suficientemente potente como para hacer la revolución.

De hecho, en vez de ser un siglo de revolución proletaria, el siglo XX resultó ser en gran parte, al igual que los siglos que le habían precedido, un siglo de revueltas campesinas. Estas

184. Prosigue Camatte: «Hemos sido mayormente incapaces de concebir el [salto sobre el MPC], infectados como estábamos por la idea de que el progreso es de forma unívoca el desarrollo de las fuerzas productivas —a fin de cuentas, del capital—, idea que era la afirmación dentro del proletariado de la interiorización de la victoria del capital. Así, es natural que, ante aquellos a quienes hemos forzado a someterse por nuestro acuerdo con el enemigo mortal, la senda infame del tránsito al MPC, debamos rendir cuentas (varios etnólogos provenientes de entre aquella gente han hecho violentas críticas al etnocentrismo de Marx)». CAMATTE, «Community and Communism in Russia».

185. «Ay de nosotros, los que queríamos sentar las bases para la amabilidad, no pudimos nosotros mismos ser amables». BERTOLT BRECHT, «A la posteridad».



revueltas fueron dirigidas, en un principio, a asegurar un nuevo acceso no mercantil a los medios de existencia, acceso que había sido erosionado tanto por la acción capilar del capitalismo como por las imposiciones violentas de las administraciones coloniales. Los campesinos a menudo eran respaldados por los comunistas, que adoptaron consignas campesinas al tiempo que los orientaban hacia el nuevo objetivo: el desarrollo industrial, que habría de crear las condiciones previas necesarias para el comunismo pleno. Los comunistas enarbolaban un programa de máximos —liberarse de la necesidad, liberarse del trabajo, «la libertad de la vida»—, que sería realizado, primero, por medio de la incorporación de la humanidad en el proletariado industrial, y solo más tarde por la supresión de esa clase y la extinción del Estado.<sup>186</sup>

Como ya se ha mencionado, la premisa detrás de este proyecto resultó ser falsa. Ahora la proletarización universal había sido alcanzada: a través de la acción combinada del desarrollo capitalista y socialista, así como por medio de otras fuerzas imprevistas, como la propagación de la transición demográfica. En consecuencia, ya no hay un afuera a las relaciones sociales capitalistas. Casi todo el mundo ha sido incorporado en el mundo moderno, al menos tendencialmente, aunque con frecuencia sin encontrar empleo. Aun así, el choque de trenes de la historia no ha conducido al comunismo, ni siquiera nos ha acercado a él. La proletarización universal no dio lugar al trabajador colectivo, como «unidad real» que se opusiera a la unidad-en-la-separación de la sociedad capitalista. Y, por supuesto, los campesinos —en cuyas revueltas este proyecto se insertó— fueron derrotados incluso cuando sus revueltas fueron victoriosas.

186. Es fácil denostar el proyecto retrospectivamente, pero solo fracasó en la medida en que no logró su propósito. Si hubiera triunfado, habría valido la pena. El sufrimiento de la humanidad, que ya es una realidad omnipresente y agravado por la revolución, habría sido redimido por la victoria del comunismo. Esta redención nunca llegó.

## REFLEXIONES CONCLUIDAS

En sus textos —que para nosotras representan el mayor reto de la historia marxista—, Camatte parece casi exasperado porque las ideas falsas o, en otras palabras, el proyecto marxista-desarrollista, de alguna manera se impusieran sobre las ideas verdaderas, basadas en el repudio de Marx al etapismo. Esta exasperación señala su fracaso en superar una perspectiva idealista, que es la perspectiva principal con que los revolucionarios se han referido a su propia historia. De hecho, la historia no se hace por medio de ideas, ya sean verdaderas o falsas, sino más bien, y exclusivamente, en un choque de fuerzas. Existe una fuerza que Camatte no incluyó en su discusión.

El campesinado, la comuna campesina, persistió hasta bien entrado el siglo XX, eso es cierto. Pero en casi todas partes *la persistencia de las comunidades campesinas significó también la persistencia de las élites del antiguo régimen*, cuyo masivo poder también se basaba en el campo. Estas élites no formaban realmente una clase, sino un conjunto de estructuras de poder superpuestas. Su poder no se basaba en una competencia exitosa, sino más bien en el acceso privilegiado a recursos, como la tierra y el crédito, y derechos, como el derecho a flujos de ingresos procedentes de su propiedad de minas o de sus posiciones en el gobierno, por ejemplo.

Al final resultó que estas élites no fueron desplazadas por burgueses dueños de las fábricas, con sus ideales supuestamente ilustrados y liberales. En su lugar la burguesía fue mayormente absorbida en el rancio antiguo régimen. Esta clase dominante amalgamada se dispuso por lo general a excluir a los trabajadores de la política. En algunas regiones trataron de ir más allá: trataron de dar marcha atrás el reloj, «volver a introducir la sociedad de castas, es decir, grupos humanos con derechos y obligaciones radicalmente diferentes», y así volver a establecer regímenes de dominación personal en

lugar de los regímenes abstractos.<sup>187</sup> Esto fue cierto no solo para los partidos fascistas de mediados del siglo XX. Fue la concepción de toda una serie de grupos políticos que se sabían en ideas del darwinismo social.

Mientras estas élites amalgamadas conservaron el poder —de hecho, su poder era a menudo aumentado por la modernización que se estaba llevando a cabo—, el desarrollo general de las fuerzas productivas fuera de los Estados capitalistas centrales permaneció bloqueado. Trotsky sostiene precisamente ese argumento en el inicio de *La revolución traicionada*, que hemos citado anteriormente: «la historia de las últimas décadas muestra muy claramente que, en las condiciones de decadencia capitalista [se trataba en realidad de una fase intermedia del ascenso capitalista], los países atrasados no pueden alcanzar ese nivel que los antiguos centros del capitalismo han alcanzado».<sup>188</sup> Él lo atribuye a la persistencia del antiguo régimen: «el derrocamiento de las viejas clases dominantes no fue logrado, pero reveló completamente la tarea», a saber, llevar a cabo la proletarización como condición previa al comunismo.<sup>189</sup> Esta tarea no iba a ser llevada a cabo de otro modo, de acuerdo con Trotsky, debido a «la insignificancia de la burguesía rusa», y la consiguiente debilidad del proletariado.<sup>190</sup>

De hecho, siempre que el antiguo régimen se mantuvo a la cabeza, el campesinado persistía, mientras que el proletariado permanecía pequeño y débil, incapaz de desempeñar un papel decisivo en la historia. Este campesinado, aunque a veces dispuesto a levantarse contra sus opresores, era en otros momentos obediente a sus amos, en particular en el

187. G. M. TAMÁS, «Telling the Truth about Class», *Socialist Register* 2006, p. 24.

188. TROTSKY, *La revolución traicionada*.

189. *Ibid.*

190. *Ibid.*

contexto de elecciones parlamentarias (a menudo manipuladas). Lo mismo podía decirse de las pequeñas fuerzas de trabajo industriales, que a menudo eran conciliadoras con las fuerzas del orden. Todo esto está claramente a la vista en la historia de los países de bajos ingresos —particularmente en América Latina, Oriente Medio y Asia meridional y sudoriental, pero no en el Este de Asia—, donde las élites del antiguo régimen conservaron gran parte de su poder.

Fue en este contexto que, como hemos mencionado antes, los estrategas del movimiento obrero llegaron a ver la historia como bloqueada, y el desbloqueo de la historia como una tarea urgente. Esa tarea requeriría un mayor desarrollo de las fuerzas productivas, ya fuese dentro de la sociedad capitalista o en una socialista planificada y desarrollista. En cualquier caso, un mayor desarrollo parecía ser la única manera de fortalecer y unificar al proletariado contra sus enemigos, que eran legión (y esto a pesar del hecho de que, en realidad, tal desarrollo maldecía el destino mismo del movimiento obrero). Mientras tanto, las élites del antiguo régimen, apoyadas por las potencias imperiales —y más adelante por los Estados Unidos—, estaban activamente ocupadas en hacer retroceder cualquier movimiento con una dirección liberadora.

Sin aprobar ni condenar, afirmamos que estos hechos confiaron al movimiento obrero. La idea de Marx había sido que la clase obrera industrial llegaría a existir, y que circunstancias fuera de su control la obligarían a ponerse a sí misma en tela de juicio. En realidad, la cuestión de los siglos XIX y XX era si la clase iba a existir en absoluto, como clase de vendedores libres de mercancías, al margen de unos pocos centros en el norte de Europa y de blancos en las colonias. El mundo estaba cambiando rápidamente, y lo hizo de una forma que tendía a aumentar el poder de los opresores tanto en las fábricas de Europa como en las colonias. En este contexto, *la lucha por existir se convirtió en una posición revolucionaria.*

## Reúnenos de entre las naciones.

### Las protestas de febrero de 2014 en Bosnia-Herzegovina

*Cuando, el 10 de febrero de 2014, cruzamos la frontera entre Serbia y Bosnia a bordo de un pequeño autobús de Eurolines, a uno de nuestros compañeros de viaje, un joven de unos veinte años, le pidieron que se bajara del autobús para posteriormente desaparecer en la comisaría. Los agentes sospechaban que formaba parte de la multitud que se había congregado frente al edificio gubernamental del cantón de Mostar el 7 de febrero, el día que ardió entre llamas, y querían interrogarlo. Tras un interrogatorio de 30 minutos, finalmente lo dejaron marchar. Cuando subió al autobús y por fin logramos cruzar la frontera, estalló su alegría. ¡Por supuesto que había estado allí! Tanto en Tuzla como en Sarajevo la gente atacó e incendió el edificio del gobierno, ¡y fue un espectáculo maravilloso! En la ciudad dividida de Mostar fue aún mejor, pues se vio a personas de ambos lados, bosnios y croatas, abrazándose frente al edificio en llamas. Esperaba poder regresar a tiempo para el pleno. No dejaba de recibir mensajes de texto de sus amigos que ahora estaban en las calles de Mostar, y no podía esperar a estar allí.*

\* \* \*

En febrero mucha gente tenía expectativas poco realistas. La mayoría de ellos pensaba que era posible lograr cambios profundos y que iban a tener lugar en este corto periodo. No era realista esperar que un grupo de gente enfadada en las calles pudiera deshacer los acontecimientos de los últimos 30 años. Siempre recuerdo a esta anciana con un pañuelo rojo que nos decía, muy enojada: «Si esto fracasa, nunca os lo perdonaré». En ese momento pensé: «¿Cuáles son sus criterios para discernir lo que es fracaso?». Se notaba que la gente realmente ansiaba un cambio revolucionario,

un cambio radical. Pero algunos de nosotros, que tenemos más experiencia política, sabíamos que en realidad no podía suceder tal cosa.

¡Aquí no cambiará nada sin una revolución! Lo que ha ardidido no es nada, créanme. Repito: ¡el segundo periodo en Tuzla será sangriento! Empezó en Tuzla y debe terminar en Tuzla. No hay otra manera. Mire la política: los mismos nacionalistas permanecieron en el poder y mantuvieron sus posiciones.<sup>1</sup>

Como venían haciendo cada semana desde hacía tiempo, el miércoles 5 de febrero de 2014 los trabajadores de varias fábricas privatizadas de Tuzla salieron a las calles para exigir el pago de meses de salarios y cotizaciones sociales atrasados. La mayoría de ellos llevaba años luchando, ocupando sus fábricas; incluso se habían emprendido varias huelgas de hambre, sin resultado, y parecía poco probable que la manifestación semanal del miércoles marcara la diferencia. Pero ese día se les unieron varios cientos de jóvenes. Juntos intentaron asaltar el edificio del gobierno del cantón de Tuzla. Los manifestantes lograron entrar corriendo, pero la policía les obligó a retroceder. Durante los enfrentamientos, algunos trabajadores fueron golpeados, y estas imágenes, capturadas por las cámaras, se hicieron virales.

Al día siguiente, se produjeron manifestaciones de solidaridad en Tuzla, así como en Sarajevo y Mostar. En Facebook, grupos como UDAR en Tuzla y la página 50.000

1. Entrevista con un organizador del pleno de Sarajevo y entrevista con un trabajador de la fábrica Dita de Tuzla —miembro de Solidarnost, el nuevo sindicato independiente—, respectivamente. Estas entrevistas, ambas de 2014, fueron realizadas por el colectivo de vídeos Year01, del que uno de nosotros es miembro. El colectivo viajó a Bosnia-Herzegovina dos veces, en febrero y octubre de 2014, para entrevistar a participantes en la lucha e informar sobre las causas y consecuencias de la revuelta. Véase la página de Facebook y el canal de YouTube: Year-01-Videocollective.

por un mañana mejor convocaron protestas masivas para los próximos días. El 7 de febrero, miles de personas acudieron a las manifestaciones en las principales ciudades de Bosnia-Herzegovina. En Sarajevo y Tuzla, tras violentos enfrentamientos con la policía, la gente irrumpió en los edificios gubernamentales del cantón y les prendió fuego. En la dividida ciudad de Mostar también quemaron las sedes de los principales partidos políticos.<sup>2</sup> Presas del pánico, los ministros de gobierno de los cantones de Sarajevo, Tuzla y Zenica dimitieron.

En los días siguientes, la gente empezó a organizar «plenos» (asambleas) para discutir qué hacer a continuación y formular demandas. Aparecieron muchas más personas de las esperadas: varios cientos en Tuzla y Mostar, más de mil en Sarajevo. Los plenos se convirtieron rápidamente en el centro principal del movimiento a medida que las protestas disminuían. A diferencia de los movimientos Occupy e Indignados, las asambleas no tuvieron lugar en las calles, sino en edificios. En cada sesión, en cada ciudad—más de 20 ciudades en Bosnia-Herzegovina tenían sus propios plenos—se formulaban largas listas de demandas, entre ellas el fin de las privatizaciones y de los paracaídas de oro de los políticos, y la creación de un «gobierno de expertos».

Un tema recurrente en las consignas, las pintadas y los plenos fue el rechazo al nacionalismo. Sin embargo, en el contexto de Bosnia-Herzegovina, el nacionalismo —y por lo tanto el antinacionalismo— se refiere a una realidad muy específica, que debe tomarse en consideración si no queremos descarrilar. Más que la señal de un movimiento internacionalista que surgía inesperadamente ante nuestros ojos, lo que en

2. Sobre la división de la ciudad de Mostar en una parte bosnia y otra croata, véase VANNI D'ALESSIO, *Divided and Contested Cities in Modern European History: The Example of Mostar, Bosnia-Herzegovina*, en Sabine Rutar, ed., *Beyond the Balkans* (LIT Verlag 2013).

realidad se rechazaba aquí era una forma de nacionalismo que había dominado el país desde la guerra de 1992-95, dividiéndolo entre serbios, croatas y bosnios. A esto se le suele denominar una especie de «nacionalismo étnico»,<sup>3</sup> cuyo objetivo es impulsar los intereses económicos y políticos de uno u otro de los tres «grupos étnicos»<sup>4</sup> existentes en Bosnia-Herzegovina.

3. Si bien el término «nacionalismo étnico» ayuda a captar la especificidad del nacionalismo en la región, se ha utilizado a menudo en la literatura sobre nacionalismo desde la década de 1940 (especialmente desde el libro de Hans Kohn de 1944, *The Idea of Nationalism*) para denotar un nacionalismo oriental «malo», en contraste con una variante «buena», «cívica» occidental. Esta idea fue popularizada nuevamente en la década de 1990 en el contexto de los Balcanes por Michael Ignatieff en *Blood and Belonging: Journeys into the New Nationalism*. Para una crítica de la dicotomía entre nacionalismo étnico y cívico, véase PAVLOS HATZOPOULOS, *The Balkans Beyond Nationalism and Identity* (IB Tauris 2008).

4. Si bien es obviamente problemático referirse a la etnicidad y a los grupos étnicos como si fueran algo dado y no construido socialmente, estos son —como ocurre con la raza y el género— construcciones *realmente existentes* y deben analizarse como tales. Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein analizan útilmente las razas, las naciones y los grupos étnicos como tres «construcciones de personas» que son «invenciones del pasado y fenómenos políticos contemporáneos», pero que tienen diferentes relaciones estructurales con el modo de producción capitalista (véase especialmente *The construction of peoplehood* en Balibar and Wallerstein *Race, Nation, Class* (Verso 1991) pp. 79-85). Sin embargo, su análisis del «grupo étnico» solo tiene sentido en el contexto de una «minoría étnica» dentro de un país y, por lo tanto, es de utilidad limitada para comprender la construcción de la etnicidad en Bosnia-Herzegovina, donde no existe una mayoría étnica *per se* (se estima que los bosnios representan el 48% de la población). La diferencia entre los conceptos de grupo étnico y nación se complica aún más en Bosnia-Herzegovina por la relación de dos de los grupos dentro de Bosnia-Herzegovina —los croatas y los serbios— con los estados vecinos croatas y serbios.



Pero esto no significa en absoluto que este rechazo fuera una cuestión insignificante. De hecho, las tensiones étnicas han estado en el centro de la vida cotidiana en Bosnia-Herzegovina desde la creación del país en medio de las ruinas de Yugoslavia. Ya habían comenzado a aumentar en la década de 1980, cuando este último comenzó a reestructurar su economía para contrarrestar las secuelas de la crisis económica mundial de la década de 1970. Con la creciente autonomía política y económica de sus diversas repúblicas, surgieron desequilibrios entre ellas, ya que la anterior división espacial del trabajo dentro de Yugoslavia había concentrado la mayor parte de la industria en el norte —particularmente en la parte eslovena y croata— y la agricultura y la extracción de materias primas en el sur, incluida Bosnia. Las élites empresariales y políticas de las diferentes repúblicas pronto comenzaron a luchar por sus intereses económicos particulares y a cultivar discursos nacionalistas, cada uno responsabilizando a las otras repúblicas —y a los demás «grupos étnicos»— de sus dificultades económicas locales. Estas afirmaciones calaron cada vez más en el proletariado de cada república a medida que su nivel de vida disminuía y sus intereses se separaban cada vez más de los de las demás. Las tensiones aumentaron hasta que estallaron las guerras yugoslavas a principios de la década de 1990, primero en Eslovenia y Croacia, y luego en Bosnia.

La guerra fue particularmente sangrienta en Bosnia, la república con mayor mezcla étnica de todas. Más de 100.000 personas murieron —algunas estimaciones sitúan la cifra más cerca de 250.000—; las violaciones masivas y el genocidio se utilizaron como armas de guerra; casi la mitad de la población del país antes de la guerra fue desplazada. Esto fue parte de la limpieza étnica que se utilizó para crear las zonas relativamente homogéneas en términos étnicos de la actual Bosnia-Herzegovina. Desde los acuerdos de paz de Dayton de 1995, el país ha estado formado por dos entidades y

un distrito, formados según criterios étnicos: situada en el centro del país, la *Federación* de Bosnia-Herzegovina —que no debe confundirse con el propio país— está administrativamente dividida en 10 cantones y poblada en su mayoría por bosnios y croatas. Alrededor, en el norte y este del país, la entidad de la República Srpska—que tiene su propio presidente, parlamento, gobierno y fuerza policial— está poblada principalmente por serbios. Entre las dos regiones geográficas de la República Srpska se encuentra otra unidad administrativa autónoma, el distrito de Brčko, que también tiene un estatuto independiente. Todas las instituciones a nivel del país en su conjunto reflejan estas divisiones, y la Constitución garantiza a los tres principales grupos étnicos una participación equitativa en el poder. La Presidencia de Bosnia y Herzegovina, por ejemplo, está compuesta por tres miembros: un bosnio y un croata elegidos de la Federación, y un serbio de la República Srpska.<sup>5</sup>

Desde el acuerdo de paz, las tensiones étnicas habían dominado todos los aspectos de la sociedad, lo que hacía casi imposible cualquier revuelta o movimiento, ya que chocaría inmediatamente con acusaciones de enfrentar a un grupo étnico contra otro. Pero esta situación empezó a cambiar en junio de 2013, con varias protestas que fueron denominadas «bebelución» [*Baby-lution*]. A principios de ese año, debido a divisiones étnicas, el gobierno de Bosnia-Herzegovina

5. Para complicar aún más el asunto, desde 1997, un organismo no electo, la Oficina del Alto Representante en Bosnia y Herzegovina, tiene el poder de «adoptar decisiones vinculantes cuando los partidos locales parecen incapaces o no dispuestos a actuar» y «destituir de sus cargos públicos a quienes violen compromisos legales» —los llamados poderes de Bonn—. Este organismo, que ya ha destituido a más de 100 funcionarios, entre ellos jueces, ministros, funcionarios y parlamentarios, ha sido criticado a menudo por la falta de rendición de cuentas en su toma de decisiones y por su repetida injerencia en la política del país.

no había promulgado una ley para el registro de los recién nacidos, dejándolos sin documentos de identidad y, por lo tanto, impidiéndoles acceder a la atención médica y salir del país. Tras el escándalo de una bebé de tres meses que murió porque no pudo salir del país para recibir tratamiento médico, los manifestantes bosnios, croatas y serbios —madres con cochecitos en primera línea— formaron un círculo humano alrededor del parlamento y mantuvieron encerrados dentro a los diputados y empleados del gobierno. Fue el primer movimiento para unir a personas de distintas etnias desde la guerra. Aunque este movimiento fue relativamente pequeño, fue importante como precursor de las revueltas de febrero de 2014, pues muchos activistas que desempeñaron un papel crucial en la organización de los plenos se habían conocido durante las protestas del año anterior.

Durante la bebelución, los roles asignados a las mujeres como cuidadoras principales las colocaron en el centro de las manifestaciones. Las conexiones que formaron y las experiencias que tuvieron en ese movimiento probablemente contribuyeron sustancialmente a su importancia en las protestas que siguieron. Al igual que en los movimientos de plazas globales de 2011, muchas mujeres participaron en las manifestaciones y plenos de febrero de 2014 y desempeñaron un papel especialmente importante en las redes sociales.<sup>6</sup> Estuvieron igualmente presentes en los disturbios de los días 6 y 7 de febrero y fueron particularmente activas entre los trabajadores de las fábricas privatizadas. Sin embargo, aunque a veces tuvieron que luchar para estar igualmente representadas en los plenos, especialmente entre los delegados, la cuestión de género no pasó a un primer plano de las protestas, como intentaremos explicar más adelante.

6. Sobre el importante papel de las mujeres en el movimiento de febrero, véase NEDIM HADROVIC, *Women are at the forefront of grassroots movements in Bosnia*, disponible en muftah.org.

## COMPOSICIÓN SOCIAL

En el centro de las protestas, al menos al principio, estaban los trabajadores de las plantas privatizadas de Tuzla, principalmente Polihem, Dita, Guming, Aida y Konjuh. Sin embargo, el estatus de estos «trabajadores» debe tratarse con cautela, ya que la producción en sus respectivas fábricas ha estado paralizada durante mucho tiempo y, por lo tanto, deberían ser considerados desempleados, a pesar de que no puedan reclamar formalmente ese estatus, pues esto anularía sus derechos a los pagos atrasados que se les deben. En muchos casos, los propietarios —que utilizan principalmente las fábricas para lavar dinero— prefieren simplemente dejar de pagar a los trabajadores en lugar de despedirlos. Por un lado, estos trabajadores tienen una identidad muy fuerte derivada de la importancia de estas fábricas dentro de Yugoslavia, y del papel preeminente que desempeñaba la figura del trabajador en el imaginario de aquellos tiempos. Por otro, no pueden utilizar su posición dentro del proceso de producción para impulsar sus demandas y, a menudo, son totalmente ignorados no solo por los propietarios, sino también por los sindicatos y los funcionarios gubernamentales. Por lo general, estos trabajadores sin trabajo llevan años sin cobrar salarios ni contribuciones sociales, y meses de ocupaciones, protestas, incluso huelgas de hambre, no han servido para nada. Es en este contexto que salieron a la calle todos los miércoles hasta que las cosas dieron un giro inesperado en febrero de 2014.

De hecho, solo cuando a estos trabajadores se les unieron miles de jóvenes, en su mayoría desempleados, en las calles de Tuzla el 6 de febrero, y en todas las ciudades importantes al día siguiente, el movimiento alcanzó un punto de inflexión, obligando a varios gobiernos cantonales a prestarles atención. Los padres de esta generación más joven se empobrecieron durante la guerra o durante la ola de privatizaciones

y colapso económico que siguió. En Tuzla, suelen tener vínculos familiares con los trabajadores de las fábricas privatizadas, lo que seguramente jugó un papel en la cristalización de la solidaridad. En Sarajevo, los activistas más acomodados a veces se refieren a este grupo como «niños de hogares de acogida», ya que muchos niños perdieron a sus padres durante el asedio de Sarajevo y cayeron en una profunda pobreza. Algunos están organizados en clubes de hinchas de fútbol como el Ejército Rojo en Mostar, o los Fukare —desposeídos—, seguidores del FC Sloboda en Tuzla.<sup>7</sup>

Por último, en Tuzla, y en Sarajevo en particular, los estudiantes de posgrado y los académicos desempeñaron un importante papel en el movimiento, especialmente en la organización y difusión de la idea de los plenos. En Bosnia-Herzegovina, el nivel de educación sigue siendo muy alto, un remanente de la Yugoslavia socialista, pero muchos luchan por encontrar trabajo después de la universidad. Dentro de esta categoría, existen amplias divergencias en cuanto a ingresos y expectativas: muchos viven al borde de la pobreza, mientras que otros aún pueden permitirse viajar al extranjero o estudiar en universidades extranjeras. Pero la frustración de este último grupo sigue siendo alta, ya que sus únicas posibilidades de conseguir un buen trabajo dependen de alinearse con un partido político y participar del juego de la corrupción.

Por supuesto, algunos participantes no caen en ninguna de estas tres categorías, que en sí mismas son algo fluctuantes e imprecisas. Aun así, estas agrupaciones capturan a grandes rasgos la diversa distribución de orígenes sociales e intereses de los manifestantes. Aunque se debe prestar mucha

7. Al igual que en Egipto y Turquía, los aficionados al fútbol/ultras jugaron un papel importante en los disturbios, así como en las redes sociales. También ayudaron activamente a las personas que sufrieron las inundaciones que azotaron Bosnia-Herzegovina en mayo de 2014.

atención a las especificidades de cada caso local, es evidente que existen amplias similitudes entre los términos clave de esta composición y los de los movimientos de las plazas de 2011.<sup>8</sup> Si bien los conflictos sistémicos entre estas secciones se irían profundizando durante el reflujó del movimiento, esta diversidad es en sí misma una medida del impulso de una lucha que logró reunir a personas que normalmente tienen poco que ver entre sí.

### RAZONES PARA LA REVUELTA

La razón más inmediata por la que la gente salió masivamente a la calle el 7 de febrero fue claramente la indignación por la forma en que la policía trató a los trabajadores que se manifestaban. En este sentido, como la mayoría de las oleadas de disturbios de los últimos tiempos, la causa inmediata de este movimiento fue la brutalidad policial, pero que esto último pudiera tener tal efecto es el resultado de un contexto más general de injusticia social y—en este caso—de colapso económico. Así pues, para explicar el movimiento, debemos fijarnos en este contexto. La mayor parte de la industria de Bosnia-Herzegovina había quedado devastada desde la guerra, debido no solo a la destrucción del capital fijo en la propia guerra, sino también a la serie de privatizaciones clientelistas, quiebras y despojos de activos que la siguieron. El país depende de las importaciones, y el déficit comercial crece cada año. Bosnia produce materias primas —metal, madera, carbón— así como electricidad a partir de fuentes hidroeléctricas, que exporta al extranjero, a Alemania, Croacia, Serbia y Eslovenia. Pero la mayoría de los bienes de consumo tienen que importarse. El empleo es escaso y está concentrado en el sector servicios: 65%, en comparación con el 26% del sector industrial, en gran parte heredado, y

8. Para un análisis de esos movimientos, véase «El patrón de espera», *Endnotes 3* (Ediciones Extáticas, 2023).

el 8% de la agricultura. El Estado y sus diversos aparatos son los mayores empleadores del país. El desempleo es uno de los más altos de Europa, estimado en un 44% en general y un 60% entre los jóvenes. Se considera que casi un tercio de la población de Bosnia-Herzegovina se encuentra en la pobreza o al borde de ella. La economía sumergida desempeña un papel importante: según las estimaciones, representa más del 20% de la actividad económica total. Se calcula que en ese sector trabajan 290.000 personas, mientras que el número de personas oficialmente empleadas ronda las 700.000.<sup>9</sup>

Las transferencias de los trabajadores bosnios que viven en el extranjero ayudan a muchas familias a salir adelante. Se estima que alrededor de 1,35 millones de bosnios viven en el extranjero y sus remesas representan alrededor del 23% del PIB.<sup>10</sup> Muchas de estas personas tienen un alto nivel educativo —la «fuga de cerebros» que comenzó durante la guerra continúa—, pero los jóvenes no cualificados también suelen irse a otros países en busca de empleo.

Por ejemplo, desde 2007, empresas estadounidenses como Fluor Corporation y DynCorp han estado reclutando miles de trabajadores de Tuzla y de la región para trabajar en bases militares estadounidenses en Afganistán e Irak.<sup>11</sup> En 2013, también se llegaron a acuerdos entre el gobierno de Bosnia y Qatar para autorizar a las jóvenes bosnias a trabajar allí como empleadas domésticas.<sup>12</sup> En algunos casos, con estos

9. Véase RAJKO TOMAŠ, *Crisis and Gray Economy in Bosnia and Herzegovina* (Friedrich Ebert 2010).

10. Véase NERMIN ORUC, *Remittances and Development, the Case of Bosnia*, 2011.

11. Y más recientemente para ayudar al ejército estadounidense en las regiones afectadas por el ébola. Véase ADAM MOORE, «Bosnians recruited to support US military's fight against Ebola in West Africa», *Balkanist*, 27 de octubre 2014.

12. Véase LILY LYNCH, *Qatar seeks Balkan housemaids*, *Balkanist*, 2 de septiembre 2013.

contratos, los trabajadores pueden recibir cuatro veces el salario promedio en Bosnia-Herzegovina, lo que les permite enviar a casa una remesa considerable. La ayuda financiera y los préstamos de otros países también siguen siendo fuentes importantes de dinero, aunque han ido disminuyendo desde 2000.<sup>13</sup>

## EL FIN DE LA IDENTIDAD OBRERA

Con sus importantes minas, Tuzla fue alguna vez uno de los centros industriales de Yugoslavia, por lo que resulta muy simbólico que el movimiento comenzase allí. Desde la rebelión de Husino de 1920 —una rebelión armada de mineros en huelga que fue violentamente reprimida—, la figura del minero en lucha ha sido central en la historia de la ciudad. En Yugoslavia, en general, la forma específica de la identidad obrera se centraba en la idea de la autogestión de los medios de producción por parte de los trabajadores.<sup>14</sup> Si bien está claro que el poder de decisión que se otorgaba a los trabajadores dentro de la unidad de producción era limitado —especialmente durante las últimas décadas de Yugoslavia—,<sup>15</sup> la autogestión ha tenido una influencia importante en la

13. Véase TIMOTHY DONAIS, *The Political Economy of Peacebuilding in Post-Dayton Bosnia* (Routledge 2005) y Lana Pasic, «Bosnia's vast foreign financial assistance re-examined: statistics and results», *Balkananalysis.com*, 21 de junio de 2011.

14. Sobre las especificidades de la gestión obrera en Yugoslavia, véase GORAN MUSIC, «Workers Self-Management as State Paradigm» en IMMANUEL NESS y DARIO AZZELLINI, eds, *Ours to Master and to Own: Workers' Control from the Commune to the Present* (Haymarket 2011).

15. Sobre cómo evolucionaron las realidades de la autogestión entre 1948 y 1991, véase VLADIMIR UNKOVSKI-KORICA, «Self-management, Development and Debt: The rise and Fall of the 'Yugoslav Experiment'» en SRECKO HORVAT e IGOR Štikis, eds, *Welcome to the Desert of Post-Socialism: Radical Politics After Yugoslavia* (Verso 2015).



autoimagen de los trabajadores, que a menudo expresan un fuerte vínculo con su lugar de trabajo *como si les perteneciera*—algo reforzado por el hecho de que muchos recibieron acciones de estas fábricas tras el colapso de Yugoslavia—.

No obstante, si bien esta identidad sigue estando muy presente en la comprensión que los trabajadores tienen de su papel en la sociedad —como se pudo comprobar en sus declaraciones e intervenciones en los plenos—, se trata, como ya se ha mencionado, de una identidad contradictoria: una identidad obrera mantenida por personas que llevan años desempleadas de facto.

Y cada declaración de las autoridades muestra cuán indiferentes son ante valores como el orgullo obrero. En este contexto, los trabajadores no asalariados cuyas protestas fueron flagrantemente ignoradas, tanto por los empresarios como por los políticos, se convirtieron en el símbolo de una identidad obrera que luchaba desesperadamente contra su obsolescencia, cuyo destino resonaba fuertemente en una generación más joven para la que el trabajo formal se había convertido desde hacía tiempo en un sueño nostálgico inaccesible. En este sentido, estos trabajadores se convirtieron en el símbolo del carácter excedentario del trabajo en Bosnia-Herzegovina. De hecho, si un factor importante en la composición socioeconómica y lo que está en juego en muchos movimientos recientes, incluidas las ocupaciones de plazas de 2011-12, ha sido el bajo nivel general de demanda de mano de obra a nivel mundial, en casos individuales los factores locales pueden exacerbar drásticamente esta situación general. Con sus particularidades históricas, Bosnia-Herzegovina representa un caso bastante agudo. Los niveles de desempleo son extremos, la producción está devastada y apenas hay interés económico internacional en la región, lo que también explica por qué los medios de comunicación internacionales cubrieron tan poco las protestas.

Mientras que en otros países europeos donde se habían producido movimientos de plazas fue la crisis de 2008 la que aceleró el aumento del desempleo y la pobreza, en Bosnia, la economía ha estado sumida en una profunda crisis desde la guerra, cuando el PIB del país cayó a solo el 10% de su nivel anterior a la guerra, por lo que los efectos de la crisis financiera fueron menos claros en este contexto. Aun así, la situación económica había mejorado ligeramente desde 1996, mejora que se vio frenada por los efectos de la crisis europea de 2008. De hecho, aunque la economía bosnia solo está indirectamente integrada en la de la UE, cuando países como Croacia y Eslovenia —los principales importadores de productos bosnios— se vieron afectados por la crisis de la UE la tendencia de crecimiento se invirtió. Las exportaciones a estos países se ralentizaron, mientras que el consumo interno se mantuvo bajo, disminuyendo aún más las posibilidades de empleo.<sup>16</sup> En este contexto, agravado por una reducción de la ayuda financiera de los fondos internacionales durante la última década y la disminución de las transferencias de los ciudadanos bosnios al extranjero —entre 300 y 600 millones de euros en 2008—,<sup>17</sup> la situación económica se hizo aún más insostenible para los sectores más pobres de la población.

---

16. Ver las Estadísticas del comercio exterior, núm. 3, *Agencia de Estadísticas de BH*, 2009, p. 3.

17. Véase RAJKO TOMAŠ, *Crisis and Gray Economy in Bosnia and Herzegovina*, (Friedrich Ebert Stiftung 2010), p. 101.

## CORRUPCIÓN

Al igual que en otros movimientos de plazas, los manifestantes consideraban la corrupción como la principal causa de los problemas económicos que afectaban a Bosnia-Herzegovina. Este país figura a menudo como uno de los más corruptos de Europa, junto con Ucrania, Bielorrusia y Kosovo.

Los canales de corrupción recorren todas las capas de la sociedad, desde la asignación de dinero inyectado por instituciones y ONG extranjeras hasta el sector estatal —incluidas universidades, escuelas y proyectos culturales y sanitarios—, pasando por la economía privada y diversas mafias locales.

Sin embargo, sus estructuras centrales parecen ser los partidos políticos étnicamente divididos, a veces denominados «etnócratas», que dirigen esta «máquina clientelista nacional sancionada desde el extranjero».<sup>18</sup> De hecho, desde la guerra, estos partidos han estado asignando los puestos de trabajo y recursos disponibles según líneas étnicas de forma clientelista, aumentando descaradamente su propia riqueza en el proceso. Por lo tanto, fueron el principal objetivo de los manifestantes en lo que respecta a la corrupción, y, durante las manifestaciones, varias sedes de estos partidos políticos fueron atacadas.

Las funciones del Estado se reparten entre los miembros de estos partidos, ya que, como se ha mencionado anteriormente, cada cargo debe ser ocupado por tres representantes: un bosnio, un serbio y un croata. Esta multiplicación de cargos convierte al Estado en una enorme máquina y, de hecho, según Aleksandar Hemon, en el «mayor y único

18. Véase STEF JANSEN, «Rebooting politics? Or, towards a <Ctrl-Alt-Del> for the Dayton Meantime», en Damir Arsenijevic, ed., *Unbribable Bosnia and Herzegovina: The Fight for the Commons* (Nomos 2015), p. 91..

empleador fiable del país». <sup>19</sup> Sin embargo, la corrupción no se limita a los partidos políticos y a los empleados estatales; para la mayoría de los proletarios de Bosnia es una experiencia cotidiana muy concreta. De hecho, para conseguir un buen empleo, suele ser necesario sobornar a un miembro de un partido político, lo que puede costar varios miles de euros y requerir un préstamo que se tardará años en devolver. La afiliación al partido vinculado al puesto en cuestión y la demostración de lealtad al mismo también son requisitos típicos: en particular, se excluye la participación en protestas o cualquier otra cosa que pueda poner de algún modo en peligro las perspectivas del partido. Por supuesto, esto no quiere decir que la mayoría de la gente en Bosnia-Herzegovina se beneficie de la corrupción, sino más bien que se ven obligados a respetar las reglas del juego y a ser parte de la gran maquinaria de corrupción. Aceptar participar en el juego es también un requisito previo para el acceso a la atención médica, ya que el sistema sanitario es muy disfuncional y los médicos deben ser sobornados para poder obtener asistencia y medicamentos. Lo mismo se aplica a las universidades, donde los estudiantes han denunciado que han tenido que pagar sobornos para obtener sus diplomas.

En este sentido, aunque pueda parecer pintoresco, la designación de los manifestantes de febrero como «Bosnia insobornable» <sup>20</sup> bien puede resultar útil, si dejamos de lado las connotaciones moralistas. Junto con los profesores universitarios y académicos que se negaron a dejarse corromper y a pertenecer a un partido político, una parte sustancial de los manifestantes bien podría ser «insobornable» simplemente porque es demasiado pobre para participar en la maquinaria

19. Véase *Beyond the Hopelessness of Survival* en *Unbriable Bosnia and Herzegovina*, p. 62.

20. Véase la introducción de Damir Arsenijevic' a una recopilación de textos de participantes en las protestas: *Unbriable Bosnia and Herzegovina: The Fight for the Commons*.

de corrupción, incapaz de pagar los sobornos que le darían acceso a un lugar en esas redes. En realidad, esto puede ayudar a explicar por qué tan pocas personas participaron en las protestas, considerando las terribles condiciones económicas y sociales que la mayoría tiene que soportar: mientras que, según encuestas realizadas poco antes de las elecciones de octubre de 2014, la mayoría de la población las veía como algo positivo, en las protestas y plenos que se extendieron por todo el país no participaron más que unas pocas decenas de miles de personas —en un país de solo 3.8 millones de habitantes, hay que decirlo—. Entre los temores que les impedían hacerlo estaba el de perder un puesto o el acceso a los servicios sociales por no mostrar lealtad al régimen en general, y a un partido político en particular.

Pero, según Jasmin Mujanovic', «este proceso no puede entenderse simplemente como uno de simple “corrupción”, porque no existe ningún Estado que funcione y que esté siendo corrompido *per se*».<sup>21</sup> De hecho, una de las demandas principales del movimiento era conseguir «un Estado que funcione». Además, la corrupción organizada a través de estas redes clientelistas puede ser *la forma que adopta el Estado en Bosnia*, la forma en que (no) funciona. O, como dice L. S. en el contexto de Túnez: «La corrupción no es simplemente una excepción al funcionamiento normal de la relación del Estado con la sociedad civil, ni la simple preocupación y la causa del ciudadano de clase media establecido, sino un momento del hostigamiento de la reproducción del Estado de la masa de marginados».<sup>22</sup>

21. JASMIN MUJANOVIC', *The Baja Class and the Politics of Participation en Unbriable Bosnia and Herzegovina*, p. 141.

22. L.S., *Hanging by a thread: class, corruption and precarity in Tunisia*, Mute, 17 de enero de 2012. Continúa diciendo: «Para los desempleados pobres del interior sobre todo, pero para los tunecinos que sufren ingresos decrecientes y precios en aumento en general, la corrupción y la consiguiente experiencia de violencia e injusticia a manos de fun-

Las discusiones sobre la corrupción y sus causas a menudo plantean la dicotomía de culpar a instituciones extranjeras como el FMI o reducirlo todo a una cuestión de clientelismo y mecenazgo a la que algunas «culturas» son especialmente propensas. En el contexto de las revueltas recientes, la corrupción se ha discutido principalmente en casos en los que lo que Jack Goldstone ha denominado un «sultán» es capaz —en el contexto de un Estado rentista— de redistribuir ingresos a través de redes de clientelismo. En Bosnia-Herzegovina, sin embargo, no existe sultán ni dictador, ni siquiera una figura particularmente fuerte.<sup>23</sup> Esta peculiar forma de Estado es el resultado directo del acuerdo de Dayton, diseñado por «la comunidad internacional». Si bien existe una forma de redistribución clientelista de arriba abajo —sobre todo de la ayuda exterior, uno de los principales recursos que el Estado y las ONG pueden redistribuir—, la corrupción también ha surgido en la base de la estructura social, a través del desarrollo de una economía informal necesaria para la reproducción más básica. Esta economía está organizada a través de varias pequeñas mafias que explotan despiadadamente la desesperación de la capa inferior de la población.

Para neoliberales como Hernando de Soto, la economía informal es resultado de la corrupción, y la corrupción, a su vez, es resultado de la rigidez del mercado laboral. Pero la

cionarios estatales es un hecho cotidiano de la reproducción social. Desde el punto de vista del estado, es una forma de gestionar la creciente población excedente: una forma específica en la que se modula el autoritarismo para controlar e integrar al proletariado de la economía neoliberal reestructurada y globalmente integrada».

23. Véase JACK A. GOLDSTONE, *Understanding the Revolutions of 2011, Foreign Affairs*, 2011. Una excepción aquí es el caso de la República Srpska y su presidente nacionalista, Milorad Dodik, famoso por su «gran actuación pública de fuerza y autoridad personal». Véase JASMIN MUJANOVIC, *The Baja Class and the Politics of Participation' in Unbribeable Bosnia and Herzegovina*, p. 135.

causalidad puede fluir en la dirección opuesta: la corrupción es resultado de la informalidad de la economía, que es efecto a su vez de una baja demanda de mano de obra en un contexto en el que la reproducción de una parte significativa del proletariado depende del capital. La economía sumergida es un terreno ineficiente para la acumulación de capital: en Bosnia se estima que los beneficios son un 20% más bajos que en la economía formal. Pero, no obstante, ayuda a apuntalar una estructura social que se está desmoronando y que, de otro modo, podría colapsar por completo. En lugar de estar simplemente desempleada, la gente todavía encuentra fuentes escasas y residuales de ingresos aquí y allá, y la lealtad a los funcionarios corruptos les impide rebelarse. Si bien la economía tiende a la informalidad —es decir, a evitar la tributación formal— cuando las ganancias son escasas, en ese contexto, la corrupción que acribilla al Estado y apunta a las estructuras políticas existentes puede interpretarse en última instancia como un modo funcional de tributación:

La corrupción es el negocio más exitoso de las autoridades cuasidemocráticas; la economía sumergida es su programa social más poderoso, y el chantaje es su método favorito de «tributación». La corrupción es también una forma de economía sumergida. En definitiva, se trata de un método impositivo ilegal. Los actores de la economía sumergida necesitan funcionarios corruptos, y los funcionarios corruptos necesitan una economía sumergida.<sup>24</sup> La construcción de este clientelismo según ciertas líneas étnicas implica alianzas entre socios comerciales, redes mafiosas y partidos políticos, todos unidos por una lealtad a los intereses de un grupo étnico frente a los demás. Se pueden conseguir oportunidades de negocio y recursos en efectivo a través de las redes de influencia dentro del Estado, y se pueden obtener beneficios haciendo la vista gorda ante las actividades ilegales. Estas

24. RAJKO TOMAŠ, *Crisis and Gray Economy in Bosnia and Herzegovina*, p. 131.

redes etnonacionalistas distribuyen privilegios étnicos, es decir, la capacidad de excluir a otras personas de empleos y recursos. En este sentido, no sorprende que estas redes, así como la corrupción en general, hayan sido uno de los principales objetivos de quienes se ven en gran medida privados de esos recursos.

## UNA ENORME MÁQUINA DE PRODUCIR DEMANDAS

El aspecto más ampliamente discutido del movimiento bosnio fue su creación sistemática de plenos, «asambleas de ciudadanos», en todas las ciudades afectadas. Esta forma de organización ha sido popular en la región entre estudiantes y académicos de izquierdas desde la ocupación estudiantil croata de 2009 y fue discutida, pero nunca puesta en práctica, en Bosnia-Herzegovina durante las protestas estudiantiles en Tuzla en 2009, así como durante la bebelución de 2013. Esta vez, resultó ser extremadamente popular y, a partir del 8 de febrero, acudió más gente a los plenos que a las manifestaciones. Si bien el número de manifestantes se redujo a unos pocos cientos, entre 500 y 1.000 personas de diversas edades y procedencias se reunían en los plenos de Tuzla, Mostar y Sarajevo, al menos hasta finales de febrero. A través de plenos, el movimiento expresó una enorme necesidad de comunicación, intercambio de experiencias y transparencia.<sup>25</sup> A menudo se dice que los primeros plenos fueron una especie de psicoterapia colectiva, en la que la gente mencionaba por primera vez en público sus traumas

25. Esta transparencia condujo a un formalismo aún más agudo que el de Occupy Wall Street: a la gente solo se le daba dos minutos para hablar; todas las decisiones fueron escritas y proyectadas en una pared en todo momento; la mayoría de los plenos fueron filmados y los videos fueron subidos a Internet. Estos acuerdos estaban claramente destinados a evitar la corrupción, al menos simbólicamente.



de guerra y sus experiencias de posguerra. Dado que este es un país donde cada etnicidad ha tenido que pasar por un proceso paralelo, muchas veces sesgado, de recuerdo y duelo, no se debe restar importancia a esta función de los plenos. A menudo se ha dicho que cambió profundamente la percepción que la gente tenía de la colectividad y de la capacidad de los diferentes grupos étnicos para comunicarse entre sí.

Sin embargo, los plenos rápidamente cristalizaron en torno a otro objetivo y propósito central: el de formular reivindicaciones. En cada sesión se producían decenas de ellas, desde «revisiones de las privatizaciones de empresas públicas» hasta el «derecho al trabajo» y los «aumentos lineales de las pensiones».<sup>26</sup> Las conversaciones e intervenciones parecían convertirse en meros preámbulos de su formulación: «Vayan al grano, ¿cuál es su reivindicación?». Se presenció un frenesí de reivindicaciones, con cada ciudad enviando una lista tras otra a sus respectivos gobiernos. ¿Contradice esto la afirmación común de que la ausencia de demandas ha sido un aspecto central de los movimientos recientes de todo el mundo? La proliferación de demandas en el movimiento bosnio puede ayudarnos a aclarar algunos puntos sobre la cuestión de las reivindicaciones y a cuestionar algunas lecturas más simplistas de su supuesta ausencia. Comencemos sondeando la idea de las demandas per se y la de la pura lucha sin demandas. Todas las luchas que no lleguen a la insurrección revolucionaria necesariamente tienen algo en juego dentro de una relación continua con otro sujeto social —como puede ser un empleador, el Estado, la policía, etc.—. Parecería razonable considerar que lo que está

26. Para obtener una lista de las principales reivindicaciones de los diferentes plenos, véase “The Demands of the People of Bosnia-Herzegovina”, en [jasminmujanovic.com](http://jasminmujanovic.com). Según Valentina Pellizzer, activista que participó en los plenos de Sarajevo, solo en esa ciudad los organizadores del pleno recibieron 2.200 peticiones. Véase *The politics of division and sabotage*, en *Bosnia-Herzegovina Protest Files*.

en juego equivale a «demandas» que están, por lo menos, implícitas en el hecho mismo de que la lucha esté teniendo lugar. Es inconcebible una lucha cotidiana que carezca por completo de reivindicaciones. Podríamos considerar que la insurrección total carece de este tipo de reivindicaciones, pero esto se debe a que cuando esto ocurre el tiempo de las negociaciones ya ha terminado y los sujetos a quienes se podrían plantear demandas ya no son reconocidos como interlocutores. Sin embargo, incluso entonces, volverán a serlo si el levantamiento se tambalea o llega a un punto muerto que no sea la victoria total, haciéndose necesario el «pedir la paz». Es decir, mientras se reconozca a otro sujeto social como un polo persistente en una relación de lucha, siempre habrá demandas implícitas. Por lo tanto, la lucha que no exige nada solo puede ser aquella que tenga una ambición revolucionaria total, así como algún sentido práctico y concreto de que este fin puede lograrse—a no ser que sea absolutamente nihilista o suicida—.<sup>27</sup> Todo lo que no sea eso es, en última instancia, una «lucha de demandas», independientemente de que las reivindicaciones estén o no formalmente escritas

27. Parece razonable dudar de que las luchas sean así de nihilistas. Incluso las luchas que han sido descritas como «suicidas» en la «teoría de la comunización» (Véase Jeanne NETON y PETER Åström, *How one can still put forward demands when no demands can be satisfied, SIC 1*, noviembre de 2011, y, entre otros, *Théorie Communiste*, «La autoorganización es el primer acto de la revolución, los siguientes irán en contra suya», Ediciones Extáticas, 2020) no pueden entenderse como carentes de reivindicaciones. Se las describe mejor como formas desesperadas de «lucha por reivindicaciones», donde las probabilidades son tan desesperanzadoras que se toman medidas desesperadas en un intento de asegurar la más mínima de las victorias. Se puede considerar que incluso los ejemplos más negativos de tales luchas no son «irracionales», sino que están relacionadas en general con estrategias de negociación. En todas estas luchas, está claro que existen intereses en juego y, por lo tanto, siempre hay demandas, por muy latentes o implícitas que sean.

y se entreguen al oponente, garabateadas en una pancarta, coreadas en un eslogan o simplemente implícitas en lo que *es* la lucha.<sup>28</sup> Las valoraciones más simples de la ausencia de demandas en los movimientos recientes pueden interpretarse como una muestra de radicalidad en el aquí y ahora, una expresión de máxima ambición revolucionaria. Tales inclinaciones a la ausencia de reivindicaciones resultarán inevitablemente prematuras en cualquier contexto que no sea el de una revolución total en la que sea realmente posible ir más allá de las reivindicaciones y comenzar a crear directamente una nueva realidad. Por un lado, contamos con el ejemplo del reloj roto anarquista que logra dar la hora correcta dos veces al día. Por el otro, no deberíamos ansiar el anunciar habitualmente tal prematuridad, pues si bien los consejeros de la moderación en la lucha siempre saben qué hora es — para ellos, demasiado pronto—, cuando finalmente llegue el momento, se detendrán todos los relojes. Y tales valoraciones no siempre son uniformemente inapropiadas, incluso en este lado de la revolución, dado que, en ciertas condiciones, pueden ganar cierta resonancia. Por ejemplo, cuando todas las vías convencionales y ritualizadas para la formulación de demandas parecen bloqueadas, el rechazo a las negociaciones vacías y la decisión de luchar de todos modos, fuera

28. Véase ZASCHIA BOUZARRI, *Arson with Demands—on the Swedish Riots*, en *Sic 3* (disponible en [sic.journal.org](http://sic.journal.org)) para un análisis de los disturbios suecos de 2013 desde esta perspectiva. Un ejemplo sorprendente fue el de pintadas como: «bajar el alquiler en un 50%». Véase también «La pleamar eleva todos los barcos», *Endnotes 3* (Ediciones Extáticas, 2023), sobre los disturbios ingleses de 2011: «Cualquiera que, por razones políticas, quiera sostener que “Los Disturbios” estuvieron completamente libres de «demandas», una mera cuestión del «lenguaje negativo del vandalismo», etc., necesitará como mínimo ofrecer alguna explicación sobre cómo se separarían estos hechos, en los que hubo demandas claras —en pancartas, en cánticos, en intentos de negociar con la policía— de la ola de disturbios en la que se desencadenaron y que no se habrían producido en su ausencia».

de las vías formalizadas habituales, puede ser una forma de generar una nueva situación en la que pueden surgir diferentes posibilidades. Por lo general, estas posibilidades implicarían nuevas capacidades de reivindicación, aunque, en muy raras ocasiones, dan lugar a la capacidad de ir más allá de la reivindicación y hacia una insurrección total. En tales condiciones, si bien habrá riesgos subyacentes y latentes, la negativa a explicitarlos como demandas formalizadas con las que acudir a la mesa de negociaciones puede considerarse una táctica racional para abrir espacio a nuevas luchas. Por lo tanto, podríamos decir que la asunción de la posición de un sujeto más abstractamente radical puede ser una orientación especulativa útil para generar una nueva situación, aunque no nos lleve a la revolución total en términos de la cual se construye este sujeto.

¿Qué pasaría si reuniésemos algunas mediaciones y volviésemos a un nivel más sociohistórico? Muchos movimientos recientes han experimentado problemas con la formulación de sus reivindicaciones. O han sido incapaces de generar una convicción sobre las mismas, resultado de la conciencia de la absoluta falta de sentido de siquiera pretender que tales propuestas todavía están sujetas a negociación; o han pasado semanas y meses en interminables discusiones, tratando de descubrir cuáles son realmente sus demandas; o han abrazado una condición de ausencia de demandas como expresión *de facto* de desesperación; o han producido una mezcla de demandas tan desconcertante que el «significado» del movimiento mismo pierde legibilidad. Estas experiencias reales del problema de la creación de demandas pueden explicar la resonancia de las valoraciones abstractas sobre la falta de demandas en tales movimientos. Las consignas que dieron nombre a los campamentos conversacionales de Occupy se forjaron en las posturas mucho más insurreccionales del movimiento estudiantil que los precedió. Pero la abstracción

misma de esas posturas funcionó de manera diferente en Occupy, transformada en un espacio positivo en el que discutir infinitamente el problema de las reivindicaciones.

Aventurémonos con la hipótesis de que el problema de las demandas es idéntico al problema de la composición. Para cualquier agente social singular y consistente en lucha, las reivindicaciones esenciales de la lucha se vuelven evidentes por el agente de la lucha y por aquello que ha causado que este agente se forme en la lucha. Pero cuando una lucha manifiesta una multiplicidad no sintetizada de agentes sociales, es decir, cuando se enfrenta al problema de composición de un agente unificado de lucha, de la misma manera expresa un problema de formulación de reivindicaciones.<sup>29</sup> En tal situación, no es que las demandas estén ausentes, porque de hecho existe una variedad de ellas, sino más bien que no están sintetizadas a nivel general como reivindicaciones unificadoras de todo el movimiento. Así, en cierto sentido, su ausencia está directamente relacionada con la heterogeneidad de sujetos. Lo que probablemente debería hacerse entonces al abordar la cuestión de las reivindicaciones en un movimiento particular es, en lugar de limitarse a plantear la cuestión de la existencia formalizada o no de las mismas, preguntarse qué es lo que nos dice la *consistencia* de las reivindicaciones, así como su contenido, sobre la composición del sujeto en lucha. Podríamos decir que las reivindicaciones son un índice directo de la composición de un movimiento.

Tanto la ausencia de reivindicaciones como su variedad representan intentos de superar temporalmente la fragmentación de la clase, de llegar a un modo de lucha común a pesar de los intereses divergentes de las diferentes facciones de clase. En Bosnia, existía el riesgo de que los trabajadores, los estudiantes y los jubilados tuvieran objetivos irreconciliablemente

29. Véase «Historia de una separación» para una consideración de los aspectos relacionados con el contexto del movimiento obrero.

diferentes, y, en lugar de intentar reunir a todos en torno a una reivindicación central, lo cual habría sido imposible, los plenos permitieron que todos sumasen sus propias reivindicaciones a una lista interminable. Esto fue un intento de evitar dejar a alguien fuera, de asegurarse de que consistiera en la protesta de todos los ciudadanos bosnios; un intento de lograr la unidad a través de la heterogeneidad. Pero, a pesar de esto, seguía siendo una unidad débil, y, a medida que el movimiento decaía, surgían conflictos entre las diversas fracciones en los plenos. También aparecieron dentro de los propios grupos, dependiendo de la situación concreta de cada uno. Entre los trabajadores de las fábricas privatizadas, por ejemplo, había intereses conflictivos entre los trabajadores de mayor edad, centrados en conseguir sus pensiones y los salarios adeudados, y los más jóvenes, que querían priorizar la reanudación de la producción.

## DECLIVE

El desvanecimiento gradual del movimiento en marzo y abril de 2014 constituye, lamentable, un estudio de caso particularmente interesante sobre cómo un movimiento llega a su fin. En este caso, no se puede culpar a ningún factor externo, como la represión directa por parte de la policía, y está claro que el final vino de las limitaciones del propio movimiento.<sup>30</sup> Muchos participantes se encuentran ahora en una fase

30. Sin embargo, hay que mencionar un factor externo desastroso: la inundación que azotó al país en mayo de 2014 y que causó daños increíbles. De hecho, este fue el último golpe al movimiento. Sin embargo, esto no explica por qué había estado disminuyendo desde marzo. Aun así, se ha informado de que dos de los principales grupos organizados de participantes, los plenos y los aficionados al fútbol, fueron importantes a la hora de organizar la ayuda durante la inundación, mientras que el gobierno demostró una vez más su absoluta inutilidad. Véase ALEKSANDAR HEMON, *Beyond the Hopelessness of*

de intensa reflexión al respecto: para muchos de ellos, esos días de febrero fueron los mejores días de sus vidas, y todavía están tratando de entender cómo y por qué el movimiento pudo simplemente extinguirse de esa manera.<sup>31</sup>

En particular, la gente dejó gradualmente de asistir a los plenos. La mayoría estaría de acuerdo en que tan pronto como desaparecieron las protestas los plenos dejaron de tener influencia, y de tener forma de presionar a las instituciones, que rápidamente dejaron de tomar en serio sus reivindicaciones. Algunos políticos acudieron a los plenos para defender sus propios intereses, y se revelaron algunas lealtades, rompiendo la confianza que había sido tan importante para unir a la gente. A medida que la gente seguía con sus vidas, experimentaban continuas presiones, como amenazas de que no podrían encontrar un trabajo debido a su participación, acoso callejero por parte de la policía, etc. A medida que el movimiento fue perdiendo fuerza, la débil unidad que había surgido de la lucha comenzó a desmoronarse. Estallaron conflictos entre los distintos grupos: los trabajadores fueron acusados de ser corporativistas y de preocuparse únicamente de su propia lucha, mientras que se desarrollaron divisiones entre quienes tenían trabajo y los desempleados, entre jóvenes y mayores, entre personas con distintos niveles de educación.

Pero ¿qué esperaban los participantes de los plenos? Tras la primera fase catártica, parece que la gente entendió el pleno como una nueva forma institucional. Y, de hecho, intentó imitar al Estado. Se crearon diferentes grupos de trabajo cuyos nombres eran iguales a los de los diferentes ministerios: un grupo de trabajo para la economía, uno para la cultura y el deporte, uno para asuntos internos. Rápidamente, los

*Survival en Unbriable Bosnia and Herzegovina.*

31. Algunos participantes en Tuzla se han referido a esto como un proceso de duelo.

plenos acordaron establecer conexiones con antiguos políticos y candidatos en las próximas elecciones.<sup>32</sup> Los plenos iniciaron un diálogo con los mismos políticos que al principio rechazaron. En cierto momento pareció que incluso podían aspirar a convertirse en una institución permanente que desempeñara un papel intermediario entre la población y el gobierno, reuniendo reivindicaciones por un lado y ejerciendo presión por el otro, y podría decirse que preservando cierto grado de paz social a la vez. Pero es importante no caer en la trampa de culpar a los plenos por poner fin al movimiento.

En Sarajevo, por ejemplo, el primero se organizó cuando la gente ya estaba abandonando las protestas callejeras.<sup>33</sup> Si bien algunos plenos se sintieron complacidos al descubrir que su forma organizativa parecía capaz de desviar a la gente de las formas más violentas de protesta,<sup>34</sup> muchos también eran conscientes de que, sin esas protestas, los plenos perderían tanto su legitimidad como su principal influencia.<sup>35</sup>

32. Por ejemplo, el 15 de marzo, un candidato a jefe ejecutivo del gobierno del cantón de Tuzla acudió al pleno para presentar su programa para las elecciones locales de octubre de 2014.

33. En contraste con el número relativamente elevado de manifestantes en las calles en los primeros días del movimiento, solo unas 300 o 400 personas participaron en las protestas en Sarajevo los días 10 y 11 de febrero antes de que se celebrará el primer pleno el día 12, al que asistieron unas 1.000 personas.

34. Véase la entrevista con un organizador del pleno de Sarajevo, Šejla Šehabović, en Face TV, un canal de televisión bosnio, el 14 de febrero (disponible con subtítulos en inglés en [bhprotestfiles.wordpress.com](http://bhprotestfiles.wordpress.com)).

35. Esto no significa que los organizadores no compartan la responsabilidad de su insistencia en que los plenos se celebren en edificios oficiales y no en las calles. Como pudimos comprobar durante el primer pleno en Sarajevo, que no pudo celebrarse porque la sala elegida era demasiado pequeña, muchos cuestionaron explícitamente la estrategia de los organizadores de esperar a que las autoridades proporcionasen una sala más grande y exigieron que los plenos se celebrasen



Mientras que algunos activistas en Bosnia acusaban a los organizadores de los plenos de ser responsables de la institucionalización del movimiento, estos últimos normalmente culpaban a una cierta pasividad de los participantes, quienes acudían esperando que les dijeran qué hacer. En las primeras teorizaciones sobre esta forma de organización en el movimiento estudiantil croata y en su *Occupation Cookbook*, se pensaba que los plenos se extenderían, multiplicándose en diferentes niveles de la sociedad: en universidades, en lugares de trabajo, etc. Aunque esto se mencionó, nunca tuvo mucha aceptación. Del mismo modo, y paradójicamente, si bien la idea de los plenos estuvo muy influida por el *Occupation Cookbook*, algo que nunca tuvo lugar en el movimiento bosnio fue la propia ocupación. Aquí es donde terminan las similitudes con el movimiento Occupy.

Como consecuencia de esta ausencia, no hubo ningún intento de reorganizar la vida social sobre otra base, más allá del nivel de representación política. En la mayoría de las instancias locales de movimientos de plazas, la gente no solo se reunía en asambleas y protestas, sino que compartía juntos importantes periodos de su vida cotidiana. En algunos casos, organizaron formas alternativas de reproducción que no involucraban dinero. El ejemplo más claro de esto es el movimiento del Parque Gezi, donde la gente organizó comida gratis, acceso gratuito a atención médica, barberos gratis, una biblioteca e incluso una redistribución de cigarrillos. No es que estos momentos explícitamente alternativistas no tuvieran serias limitaciones: la zona libre de dinero solo podía existir porque el intercambio monetario continuaba a unos pocos metros de la plaza, y los que tenían empleo simplemente continuaban yendo a trabajar, volviendo a la plaza al

al aire libre. Los organizadores insistieron una y otra vez en que las sesiones plenarias eran un asunto serio que requería un equipo de sonido adecuado y que, por lo tanto, no podían organizarse de forma espontánea.

final de su jornada laboral. Aun así, existía la idea de que los manifestantes no podían simplemente apelar a alguna institución para resolver sus problemas, y que algunos intentos de cambiar las relaciones sociales debían tener lugar dentro de la propia lucha.

Esto también tiene implicaciones específicas cuando se trata de cuestionar las relaciones de género. Cuando los manifestantes ocupan una plaza durante más de unos pocos días, viviendo juntos en tiendas de campaña, organizando la cocina, el cuidado de los niños, etc., no pueden evitar enfrentarse a la cuestión de la separación entre esferas de la vida social y, con ella, a la cuestión del género.<sup>36</sup> Esto puede ocurrir de manera conflictiva y violenta, como lo demuestran los numerosos ataques contra mujeres en la plaza Tahrir, por ejemplo. Las actividades reproductivas no remuneradas tienen lugar entre asambleas y batallas callejeras, y la cuestión de su reparto no puede permanecer oculta: los ocupantes tienen que tomar la cuestión de su propia reproducción como objeto; se convierte en sí misma en una cuestión política.<sup>37</sup>

En ausencia de ocupaciones, durante las protestas en Bosnia-Herzegovina el desafío para las mujeres fue participar en igualdad de condiciones —cosa que ciertamente hicieron, posiblemente incluso más activamente que los hombres— en plenos, disturbios y protestas, al tiempo que tenían que ocuparse de las actividades reproductivas. Lucharon por hacerse oír en los plenos y por estar igualmente representadas entre los delegados, pero, como no había ocupaciones, la cuestión de la gestión de las actividades reproductivas durante las protestas siguió siendo una preocupación privada.

36. Sobre el vínculo entre género y reproducción de las esferas sociales dentro del modo de producción capitalista, véase *La lógica del género* en Endnotes 3.

37. Sobre esta cuestión, véase RUST BUNNIES & CO, *Under the riot gear* in SIC 2, 2014.

De hecho, si el movimiento bosnio buscaba alternativas, era solo a nivel de toma de decisiones: el movimiento exigía instituciones más democráticas, menos corrupción, reemplazar un gobierno de sinvergüenzas por uno de expertos. Este aspecto, que estuvo presente en otros movimientos de plazas, fue aquí especialmente central. De hecho, más que una democracia directa, la gente parecía anhelar principalmente un Estado que funcionara adecuadamente.<sup>38</sup>

La mayoría de los participantes dijeron que solo querían que las infraestructuras y las instituciones funcionaran; que estaban hartos de que se bloquearan los procedimientos administrativos, de que el transporte público fuera tan poco fiable, de que no se proporcionara la ayuda más básica mientras el país estaba asolado por las inundaciones. A la mayoría de la gente no le importaba el Estado, pero quería uno no corrupto, eficiente y capaz de proporcionar un nivel básico de bienestar. En este sentido, al igual que en otros países en los que se han producido revueltas en los últimos años, los manifestantes expresaron cierta añoranza por un orden de cosas anterior, alguna forma de Estado del bienestar. Incluso se podía sentir cierta *nostalgia yugoslava*, especialmente entre las personas mayores.<sup>39</sup>

---

38. Las dos primeras demandas del pleno de Tuzla son reveladoras en este sentido: mientras que la primera pedía «mantener [el] orden público y la paz en cooperación con los ciudadanos, la policía y la protección civil, para evitar la criminalización, la politización y cualquier manipulación de las protestas», la segunda exigía «el establecimiento de un gobierno técnico, compuesto por miembros expertos, apolíticos e intransigentes».

39. Sobre este fenómeno, que tiene «menos que ver con el embellecimiento del pasado que con su invención», véase MITJA VELIKONJA, *Mapping Nostalgia for Tito* en *Welcome to the Desert of Post-Socialism*.

## EL ANTINACIONALISMO COMO EXIGENCIA DE UN ESTADO FUNCIONAL

Esto ha ido de la mano de un rechazo a las divisiones étnicas que han sido responsables de la fragmentación de las instituciones. Si el conflicto nacionalista aparece aquí como el principal obstáculo para la formación de un Estado funcional, el antinacionalismo, que fue uno de los principales aspectos positivos de este movimiento, no puede separarse de su anhelo de un Estado que funcione, de una «Bosnia-Herzegovina unida» que pudiese reunir a todos los grupos étnicos.<sup>40</sup>

Quizás resulte sorprendente, en una época en la que algunas estructuras estatales asentadas durante décadas en Europa, como Gran Bretaña y España, han estado amenazando con desmoronarse bajo presiones nacionales impulsadas en parte por los movimientos sociales, que en la región conflictiva que hace dos siglos nos dio la palabra «balcanización» el nacionalismo pudiera afrontarse como un problema político que los movimientos deben resolver en nombre de un Estado que funcione. Si una problemática política común a muchos movimientos recientes ha sido la producida por el debilitamiento de las mediaciones locales y nacionales en el vasto campo de los movimientos mundiales del capital —y el entrelazamiento de estas mediaciones con las gestiones regionales y globales del capital—, el caso bosnio parece notablemente distinto. En esta región en la que el capital global apenas está interesado no existe un Estado funcional que haya que defender en primer lugar. Es más, tener uno parece un privilegio al que aspirar, del mismo modo que ser explotado debidamente.

40. Elementos de esta retórica pudieron escucharse, por ejemplo, en el noveno pleno en Tuzla, cuyos 20 primeros minutos pueden verse en el sitio web *Bosnia-Herzegovina Protest Files*, con subtítulos en inglés.

En otro contexto, estas tendencias podrían haber tomado la forma de un movimiento explícito hacia la creación o defensa de un Estado-nación, dando lugar a un nuevo nacionalismo. De hecho, en las manifestaciones se pudieron ver algunas banderas de Bosnia-Herzegovina aquí y allá, pero en cantidades que no son en modo alguno comparables al de los movimientos en Grecia o Egipto. Esto se debe a que la situación específica de Bosnia-Herzegovina hace que esa perspectiva sea inherentemente problemática. El anhelo de una Bosnia unida se asocia con el discurso nacionalista bosnio y, por tanto, también con una posible disminución de la autonomía del distrito de Brčko y de la República Srpska, directamente contraria a las aspiraciones de los nacionalistas bosniocroatas y serbios, respectivamente —estos últimos, en realidad, tienen la esperanza de una incorporación a la «Gran Serbia»—. Esta proyección del imaginario nacionalista bosnio es en sí misma una respuesta al temor de una división de Bosnia-Herzegovina que dejaría solo una pequeña región poblada por bosnios. Al defender la creación de una Bosnia-Herzegovina unida, presionando, por ejemplo, para la abolición de la República Srpska y del distrito de Brčko como obstáculos para la creación de un Estado funcional, el movimiento habría destruido cualquier posibilidad de apoyo de otras regiones. De hecho, algunos nacionalistas serbios y croatas ya insistieron en que las protestas eran un fenómeno bosnio, e incluso difundieron rumores de que los manifestantes querían atacar a los residentes de la República Srpska. Esto explica en parte por qué las manifestaciones fueron casi inexistentes en esas regiones.<sup>41</sup> Así pues, presionar la formación de un Estado-nación único habría puesto en peligro la unidad misma que tal Estado requeriría. Esto explica en gran parte por qué las tendencias nacionalistas/

41. Al parecer, se llevaron a cabo pequeñas reuniones en la República Srpska en apoyo de las protestas, pero fueron rápidamente reprimidas por la policía y por matones nacionalistas.

patrióticas estuvieron en gran medida ausentes dentro del movimiento, en contraste con los movimientos recientes en Egipto o España.

Pero más allá de este nivel, los manifestantes en Bosnia también se veían a sí mismos como parte de una ola más grande de movimientos en la región que utilizaban formas e ideas desarrolladas por primera vez en estados vecinos como Serbia y Croacia.<sup>42</sup>

Tales sentimientos de solidaridad fueron recíprocos: durante las protestas hubo manifestaciones de solidaridad con el movimiento bosnio en casi todos los países de la ex-Yugoslavia, incluidos Macedonia, Serbia, Croacia y Montenegro.

Las revueltas en la antigua Yugoslavia parecen haberse estado observando de cerca e influyendo mutuamente en sus modos de acción en los últimos años. De hecho, antes del propio movimiento bosnio, muchos observaron una ola de protestas en la región, comparándola con la ola global de luchas de 2011-2013, e incluso planteando la perspectiva de una Primavera Balcánica.<sup>43</sup> En Croacia, Eslovenia, Bulgaria

42. Muchos manifestantes solo tenían un vago conocimiento de Occupy o incluso de la Primavera Árabe, pero sabían mucho más sobre otras revueltas en la ex-Yugoslavia y sobre los movimientos en Grecia, Turquía y –más lejos, pero en el centro de muchos debates– en Ucrania.

43. Véase MICHAEL G. KRAFT, «Insurrections in the Balkans: From Workers and Students to New Political Subjectivities» en *Welcome to the Desert of Post-Socialism*. Esta colección de ensayos se publicó en 2015, pero la mayoría de los textos que contiene fueron escritos antes del movimiento bosnio. En una posdata, Srećko Horvat e Igor Štiks recuerdan cómo, tras la presentación del manuscrito, tuvo lugar en Bosnia-Herzegovina «la agitación social más importante de los Balcanes post-socialistas», como prueba clara del retorno del movimiento de las protestas en los Balcanes que habían estado documentando en el libro.

y Serbia, los comentaristas observaron el surgimiento de nuevos modos de protesta con —aunque a menor escala— aspectos similares a los recientes movimientos de las plazas.

Probablemente el ejemplo más obvio sea la oleada de protestas eslovena de 2012-13 y el pequeño movimiento Occupy que la precedió en octubre de 2011. Después de una gran manifestación contra la austeridad el 15 de octubre, se erigieron unas 30 tiendas de campaña en una plaza frente a la Bolsa de Liubliana, donde permanecieron hasta principios de 2012. Se celebraban asambleas regularmente y a veces reunían a entre 150 y 200 personas. Estas asambleas guardaban similitudes con las del Parque Zuccotti en Nueva York, aunque los activistas en el núcleo del movimiento propusieran un principio de «democracia de acción directa frente a la toma de decisiones basada en el consenso de OWS». <sup>44</sup> Las protestas reaparecieron en noviembre de 2012, primero en Maribor, la segunda ciudad más grande, antes de extenderse a muchas otras y reunir a decenas de miles de personas. Estaban dirigidas principalmente contra políticos corruptos —el alcalde de Maribor fue un ejemplo flagrante— y contribuyeron a la caída de varios funcionarios.

Más allá de Eslovenia, toda la región ha sido testigo de un aumento de protestas: en Bulgaria, en 2012-13, <sup>45</sup> las personas salieron a la calle debido al enorme aumento del precio de la electricidad y contra la corrupción en general. En Rumanía, han estallado protestas esporádicamente desde 2010, en respuesta a las medidas de austeridad y a las reformas sanitarias. También han tenido lugar manifestaciones en Croacia, Serbia, Montenegro, Kosovo, Albania y, más recientemente,

44. Véase MAPLE RAZSA y ANDREJ KURNIK, *The Occupy Movement in Žižek's hometown: Direct democracy and a politics of becoming*, *American Ethnologist* 39(2), pp. 238–58, mayo de 2012.

45. Véase MARIYA IVANCHEVA, «The Bulgarian Wave of Protests, 2012-2013», *CritCom*, 7 de octubre de 2013, disponible en línea.

en Macedonia. A pesar de sus diferencias, estos movimientos han mostrado tendencias «alternativistas» similares, sobre todo en su experimentación con formas colectivas de toma de decisiones, al margen de las estructuras jerárquicas tradicionales, privilegiando las asambleas plenarias como formas organizativas y el uso de las redes sociales.<sup>46</sup> Por lo tanto, las formas que adoptó el movimiento de febrero en Bosnia-Herzegovina deben entenderse en última instancia en el contexto de esta oleada más general.

Las luchas obreras también han sido recurrentes en la región, especialmente en Serbia y en Croacia, y muchas han sido sorprendentemente similares a las que han tenido lugar en Tuzla. Goran Music' habla de un nuevo movimiento obrero en Serbia y analiza tres tipos concretos de trabajadores del sector privado, cada uno de los cuales utiliza diferentes formas de protesta.<sup>47</sup> Los primeros son empleados de grandes empresas rentables —a menudo multinacionales— y, aunque sufren una intensa explotación, suelen recibir sus salarios a tiempo y tienen menos problemas para llegar a fin de mes. Los segundos están empleados en pequeñas empresas privadas, como tiendas, bares, talleres clandestinos, son extremadamente explotados y realizan regularmente horas extras no remuneradas. Están muy atomizados, con pocas posibilidades de luchar colectivamente. Por último, están «los trabajadores abandonados en las grandes y medianas empresas que no reciben nuevas inversiones». Como señala Music': «Estos trabajadores se enfrentan a un tipo específico de desafíos, ya que su explotación no es principalmente el resultado de procesos laborales intensivos en el lugar de trabajo formal». Según él, es esta categoría de trabajadores la

46. Véase MICHAEL G. KRAFT, «Insurrections in the Balkans: From Workers and Students to New Political Subjectivities» en *Welcome to the Desert of Post-Socialism*.

47. GORAN MUSIC', *Serbia's Working Class in Transition 1988–2013* (Rosa Luxemburg Stiftung 2013).



que ha sido empujada a la vanguardia de la resistencia desde la crisis de 2008 utilizando formas de protesta como huelgas de hambre e, incluso, la automutilación para conseguir sus demandas.<sup>48</sup> En relación con esta capa de la población trabajadora y sus modos de lucha, Music' plantea la pregunta más acuciante: «Tras años de descomposición social de la clase trabajadora industrial, ¿tendría más sentido considerar a estos manifestantes trabajadores o una capa desclasada y empobrecida de ciudadanos?». Resume particularmente bien la situación de estos trabajadores. Aquí llama la atención el parecido con los trabajadores de Tuzla:

Por un lado, la memoria colectiva del socialismo aseguró que los protagonistas siguieran viéndose a sí mismos principalmente como trabajadores. La imagen del pasado como una época mejor sirve como fuente de autoestima para este grupo de trabajadores. A pesar de que estuvo inactiva durante años, la fábrica local siguió siendo un lugar de identificación y de orgullo. Incluso después de múltiples privatizaciones, los trabajadores seguían viendo la empresa como algo que les pertenecía. Para la mayoría de los huelguistas, el resultado preferido de la huelga era la reanudación de la actividad industrial.

Por otro lado, las formas de lucha exhibidas durante estas protestas tuvieron poco que ver con las formas de lucha tradicionales del movimiento obrero. En muchos casos los trabajadores ocuparon fábricas solo para convertirse ellos mismos en rehenes. Las huelgas de hambre, las automutilaciones y las amenazas de suicidio se parecían más a las tácticas de lucha dentro de una prisión que a las de una instalación industrial. Como las cadenas de montaje permanecieron inmóviles durante años, los trabajadores perdieron el arma

48. Zoran Bulatovic', un trabajador de la fábrica textil de Raška que se cortó un dedo de la mano izquierda en protesta por su desempleo forzoso, se ha convertido en un símbolo de la desesperación de esta parte de la clase trabajadora serbia.

más poderosa que alguna vez tuvieron en sus manos, esto es, el control sobre el proceso de producción. Incluso en los casos en que recuperaron las naves de la fábrica, parecía que a nadie le importaba. Ni el Estado ni los nuevos propietarios tenían intención de utilizar ese espacio para la fabricación. El incidente de la fábrica Gradac, donde el patrón cortó el suministro de agua mientras se desarrollaba una huelga de hambre dentro del edificio, es un buen ejemplo. Los trabajadores eran gente superflua, una carga heredada de la época del socialismo que debía ser descartada junto con la vieja maquinaria desgastada por el tiempo». <sup>49</sup>

La situación cada vez más desesperada de los trabajadores en Tuzla dista de ser la única en la región. En este contexto, no sorprende que intenten obtener el apoyo de otros sectores de la población, sacando su lucha a la luz, manifestándose y bloqueando carreteras. Su situación apenas ha mejorado desde el movimiento de febrero. <sup>50</sup> Poco después de las protestas, el nuevo gobierno cantonal—el llamado «gobierno de expertos»— prometió renacionalizar la fábrica Dita, que había estado a la vanguardia del movimiento. Pero pronto quedó claro que esto no ocurriría, ya que la renacionalización de una empresa con deudas tan grandes —aproximadamente 15 millones de euros— fue declarada ilegal. Durante un tiempo, algunos trabajadores de Dita abrigaron la esperanza de que las cosas pudieran cambiar antes

49. Music', *Serbia's Working Class in Transition*, pp. 44-45. Music' también da el ejemplo de los antiguos trabajadores de Zastava Elektro que organizaron nueve bloqueos en las vías del tren que conecta Serbia y Macedonia entre junio y diciembre de 2009, «colocando sus cuerpos sobre las vías como un acto simbólico de suicidio colectivo de los trabajadores».

50. No obstante, muchos dirían que al menos adquirieron un sentimiento de orgullo al protestar, al resistir a las presiones y ser la chispa de muchos experimentos importantes, como los plenos, lo que les dio la esperanza de que ese movimiento pudiera reaparecer rápidamente en el futuro.

de las elecciones generales de octubre de 2014, pero estas expectativas se disiparon rápidamente.<sup>51</sup> El nuevo sindicato independiente, Solidarnost, ha estado luchando por obtener reconocimiento legal y, si bien ha ayudado a organizar manifestaciones más grandes, hasta ahora no ha podido lograr resultados más concretos.

Una acción organizada por los trabajadores de Tuzla el 24 de diciembre de 2014 fue muy simbólica: para demostrar que ya no tenían ninguna esperanza en Bosnia-Herzegovina, varios centenares de personas abandonaron la ciudad a pie, en un duro clima invernal, para caminar hasta Croacia, entrar en la UE y pedir asilo. Cuando llegaron a la frontera el 28 de diciembre, al carecer de pasaportes, a algunos se les negó la entrada a Croacia. Los que sí tenían papeles cruzaron la frontera simbólicamente, pero regresaron en solidaridad con los demás. Varias personas necesitaron atención médica, agotadas por la larga caminata sobre la nieve. En su camino de regreso a Tuzla, enojados como siempre, los trabajadores desfilaron frente al edificio del gobierno gritando «¡ladrones!, ¡ladrones!» y «¡os vamos a dar una paliza!».

Para muchos, sobre todo para los más jóvenes, la emigración parece una de las únicas maneras de mejorar su situación, continuando, podría decirse, la lucha de clases por otros medios. Esto revela la falta de opciones que les queda a los trabajadores—y, hasta cierto punto, al resto de la población—en Bosnia-Herzegovina.<sup>52</sup> Si es cierto que, como afirma el eco-

51. En Tuzla y Sarajevo, más de un año después de las protestas, los gobiernos cantonales aún no habían reparado los edificios quemados ni borrado las pintadas. En lugar de eso, se mudaron a otros lugares. Los edificios dañados en el centro de estas ciudades siguen siendo monumentos a las protestas y recordatorios de lo poco que cambiaron. Este último significado quizá fuera intencionado.

52. Según una encuesta realizada en 2012 por la Agencia de Información Juvenil de Bosnia-Herzegovina, el 81% de los jóvenes declararon que «abandonarían el país mañana mismo si tuvieran la oportuni-

nomista serbio Branko Milanovic, las desigualdades entre países son ahora mayores que las que existen dentro de los propios países,<sup>53</sup> emigrar a un país más rico puede ser, con diferencia, la forma más eficaz de aumentar el precio de la propia fuerza de trabajo. Los comentaristas de la corriente autonomista, incluidos Antonio Negri y Michael Hardt, han tendido a analizar dicha emigración bajo una perspectiva maquillada, percibiendo la «deserción y el éxodo» como una «poderosa forma de lucha de clases dentro y contra la posmodernidad imperial».<sup>54</sup> Pero mientras los propios trabajadores de esos países más ricos perciban la inmigración como una reducción del precio de su fuerza de trabajo, es poco probable que la cuestión de la nación —a pesar de los avances positivos que hemos presenciado en Bosnia-Herzegovina— desaparezca fácilmente en el futuro desarrollo global de la lucha de clases.

## EPÍLOGO

Todas las perspectivas de que los trabajadores de Dita recibieran los salarios que les correspondían se desvanecieron cuando el propietario se declaró en quiebra en abril de 2015. Sin embargo, en junio, los trabajadores decidieron, con el acuerdo de los acreedores, reiniciar la producción de forma autogestionada. Utilizando los materiales que quedaban en la fábrica y reparando algunas máquinas, empezaron a producir algunos de los principales detergentes que se producían antes, bajo los nombres de «3de», «Blic grill», «Alls» y «Broncho». El 30 de junio, acordaron con los acreedores

dad». La misma agencia informa de que, entre 2006 y 2012, al menos 150.000 jóvenes de Bosnia se trasladaron a los Balcanes Occidentales, a Norteamérica y a Australia.

53. BRANKO MILANOVIC', *Global Income Inequality by the Numbers* (World Bank 2012).

54. Véase HARDT y NEGRI, *Imperio* (Paidós, 2007).

que solo tendrían que pagar las deudas de la fábrica cuando comenzaran a obtener beneficios. Para los acreedores, demostrar que la fábrica es viable puede ser de gran ayuda en la búsqueda de un nuevo inversor y aumentaría sus posibilidades de recuperar dinero. Para los trabajadores de Dita, la reanudación de la producción, incluso a pequeña escala, les aportaba no solo ingresos, sino también un claro motivo de orgullo y de esperanza. En este contexto, es importante no dejarse cegar por los debates ideológicos en torno a la autogestión, ya sea por parte de quienes la elogian como un paso hacia una sociedad de productores libres o de quienes la rechazan per se por conservadora y contrarrevolucionaria. Por inverosímil que parezca como solución a largo plazo, en el contexto en el que se encuentran estos trabajadores, la autogestión es una de las pocas estrategias de supervivencia que quedan y, desde su punto de vista, merece la pena al menos intentarlo.



## Su propia decoración peculiar:

### Capital, urbanismo y la crisis de la política de clase en los Estados Unidos

por Chris Wright

En *La sociedad del espectáculo*, Guy Debord anotó en rápida sucesión varios elementos de la relación del capital con el espacio, que agrupó bajo el concepto de «urbanismo». El capital unifica y homogeneiza el espacio para que se convierta en el espacio libre de las mercancías, de la valorización de valores. Esto elimina la distancia geográfica para crear una especie de distancia interna —separación— en la que el transporte sirve para que cada lugar se parezca al máximo a los demás, de modo que, finalmente:

La sociedad que modela todo su entorno ha edificado su técnica especial para trabajar la base concreta de este conjunto de tareas: su territorio mismo. El urbanismo es esta toma de posesión del medio ambiente natural y humano por el capitalismo que, desarrollándose lógicamente como dominación absoluta, puede y debe ahora rehacer la totalidad del espacio como su propio decorado.<sup>1</sup>

Este concepto de urbanismo definía la separación bajo condiciones en las que parecía que: 1) La «industria», como se discute en el primer volumen de *El Capital*, era la forma más alta y última de organización del trabajo,<sup>2</sup> 2) el capitalismo nunca podría superar el empobrecimiento material de más de una pequeña minoría de trabajadores asalariados

1. GUY DEBORD, *La sociedad del espectáculo*, 1967.

2. Hoy en día, esto se concibe a menudo como la subsunción real del trabajo bajo el capital, pero creo que es un error. Como argumentaré, la industria en este caso debe entenderse como «industria mecánica», y es en sí misma una organización superable del proceso de trabajo.

en cualquier país, incluidos los países más ricos y 3) la clase obrera permanecería siempre y para siempre —o al menos hasta la revolución— fuera de las formas legales y políticas de la sociedad capitalista; es decir, conservaría el estatus de un estamento con sus propias instituciones políticas y culturales semiautónomas que lo distinguirían de las clases burguesas y pequeñoburguesas. En aspectos cruciales, estas tres condiciones ya no se dan.

Estos cambios se expresan no solo en la producción, la distribución y el consumo, sino también en la configuración de los espacios en los que tienen lugar. Por ejemplo, la eliminación de la distancia geográfica hoy en día depende más de los medios para atravesar rápidamente una geografía de baja densidad poblacional en expansión que del aumento de la densidad de población y sus capacidades productivas, formando núcleos urbanos vinculados por sistemas punto a punto como el ferrocarril y el transporte marítimo. Los impulsos contradictorios de la acumulación de capital que han dado lugar a los tres cambios mencionados anteriormente determinan igualmente esta disgregación que entendemos como expansión y suburbanización. Este cambio en la producción espacial de la sociedad capitalista modifica literalmente el terreno en el que se desarrollan sus contradicciones. Esto no elimina la esencia del capital, con sus categorías fundamentales, sino que registra una auténtica transformación en su expresión, sus modos de existencia o formas fenoménicas, en la configuración del espacio. Esto es importante porque las formas fenoménicas adoptadas por la oposición al capital también cambian —algo sobre lo que volveremos más adelante—.

Me he centrado en las zonas residenciales de los Estados Unidos por las mismas razones por las que Marx se centró en Gran Bretaña en *El Capital*: este cambio dramático en la organización del espacio por parte del capital no es tan claro



y completo en ningún otro lugar, pero las condiciones que generan la expansión y la suburbanización no se limitan, por supuesto, a los Estados Unidos, sino que representan una tendencia global lo suficientemente general en este período como para considerar que caracterizan la dinámica más amplia de la relación de clase como tal. Esto no significa, sin embargo, que podamos simplemente leer el caso estadounidense como un caso externo a la «lógica» del capital. Esta última está muy determinada por las peculiaridades del contexto estadounidense, lo que significa que la historia de las zonas residenciales debe desarrollarse prestando atención a los casos particulares y las contingencias que les dan forma. La tendencia a la desconcentración está constituida por, y, a su vez, ayuda a constituir la reorganización de las formas fenoménicas de la relación capital-trabajo —una reorganización impulsada por la crisis de 1917-45, en la que la clase obrera se encontró con su derrota histórica en una contrarrevolución que surgió en parte del propio movimiento obrero—. Sin embargo, tal derrota no es solamente política, pues una derrota siempre conlleva la reorganización del proceso de trabajo y de las condiciones mismas de acumulación. Mientras el movimiento obrero fue derrotado decisivamente por el fascismo, por un lado, y por el keynesianismo, por el otro —mediante su mutua inmersión en la guerra y el genocidio—, la acumulación se renovaba a escala mundial. Esto ocurrió en condiciones que invertían los tres supuestos antes mencionados de las críticas radicales al capitalismo: transformar el trabajo y los procesos de producción para superar el dominio de la industria mecánica; superar relativamente el empobrecimiento material de la clase obrera en los países más ricos; introducir un mayor grado de inclusión y representación de los trabajadores asalariados como individuos dentro del sistema político y jurídico. Esto último no fue una mera cuestión de votos o de integración de los sindicatos o partidos obreros en el Estado: con ello llegaron mejoras

más generales en la calidad de vida: el acceso a la atención sanitaria, la jubilación financiada, las vacaciones pagadas, la educación pública gratuita, etcétera. Esto fue desgastando poco a poco las organizaciones e instituciones independientes de la clase que habían existido fuera, y a menudo en contra, del Estado y de la ley de propiedad burguesa, y en muchos casos las destruyó efectivamente.

El reconocimiento de estos cambios ha sido gélidamente lento entre aquellos que reclaman una perspectiva «revolucionaria», es decir, una en la que la superación del capitalismo como obra del capital implica por sí mismo la superación del capitalismo por parte de aquellos obligados al trabajo asalariado. Allí donde se han reconocido, y donde no se ha renunciado totalmente a la abolición del capital, esto a menudo ha conllevado la afirmación de que la relación capital-trabajo ya no existe, que la clase obrera ya no existe y que la superación del capital vendrá de una clase ajena a la relación capitalista, o será obra de la propia superación racional del capital. Ambos casos comparten un error común: una asociación de las condiciones fenoménicas, históricamente particulares, de la industria mecánica y el empobrecimiento material con las categorías del capital como tal y la naturaleza abstracta de sus formas de dominación, y la fusión de una relación de clase con la condición de estamento.

Dicho de otro modo, ambos han actuado como si la sociedad capitalista fuera una forma directa de dominación de un grupo por otro, como en la esclavitud o el feudalismo, cuando en realidad implica una forma indirecta de dominación a través de formas sociales abstractas. Por supuesto, en su desarrollo inicial, el capitalismo surgió en medio de tales formas directas y concretas de dominación, que no desaparecen simplemente por sí mismas, sino solo bajo un desarrollo prolongado, que a su vez está determinado por crisis continuas y el potencial derrocamiento del capitalismo.

## CAPITAL Y ESPACIO

El trabajo en la sociedad capitalista requiere la separación constante de las personas de sus poderes, de los medios de producción, del producto de su trabajo y entre sí. La separación es la premisa de toda acumulación, o parafraseando a Guy Debord, es el alfa y omega del capital.<sup>3</sup> La separación se interioriza en la experiencia de la vida cotidiana, donde se naturaliza y consensúa y donde no aparece como dominación. La separación es esencial para el capital como circuito social total —es decir, la separación de la producción, la circulación y el consumo—. Esta separación del circuito total se puede expresar espacialmente. Por ejemplo, la producción tiene lugar en «lugares de trabajo», desde fábricas, molinos y minas hasta oficinas y campus de ingeniería, mientras que la circulación tiene lugar en grandes almacenes comerciales y tiendas minoristas, y el consumo vuelve a la producción en el lugar de trabajo o en el hogar.<sup>4</sup> Desde el comienzo de la era capitalista, el trabajo en el hogar se ha construido como ámbito privado mediante la separación del trabajo no asalariado —en el espacio feminizado del hogar— del trabajo asalariado, masculinizado y público realizado en el lugar de trabajo. Esta separación de lo privado es, en realidad, doble: se da como separación en esferas de trabajo asalariado y no asalariado, pero también de lo público y lo privado, de lo político y lo económico.

### PROCESO LABORAL Y CIRCUITO DE CAPITAL

El urbanismo marxiano se ocupó en gran medida en la conceptualización de la unidad contradictoria de la concentración espacial y formal: reunir geográficamente para separar

3. GUY DEBORD, *La Sociedad del Espectáculo*, 1967.

4. Como señaló Marx en los *Grundrisse*: toda producción es consumo; todo consumo, producción.

socialmente —a los productores de los medios de producción; al hogar del lugar de trabajo; la reproducción de la fuerza de trabajo de la reproducción del capital; el productor del producto; los productores entre sí, etcétera—. El capital parecía requerir categóricamente una densidad creciente de población y una concentración geográfica de los medios de acumulación. Sin embargo, esta concentración ha demostrado ser contingente, algo que el capital trató de superar, y lo logró a través de una transformación en su capacidad para negar la distancia física: la crisis del urbanismo se resolvió así temporalmente mediante la disgregación espacial del capital y el trabajo.

Sin embargo, el capital no es solo separación: todo su circuito, D-M...P...M-D', debe ser tenido en cuenta.<sup>5</sup> La cuestión es cómo las formas lógicas son simultáneamente mantenidas en su separación y reunidas en una unidad. Muchos de los problemas centrales del urbanismo surgen de la contradicción de que el capital no es solo su actividad de separación, sino todo este circuito de compra, venta y consumo productivo, y de que, para completar el circuito, los productores, los medios de producción y los productos deben reunirse en grandes concentraciones. El consumo también tiene lugar, en la formulación clásica de Marx, entre los dos «departamentos» del capital —aquellos capitales dedicados a la producción de medios de producción y aquellos dedicados a la

5. Dinero - mercancía ... producción ... mercancía + plusvalía - dinero + plusvalía. Esta fórmula hace hincapié en el dinero, que está en los extremos del circuito y, por lo tanto, es específicamente el circuito del capital monetario, pero también se puede ver rotado, con la mercancía o la producción en sus extremos, lo que nos da los circuitos de la mercancía y el capital productivo. No obstante, todos estos circuitos deben entenderse como facetas de un proceso único y socialmente general. Para Marx, el circuito del capital mercancía era en realidad el más concreto, ya que articulaba los circuitos de los capitales individuales con el contexto social más amplio a través del mercado.

producción de medios de consumo—, que es otra forma de considerar el consumo productivo del capital y del trabajo. Aquí nos centraremos en los cambios que se han producido solo en una parte del circuito: M...P...M'. Es decir, nos centraremos en los cambios en la producción, la comunicación, la energía y el transporte, debido a la importancia de estos para comprender la disgregación espacial.

El urbanismo surgió y tomó sus formas clásicas a medida que la manufactura y la industria mecánica dieron lugar a poblaciones cada vez más densas en condiciones que contribuían a producir una autoidentificación colectiva como trabajadores, como clase, como poder político, como proletariado. La ciudad industrial moderna, así como los grandes centros cosmopolitas, surgieron de este proceso, bajo condiciones determinadas tanto por las restricciones técnicas a la difusión del capital en el espacio como por la exclusión económica y política del trabajo. La crisis de las formas fenoménicas del capital en la primera mitad del siglo XX fue también una crisis de la ciudad industrial moderna y de la relación entre lo urbano y lo rural. A través de una serie de cambios discontinuos y controvertidos tuvo lugar un proceso de racionalización, tanto en el proceso laboral como en el urbanismo.

El proceso de racionalización bajo el capitalismo no consiste en ofrecer soluciones tecnológicas a problemas tecnológicos, sino en la reorganización de la relación de clase. Este proceso se describe típicamente en términos de transformación del proceso de trabajo a través de la innovación tecnológica, pero también implica la transformación del entorno, que es mucho menos discutida. La sustitución del trabajo vivo por trabajo muerto no se da solo en términos cuantitativos, esto es, sustituyendo  $x$  trabajo humano por  $y$  maquinaria, sino que implica combinaciones cualitativas de desplazamiento de mano de obra y descualificación. El empleo generalizado

de una determinada tecnología para lograr una racionalización sistemática siempre plantea también el problema de la reproducción del trabajo como mediación social. La maquinaria y los métodos antiguos se reducen a mera tecnología subsumida en el nuevo proceso de trabajo.<sup>6</sup> Esta racionalización progresiva no puede comprenderse adecuadamente mediante la noción de un movimiento de la subsunción formal a la real. El «progreso» capitalista es exactamente este proceso de transformaciones sucesivas del proceso de trabajo, emprendidas para superar los problemas de valorización. Las «soluciones tecnológicas» median en estas amplias transformaciones que alteran la organización del espacio, del tiempo y de la racionalidad, razón por la cual estas racionalizaciones progresivas aparecen como revoluciones tecnológicas, dando lugar a teorías deterministas de la tecnología.<sup>7</sup> Este proceso de racionalización es la forma en que se reafirma la dominación del capital, a través de la reproducción transformativa de la relación capital-trabajo.

6. Esta es la razón por la que el trabajo artesanal, por ejemplo, no desaparece, y por la que la implantación de la electrificación a gran escala y del motor de combustión después de la Segunda Guerra Mundial no acabaron sin más con los procesos industriales mecánicos. Pero tampoco tienen ya la posibilidad de ser la forma en que pueda tener lugar un nuevo periodo de valorización. O bien la nueva relación de clase altera fundamentalmente los medios, abriendo posibilidades diferentes, o bien la tecnología más antigua simplemente subsiste en aquellos ámbitos en los que su sustitución por otros procesos laborales no resulta práctica en términos de rentabilidad.

7. Moishe Postone lo reconoce en términos de que la productividad del capital supera a la del trabajo con la aplicación actual de la ciencia, pero no puede relacionarlo adecuadamente con el modo de producción y el proceso de trabajo porque refleja algo más específico que la «subsunción real» del trabajo o incluso que la «revolución microelectrónica» especificada por Robert Kurz y Norbert Trenkle, que no tiene en cuenta la transformación del proceso de trabajo en su concreción.

Estas transformaciones se irradian y generalizan porque el capital es una totalidad dinámica que puede albergar una variedad casi infinita de formas políticas y culturales, y absorber las formas de resistencia. El carácter totalizador de la dinámica queda patente en el alcance global y la simultaneidad de estas transformaciones, a las que se les ha dado multitud de nombres: fordismo, obrero de masa o capitalismo de Estado para referirse al período comprendido entre 1917 y principios de los años setenta, en el que el poder y la producción parecían colapsar cada vez más el uno en el otro; globalización, neoliberalismo o Imperio para referirse a los cambios que han tenido lugar desde los años setenta, cuando la separación del Estado y la economía parecía ser la tendencia dominante.<sup>8</sup> Al mismo tiempo, estas transformaciones racionalizadoras pueden manifestarse en una variedad aparentemente infinita de formas concretas, por lo que el cambio global solo es evidente *a posteriori*. A menudo, el hecho de que podamos hablar de un cambio indica que ya está pasando, o que ya ha pasado.

A continuación examinaremos más de cerca estas racionalizaciones sucesivas y progresivas a través de las cuales la relación capital-trabajo se ha reafirmado, transformando la forma en que se experimenta y produce el espacio.

## LA RELACIÓN CAMBIANTE DE LOS TRABAJADORES CON EL TRABAJO

La transformación de la maquinaria y el proceso de trabajo alteran la relación del trabajo y el capital, y las relaciones de los trabajadores entre sí. La maquinaria y el proceso de trabajo median en las relaciones reales entre los trabajadores

8. O quizás habría que decir: la reducción del Estado a una intervención más indirecta en favor de los llamados «mecanismos de mercado».

porque estos entran en contacto entre sí a través del proceso de producción. También median en la relación entre capital y trabajo porque el capital se percibe ante todo como maquinaria, materias primas y dominio del proceso de producción, mientras que el capital percibe el trabajo como capital variable. La maquinaria y el proceso de trabajo materializan la relación de clase y, por lo tanto, forman así la base de su perpetuación y su particularización.<sup>9</sup> Así pues, las relaciones sociales están integradas en el proceso de trabajo y la maquinaria, y esta estructura, a su vez, da forma a la socialidad.

La introducción de un proceso de trabajo basado en la maquinaria confiere al trabajo una relación indirecta con la naturaleza, ya que el trabajo se realiza sobre la naturaleza para convertirla en materia prima o para convertir una materia prima en un producto, pero en ninguno de los dos casos el trabajo está orientado a todo el proceso de principio a fin. Este abandono de la producción artesanal abre el camino a la planificación previa de la coordinación, el transporte y el montaje, y a la racionalización de la actividad laboral mediante el análisis práctico y la descualificación. La planificación se convierte a su vez en la forma-precio en proceso, con el valor ya calculado antes de ser llevado al mercado. De este modo se puede entender el divorcio entre la planificación operativa y técnica y la realización mediante el trabajo físico, que introduce la diferencia entre el trabajador y el planificador, el ingeniero y el supervisor.

Citando a Hans-Dieter Bahr:

La maquinaria libera un intelecto antes ligado al proceso de trabajo feudal-artesanal, un intelecto que conlleva la posibilidad de formar un trabajador colectivo político a partir de los trabajadores parciales divididos. En contraste con la

9. Al igual que podemos referirnos a la relación de clase como una especie de orden simbólico, con la maquinaria y el proceso de trabajo tenemos una especie de semiótica material.



ética del trabajo del gremio, la cooperación política de los trabajadores asalariados entra en oposición externa a la producción como tal, ya que los fines sociales de la producción se enfrentan al proletariado como fuerza externa, es decir, como clase dominante. La nivelación hacia abajo de los trabajadores especializados por medio de la tecnología de producción crea la condición para convertir la lucha asalariada en la socialización política potencial de una clase obrera en proceso de organización. Por otra parte, la contradicción entre el obrero especializado y el intelecto tecnológico responsable de la dirección, la construcción y la transmisión de las operaciones simples aisladas impide a la clase obrera reconocer su propio carácter social en este intelecto, que de hecho representa su propio intelecto, aunque sea bajo la forma de un producto inconscientemente colectivo ajeno a la clase obrera y que adquiere una forma independiente en forma de planificadores, técnicos e ingenieros. Por tanto, el proletariado se opone exteriormente a su propio intelecto, que el proceso de producción capitalista ha creado con independencia formal. En parte fue esta hostilidad la que debilitó y anuló la resistencia de la clase obrera al fascismo. Además, la ausencia de una crítica práctico-teórica del intelecto productivo ciega a la clase obrera, relegándola a un momento variable al capital social agregado; en este sentido, la clase obrera no es más que un componente antagónico, pero no por ello menos fijo, de la sociedad burguesa. Su ceguera ante su propio, pero alienado, intelecto significa que contribuye al mantenimiento de la falsa totalidad de esta sociedad. Y una «liberación» que tiene lugar a espaldas de los productores plantea la libertad como mero ideal.<sup>10</sup>

La independencia formal del intelecto se ha convertido en su independencia real. Este cambio significa que el trabajador se divorcia cada vez más de un proceso de trabajo que es incomprensible para él a falta de conocimientos científicos

10. HANS-DIETER BAHR, «The Class Structure of Machinery», en Phil Slater ed., *Outlines of a Critique of Technology* (Ink Links 1979), p. 6.

altamente especializados. Este intelecto independiente fomenta una cultura de dar órdenes y obedecer que prevalece en la sociedad permisiva de hoy. Tanto la autoridad como la obediencia florecen donde menos se las espera.

Con la internalización y objetivación de todo el proceso de trabajo en maquinaria, la circulación del capital mercantil se industrializa mientras que «el capital industrial y comercial se fusionan a través del rol funcional desempeñado por el capital financiero».<sup>11</sup> A pesar de ello, las limitaciones de los medios de transporte y comunicación antes de la Segunda Guerra Mundial todavía requerían instalaciones relativamente densas y conectadas, con grandes concentraciones de trabajadores capaces de ver todo el proceso de producción. Esta concentración dio lugar a organizaciones de tipo sindical y a partidos políticos obreros. Las formas de comunicación de masas, como el periódico, el cine y la radio, se desarrollaron para resolver artificialmente lo que Bahr denomina la «idealidad» del trabajador colectivo» en la de un consumidor y ciudadano individual.<sup>12</sup> Las diversas corrientes se unieron en forma de organizaciones de trabajadores que adoptaron una existencia autónoma, desarrollándose burocráticamente y al final convirtiéndose en un freno para el propio intelecto revolucionario del que surgieron. Se produjeron cambios críticos en la energía, las comunicaciones y el transporte que proporcionaron las bases infraestructurales para la disolución de las condiciones espaciales y comunicativas de la vida colectiva de la clase trabajadora. Las redes energéticas nacionales se desarrollaron para proporcionar energía a grandes áreas sin necesidad de que las instalaciones contaran con centrales eléctricas específicas. Esta amplia red de suministro de energía se combinó con la proliferación

11. *Ibid.*

12. *Ibid.* La noción de idealidad del trabajador como sujeto es importante. Como señala Bahr, Lukács confunde esta idealidad con una realidad, y así imagina un Sujeto suprahistórico.

masiva del automóvil y el camión y el desarrollo de infraestructuras masivas de carreteras y autopistas para apoyarlos, lo que hizo posible la expansión espacial de una densidad de población y capital mucho menor de lo que antes era imaginable. En cuanto al transporte intercontinental, también hubo grandes avances en la navegación transoceánica y el transporte aéreo. Esta expansión de la potencia y la movilidad para lo comercial, lo minorista y lo residencial fue de la mano con la mejora de las redes de comunicación, empezando por el teléfono, para luego seguir con la radio, la televisión y, finalmente, los ordenadores.

Estos desarrollos también implicaron la participación masiva, más o menos directa, del Estado en la economía. En los países más pobres solo el Estado podía reunir y coordinar el capital suficiente para dedicarse al desarrollo. En los países más ricos, el Estado regulaba los sistemas de energía, comunicación, transporte, educación, sanidad y, a veces, vivienda, ya fuera directamente en forma de nacionalizaciones o indirectamente a través de organismos reguladores e inversiones en infraestructura, que luego se regalaban al capital privado. Este desarrollo de los medios de transporte del capital y de los medios para comunicar sus órdenes e instrucciones intensificó el aislamiento espacial y la separación entre los trabajadores, y perturbó las formas colectivas y públicas de comunicación y de movimiento en el espacio.

### **EL FIN RELATIVO DEL EMPOBRECIMIENTO MATERIAL Y EL EMPOBRECIMIENTO DEL ESPACIO**

Un cambio importante después de la Segunda Guerra Mundial fue el aumento masivo del poder adquisitivo de los trabajadores, especialmente en Estados Unidos, que representaba el 50% de la riqueza mundial y el 25% de la capacidad

productiva mundial, pero solo el 5% de su población. La sindicalización de la década de los años 30 fue el resultado del deseo de los representantes institucionales del capital y del trabajo de garantizar la paz social y la rentabilidad en el período de posguerra. El acuerdo entre los sindicatos y las grandes industrias sobre los salarios y la productividad significó que, a cambio de una productividad que aumentase más deprisa que la tasa de crecimiento salarial, los salarios crecerían mucho más que nunca. Esto jugó un papel fundamental en el desarrollo del trabajador como consumidor de masas. El empobrecimiento material del periodo anterior a la Segunda Guerra Mundial quedaba atrás. Esto se tradujo en que una gran parte de la clase obrera dispusiera de los medios para comprar coches, casas, y para alejarse de las densas redes urbanas de la vida de la clase trabajadora para trasladarse al relativo aislamiento en los suburbios.

Los nuevos medios permitieron a individuos y a grupos encontrar «soluciones» a los problemas asociados a la ciudad industrial, como el hacinamiento, la falta de acceso a la naturaleza, el crimen, los propietarios, etc. También hicieron posible la huida a lugares purgados y amurallados del Otro racializado e inmigrante, escapando y reforzando simultáneamente la formación racial y sus conflictos. El desarrollo y la expansión suburbanos, para los cuales el orden existente produjo tales soluciones a expensas del resto, combinados con la transformación de esos trabajadores en consumidores de masas, dio lugar a un proceso de disgregación.

Esto se convertiría en la base de la «fuga blanca», la «decaencia urbana» y, finalmente, la «renovación urbana». Cuanto más pronunciado y extenso era el desarrollo del suburbio como tal, tanto más el desmantelamiento de la ciudad industrial implicaba su ruina, y no necesariamente su transformación en una ciudad «rejuvenecida» en expansión.<sup>13</sup>

13. Mientras que «ciudad industrial» o «metrópolis financiera» se re-

Donde la formación de la zona suburbana era menos pronunciada, o incluso en gran parte ausente, las ciudades más antiguas fueron a menudo remodeladas de acuerdo con las fuerzas de este exurbanismo. También surgieron ciudades completamente nuevas, que desde su creación tenían un diseño residencial.

La vivienda y la geografía de las relaciones sociales nunca fueron un problema exclusivo de la clase obrera. Las grandes concentraciones de personas de todas las clases sociales significaban grandes concentraciones de pobreza, de basura y mierda, y de descontento. La contaminación del agua y del aire de las fábricas y las casas, la basura y las viviendas deficientes construidas simplemente para proporcionar un mínimo cobijo implicaban enfermedades y dolencias.

Las condiciones actuales en Ciudad de México, Lagos, Shanghai, Hyderabad y Sao Paulo difieren bastante de las condiciones del siglo XIX de la clase obrera inglesa en Manchester o Leeds, y de las del trabajador del siglo XX que vivía en Chicago, pero, salvo por una sociedad de consumo altamente desarrollada que ha aumentado el poder y la presión del dinero sobre la clase trabajadora en todo el mundo, muchas de estas condiciones serían familiares para aquellos trabajadores.

---

ferían a los tipos de ciudades que predominaban bajo el urbanismo —por ejemplo, entre Detroit y Nueva York—, resulta difícil conceptualizar el nuevo tipo de ciudad siguiendo líneas de producción. Posindustrial parece una excusa, al igual que «posmodernismo» o «pos cualquier cosa». Otras opciones como la ciudad «cibernética» o «bioinformática» parecen extrañas. Es un entorno tan enteramente entregado a la totalidad del capital, una superficie tan lisa que encapsula todo el ciclo de D-M-D', que creo que es necesario alternar entre «ciudad suburbana», como indicador de su estatus periférico, y «ciudad en expansión», para identificar su aspecto material y organizativo. Estas dificultades terminológicas indican la existencia de un verdadero nudo conceptual que es preciso revisar y resolver.

## ESTUDIO DE CASO: LOS ESTADOS UNIDOS Y LAS ZONAS SUBURBANAS PROPIAMENTE DICHAS

Los problemas de la planificación medioambiental crearon un nuevo campo de actividad para la gestión del poder de clase. Ya en la década de 1830, en Inglaterra, los reformistas sociales de clase media y los utópicos intentaron encontrar una manera de lidiar con «el problema de la vivienda» y ambas partes propusieron generalmente una combinación de propiedad individual e intervención estatal en la vivienda de los trabajadores. Este problema reflejaba dilemas fundamentales del capitalismo: los capitalistas de la industria de la construcción necesitaban que la demanda superara la oferta; el capital fluiría hacia los proyectos de construcción más rentables; el alquiler del suelo, que desempeña un papel clave en la determinación de los costes de vivienda junto con los costes reales de construcción, mantenimiento e intereses de las hipotecas, era demasiado elevado en las ciudades por causa del desarrollo industrial y comercial.

Engels se burló de quienes proponían estas soluciones en sus artículos de 1872 sobre «La cuestión de la vivienda». También advirtió que, si tales panaceas tuvieran éxito, darían lugar a la desproletarización de la clase trabajadora, y que la propiedad generalizada de la vivienda era incompatible y además implicaría un desarrollo reaccionario en relación con la clase obrera como clase revolucionaria. Anticipándose al estado actual de las cosas, sugirió que esto endeudaría enormemente a los trabajadores, por lo que estarían a merced de los capitalistas.

En contra de las afirmaciones de Proudhon y algunos de sus seguidores alemanes, Engels argumentó que, lejos de proporcionar seguridad y un efecto civilizador, la propiedad individual de la vivienda convertiría a los trabajadores en

terratenientes aferrados a su pequeño pedazo de tierra y en última instancia haría de ellos unos provincianos obtusos y obsesionados con la seguridad de su propiedad.

Lejos de ser una solución, en aquel momento la propiedad de vivienda a gran escala por parte de los trabajadores parecía completamente imposible. Solo los trabajadores mejor pagados tenían acceso al dinero o crédito necesarios para conseguir una hipoteca, aunque incluso en la edición de 1887 de los artículos de Engels ya había una nota sobre la compra de casas por parte de trabajadores en Kansas. Construidas por ellos mismos, de pésima calidad, con escasas comodidades modernas, como un alcantarillado o la recogida pública de basura, algunos trabajadores seguían comprando estas pequeñas viviendas, que costaban 600 dólares cada una.

El verdadero avance en la construcción de viviendas fue la casa de *balloon frame*, que podía construirse a partir de madera precortada, con relativamente poco esfuerzo, tiempo y, por tanto, coste, en comparación con los edificios de ladrillo y piedra más antiguos. Por lo tanto, esto hizo posible la producción masiva de casas a precios que muchos trabajadores podían permitirse, si eran capaces de afrontar la gestión de la tierra o la renta del suelo, y si podían conseguir una hipoteca que pudieran pagar.

El precio del suelo constituye una parte importante del coste de una casa, por lo que las casas para los trabajadores tenían que construirse en terrenos baratos, en los bordes de las ciudades o fuera de ellas, pero las limitaciones de los medios de transporte existentes plantearon una barrera crítica para el uso de esas tierras. Los viajes en tren en distancias cortas, e incluso los ómnibus tirados por caballos, seguían siendo demasiado caros para la mayoría de los trabajadores y la clase media-baja. Ningún otro medio de transporte hacía factible trabajar de 10 a 14 horas diarias y aun así ir y volver del trabajo sin vivir cerca, incluso si a menudo la distancia a pie era

de varios kilómetros. Incluso los reformistas se quejaron de que las largas caminatas al trabajo contribuían al agotamiento de los trabajadores y reducían la productividad. Sin embargo, la introducción generalizada del transporte público con trolebuses o tranvías se produciría pocos años después de la muerte de Engels, restando fuerza a este argumento.<sup>14</sup>

Antes del automóvil, el trolebús eléctrico hizo posible una extensión mucho mayor del territorio. A través de subvenciones estatales en Europa, donde la propiedad de un trolebús o de un teleférico implicaba prohibiciones legales sobre la especulación inmobiliaria, y de subvenciones privadas en Estados Unidos, donde los propietarios de tales sistemas eran casi todos especuladores de la tierra, surgió el transporte público, que amplió enormemente la distancia a la que los trabajadores podían vivir de sus hogares. De este modo, el terreno mucho más barato en la periferia de las ciudades de repente se hizo accesible para una mayor parte de la clase trabajadora. Los Ángeles, hoy conocida por su enorme expansión automovilística y sus autopistas, se desarrolló en un primer momento como una ciudad de baja densidad y descentralizada, basada en el sistema de tranvías, y no se parecía

14. Es importante señalar que en el siglo XIX y la mayor parte del XX, la suburbanización en la Europa continental tuvo un carácter diferente de la tendencia angloamericana. En Europa, el centro de la ciudad fue reclamado por la burguesía y la clase media-alta; la clase obrera y la industria fueron empujadas a los bordes de las ciudades y a los suburbios. Los suburbios de tipo estadounidense siguen siendo la excepción en el continente incluso hoy en día. Por eso no es de extrañar que los disturbios franceses de 2005 tuvieran lugar en las *banlieues* —esto es, en los suburbios— y que en ellos participaran sobre todo jóvenes norteafricanos. En Estados Unidos los disturbios son casi siempre un fenómeno «urbano», aunque, como han demostrado los sucesos de Ferguson, Missouri, no es el único caso (véase «El cuerpo de Mike Brown», en este número, para un análisis de esto último).



a nada de lo imaginado en Europa o al este del Mississippi. A principios del siglo XX, Los Ángeles contaba con el sistema de transporte público más grande del mundo, puesto en marcha como una forma de rentabilizar el terreno comprado a bajo precio por grandes especuladores inmobiliarios. Los Ángeles fue el producto de la especulación del suelo mezclado con el nuevo sistema de transporte público y las viviendas *balloon frame*, y se convirtió en el primer suburbio urbano incluso antes de que el automóvil pudiera tener un impacto significativo en el transporte público.

En Estados Unidos, los sistemas de trolebuses solían funcionar con pérdidas y sus propietarios esperaban obtener grandes beneficios de la especulación de la tierra y del desarrollo inmobiliario que facilitaron. Sin embargo, en la década de 1920, el trolebús competía con el autobús, más ruidoso, menos eficiente y contaminante, y, cada vez más, con el automóvil. Una coalición de empresas de automóviles, camiones, acero, caucho y otros, liderada por el presidente de General Motors, compró y destruyó sistemáticamente los sistemas de transporte público de decenas de ciudades, incluida Nueva York. Este proceso de adquisición y destrucción sistemática continuó en la década de los 40. La destrucción del sistema de transporte público de Los Ángeles por parte de General Motors es solo el incidente más conocido al final de un largo proceso que había comenzado casi 20 años antes.<sup>15</sup>

Sin embargo, a medida que los sistemas de trolebuses se estaban destruyendo poco a poco, los autobuses siguieron predominando en la década de 1930. La inmensa mayoría

15. BRADFORD SNELL, «The Streetcar Conspiracy: How General Motors Deliberately Destroyed Public Transit», *The New Electric Railway Journal*, otoño de 1995. Para una visión internacional de la lucha entre el transporte público y el automóvil, véase COLIN DIVALL y WINSTAN BOND, *Suburbanising the Masses: Public Transport and Urban Development in Historical Perspective* (Ashgate 2003).

de los trabajadores estadounidenses se desplazaban a pie o en transporte público para ir al trabajo, ir de compras, visitar a sus amigos y a cualquier otro lugar. Aun así, la propiedad de la vivienda era una característica cada vez más común en la clase trabajadora en Estados Unidos, especialmente entre los hijos de trabajadores inmigrantes, que ahora se consideraban a sí mismos estadounidenses blancos, que tenían más posibilidades de comprar casas que aquellas generaciones que les habían precedido. También tenían más posibilidades de obtener créditos y comprar casas que los trabajadores negros, que estaban atrapados en los contratos de aparcería/arrendatario de las áreas rurales del Sur o relegados a los estratos más bajos de la clase trabajadora en las ciudades del Norte tras la primera Gran Migración desde la Primera Guerra Mundial.<sup>16</sup>

La expansión más allá de las ciudades requería dos elementos clave. El primer requisito era un transporte aún más individualizado, que permitiera viajar a cualquier lugar donde fueran las carreteras, en lugar de estar circunscrito por líneas de autobús y trolebús. Esto significaba la construcción de un gran sistema de carreteras para vehículos motorizados fuera de las ciudades, en zonas donde el dinero para proyectos tan vastos era escaso. Este proceso comenzó en la década de los 30, pero se expandió realmente en la década de 1950 con el sistema de autopistas interestatales bajo el gobierno de Eisenhower, dirigido por un ex ejecutivo de General Motors.<sup>17</sup>

16. DAVID H. ONKST, «First a Negro ... Incidentally a Veteran»: Black World War Two Veterans and the G.I. Bill in the Deep South, 1944–1948», *Journal of Social History*, vol. 31, no. 3, primavera de 1998, pp. 517–44.

17. Francis Dupont, cuyo capital familiar creó General Motors, llegó a dirigir la Comisión Federal de Carreteras. Véase MARY ZEPERNICK, «The Impact of Corporations on the Commons», discurso pronunciado en el Programa de Oportunidades Teológicas de la Harvard Divinity School, 21 de octubre de 2004.

Apoyado también en nombre de la «defensa nacional», era en realidad una forma poco disimulada de aumentar el dominio del automóvil como principal medio de transporte. Este programa recibió el 90% de su financiación del presupuesto federal y el 10% de los estados; el 50% aproximadamente procedía de impuestos federales, estatales y locales sobre el combustible, impuestos sobre vehículos y peajes, y el resto de otros impuestos federales. Fue una inversión, a lo largo de 35 años —la finalización formal del programa llegó en 1992—, por valor de 425.000 millones de dólares.<sup>18</sup> Esto lo convierte en uno de los programas de obras públicas más grandes de la historia de la humanidad. Además de este plan original, las autopistas interestatales se han seguido construyendo. En 2007 los fondos asignados al presupuesto total del sistema de autopistas interestatales sumaban 147.000 millones de dólares.

El otro elemento clave fue la transformación de los sectores del crédito hipotecario y la construcción. Las hipotecas eran un problema, porque solían ser a corto plazo, como máximo 15 años, con un gran desembolso inicial, una gran suma global a pagar al final y tipos de interés bastante altos. En respuesta a la depresión, la administración Roosevelt creó agencias y aprobó leyes que reestructuraron completamente el sector hipotecario. Centrándose en los préstamos a largo plazo y bajo interés y la garantía federal de muchas hipotecas, el sector hipotecario se reestructuró radicalmente. Aunque los préstamos federales para la vivienda no obligaron a los prestamistas privados a adoptar sus normas, las directrices y

18. Cifra ajustada a dólares de 2006. Estas cantidades incluyen los costes de mantenimiento de puentes y otros elementos de las autopistas, así como las propias autopistas. AL NEUHARTH, «Traveling Interstates is our Sixth Freedom». USA Today, 22 de junio de 2006. Para el presupuesto total, véase «Spending and Funding for Highways, Congressional Budget Office Economic and Budget Issue Brief», enero de 2011.

garantías federales de préstamos contra las pérdidas debidas a las ejecuciones hipotecarias promovieron una reestructuración de las prácticas y facilitaron una gran extensión de los préstamos privados.

La Agencia Federal de Préstamos para la Vivienda —y, después de ella, la llamada Ley de Reajuste de Militares (*GI Housing Bill*) aplicada durante y después de la Segunda Guerra Mundial— definió las directrices para la suscripción de hipotecas, entre las cuales la identificación de las áreas en las que era más probable que los préstamos tuvieran éxito o fracasaran, que eran cuatro zonas diferentes, diferenciadas por el color. Así se creó la práctica del «redlining». Los distritos marcados en rojo eran aquellos donde las hipotecas, y el seguro federal de hipotecas, eran, por lo general, automáticamente denegados. El criterio principal era la raza. Las zonas que no eran blancas o eran «mixtas» se marcaron automáticamente con líneas rojas, de modo que ni el gobierno federal ni, en última instancia, los prestamistas privados, concedían préstamos a las personas «negras». A pesar de que la Ley de Reajuste de Militares y la Agencia Federal de Préstamos para la Vivienda representaran más del 50% de las hipotecas para la construcción de viviendas residenciales de 1945 a 1960, menos del 1% de esos préstamos se destinaron a futuros propietarios negros.<sup>19</sup> Esto también reforzó la devaluación de la

19. TIM WISE, «Bill of Whites: Historical Memory Through the Racial Looking Glass», *ZNet*, 24 de julio de 2000: «los programas de préstamos de la Agencia Federal para la Vivienda [...] utilizaban políticas de aval restrictivas racialmente, asegurando que casi ninguno de los 120.000 millones de dólares en capital inmobiliario prestados desde finales de los cuarenta hasta principios de los sesenta fuera a parar a familias de color. Estos préstamos ayudaron a financiar más de la mitad de toda la construcción de viviendas suburbanas en el país durante este periodo, menos del 2% de las cuales acabaron siendo habitadas por personas no blancas». Suzanne Mettler sostiene que, si bien la Ley de Reajuste de Militares consiguió que los trabajadores

vivienda en zonas predominantemente negras o mixtas, de modo que muchos blancos capaces de obtener un préstamo hipotecario huyeron a los suburbios en un flujo constante después de 1945. El Manual de Aseguradoras también dio preferencia a —y, en muchos casos, requirió— convenios de vivienda racialmente restrictivos que impedían a las personas negras comprar viviendas en el contexto de un desarrollo de la vivienda asegurado por el gobierno federal.

El Manual de Aseguradoras también dificultó la obtención de un préstamo para viviendas ya construidas y ciertas pautas de construcción, como exigir cierta distancia entre la casa y la calle, obligaron a las personas a trasladarse a viviendas construidas recientemente en las zonas suburbanas en lugar de comprarlas en las ciudades. Esto supuso un gran impulso para los constructores de viviendas ya que obligaban a los posibles propietarios a comprar nuevos edificios en lugar de las viviendas existentes.

Los programas federales de préstamos hipotecarios y viviendas de la Ley de Reajuste de Militares, combinados con el programa de construcción de carreteras de la década de los 50, supusieron miles de millones de dólares de subsidios federales para la vivienda para blancos de todas las clases, incluido un montón de créditos fiscales para propietarios, de modo que a menudo era más barato comprar en los suburbios, para así tener de sobra para uno o dos automóviles, que alquilar una vivienda del mismo tipo en la ciudad.

La industria de la construcción, originalmente dominada por pequeñas y medianas constructoras que solo podían aportar el capital suficiente para acometer los proyectos de unas pocas casas a la vez, también se vio transformada por

---

negros accedieran a programas de formación profesional y universitarios, no consiguió proporcionarles vivienda: *Soldiers to Citizens: The GI Bill and the Making of the Greatest Generation* (Oxford University Press, 2005).

la concesión federal de hipotecas y por la racionalización del sistema hipotecario. Si bien había algunas grandes empresas de construcción residencial, eran pocas. En general, las constructoras necesitaban tener garantías de que podrían construir con el menor riesgo posible de ejecuciones hipotecarias y recesiones económicas. Con cada depresión entre 1877 y 1929 miles de constructoras se hundieron, incapaces de sobrevivir a la bancarrota de más de un puñado de prestamistas. Los programas y las agencias federales de préstamos, y su reestructuración *de facto* del sector de los préstamos hipotecarios, proporcionaron la estabilidad y seguro contra las pérdidas que hicieron posible que las constructoras y los desarrolladores más grandes construyeran viviendas para los trabajadores a una escala que era imposible de imaginar veinte años antes.

El poder relativo de la mano de obra blanca para asegurarse salarios más altos y circular libremente permitió a muchos trabajadores adquirir viviendas con las nuevas condiciones de las hipotecas a 30 años, aseguradas y a bajo interés. Y, dada la debilidad crónica del movimiento obrero estadounidense, se pudieron redactar leyes para: 1) excluir abiertamente a la población negra a través de la «redlining»,<sup>20</sup> lo cual significó que el 99% de las hipotecas garantizadas y subvencionadas por el gobierno federal entre 1935 y principios de los años 60 se concedieron únicamente a blancos; 2) minimizar la inversión en la renovación de las viviendas existentes, ya que los préstamos se reservaron casi en su totalidad para las viviendas nuevas; 3) redirigir la inversión fuera de las ciudades, porque la mayor parte del espacio para nuevas viviendas unifamiliares estaba en los suburbios; 4) impedir que las ciudades crecieran anexionándose zonas suburbanas

20. NdT: En los Estados Unidos, redlining es la negación sistemática de varios servicios por agencias del gobierno federal, gobiernos locales, y el sector privado, o directamente o a través del aumento selectivo de precios.

inmediatamente colindantes, ya que los residentes y las autoridades de esas zonas querían mantener los impuestos bajos, evitando el coste de los servicios sociales municipales comunes, a los que, en cualquier caso, los habitantes de los suburbios podían seguir accediendo simplemente viajando a la ciudad.

A pesar de que una sentencia del Tribunal Supremo de 1948 prohibió formalmente los convenios de restricción racial en materia de vivienda, la práctica ha continuado *de facto* hasta la actualidad.<sup>21</sup> La estructura de la subdivisión económicamente homogénea —en la que los desarrolladores construyen un conjunto de casas destinadas a un único grupo social de ingresos— sigue dominando el desarrollo de la vivienda de zona residencial y, normalmente, sigue siendo racialmente uniforme. Pocos proyectos han tenido la envergadura de los Levittown originales, pero la norma básica de desarrollo de subdivisiones —en lugar de optar por el desarrollo de lotes individuales— garantiza esa uniformidad.<sup>22</sup>

Este tipo de desarrollo no se ha quedado exclusivamente en las zonas suburbanas. La apertura de zonas de la periferia a la vivienda habría sido insuficiente por sí sola para pasar de desarrollo urbano a suburbano. Para que esto ocurriera, el resto de la ciudad también tenía que trasladarse a las zonas suburbanas y semirurales. La ciudad había sido hasta entonces el lugar de trabajo y de consumo. Fábrica y oficina, grandes almacenes y multitud de pequeños comercios, todo residía en la ciudad, en barrios o centros urbanos. Pero los mismos

21. Sentencia del Tribunal Supremo en Shelley contra Kraemer, 1948.

22. Levittowns: grandes urbanizaciones suburbanas de posguerra, pioneras del nuevo modelo, creadas por la empresa del promotor inmobiliario William Levitt. En 1948, Levitt declaró: «Ningún hombre que posea su propia casa y terreno puede ser comunista. Tiene demasiado que hacer».

cambios en el transporte que permitieron el desplazamiento residencial a las periferias abrieron también la posibilidad de trasladar la industria y las oficinas fuera de las ciudades.

El automóvil personal vino de la mano del desarrollo de la industria del transporte por camión. El transporte por carretera proporcionó a la industria la misma flexibilidad espacial que el automóvil a los individuos y a las familias. En la década de los 30 el ferrocarril estaba en franca decadencia y el transporte por carretera se convirtió en el principal medio de transporte por tierra de materiales y mercancía. El ferrocarril sigue siendo el método predominante de transporte terrestre de larga distancia —de punto a punto— porque en esas condiciones es más barato que el camión. Sin embargo, cuanto más hay que alejarse de las ciudades centrales y de las líneas ferroviarias, más rentable resulta el transporte por camión. Esta dinámica condujo finalmente al predominio del transporte por camión en Estados Unidos.

Poco después de la Segunda Guerra Mundial, las empresas empezaron a trasladar la industria y las oficinas de las ciudades a las periferias y, finalmente, a los «campos verdes», zonas semirrurales que se encuentran en un estado de desarrollo entre rural y suburbano. Desde casi todos los puntos de vista, el traslado de la industria fuera de las ciudades benefició a las empresas. Estos lugares, al tener menos infraestructuras que mantener y encontrarse en terrenos menos urbanizados, ofrecían alquileres bajos y, en general, impuestos más bajos. Antes de la «revuelta fiscal» que comenzó a finales de los 70, este movimiento permitió a muchas zonas suburbanas mantener unos impuestos residenciales y a los propietarios de viviendas más bajos gracias a los impuestos recaudados de las empresas, que seguían pagando menos que en las ciudades. Al mismo tiempo, las empresas evitaban así conflictos con las maquinarias políticas urbanas, que tenían que mantener una relativa paz de clases en un entorno mucho menos



homogéneo que el de los suburbios. Este acuerdo fiscal mutuamente beneficioso acabaría desmoronándose en los años sesenta y setenta, a medida que las empresas se alejaban de las ciudades en busca de mejores ofertas en los nuevos suburbios y zonas verdes, o abandonaban el país.

Tanto el Estado como las empresas respondieron a los enormes conflictos de clase que se produjeron entre 1919 y el final de la Segunda Guerra Mundial. Los centros de trabajo se trasladaron a los suburbios y a los campos para escapar de la masa concentrada de trabajadores que resultó intratable en la primera mitad del siglo XX. Las densas concentraciones de trabajadores permitían la existencia de densas redes de relaciones, a menudo cerca de los lugares de trabajo. Las ciudades no solían tener normativas sobre el uso del suelo que establecieran divisiones tajantes entre zonas residenciales, comerciales y de venta al por menor. Muchas pequeñas empresas que dependían de los trabajadores tenían estrechas relaciones con ellos. Esto tendía a generar simpatía y, en tiempos de huelgas y cierres patronales, los trabajadores a menudo podían contar con cierto grado de apoyo por parte de dichos comercios, donde compraban sus víveres y productos cotidianos. Estas redes podían suponer un grave problema para el capital.

El diseño suburbano introdujo distinciones rígidas entre espacios residenciales, comerciales y de venta al por menor. Las leyes de zonificación separaban estos espacios como nunca antes se había hecho en las ciudades. Los trabajadores llegaron a vivir separados no solo de sus lugares de trabajo, sino también de las empresas a las que compraban bienes de consumo. En las zonas suburbanas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, los urbanistas y promotores crearon nuevos diseños, como el callejón sin salida puramente residencial que se abre a una carretera de cuatro a ocho carriles. No solo no había forma de ir andando al lugar de trabajo

o a las tiendas, sino que desplazarse a pie era enormemente ineficaz e incluso físicamente peligroso. Este diseño también era, en parte, ingeniería social. El acoso policial a quienes iban caminando por los suburbios reforzaba aún más las separaciones, centrándose en quienes carecían de un propósito aparente o tenían un aspecto atípico para una subdivisión concreta.

Los suburbios cambiaron las posibilidades de entrada de las cadenas comerciales en el espacio antes dominado por las tiendas de barrio familiares. En el entorno suburbano, los pequeños comercios no podían situarse a poca distancia de los consumidores, porque no podían instalarse en zonas residenciales. Al mismo tiempo, mucha gente quería tener acceso a la experiencia de comprar en el centro de la ciudad, despojada de la desagradable presencia de mendigos, vagabundos y otros «elementos indeseables». Así surgieron los dos símbolos más conocidos de la suburbanización: las galerías comerciales y los centros comerciales, a los que se han añadido grandes superficies como Walmart, que siguen el mismo diseño básico de «ventanilla única» que el centro comercial tradicional. Aunque esto tardó algún tiempo en desarrollarse —en realidad no empezó hasta mediados o finales de la década de los 50—, tanto el centro comercial como las galerías despegaron en las décadas de 1960 y 1970, recreando las opciones de compra del centro de la ciudad pero dentro de un entorno mucho más controlado.

Las comunidades empezaron a fragmentarse a medida que se deshacían las grandes concentraciones de trabajadores próximos entre sí. A medida que tanto los trabajadores asalariados como la industria se marchaban, lo que quedaba en las ciudades eran poblaciones empujadas cada vez más a los márgenes sociales y espaciales, con unos ingresos cada vez más bajos y, por tanto, infraestructuras y servicios sociales cada vez más deficientes. Estamos ante el sucesor del gueto

anterior a la Segunda Guerra Mundial. Este último era, sin duda, un lugar de aislamiento colectivo, pero también uno que, de una forma u otra, raramente quedaba fuera de la reproducción capitalista, debido a la creciente necesidad de mano de obra en el periodo comprendido entre el siglo XIX y principios del XX. Pero lo que vino ahora fue un nuevo tipo de gueto, cada vez más aislado de un acceso al trabajo asalariado y objeto de una creciente homogeneización y atomización. En Estados Unidos esta desarticulación, despoblación y guetización encuentra su máxima expresión en los antiguos centros de producción industrial y militancia obrera: Detroit, Baltimore, Cleveland, Akron, Buffalo, Newark, San Luis, Pittsburgh, etc. En términos de división dentro de la clase trabajadora, se expresa más claramente en la disparidad de la riqueza media por hogar entre las familias blancas y negras, que se ha triplicado en los últimos 25 años. La riqueza media de las familias blancas es de 265.000 dólares, frente a los 28.500 dólares de las familias negras, la mayor parte de la cual está vinculada a la propiedad de la vivienda.<sup>23</sup>

Incluso si nos centramos exclusivamente en las ayudas concedidas a los distintos tipos de vivienda, las divergencias son notables. Los programas públicos, puestos en marcha originalmente durante la Segunda Guerra Mundial para satisfacer

23. Véase THOMAS SHAPIRO, TATJANA MESCHEDÉ y SAM OSORO, *The Roots of the Widening Racial Wealth Gap: Explaining the Black-White Economic Divide*, Brandeis University Institute on Assets and Social Policy, febrero de 2013. Este estudio analizó 1700 familias a lo largo de 25 años, de 1984 a 2009. La Oficina de Estadísticas Laborales informa de una brecha relativa aún mayor —aunque menor en términos absolutos— de 110.729 dólares frente a 4995 dólares respectivamente. Según la Oficina, la brecha entre las familias negras y blancas casi se duplicó de 2008 a 2010, porque la riqueza de las familias negras, latinas y asiáticas se redujo colectivamente en un 60%, mientras que la riqueza blanca «solo» se redujo en un 23%.

la demanda de vivienda de los militares, eran esencialmente las únicas viviendas subvencionadas a las que podían acceder los trabajadores no blancos, mientras que quedaban completamente excluidos de los préstamos hipotecarios federales y, por tanto, en gran medida de los privados. Las ciudades y los Estados colaboraron con el gobierno federal para «limpiar los barrios de chabolas» —lo que a menudo se ha conocido como «desalojo de negros»—, colocando a los trabajadores en viviendas públicas situadas en zonas relativamente aisladas de la ciudad, a menudo lejos del centro y de los trabajos industriales mejor pagados. Basándose en la estandarización de los barrios, las agencias inmobiliarias y los promotores podían beneficiarse enormemente del «desalojo de bloques»: apoyar el traslado de una o dos familias negras a un barrio para luego asustar a las familias blancas con la perspectiva de un descenso del valor de sus propiedades —respaldado con la misma certeza que un préstamo federal por las políticas de préstamos hipotecarios del gobierno federal— y permitirles finalmente sacar provecho de ello, ya que las familias blancas vendían barato y las negras compraban caro. A largo plazo esto les permitía también devaluar el suelo y los edificios de un barrio para su posterior reurbanización, completada con subvenciones del gobierno para la eliminación de los barrios marginales. Desde la década de los 80, la creación de zonas de desarrollo y las consiguientes exenciones fiscales a los promotores han permitido la gentrificación suburbana de grandes zonas de las ciudades centrales.<sup>24</sup>

Las nuevas viviendas tienden cada vez más a la residencia unifamiliar, a medida que se derriban los proyectos de vivienda pública, los cuales sufren un abandono sistemático desde hace mucho tiempo. Cuando se construyen viviendas

24. Véanse, entre otros, SETHA LOW, *How Private Interests Take Over Public Space*, y Cindi Katz, *Power, Space, and Terror*, en *The Politics of Public Space* (Routledge, 2006). También KENNETH T. JACKSON, *Crabgrass Frontier* (Oxford University Press, 1985).

plurifamiliares, suelen ser para personas acomodadas. Las poblaciones más pobres son expulsadas del centro de las ciudades en una labor menos abierta pero no menos sistemática de «desalojo de negros», aunque cada vez se extiende más a los blancos y latinos más pobres. Ejemplos recientes de ello han sido la gentrificación del bajo Harlem en Nueva York y el derribo de Cabrini Green y otros proyectos cerca del centro de Chicago para sustituirlos sistemáticamente por residencias unifamiliares, condominios dúplex y rascacielos residenciales de lujo.

La segregación espacial va de la mano de la expansión del consumo de gran parte de la clase trabajadora tras la Segunda Guerra Mundial, de la introducción de la maquinaria de comunicación unidireccional del capital y el Estado con la población, de la mecanización del trabajo doméstico, de la individualización de los medios de transporte a grandes distancias a través del automóvil. Las ciudades marginales, carentes de las infraestructuras desarrolladas y de los servicios sociales necesarios tanto para la industria como para albergar una cultura obrera autosuficiente y opositora, con sus propias instituciones y su propia identidad, es el barbecho sobre el que se construye la ciudad suburbana. Aquí tenemos la creación, en lo que parece una especie de «todo a la vez», de la audiencia de la radio y la televisión, del ama de casa ideal, del viajero y el propietario de suburbio. Estas áreas carentes de autonomía propia inspiran su modelo en la ciudad. Al igual que el estándar suburbano anterior a la Segunda Guerra Mundial era una miniciudad, el suburbio de después de la Segunda Guerra Mundial es un Los Ángeles en miniatura.

También está la pérdida —o la falta de mantenimiento— de los equipamientos públicos, desde las aceras hasta los parques públicos, incluyendo tanto los programas como las instalaciones. En el caso de metrópolis globales como Nueva York o ciudades como Chicago, que tienen un estatus

similar, el cuidado de las instalaciones públicas está parcial o incluso totalmente privatizado, lo que significa que la mayoría de los recursos se destinan a las instalaciones que sirven de forma más inmediata a las élites locales. En otros casos, esas instalaciones se anexionan a comunidades cerradas o restringidas de otro modo, y por tanto se privatizan, de hecho, en la medida en que se vuelven inaccesibles para los no residentes de esas subdivisiones. En lugares como Detroit y Baltimore el desmembramiento de la ciudad se produce a tal escala que a menudo resulta más barato abandonar las viviendas que intentar venderlas. De este modo, en cierto modo zonas enteras se ven reabsorbidas por la naturaleza ya que la maleza, la hierba y los árboles crecen por encima de los coches oxidados, los edificios en ruinas y los solares vacíos sembrados de basura. Por supuesto, en las antiguas ciudades industriales también encontramos ruinas industriales: fábricas y acerías abandonadas, zonas donde el terreno ha quedado inutilizado por años de residuos industriales, grandes instalaciones de producción y almacenes que pueden o no convertirse en los «lofts para artistas» de algún promotor afortunado. Instalaciones que dieron trabajo a cientos, miles o incluso decenas de miles de personas permanecen inactivas, con escasas perspectivas de volver a ser rentables, aunque desde un punto de vista técnico sigan siendo completamente funcionales.<sup>25</sup> Tanto como la transformación de

25. La acería de Sparrows Point, en Baltimore, es un buen ejemplo. Hasta hace poco se consideraba que la planta tenía una de las mejores cadenas de montaje de producción de acero de EE.UU., pero por falta de capacidad para producir acero tan barato como en Brasil o Rusia fue desguazada y sus partes fueron subastadas. Véase JAMIE SMITH HOPKINS, «With blast furnace down, Sparrows Point layoffs begin», *Baltimore Sun*, 8 de junio de 2012 y «Sparrows Point auction brings hundreds to buy mill's pieces», *Baltimore Sun*, 23 de enero de 2013.

la vivienda, el comercio minorista y el espacio público, el cambio en el espacio de producción marca una importante ruptura con el pasado.

Con esta evolución la ciudad deja de tener muchos de los rasgos distintivos que antaño la diferenciaban de los mundos suburbano y rural. La privatización implacable y las políticas de separación y demarcación socavan el espacio público que queda y que podría ser disputado. Los parques se sustituyen por lugares de consumo como Discovery Zone o Chuck E. Cheese's. Lo que se permite en los espacios públicos se restringe, se «zonifica» para determinadas actividades mientras que otras quedan descartadas. Se restringe el espacio de las aceras en las «zonas comerciales», como por ejemplo en Chicago, donde no se permite que se reúnan más de tres personas a la vez en determinados distritos, en nombre de la lucha contra las bandas —una ley que, por supuesto, se aplica sistemáticamente solo a jóvenes y, especialmente, a los de color, y no a los grupos de yuppies borrachos y consumidores—.<sup>26</sup> Mientras que en Estados Unidos el Estado desempeñó un papel central en la aplicación de políticas de vivienda que favorecerían una suburbanización racialmente segregada, a escala mundial fue el proveedor de servicios que no eran rentables para las empresas privadas, pero que eran necesarios para apaciguar a unas poblaciones que habían permanecido en un estado de agitación casi constante antes de la Segunda Guerra Mundial. A menudo el Estado se vio obligado a racionalizar parcialmente unas relaciones sociales desiguales frente a movimientos que exigían la ampliación de la ciudadanía y el uso de la ley para remediar la desigualdad de hecho y de derecho. El resultado fueron los programas estatales de nacionalización de la sanidad, la educación y la vivienda pública.

26. RICK HEPP, *Police Enforcing New Anti-Loitering Law*, *Chicago Tribune*, 22 Aug 2000.

Las luchas del movimiento obrero que habían generado la incorporación parcial del trabajo a la ciudadanía fueron seguidas por una creciente demanda de equiparación en otros ámbitos de la vida, que a su vez adoptaron la forma de luchas dentro del movimiento obrero y sus organizaciones. Ello condujo a menudo a una fragmentación de la cultura de la clase obrera en función de la raza, el género y la sexualidad, dando cuenta de líneas de fractura que habían sido suprimidas por una política de identidad de la clase obrera.

Sin embargo, a medida que estas luchas retrocedían, sus demandas fueron incorporándose parcialmente. Cada vez era más necesario que las mujeres se incorporasen al mercado laboral a tiempo completo para mantener el nivel de ingresos de sus hogares. Mientras tanto, las prestaciones no salariales se privatizaron cada vez más —es decir, se mercantilizaron— con el paso de la seguridad social y las pensiones a los planes de jubilación 401(k);<sup>27</sup> con la sustitución de los salarios directos por opciones sobre acciones para los empleados; con el aumento de las deducciones salariales para prestaciones médicas; la creciente dependencia del patrimonio basado en la propiedad de la vivienda para obtener préstamos y mantener una cierta calificación crediticia. Este último aspecto ha avanzado hasta el punto de que muchos empleadores comprueban la calificación crediticia de un posible empleado antes de contratarlo, algo que discrimina sistemáticamente, aunque de forma no intencionada, a las minorías, dada su exclusión generalizada de la propiedad de la vivienda.

A medida que la crisis del urbanismo ha ido avanzando, también lo ha hecho la privatización de espacios y servicios, a medida que la socialización de la satisfacción de las necesidades, una vez codificada y ejecutada mediante la

27. Planes 401(k): forma de ahorro para pensiones en Estados Unidos que se introdujo a finales de los años 70 para desgravar los ingresos diferidos.



ampliación de los poderes del Estado —o, como la ha descrito Gaspar Tamás, «la tendencia de la Ilustración a asimilar la ciudadanía a la condición humana»—, ha ido retrocediendo sistemáticamente. La homogeneización y la privatización —siempre parte integrante de la lógica del capital— han adquirido un alcance hasta ahora sin precedentes frente a las transformaciones examinadas anteriormente. Esto no puede separarse del aumento simultáneo de la desigualdad material y del empobrecimiento material absoluto tanto en los países desarrollados como en aquellos lugares empujados fuera de los circuitos globales de acumulación legal. Estas tendencias representan un debilitamiento consistente de cualquier tipo de universalidad progresiva del tipo que fue central para la noción de socialismo en el movimiento obrero del siglo XIX y principios del XX.

Si la ciudad en ruinas es el primer producto negativo de la crisis del urbanismo, estas ruinas tienen su negativo fotográfico en la ciudad suburbana o en expansión. La transformación del mundo urbano en ciudades en expansión tuvo dos momentos distintos: por un lado, la creación de nuevas ciudades siguiendo las líneas trazadas por Los Ángeles y el tipo de suburbio posterior a la Segunda Guerra Mundial, así como la transformación de algunas antiguas ciudades industriales en ciudades suburbanas en expansión; y por el otro, el mero vaciamiento de las ciudades que no podían transformarse de forma rentable.

La típica ciudad en expansión escapó al destino de la ciudad industrial precisamente por ser una región marginal, y por tanto no presentaba la misma resistencia institucionalizada y estructural a la racionalización de la acumulación capitalista y el urbanismo. La falta de identidad colectiva de la clase obrera implicaba una falta de oposición a las nuevas tecnologías y procesos laborales. Así pues, el provincialismo y el aislamiento resultaron ser ventajas; eran algo promovido

por los nuevos métodos de disgregación —de hecho, eran su propia racionalidad—. Para el capital, a menudo era más fácil empezar de nuevo en otro lugar que intentar reformar la ciudad industrial.

Esto explica en gran medida por qué el declive de la población urbana en Estados Unidos —pero también en muchos otros países, como China— se ha producido sobre todo en las antiguas ciudades industriales, mientras que el crecimiento se limita casi por completo a las ciudades suburbanas. En estos lugares, la industria suele ser de muy alta tecnología y utiliza muy poca mano de obra no cualificada, generalmente con salarios muy bajos, mientras que la mano de obra que se emplea de forma intensiva —como en las numerosas formas de ingeniería— es altamente cualificada y representa pocos puestos de trabajo. Gran parte de la mano de obra presta servicios a trabajadores y directivos altamente cualificados y bien remunerados. Lo que las ciudades en expansión tienen en común con la moribunda ciudad industrial y las ciudades suburbanas es la falta de colectividad. Como ellas, son lugares de individuos atomizados, que se desplazan del trabajo a casa y de casa a las tiendas.

¿Cómo interpretar entonces el regreso de parte de la población a los barrios del centro de Nueva York, Londres o Tokio? ¿Y qué decir de la aparente prosperidad de algunas ciudades más antiguas, como San Francisco y Chicago, que en cierto modo han sido ciudades industriales? En este punto debemos hacer algunas distinciones sobre el desarrollo de las ciudades a escala mundial, aunque corramos el riesgo de generalizar en exceso. Nueva York, Tokio y Londres siempre han sido grandes centros financieros-cosmopolitas de capital. A través de ellos fluyen los vastos ríos del capital-dinero, por lo que no es casualidad que estos lugares estén fuertemente identificados con sus bolsas o distritos financieros, ya sea Wall Street, el Nikkei o la City. Como tales, también

han tendido a ser centros de cultura de la alta burguesía. Todo lo contrario a las ciudades industriales, animadas culturalmente por la clase obrera, ya que las clases altas de estos lugares, y la clase política en particular, no solo estaban a menudo enfrentadas, sino que eran bastante ignorantes y estaban inmersas en la *realpolitik* más que en cualquier tipo de vida cultural profunda. Los centros cosmopolitas también pueden verse transformados en última instancia por su papel central en la circulación del capital —cada vez más vacías a medida que la sociedad burguesa se vuelve cada vez más senil—, pero en general tampoco dejan de ser polos de atracción globales, y, como lugares aparentemente hechos enteramente de dinero, proporcionan terreno para todo tipo de aventuras e ideas.

Ciudades como Chicago y San Francisco ponen realmente de manifiesto el carácter combinado y desigual del desarrollo capitalista. Chicago fue sin duda una ciudad industrial, pero también ha sido durante mucho tiempo un centro financiero. Como tal, su trayectoria y su estado actual reflejan esta dualidad. San Francisco no es una ciudad atípica entre las ciudades costeras que fueron lugares importantes para la navegación y el comercio. En la medida en que el transporte marítimo sigue siendo una parte muy importante de la economía mundial, las ciudades portuarias a veces conservan cierto grado de centralidad, o preservan esta reputación mientras se centran en otras cosas. Pero, por supuesto, con la contenedorización muchos de estos lugares han muerto, ya que el negocio se transfiere a un muelle de aguas profundas en otro lugar. Aunque el papel de San Francisco como ciudad portuaria ha disminuido drásticamente —existen otros 134 puertos de EE.UU. que gestionan ahora más tráfico—, la zona de la bahía en su conjunto sigue teniendo una enorme importancia, lo que repercute en la economía de San Francisco. Sin embargo, la clave de la fortuna de la ciudad es su proximidad a las zonas suburbanas que se convirtieron

en el centro de la industria microelectrónica, es decir, Silicon Valley. Lo más inquietante de San Francisco es hasta qué punto se ha convertido en una ciudad dormitorio para el conjunto de Silicon Valley. Aquí no es posible un debate más amplio al respecto, pero la ciudad se ha convertido cada vez más no en el lugar donde la gente pasa sus días, sino solo a donde regresan tras jornadas de 12-14 horas para consumir y dormir. San Francisco, a pesar de su asociación histórica con la política radical en Estados Unidos, como capital de la «Left Coast», es ahora uno de los lugares más caros para vivir de toda Norteamérica; un lugar que, como Nueva York, tiene muy poco espacio para el tipo de entornos sobre los que construyó su reputación.

Lo que hay que reconocer aquí es que la aparente oposición entre ciudades y suburbio, que existía en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, se ha visto fundamentalmente socavada. La crisis del urbanismo industrial mecánico, del que surgieron el suburbio y la ciudad suburbana al tiempo que se desmantelaba la ciudad de la era industrial, ha concluido. Debord volvió a registrar claramente este periodo:

«El campo muestra justamente el hecho contrario, el aislamiento y la separación» (*La ideología alemana*). El urbanismo que destruye las ciudades reconstituye un *pseudocampo*, en el cual se han perdido tanto las referencias naturales del campo antiguo como las relaciones sociales directas y directamente puestas en cuestión de la ciudad histórica. Es un nuevo campesinado ficticio el que recrean las condiciones de hábitat y de control espectacular en el actual «territorio acondicionado»: la dispersión en el espacio y la mentalidad limitada, que siempre han impedido al campesinado emprender una acción independiente y afirmarse como potencia histórica creadora, vuelven a caracterizar a los productores —el movimiento de un mundo que ellos mismos fabrican quedando tan completamente fuera de su alcance como lo estaba el ritmo natural de los trabajos

para la sociedad agraria—. Pero cuando este campesinado, que fue la base inmóvil del «despotismo oriental» y cuya misma dispersión llamaba a la centralización burocrática, reaparece como producto de las condiciones de crecimiento de la burocratización estatal moderna, su *apatía* ha de ser ahora históricamente fabricada y mantenida: la ignorancia natural ha hecho lugar al espectáculo organizado del error. Las «nuevas ciudades» del pseudocampesinado tecnológico inscriben claramente en el terreno la ruptura con el tiempo histórico sobre el cual fueron construidas; su divisa puede ser: «Aquí nunca ocurrirá nada y nunca ha ocurrido nada». Es muy evidente, debido a que la historia que debe librarse en las ciudades todavía no ha sido liberada, que las fuerzas de la *ausencia histórica* comienzan a componer su propio paisaje exclusivo.<sup>28</sup>

Mientras que Debord concluye con la afirmación de la superación de la ciudad y del urbanismo mediante la subordinación del medio ambiente a las necesidades de los consejos obreros, lo que de hecho ha ocurrido es el fin de las condiciones sobre las que podía existir el consejismo. Lo que se puede denunciar en la estructura del suburbio en expansión llega a redefinir la ciudad casi en la misma medida.

### LAS COMUNIDADES CERRADAS Y EL FIN DE LA CLASE TRABAJADORA COMO SUJETO

La resolución individualista y privatizada de la cuestión de la vivienda en la disgregación no solo tiene efectos objetivos, como la resegregación de Estados Unidos, sino que es parte de la reestructuración de la experiencia de la relación de clase. Para entender este cambio, es necesario comprender el papel que desempeña la propiedad privada de la vivienda en Estados Unidos como reemplazo de los tipos de prestaciones

28. GUY DEBORD, *La sociedad del espectáculo*, 1967.

que en muchos otros lugares se proporcionan a través de programas sociales y el Estado. Hay una razón por la cual los esfuerzos neoliberales por aniquilar los elementos socialdemócratas del Estado en favor de soluciones privadas a menudo encuentran su inspiración en el modelo estadounidense. Un propietario privado se beneficia al menos de seis formas que enmascaran su dependencia del Estado:

1. El Estado proporciona una enorme desgravación de impuestos. Con el fin del altísimo impuesto progresivo sobre la renta a finales de los años 70, cada vez más gente tributaba a niveles de renta más bajos que en los años 30, 40 o 50, por lo que la devolución de impuestos sobre la hipoteca se volvió aún más importante.
2. Dados los bajos tipos de interés y los subsidios fiscales, los gastos hipotecarios pueden ser muy inferiores a los del alquiler de una vivienda de tamaño equivalente. Esto, empero, depende de impuestos sobre la propiedad relativamente bajos, que en los suburbios son la fuente de ingresos más importante para los servicios prestados por la ciudad, como la policía, los bomberos, las carreteras y las escuelas. La otra gran fuente de ingresos procede de los impuestos sobre las propiedades industriales y comerciales, que son clave para mantener bajos los impuestos sobre la propiedad para los propietarios.
3. Una casa actúa como capital, mejorando la calificación crediticia del propietario y, por lo tanto, permitiéndole pedir un préstamo considerablemente mayor a tipos de interés considerablemente más bajos. Para la mayoría de las familias del 80% más pobre de la población, la casa es, con diferencia, el bien más valioso que poseen, y, por lo general, el único que pueden usar como fuente significativa de garantía.
4. Una casa actúa como una forma de transferencia de riqueza intergeneracional y de seguridad de ingresos.

5. Cabe esperar que el valor de la casa aumente con el tiempo. Así, el activo se convierte en un medio para aumentar el patrimonio.
6. La combinación de valor creciente y patrimonio también hacen posible que los hijos vayan a la universidad y escapen de la órbita del trabajo de la clase trabajadora.

Estos seis aspectos de la propiedad de la vivienda fueron, como hemos visto, racializados por las políticas de la FHA y el HUD.<sup>29</sup> Dado que estas significaban que las familias negras que compraban una vivienda en una comunidad devaluarían automáticamente la propiedad —en los raros casos en los que podían optar a una ayuda de vivienda y préstamos—, la propiedad de la vivienda iba de la mano del aislamiento racial. Esta racialización de la vivienda, la equidad y el valor de la propiedad, especialmente después del fin de la segregación *de jure* en el Sur en 1964 y 1965, implicó que la amenaza de la vivienda integrada se convirtiera en uno de los factores más importantes en el giro derechista de los trabajadores blancos al Partido Republicano en las elecciones de 1968, 1972 y 1976.<sup>30</sup> Los *inquilinos* blancos, por

29. NdT: La FHA [*Federal Housing Administration*] es la Administración Federal de Vivienda, una entidad gubernamental de los Estados Unidos creada durante el *New Deal* a través de la Ley Nacional de Vivienda, cuyo propósito es garantizar préstamos para la adquisición o construcción de inmuebles destinados a vivienda, con el objetivo de ofrecer un sistema adecuado para la financiación de casas.

El HUD [*United States Department of Housing and Urban Development*] es el Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano. Sus funciones incluyen el diseño de la política de desarrollo urbano y la gestión de políticas de vivienda pública y hogar.

30. Véase RICHARD AVILES, «*Racial Threat Revisited: Race, Home Ownership, and White Working Class Politics in the US, 1964-76*», 2009, artículo disponible online.

otra parte, se oponían estadísticamente mucho menos a la integración, en vivienda y en educación, tanto antes de 1964 como después de 1968.

Por lo tanto, la propiedad de la vivienda guarda una estrecha relación con el conservadurismo político, pero no es necesario echarle mucha imaginación para comprender la transformación ulterior de la experiencia que conlleva la propiedad de la vivienda. Aquí enumeraré brevemente algunos puntos clave:

- Hostilidad hacia cualquier política que pueda reducir el valor de la vivienda. Esto incluye no solo el racismo anteriormente mencionado, sino también la hostilidad hacia la vivienda pública y los programas de apartamentos subvencionados que no conducen a la propiedad de la vivienda, ya que tienden a reducir los valores al introducir familias de bajos ingresos con peores calificaciones crediticias.
- Hostilidad hacia todo lo que pueda aumentar la presión fiscal, incluidos los impuestos sobre la propiedad. Esto incluye la prestación de servicios en una comunidad, y no solamente para los propietarios de viviendas. El impulso actual de los populistas del tipo Tea Party para privatizar la educación y los bomberos es un ejemplo particularmente desagradable.
- Hostilidad a cualquier cosa que amenace el privilegio de las enormes exenciones fiscales a la propiedad de la vivienda. En efecto, el alquiler se penaliza varias veces, y a los propietarios de viviendas les interesa personalmente no volver a ser reducidos a inquilinos.

Lo que está en cuestión no es simplemente el título de la propiedad en sí, sino la capacidad de la vivienda para actuar de acuerdo con las seis características descritas anteriormente. De importancia vital es también el grado en que la



propiedad de la vivienda ha funcionado efectivamente en los Estados Unidos como una forma parcial de compensación por la falta de una red de seguridad social. Aunque en términos absolutos no tenga las tasas más altas de propiedad de vivienda, Estados Unidos tiene la desigualdad más alta de entre todas las naciones industrializadas. Más que cualquier otro país desarrollado, depende de un alto nivel de deuda privada basada en el patrimonio derivado de la vivienda y un mejor acceso a fuentes de crédito adicionales como las tarjetas de crédito. Por supuesto, dicho endeudamiento ha crecido masivamente desde principios de los años setenta, tapando el vacío dejado no solo por el estancamiento de los salarios reales, sino también por el escaso «salario social». En la década de los 2000 la titulización de la deuda de los hogares permitió su expansión y la articuló con los flujos financieros mundiales, a medida que los bancos extranjeros compraban valores respaldados por dólares. La capacidad de la economía estadounidense para soportar enormes niveles de deuda privada depende de la preservación del valor del dólar, que está efectivamente garantizada por los efectos catastróficos que cualquier devaluación del dólar, como moneda mundial, tendría en la economía global.

El aumento de la propiedad de la vivienda extiende lo privado a lo público y, a su vez, transforma lo público en un asunto privado, reduciendo la participación pública a la política de NIMBY [*Not In My Backyard*, en mi patio trasero no]. No es casualidad que la suburbanización dé lugar a una política de reprivatización. La superación de la existencia comunitaria y colectiva se materializó en las tecnologías del urbanismo posteriores a la Segunda Guerra Mundial, especialmente en la creación de la experiencia en el espacio privado de lo que antes se experimentaba públicamente. El hogar ya no era simplemente un lugar para comer y dormir, sino un microcosmos autosuficiente en el que el mundo exterior solo entraba a través de medios electrónicos como la radio,

la televisión y, más tarde, el ordenador. El hogar se convirtió en un refugio. Al mismo tiempo, el patio sustituyó a los parques y zonas de recreo, y otras instalaciones públicas en las que la naturaleza se podía disfrutar de forma colectiva.

El urbanismo de consumo masivo de la posguerra también prometía homogeneidad. Como hemos visto, la propia estructura del suburbio de la posguerra dependía de que los desarrolladores creasen grandes zonas con ingresos relativamente similares, y durante mucho tiempo se requirió legalmente que la comunidad fuera racialmente homogénea. Las convenciones sociales y las calificaciones crediticias basadas en el género impidieron el acceso también a las mujeres solteras. La suburbanización implicaba una forma de escapar de las personas «que no son como nosotros», de mantenerse alejado de las diferentes razas, credos, grupos étnicos, etc. La tendencia a la homogeneidad y la conformidad hace que la suburbanización tenga una lógica de experiencia diferente a la de la ciudad. Ahí radica un problema fundamental para la ciudad suburbana. La extensión de esta homogeneización —privatización del espacio y los servicios; la gestión privada e, incluso, la financiación de parques y escuelas que son nominalmente públicos— choca con la estructura misma de la ciudad.

La homogeneidad también se considera una fuente de seguridad. La obvia ausencia de diferencias de clase en una comunidad donde uno se olvida de su trabajo, donde la vida laboral y no laboral están separadas; la ausencia de «las clases bajas» o «los pobres», la ausencia de aquellos sin acceso al crédito tiende a traducirse en una reducción de la delincuencia. La ciudad está cada vez más vigilada para mantener a la gente en sus barrios, mientras que los suburbios se vigilan para mantener a cierta gente fuera. El perfilado es excepcionalmente efectivo en los suburbios por su propensión a la homogeneidad. Ser de una raza diferente, conducir un viejo

coche oxidado y caminar a pie son signos de exclusión, de ser *Otro*. Los barrios cerrados no son más que la expresión más obvia y abierta de esta tendencia.

Así, el mundo fuera de los suburbios está prefigurado y se experimenta como amenazante, peligroso y, sobre todo, como criminal: la gente de las ciudades quiere lo que tienen los de las zonas suburbanas, pero viviendo en las ciudades no pueden tenerlo por lo que solo pueden robarlo o lograrlo inmerecidamente. Cuando George Bush Jr. anunció que los terroristas nos odiaban por nuestra libertad, no hizo más que rearticular el sentido común de la experiencia suburbana hacia las masas peligrosas de las ciudades como la experiencia nacional de Estados Unidos en relación con las «masas oscuras» de los no euroamericanos.

La hostilidad a la maduración intelectual y cultural por considerarla burguesa o elitista es la reacción del *hillbilly*<sup>31</sup> y del esclavista a la modernización. Cualquiera que tenga la temeridad de sugerir que su utopía provincial no es lo mejor que hay es un esnob. Si bien la provincialización no puede reducirse a la suburbanización y la expansión, aquella refuerza estas. Al mismo tiempo, el lenguaje intelectual se transforma en el del lado administrativo de la sociedad. Aquellos que se sienten fuera de, o injustamente limitados por, la lógica administrativa del liberalismo, encuentran de esta manera reforzada su inclinación hacia el tribalismo, la insularidad y el corporativismo. La suburbanización magnifica e intensifica la experiencia de esta enajenación de la conciencia administrativa liberal, incluso cuando depende completamente de la subvención estatal, y especialmente de los sectores militaristas y abiertamente opresivos del Estado.

31. NdT: Hillbilly es un término utilizado para describir a los residentes de los Apalaches que tiene una connotación de aislamiento respecto de la cultura dominante, aunque no implica necesariamente de rechazo o resistencia a ella.

La suburbanización también fomenta la infantilización y la feminización. Por «feminización» lo que se quiere expresar no es la dominación de algunos valores femeninos esenciales, sino la extensión de la raíz de las relaciones de género en la sociedad capitalista, la separación del hogar y el trabajo. La suburbanización amplía esta división al poner el trabajo en un lugar, puede que en una urbanización completamente diferente o en la ciudad, de modo que ya no se vive donde se trabaja, y la orientación social de hombres y mujeres en las zonas suburbanas pasa a ser el hogar. Donde tradicionalmente el trabajo significaba que el trabajador que llevaba los ingresos a casa también participaba en actividades públicas, ya fuera juerga en bares o actividades sindicales o en clubes sociales, la vida no laboral se orienta cada vez más hacia las tareas domésticas: cortar el césped, jardinería, arreglar la casa o el automóvil en el garaje.

El fetiche del deporte como voyeurismo comunitario y como imperativo social va de la mano con la pérdida de referentes colectivos y con el proceso de identificación con una marca y una tribu. El fútbol americano es el deporte más visto. Refirma la masculinidad violenta frente a la femineidad de las animadoras y las «beer babe», así como frente a la colectividad tribal. Por otro lado, está la abrumadora popularidad del golf, que es el deporte más practicado porque requiere poca actividad física, es muy individualista y se asocia con el estatus social, tanto porque es caro como porque tiene lugar en otro espacio fabricado, pseudonatural pero completamente domesticado.

Las dinámicas que infantilizan a los adultos también promueven una atención exagerada a los niños. La vida pública acaba siendo en muchos casos llevar a los niños a sus «extraescolares». La excusa para mudarse a los suburbios es a menudo «los colegios» y para tener un «entorno saludable» en el que criar a los niños. Estos últimos se convierten en

otra especie de Gran Otro, una obsesión superegoica por suburbanizar. No es casualidad que tanto padres como hijos se resientan mutuamente en estas situaciones.

## LA INTEGRACIÓN POLÍTICA Y JURÍDICA COMO CRISIS DE LO POLÍTICO

La política revanchista se ha expresado de muchas formas diferentes en los últimos sesenta años aproximadamente, desde el macartismo y el surgimiento del populismo republicano de Goldwater, pasando por la revuelta de los contribuyentes de la década de 1970 hasta el reaganismo y el auge de la derecha cristiana. El Tea Party de hoy es solo la última encarnación de esta tendencia política, alentada por la amenaza a las condiciones financieras que hicieron posible el desarrollo suburbano y de expansión.

El urbanismo posterior a la Segunda Guerra Mundial dependía de una serie de características, entre las que destacaba una expansión capitalista vinculada a las tasas de productividad que superaban el crecimiento de los ingresos, de modo que dicho crecimiento pudiera ser acomodado por el capital. La desindustrialización, la deslocalización de la producción a otros países y otros tipos de fugas de capitales de los suburbios han contribuido a aumentar la dependencia de la financiación estatal y federal, pero los Estados también se han encontrado en una situación desesperada. El entorno político del revanchismo suburbano busca aliviar sus problemas robando la riqueza de las ciudades y la base impositiva de las zonas más urbanizadas. La crisis de este urbanismo es la forma espacial de una crisis a la que en términos políticos

Gáspár Tamás se refiere como posfascismo.<sup>32</sup> Las características clave de la expresión comunalista del posfascismo incluyen:<sup>33</sup>

- Un sentimiento extremo de *resentimiento* hacia los pobres o no solventes; el Otro es visto como una amenaza.
- Un *resentimiento* hacia cualquier tipo de personas cultas o intelectualmente sofisticadas, cosmopolitas. Sentirse como en casa en el mundo, en lugar de en tu hogar, es un signo de corrupción y de negación de la dependencia de los subsidios estatales.
- Una orientación hacia la privatización de todos los servicios sociales que no apoyen directamente la identificación abierta de la riqueza privada con el capital.
- Preocupación por que la gente no está «responsabilizándose de sí misma».
- Una falta de interés por actividades no laborales, excepto aquellas que son ritualmente masculinas, es decir, los deportes.
- Un nativismo muy marcado.
- Miedo y, por consiguiente, odio a todo lo que no se entiende —esto está vinculado al nativismo, la religiosidad, la heterosexualidad militante o el conformismo—.

En el fondo, esto equivale a la creación de un Estado dual donde la «verdadera ciudadanía» iría de la mano con la calificación crediticia, la raza, la religión, etc. En otras palabras, bajo la presión de la incapacidad del capital para mantener simultáneamente la rentabilidad y la expansión de la ciudadanía, la disgregación espacial y el aislamiento del suburbano de posguerra se prestan a una política posfascista

32. GÁSPAR M. TAMÁS, «On Post-Fascism», *Boston Review*, verano de 2000.

33. Comunalista aquí hace referencia a movimientos políticos como el Tea Party, LePenism en Francia y el partido de Jobbik en Hungría.

que lleva a la muerte de la ciudadanía universal. Ambos fenómenos son coincidentes con lo que muchos denominan neoliberalismo.

La misma empobrecedora influencia del objetivo, esto es, escapar y mantener fuera al Otro, crear una comunidad sin conflictos, compartir un odio y un miedo comunes, no se traslada tan fácilmente a la ciudad. La ciudad *es* simplemente el espacio de los Otros que residen unos al lado otros. Eso no quiere decir que antes existiera algún espacio público milagrosamente libre y abierto, sino que lo que era libre y abierto al menos podía ser objeto de disputa y de impugnación, mientras que ahora el espacio para tales posibilidades se ha privatizado y se está vigilando sistemáticamente. El espacio de la ciudad siempre ha estado muy disputado, y, a menudo, violentamente.

Para examinar algunos casos en Chicago, por ejemplo, solo 1919 vio disturbios blancos y la masacre de alrededor de 1,000 afroamericanos en eventos que ocurrieron junto y enredados con las huelgas de almacenaje de carne y acero. Muchos trabajadores blancos que se declararon en huelga con trabajadores negros también participaron en disturbios contra la creciente población negra en el lado sur de la ciudad. En 1937, en la *Little Steel Strike*, los trabajadores de Chicago fueron abatidos por la policía rompehuelgas. En 1966, turbas racistas atacaron una marcha por los derechos civiles a la que asistió Martin Luther King Jr. en el Marquette Park de Chicago con un grado de ferocidad y odio que, según King, no tenía parangón incluso en el sur. En 1968, los parques fueron el sitio de protestas masivas contra el Partido Demócrata en la Convención Nacional Demócrata, que fue recibida con violencia brutal por el Departamento de Policía de Chicago y la Guardia Nacional. En 1990-91 más de 10.000 personas marcharon en las calles de Chicago contra la Guerra del Golfo. La violencia policial es, por supuesto,

una constante relativa en esta historia, pero lo que se vuelve cada vez más imposible de imaginar es la naturaleza abierta del conflicto y del espacio mismo. ¿En qué parte de una suburbanización podrían tener lugar tales movilizaciones?

El declive y la marginación de la ciudad industrial, su transformación en un sitio en ruinas donde lo que florece lo hace solo donde el verde de las finanzas y los bolsillos de las industrias microelectrónica, de software y bioquímica siembran la tierra, es el declive de una especie de cultura obrera que se sostenía en la industria. Estas ciudades suelen colapsar en guetos despojados de vida social. Lo que predomina son las redes interpersonales más grandes o más pequeñas, las relaciones familiares y privadas en las que solo se puede entrar por invitación. Esto es todo lo contrario del sindicato, el partido político de la clase obrera, la organización de autoayuda, la cooperativa comunitaria, etc. En lugar de periódicos abiertamente políticos, ya sea del Partido Socialista o Comunista o del Chicago Defender o Pittsburgh Courier, tenemos el peso abrumador de los medios corporativos, y ahora incluso la disolución del segmento periodístico a través del infoentretenimiento y el blogger aislado. Las instituciones públicas son reemplazadas por servicios mercantilizados. El Estado, que Marx una vez llamó «la comunidad ilusoria», aparentemente ya ni siquiera se disputa como comunidad. Si uno quiere iniciar un programa, digamos, para ayudar a «la juventud de la ciudad», es necesario dirigirse al Estado, es decir, a las escuelas o a los distritos de parques administrados por el Estado, o comenzar su propia organización y encontrar financiación. En este último caso, uno debe crear un negocio, endeudarse con el apoyo de negocios privados o depender de la financiación del estado. La vida institucional rica y relativamente independiente que la clase obrera tuvo que mantener en la etapa en que carecía de integración social y económica primero se vuelve innecesaria y luego se vuelve irrecuperable.



La pérdida de alternativas universalizadoras al capitalismo como negaciones de clase —y de una manera diferente, de raza, género, sexualidad, etc.—, no significan el fin de los intentos de formas de organización colectiva. Los modos comunitarios de acomodación toman el relevo. El capitalismo no se limita a reemplazar las relaciones sociales abiertas con las relaciones de producción como relaciones sociales determinadas; las subordina sin necesariamente eliminarlas. Por lo tanto, la raza, el género, la sexualidad, la religión, la nación, la región, etc., que parecen agrupar a las personas de varias maneras, de manera que les permiten asociarse para lograr un beneficio mutuo, siguen siendo no solo potentes, sino que en realidad se vuelven más poderosas. En una sociedad de relaciones antagónicas y competitivas entre individuos con relaciones de poder desiguales, tales agrupaciones son comunes.

Los movimientos sociales progresistas tendieron a asociar la ciudadanía con el derecho a una determinada calidad de vida y, por lo general, trabajaron para extender su dominio a capas más amplias de la población. Los modos comunitarios operan exactamente de manera opuesta, intentando restringir la extensión total de la ciudadanía, y desde la década de 1920 han buscado destruir activamente los vínculos establecidos entre la ciudadanía y el derecho a un cierto nivel de vida. Los modos comunitarios buscan crear una comunidad homogénea y perseguir sus intereses; de hecho, la comunidad se constituye realmente en la búsqueda de estos intereses, de la misma manera que la suburbanización se crea mediante la huida hacia un espacio de homogeneidad, lejos de lo que uno imagina que no es. Si bien estas tendencias proporcionan los modelos del fascismo en la primera mitad del siglo XX, y de la política revanchista posfascista desde los años cincuenta, la religión, por supuesto, es especialmente adecuada para tales desarrollos, ya que se basa en una comunidad de creyentes, en contraste con la de incrédulos que

están condenados a algún tipo de penitencia en este mundo o en el próximo. No debería sorprendernos, entonces, que en la homogeneidad forzada del mundo suburbano, en ausencia de una alternativa universalista liberadora, el populismo reaccionario a menudo se encuentre disfrazado de religioso, no solo distinguiendo entre los que lo merecen y los que no lo merecen, sino permitiendo que los salvados señalen a los condenados. Podríamos decir además (aunque este punto no puede desarrollarse aquí) que en la medida en que el capitalismo implica una relación social indirecta y abstracta que no aparece directamente como una relación social y, por lo tanto, parece también carecer de significado, la presión por una relación directa, concreta y las relaciones sociales significativas adquieren una nueva fuerza. Finalmente, las instituciones religiosas —que no tienen ninguna oposición particular a la dominación del capital sobre un mundo de pecado o karma— toman el lugar de otras instituciones no estatales, capaces de proporcionar servicios e incluso empleos y medios de vida, pero supuestamente en nombre de la afirmación de la comunidad de creyentes, sin la indiferencia de la pura relación de mercado entre empleado y empleador.

La constelación actual da lugar así a una crisis política, pero en forma de crisis de lo político como tal. Jacques Rancière presenta esta crisis como un ataque a la democracia.<sup>34</sup> Con esto no se refiere a un ataque al Estado o a sus funciones, sino a la política como la introducción de conflictos y antagonismos en la esfera pública, amén de a la democracia como la soberanía de todos y cada uno, o más bien una soberanía que no puede ser legitimada *a priori*. Este ataque implica la privatización de aspectos clave de la vida y, en lo que resta, el alcance creciente tanto de la función policial como del papel del especialista con competencias particulares. La

34. JACQUES RANCIÈRE, *Hatred of Democracy* (Verso 2006).

crisis de lo político toma una forma similar a la del proceso de trabajo: la política se reduce a la administración científica de los asuntos por parte del Estado, dentro de los límites establecidos por el mercado. Todos los desafíos colectivos públicos a la dominación se vuelven excesivos, y la lucha política se convierte en un oxímoron.

El liberalismo tiende hacia el lado de la razón científica, la tolerancia de la diferencia, el multiculturalismo y la administración racional, queriendo que el Estado haga de la política una cuestión de gestión y ciudadanía. Implica una despolitización secular de la contradicción social y el antagonismo, haciendo de ellos una competencia del Estado y de los expertos. El populismo reaccionario favorece explícitamente líneas de poder antipolíticas como el parentesco, la religión y el mercado, utilizando el Estado para convertirlas en asuntos de responsabilidad personal, para individualizarlos. Esto marca una huida del campo público, el campo de la política propiamente dicha, al de lo privado —en ambos sentidos de esta palabra— ya sea como dominio tecnocrático de administradores y especialistas racionales o como gestión de la propiedad de individuos o instituciones no gubernamentales. Esta es también la extensión de la función policial, de la regla del mérito, el parentesco, la riqueza. Lo que se busca es la obediencia a una autoridad que es objetiva y, por lo tanto, irreprochable o impugnatoria, ya sean los dictados técnicos de la ciencia, el mercado o Dios. Para Rancière, dado que la política democrática es solo una impugnación que tiene lugar abierta y colectivamente, como asuntos públicos, la lucha democrática es la lucha por ampliar la esfera pública, politizar lo que es privado y hacerlo sin condiciones previas para la participación.

Aunque Rancière hipostasia la separación de lo público y lo privado, de la democracia y la oligarquía, convirtiéndolas en categorías eternas de la condición humana, va directamente

al meollo del problema. Pero lo hace solo para alejarse en el último momento. La condición salvaje de la vida en la actualidad, incapaz de soportar el pensamiento de la política, y por lo tanto de suprimirla o atacarla locamente, es una en la que la creciente contradicción entre la inmensa capacidad de producir riqueza material con un mínimo de trabajo humano directo, por un lado, y la forma social de la riqueza como capital o valor autoexpansivo, por otro, se sostiene solo negando la posibilidad de la reutilización de esta capacidad para fines humanos comunes. La lucha por politizar las condiciones actuales —para que los problemas de la delincuencia, la violencia, la pobreza, el hambre, etc., se expresen como problemas políticos y no como cuestiones de responsabilidad personal o experiencia técnica— choca rápidamente con el reconocimiento de que tal politización cuestiona inmediatamente la racionalidad del capital. Sin duda, esta es la razón por la cual cualquier intento de frenar la desigualdad galopante o proporcionar servicios públicos gratuitos es tachado automáticamente por populistas reaccionarios como socialismo o comunismo, mientras que los gastos masivos en el ejército, la policía y el aparato represivo en general, y cualquier restricción asociada a la libertad de expresión, comunicación y reunión, se consideran una protección de la democracia.

Considérese la reciente lucha por la atención médica en los Estados Unidos a la luz de nuestro análisis anterior. En ninguna parte el problema es la falta de capacidad material para proporcionar una atención adecuada. Ni el lado liberal ni el reaccionario han argumentado que carecemos de médicos, tecnología, la capacidad de capacitar a más personas o la capacidad de producir suministros médicos adecuados. El problema es únicamente la aparente escasez de dinero. Un lado argumenta que la regulación estatal, si no la nacionalización, regularía la atención de manera más eficiente para reducir los costes. El otro cree que cualquier control humano

sobre las fuerzas del mercado equivale a cuestionar la mano de Dios, y que automáticamente resultará en un mayor coste y menos eficiencia. Para ninguna de las partes la cuestión primaria es la necesidad de la atención sanitaria en sí misma.

## LIMITACIONES Y SUBVERSIÓN POTENCIAL

Entonces, ¿qué podemos hacer con esto? Si la ciudad ha sido en gran parte vaciada a través de las suburbanizaciones posteriores a la Segunda Guerra Mundial; si la ciudad vaciada y la ciudad suburbana dan forma ambiental al estado actual del desarrollo capitalista, en el cual se ha eviscerado toda política de clase obrerista; si esta es una era en la que la política identitaria parece haber seguido su curso y ha perdido en gran medida su fuerza progresista —por no hablar de radical—; todo ello no significa necesariamente, empero, que la ciudad como lugar de lucha esté muerta. La ciudad sigue siendo el sitio geográfico de las contradicciones del capital, porque el capital, a pesar de su tendencia a producir homogeneidad, no puede sostenerse a sí mismo excepto a través de la producción constante de heterogeneidad.

Si Shenzhen es un campo de trabajo, es uno con 10 millones de personas en lugares cerrados capaces de interrumpir una parte significativa de la producción mundial. Si las ciudades de más rápido crecimiento en los Estados Unidos son todas ciudades suburbanas en expansión, con todo lo que eso implica, no son solo urbanizaciones, sino espacios complejos y relativamente densos contruidos sobre una combinación potencialmente explosiva: dependientes del dominio estadounidense, del dólar como moneda mundial y de la inmensa relación deuda-ingreso de sus habitantes.

No hay certeza de que estos lugares no sucumban al tipo de populismo reaccionario que ha crecido exponencialmente desde los años setenta. A pesar de ello, incluso en

las moribundas ciudades exindustriales y suburbanas encontramos una gran parte de la población que se opone a las políticas racistas, xenófobas y misóginas. Probablemente no sea casual que Occupy y la Primavera Árabe, con todos sus fallos, fueran fenómenos abrumadoramente urbanos, mientras que populismos reaccionarios como el Tea Party, el partido Jobbik y el Frente Nacional en Francia están en su mayor parte presentes en zonas suburbanas y rurales.

Las poblaciones desposeídas de las ciudades —que el capital parece haber hecho permanentemente superfluas desde el punto de vista de la valorización— se ven a menudo atraídas por los mensajes populistas y de autoayuda de los populismos comunitarios reaccionarios y de las agrupaciones religiosas, desde las milicias etnicistas hasta las agrupaciones políticas fundamentalistas islamistas, hinduistas o cristianas. A menudo es la desarticulación sufrida al convertirse en superfluos y tener que sobrevivir mediante actividades ilegales —muchas de las cuales son depredadoras tanto de los asalariados como de los no asalariados— lo que deja a los grupos religiosos y comunitarios como únicas instituciones sociales cohesionadas. Si bien la superación del capital ya no es la toma de los medios de producción existentes por una clase obrera que existe como sujeto en lucha contra la pobreza material y la falta de inclusión política y social, esto no implica el fin de la necesidad de derrocar al capital. La situación actual es claramente insostenible. Las condiciones que permitieron la superación de la clase obrera como sujeto, y de lo que parecía un empobrecimiento material ineludible, se basan en unas relaciones sociales que no pueden mantener la inclusión y la relativa libertad frente a la miseria. Desde el lado de la acumulación de capital esto no puede sostenerse.

En términos del proceso de trabajo y, por tanto, del proceso de valorización, el capitalismo ha sobrevivido gracias a una deuda inmensa y creciente tanto por parte del capital como

del trabajo. Nos encontramos en medio de una crisis de valorización en curso, porque la cantidad de títulos y derechos de valor, papel moneda e instrumentos financieros, los cuales circulan diariamente a escala mundial, se cuentan por billones, mucho más allá de la capacidad actual de valorización del capital. El futuro está apalancado muy, muy lejos. El nivel de valorización necesario para resolver este problema es poco probable que se materialice, ya que requeriría que el capital dejara de suplantar el trabajo vivo con capital constante —es decir, el capital tendría que encontrar otra dinámica completamente diferente—. De hecho, probablemente la única alternativa imaginable sea una destrucción catastrófica de los valores existentes —incluida la fuerza de trabajo— a una escala hasta ahora inédita.

En términos de empobrecimiento material, la parte de la clase trabajadora que experimentó el mayor crecimiento de los ingresos y la prosperidad relativa también ha visto aumentar drásticamente su carga de deuda. En Estados Unidos, la deuda media de los hogares supera el 100% de la renta disponible después de impuestos, muy relacionada con el aumento de los precios de la vivienda, pero también con el estancamiento de los salarios y la reducción de las subvenciones estatales para servicios sociales básicos, como la educación y los servicios sanitarios. Y lo que es aún más doloroso, una parte cada vez mayor de la población mundial parece estar excluida del acceso formal al salario. Más de 1.000 millones de personas viven esencialmente en una economía monetaria con pocas esperanzas de acceder al trabajo asalariado en una industria legal y, por lo tanto, con solo tenues fuentes de ingresos monetarios. El capital está aboliendo el dinero, no en el sentido de alguna virtualidad posmoderna, sino en el sentido muy práctico y común de negar a la gente el acceso a un trabajo asalariado seguro y al tipo de pequeña propiedad que podría permitir el autoempleo o el sustento. El empobrecimiento material no solo está

volviendo con fuerza, sino que la clase obrera como consumidora de masas se hace insostenible cuanto más suprime el capital el propio trabajo vivo.

Por último, cada vez está más claro que el capitalismo no puede permitirse la inclusión política y jurídica del trabajo. No se trata de anticipar un retorno al trabajador como sujeto, ya que la base material en el circuito del capital sobre la que eso era posible —es decir, una determinada configuración del proceso productivo— ha desaparecido.

Es importante reconocer lo que ha cambiado. Si hemos perdido las coordenadas del mundo de la clase obrera industrial, no hemos asistido, sin embargo, a la superación de las contradicciones del capital. Los mismos cambios en el proceso de trabajo capitalista que destruyeron las viejas formas de autoactividad y la capacidad de reconocerse como parte de una clase obrera coherente parecen estar provocando una crisis en la que el capital se está acercando peligrosamente a la abolición del trabajo en gran parte del proceso de producción, incluso aunque no pueda eliminarlo como fundamento de la forma de valor. Esta contradicción se expresa no solo en una tremenda capacidad productiva que requiere relativamente poco trabajo vivo y, así, produce crisis de valorización, sino también en las formas de organización espacial. Hoy más que nunca parece evidente, al menos desde el punto de vista técnico, que podríamos conseguir nuevas formas de organización espacial que utilizaran fuentes de energía más limpias, aumentaran la densidad de población al tiempo que disminuyeran la huella ecológica, redujeran inmediatamente las horas de trabajo humano y aumentaran la cantidad de tiempo libre disponible. Lo desconcertante es que, si bien cada una de estas ideas puede imaginarse por separado —y todas pueden considerarse racionales y viables—, hoy en día no parece haber una sensación generalizada de que su realización combinada en un mundo sin capitalismo sea posible.



## ¿Un sujeto abyecto idéntico?

En *Endnotes 2*, presentamos una explicación de la tendencia inmanente del capital hacia la crisis que giraba en torno a una teoría de la población excedente. Lo que sigue es un intento de refinar, aclarar y desarrollar las categorías centrales de esa teoría.<sup>1</sup> Lo que nos motiva a hacerlo se deriva de ciertos malentendidos con los que nos hemos encontrado que parecen traicionar tal tendencia general al entender la categoría de «población excedente» como un sujeto social o grupo sociológico singular y coherente con la implicación potencial que debe ser visto como un nuevo tipo de agente revolucionario. Lejos de representar la emergencia de un agente coherente, la expansión de la población excedente marca la desaparición tendencial del horizonte revolucionario anterior.

Alguna vez fue posible pensar —y, de hecho, era bastante razonable hacerlo— en el proletariado como un sujeto social emergente, cada vez mayor y más vinculado al desarrollo global del modo de producción capitalista, y en particular con la incorporación de una porción creciente de la clase al empleo industrial. Hoy, en una era de desaceleración del crecimiento económico —que es también una era de desindustrialización general— las orientaciones revolucionarias del pasado ya no tienen sentido. La clase obrera, siempre diferenciada internamente, muestra una capacidad cada vez menor de unificación bajo una única figura hegemónica, materializando así su tendencia siempre latente a descomponerse, enfrentándose unos a otros.

1. Este artículo se basa en una conferencia pronunciada en Berlín a principios de 2014. Los argumentos de las secciones 2 y 3 se basan en AARON BENANAV, *A Global History of Unemployment*.

En el núcleo de estas divisiones se encuentra la siguiente escisión de la clase: por un lado, una clase cada vez más reducida que conserva salarios más altos y protecciones sociales, pero que debe luchar en la retaguardia constantemente para mantener su nivel de vida frente a las «reformas» y reestructuraciones capitalistas, y por el otro, un sector en crecimiento que se enfrenta a malas perspectivas de empleo y al que se le ofrecen pocas protecciones sociales.<sup>2</sup> El sector más protegido, que es también el mejor organizado, a menudo necesita del apoyo de los más precarios para ganar sus luchas. Sin embargo, los llamados a una mayor «inclusión» de estas personas pueden alimentar un miedo válido de que esto socave su mejor posición, pues al abrir el acceso a la educación y la formación y, por lo tanto, el aumento de la oferta laboral, se reduce su poder de negociación.<sup>3</sup> Al mismo tiempo, los miembros de la parte más precaria pueden sospechar con razón de las intenciones de la parte más privilegiada, pues después de todos los sacrificios en las luchas, ¿no serán simplemente las batallas de retaguardia y aspiraciones de estos últimos las que se habrán ganado? Al fin y al cabo, quienes tienen seguridad rara vez salen a la calle cuando son los menos afortunados los que están siendo perjudicados. La expansión de la población excedente es sumamente importante para explicar esta división, pero no es la única significativa.

Existe una variedad potencialmente infinita de distinciones de este tipo, por lo que la cuestión de explicar las actuales puede invertirse: ¿Cuál era la unidad que ahora se encuentra en estado avanzado de decadencia? ¿Cómo ocurrió? Esta es una pregunta que hemos intentado responder en «Historia

2. Aunque, en los países de renta baja, este segundo sector es una inmensa mayoría, también se observan divisiones y conflictos de intereses similares.

3. En parte por esa razón se suele considerar indignos de una forma u otra a los más precarios: jóvenes advenedizos, inmigrantes ilegales, etc. Véase la sección sobre lo abyecto, más adelante.

de una separación». A los efectos que aquí nos interesan, basta señalar simplemente que hubo una identidad y una orientación hegemónicas entre los trabajadores que proporcionaban las bases para afirmar ciertas luchas como centrales, y excluían otras por secundarias o no importantes. Es igualmente claro que esta afirmación parece cada vez menos plausible hoy en día. En lugar de la identidad del trabajador, ahora nos enfrentamos a una gran variedad de alternativas en competencia, cada una con sus propias prioridades estratégicas: aquellos que quieren más empleos contra aquellos que quieren evitar la catástrofe medioambiental; quienes quieren preservar el salario familiar para los trabajadores varones sindicados frente a quienes quieren la igualdad de género; los de identidades nacionales o raciales dominantes frente a los de minorías racializadas, y así sucesivamente.

En este sentido, el fraccionamiento de las *políticas identitarias* es sintomático de una época. En un período de crecimiento económico cada vez más lento bajo la amenaza de una catástrofe ecológica, parece cada vez menos plausible afirmar que librar las batallas de una parte de la clase hará avanzar a la clase en su conjunto. Por eso rechazamos cualquier intento de encontrar en las poblaciones excedentes un sujeto social sucedáneo que pueda reemplazar el papel hegemónico desempeñado por el obrero blanco en el movimiento obrero. En la actualidad, no parece haber ninguna fracción de clase —ya sea «la más estratégicamente ubicada» o «la más oprimida»— cuyas luchas expresen un interés general. Al mismo tiempo, los intentos de evocar una nueva unidad a partir de esta diversidad limitándose a rebautizarla como «multitud» o «preariado» pasan por alto el problema fundamental de la división interna de la clase.

Si existe algún potencial revolucionario en la actualidad, parece que se actualiza no en la lucha de una fracción de clase en particular, sino más bien en aquellos momentos en

que diversas fracciones se unen en la lucha a pesar de sus sospechas mutuas, y a pesar de la falta de un polo hegemónico estable y consistente. En esos momentos, las demandas de varios sectores de la clase entran en conflicto entre sí, un conflicto que puede traer consigo la perspectiva de desestabilizar o socavar demandas e identidades mutuamente excluyentes. Los modos en que se organiza y segmenta la vida social dentro de las sociedades capitalistas pueden aparecer como obstáculos para futuras luchas, dividiendo a los trabajadores entre sí. De este modo, al menos, se plantea la cuestión de cómo avanzar, aunque no haya respuestas fáciles. Después de todo, una respuesta definitiva implicaría superar la unidad en la separación que organiza la vida social.

### ¿QUÉ ES LA POBLACIÓN EXCEDENTE?

La teoría de la población excedente deriva de los argumentos presentados por Marx en el primer volumen de *El Capital*, en particular el capítulo 25 sobre la ley general de la acumulación capitalista. Marx define la población excedente como trabajadores sin acceso regular al trabajo: un trabajador pertenece a la población excedente «cuando solo está parcialmente empleado o totalmente desempleado».<sup>4</sup> Marx se refiere a esta población excedente como «población excedente relativa», porque estos trabajadores no son los excedentes absolutos de una explicación malthusiana. No se trata de que no haya suficiente comida, agua, vivienda, etc. En cambio, estos trabajadores son excedentarios en relación con las necesidades del capital, es decir, en relación con la demanda de trabajo del capital.

A lo largo de la historia de las sociedades capitalistas, grandes masas de personas han sido absorbidas por el mercado laboral y han llegado a depender enteramente de obtener un

4. MARX, *El Capital*, vol. 1.

salario para sobrevivir. Estas personas no pueden abandonar el mercado laboral a menos que consigan el apoyo de otros trabajadores. En otras palabras, los trabajadores tienen que trabajar independientemente del tipo y de la cantidad de trabajo disponible. Están a merced de la demanda de mano de obra del capital. Cuando esa demanda cae y no hay suficiente trabajo para todos, los trabajadores no dejan de trabajar por completo, a menos que realmente no tengan opciones, en cuyo caso se convierten en indigentes. En cambio, entran a formar parte de una u otra rama de una extensa y variada población excedente.

Marx describe todo tipo de formas de población excedente. Debido a las transformaciones de la producción, los trabajadores son constantemente desplazados de industrias antiguas a industrias nuevas, dependiendo de las necesidades cambiantes del capital. Esto da lugar, según la explicación de Marx, a una población excedente tanto «latente» como «fluctuante». Marx suele denominar esta última «ejército industrial de reserva». Sin embargo, como consecuencia de este desarrollo continuo, el capital también produce una población excedente «estancada» sobrexplotada, cuando no consigue reabsorber a los trabajadores desplazados en nuevos sectores de la producción.

Marx pensaba que el problema del excedente de población —en última instancia, un problema de creciente sobreoferta y subdemanda de mano de obra— se intensificaría con el tiempo y, como resultado, la gente se encontraría cada vez más desconectada de los mercados laborales y, por tanto, del acceso regular al salario. De hecho, Marx describe esto como la «ley general absoluta de la acumulación capitalista». Lo que sucede es que el proceso de acumulación en curso del capital conduce a un aumento de la productividad laboral, que a su vez expande el «ejército industrial de reserva», dando lugar a una «población excedente consolidada» —«cuya

miseria es inversamente proporcional a la cantidad de tortura que tiene que sufrir trabajando»— en expansión que incrementaría el «pauperismo oficial»; es decir, aquellos que no puedan ganar suficiente salario para sobrevivir deberán mendigar para ganarse el pan.<sup>5</sup> El resultado general es que la acumulación de riqueza tiene lugar simultáneamente a una acumulación de pobreza.

Según Marx, la razón principal por la que el desarrollo capitalista conduce al crecimiento de la población excedente tiene que ver con lo que hemos llamado un «callejón sin salida tecnológico».<sup>6</sup> En esencia, Marx sostiene que la demanda de mano de obra en cada industria cae a medida que aumenta la productividad laboral. Si bien las nuevas industrias que entran en funcionamiento aumentan la demanda de mano de obra, estas nunca parten de cero: no necesitan reinventar, por ejemplo, la energía de vapor, la cadena de montaje o el motor eléctrico. En su lugar, las nuevas líneas absorben las innovaciones tecnológicas que las precedieron. Como resultado, el surgimiento de nuevas industrias es cada vez menos eficaz para aumentar la demanda de mano de obra. De ahí que el capital tenga lo que Marx llama una «composición orgánica ascendente». Marx sostiene que son las líneas más antiguas, que aún no han sido renovadas técnicamente, las que tienden a absorber la mayor parte de la mano de obra.

Esta teoría podría profundizarse desarrollando vínculos con las notas de Marx sobre la sobreacumulación en el volumen 3, pero ese ya sería otro proyecto. Aquí simplemente observamos que, hoy en día, lo que hace que muchos trabajadores sean excedentes para las necesidades de capital es una tendencia dual: por un lado, hacia la sobreacumulación —que reduce las tasas de ganancia y, por tanto, frena la expansión de la producción— y, por otro lado, hacia el crecimiento

5. MARX, *El Capital*, vol. 1.

6. Véase «Miseria y deuda», *Endnotes 2*.

continuo de la productividad del trabajo, que surge de la competencia capitalista y resulta en una pérdida de empleos en aquellos sectores económicos donde la producción no aumenta a un ritmo igual a la productividad. La combinación de estos factores garantiza que, en una economía devastada por la sobreacumulación, la demanda de mano de obra no pueda seguir el ritmo de su oferta. Eso, a su vez, aumenta el excedente de población.

En *Endnotes 2* argumentamos que estos desarrollos conducirían a que la reproducción del proletariado se volviese contingente a la del capital. Si el pacto social de posguerra había formalizado la relación recíproca —pero asimétrica— en la que la reproducción de la clase trabajadora era necesaria para la del capital, con el fin de ese acuerdo y el aumento de las poblaciones excedentes, estas se reproducen como una especie de efecto colateral de la producción capitalista.<sup>7</sup> Esto

7. No se debe tratar la reproducción mutua entre capital y trabajo como si captase un «sistema» social singular, válido a nivel de todos y cada uno de los Estados-nación. El marco básico de análisis para estas cuestiones es necesariamente global. Pero, por supuesto, tampoco podemos pensar en términos de un nivel global indiferenciado: las economías nacionales individuales deben ser comprendidas diferencialmente dentro de un marco global. Así, el acuerdo de posguerra no fue por supuesto, un acuerdo a nivel mundial uniforme, sino que se aplicó particularmente a los países industrializados occidentales, mientras que en los países del bloque del Este pueden percibirse algunos acuerdos análogos —y, de hecho la presión a favor de dicho acuerdo vino dada en parte por la polarización geopolítica—. En la medida en que los lugares en los que se aplicó representaban la mayor parte del mundo industrializado, es razonable pensar que este «acuerdo» caracterizaba la naturaleza general de las relaciones de clase capitalistas de aquella época. La esencia de este acuerdo era que el Estado regularía la reproducción de la clase obrera de la que dependía el capital, ya que los capitalistas individuales, necesariamente relacionados con esa reproducción como una externalidad, eran incapaces de ocuparse de ella por sí mismos.

significa que la productividad capitalista, especialmente en la agricultura, es cada vez más capaz de mantener a sectores de la población mundial muy alejados de las industrias dinámicas que constituyen el núcleo de la acumulación capitalista. Pero cuando esto sucede, los ciclos duales entrelazados de reproducción mutua de capital y clase parecen tener cada vez menos sentido. Como ha argumentado Screamin' Alice, esto conduce en cierto modo a la «desintegración» de estos circuitos al mismo tiempo que la «integración» se profundiza en otros aspectos —en la continua financiarización de cada una de las nuevas áreas de la vida, por ejemplo—.<sup>8</sup>

### LA DESINDUSTRIALIZACIÓN: ANTES Y AHORA

En el siglo XX, la idea de la tendencia del capital a producir cada vez más trabajadores como excedente fue en gran medida descartada como *tesis de la pauperización*, bajo el argumento de que la historia había demostrado que estaba equivocada: claramente, la clase trabajadora no se había empobrecido; al contrario, el nivel de vida había aumentado. El empleo industrial había crecido dramáticamente, lo que sugería que la clase trabajadora industrial acabaría representando la gran mayoría de la población activa. Si bien Marx parece haber actuado correctamente al interpretar las tendencias de mediados del siglo XIX —que limitaban el crecimiento de la demanda de mano de obra en la industria—, no previó la aparición de nuevos sectores de la producción que resultarían capaces de absorber los excedentes de capital y mano de obra que se producían en otras partes de la economía. Estas industrias, como la automotriz y la de electrodomésticos, se encuentran en el núcleo del desarrollo

8. SCREAMIN' ALICE, «On the Periodisation of the Capitalist Class Relation», *SIC 1*, noviembre de 2011.



capitalista y del empleo industrial del siglo XX. El trabajador fabril semicualificado era la figura clave del antiguo movimiento obrero. Pero en *Endnotes 2* planteamos la siguiente pregunta: ¿Y si Marx no se hubiera equivocado, sino solo en el momento en el que tendría lugar?

Ahora está claro que esas industrias del siglo XX llevan mucho tiempo en relativo declive como empleadoras de fuerza de trabajo. Si bien han surgido nuevas industrias, estas no han absorbido toda la mano de obra expulsada de otros lugares. Como resultado, la desindustrialización ha estado en marcha desde mediados de la década de 1970 en todos los países de altos ingresos. Pero incluso países recientemente industrializados, como Corea del Sur, Taiwán, Brasil, México, Sudáfrica y Egipto, han visto estancarse o disminuir la proporción industrial del empleo total en sus economías desde mediados de los años 80 o 90. China parece ser una excepción a la regla, pero incluso allí la construcción constituye un componente importante de la nueva mano de obra industrial, y la proporción del empleo de la industria manufacturera china en realidad permaneció estancada —entre el 14 y el 16 por ciento de la mano de obra— durante el periodo de rápido crecimiento de 1980 a 2006. Nuevas empresas industriales se estaban abriendo, absorbiendo mano de obra, como en la región del delta del río de las perlas, pero esto solo tendía a equilibrar, y no a revertir, los efectos generales de los cierres de empresas estatales y el despido de trabajadores en el noreste de China.<sup>9</sup> La cuota del empleo manufacturero de China solo superó los niveles que había alcanzado anteriormente en 2006, llegando al 19% en 2011 —el último año para el que hay datos disponibles—. Si bien el número absoluto de personas empleadas en la industria en China es ciertamente asombroso, el porcentaje de empleo

9. Véase CHING KWAN LEE, *Against the Law: Labour Struggles in China's Rustbelt and Sunbelt* (University of California 2007).

manufacturero en el nuevo *taller del mundo* no es ni de lejos tan alto hoy como lo era en Occidente durante el apogeo de la industrialización. De hecho, la participación china está más cerca del nivel que prevalece hoy en México y Brasil que del de Alemania o el Reino Unido a mediados del siglo XX, que oscilaba entre el 31 y el 35 por ciento.

Según una vieja narrativa desarrollista, el empleo agrícola disminuiría a medida que la agricultura se volviese más productiva, lo que expulsaría a montones de nuevos trabajadores potenciales a las ciudades, que luego serían absorbidos por la producción industrial en expansión. Esta evolución llevaría finalmente a todos los países a la modernidad. Para los marxistas ortodoxos, esto tendería a formar un proletariado unificado bajo la hegemonía de sus facciones más «avanzadas» en la industria. Pero a medida que el apogeo global de la industrialización pasa a la historia, parece que otra cosa está sucediendo. Si bien el empleo agrícola no ha detenido aún su declive, los trabajadores despedidos tienen menos probabilidades de engrosar las filas de la clase trabajadora industrial que de incorporarse a un vasto y heterogéneo sector de *servicios*. A nivel mundial, ahora hay el doble de trabajadores en el sector de servicios que en la industria, representando el 44% del empleo mundial, mientras que la industria representa solo el 22%. La proporción de empleados en las fábricas es incluso menor de lo que sugiere ese 22%, no solo porque incluye el sector de la construcción, que requiere mucha mano de obra, sino también porque una porción considerable del empleo industrial en los países de bajos ingresos corresponde a la pequeña producción de hogares proletarios informales y autónomos.

## SERVICIOS Y SUPERFLUIDAD

Muchos comentaristas argumentarán que el actual estancamiento o descenso del empleo manufacturero no es nada de qué preocuparse, pues se trataría de una evolución casi natural de la demanda de los consumidores, impulsada por las fuerzas del mercado. Así como la agricultura llega a emplear una proporción cada vez menor de la mano de obra, dado que existen límites al crecimiento de la demanda de alimentos, lo mismo ocurre con la industria manufacturera: supuestamente existen límites a la demanda de bienes —al parecer hay, sin embargo, una demanda ilimitada de servicios—. El resultado, según esta perspectiva, es que con el tiempo, la creciente demanda de servicios arrastrará dinámicamente a los trabajadores hacia el sector servicios, tal como, en una fase anterior, los trabajadores fueron arrastrados hacia el sector industrial.

En realidad, el atractivo dinámico de la manufactura durante la industrialización fue algo exclusivo de ese sector. Fabricar algo es tomar un bien y producirlo en una fábrica, según técnicas cada vez más eficaces —o transformar un servicio, como un trabajador lavaplatos, en un bien, como un lavavajillas—. Es el aumento resultante de la eficacia de la producción dentro del espacio de la fábrica lo que reduce rápidamente los costes de producción en las líneas de fabricación. Esto conduce, a su vez, a una rápida caída de los precios relativos. Los mercados manufactureros se expanden, haciendo posible una espectacular expansión de la producción. Al mismo tiempo, enormes masas humanas se ven obligadas a trabajar en las cadenas de fabricación. Esta es la clave del crecimiento dinámico de la producción y el empleo en el sector manufacturero: el primero es muy rápido y es por eso que, a pesar de las altas tasas de crecimiento de la productividad laboral, el segundo se expande, aumentando proporcionalmente el empleo en el sector manufacturero.

No ocurre lo mismo en el sector servicios, pues este consiste precisamente en actividades que no pueden ser —o no han sido todavía— sustituidas por bienes. En los servicios, la productividad laboral tiende a aumentar lentamente, si es que lo hace, y, al mismo tiempo, los precios siguen la misma trayectoria. De hecho, mientras los salarios reales aumentan, el precio relativo de los servicios tenderá a aumentar. Como los precios relativos no caen dramáticamente, no hay impulso para que los mercados de servicios se expandan rápidamente. Por lo tanto, no hay una tendencia dinámica a aumentar dramáticamente la producción y así atraer una mano de obra masiva al sector; por el contrario, el empleo en el sector de servicios se expande lentamente.

Sobre esta base, es posible describir una distinción importante entre las fases de industrialización y desindustrialización en la historia de las sociedades capitalistas. Durante la primera fase, la demanda de mano de obra en la industria —al menos durante los auges— era muy elevada. Eso afectó a todo el mercado laboral, disminuyendo la holgura, reduciendo el tamaño de la población excedente y aumentando el poder de negociación de los trabajadores. Una vez que la industrialización dio marcha atrás, el sector industrial se convirtió, junto con la agricultura, en otra fuente de creciente holgura en el mercado laboral, aumentando la población excedente y reduciendo el poder de negociación de los trabajadores. Mientras tanto, la demanda de mano de obra en el sector servicios ha sido característicamente baja. Se ha expandido, pero lentamente, debido al hecho de que generalmente se necesita más mano de obra para aumentar su producción, que a su vez está creciendo lentamente. El paso de la industrialización a la desindustrialización es necesariamente el paso de una economía que crece rápidamente —con grandes auges y caídas—, a una que crece lentamente y que tiende al

estancamiento. En tal contexto, los auges y las crisis se deben simplemente a burbujas financieras que el capital excedente infla y desinfla en todo el mundo.<sup>10</sup>

Hay un corolario a esta teoría que explica por qué una gran porción de la población excedente termina en el sector servicios, particularmente en sectores sobrexplotados y de bajos salarios y en sectores informales y de autoexplotación. Como el trabajo en el sector servicios tiende a requerir mucha mano de obra, una gran proporción de los costes finales de las mercancías está constituida por los salarios. Como los salarios reales no suelen bajar en toda la economía, a las empresas del sector de servicios les resulta difícil reducir sus costes de manera regular —las tendencias generales hacia la caída de costes en la industria y la agricultura se deben al aumento en el uso eficiente de una mano de obra más cara—. El resultado es un nivel relativamente bajo de crecimiento de la producción de servicios. Pero, precisamente por esa razón, cuando los trabajadores son expulsados de otros sectores, es posible conseguir trabajadores mucho más baratos en los servicios, ya que los descartados normalmente tendrán que aceptar un nivel salarial más bajo. Esto reduce los costes y permite cierta expansión de la demanda y la producción de servicios. En el sector servicios, hay más margen para expandir el mercado bajando los salarios. Por el contrario, en la mayoría de las actividades manufactureras, los salarios representan solo una pequeña parte del coste final del producto, por lo que hay menos margen de maniobra.

Por supuesto, esto no significa que todos y cada uno de los servicios específicos no tengan ninguna posibilidad de convertirse en una base para un crecimiento dinámico. Muchos

10. El hecho de que esta desaceleración se esté produciendo en todo el mundo —con excepciones locales, por supuesto— es en sí mismo una prueba en contra de la teoría de un simple desplazamiento de la demanda de la industria al sector servicios.

trabajos que antes se realizaban como servicios se han convertido, al menos parcialmente, en mercancías manufacturadas en el curso de la historia capitalista, ya sea para el hogar individual o para espacios colectivos. Como se mencionó anteriormente, el lavado de ropa a mano fue sustituido por la lavadora en los domicilios particulares y en las lavanderías. La transformación de servicios en bienes es parte de la industrialización, que transforma las actividades, haciéndolas susceptibles a aumentos constantes de productividad en lo que Marx denominó «subsunción real del proceso de trabajo», abriendo mercados y permitiendo un crecimiento a largo plazo.

Si bien es difícil identificar una «lógica» precisa y determinante que explique por qué algunas actividades quedan realmente subsumidas y otras no, el hecho de que ciertas actividades requieran de un trabajo delicado o un contacto humano directo y, por lo tanto, deban seguir siendo intensivas en mano de obra, es claramente clave. Parece que siempre existe un resto de tales actividades, una variedad de tareas diferenciadas, principalmente en los servicios.<sup>11</sup> En la medida en que los servicios sigan siendo servicios, tenderán a ser predominantemente una fuente solo de plusvalía «absoluta», y no «relativa». Esta es simplemente otra forma de

11. No todos estos trabajos son servicios. Por ejemplo, la confección siempre ha requerido un trabajo de costura muy delicado. Desde la invención de la máquina de coser, ha resultado difícil mecanizar aún más este trabajo, por lo que la confección sigue siendo un gran empleador. Sin embargo, tanto si se trata de un producto como de un servicio, una cosa parece permanecer constante: dado que los salarios constituyen una parte tan importante del coste final de estos productos, estos sectores han estado empleando sobre todo a mujeres, cuya fuerza de trabajo puede encontrarse en el mercado laboral a un coste inferior a la media. Véase «La lógica del género», en *Endnotes 3*, para la relación entre género y diferenciación en el precio de la fuerza de trabajo.

decir que existen límites al aumento de la productividad. En consecuencia, las economías posindustriales y concentradas en torno al trabajo de servicios tienden a crecer poco.

En tales condiciones, es imperativo para los capitalistas obtener el mayor beneficio posible de sus trabajadores, aumentando la duración o la intensidad del trabajo. Hasta cierto punto, el requisito previo para la existencia de muchos puestos de trabajo da lugar a condiciones de trabajo bajo una ofensiva constante, pues si los sectores sobreexplotados acaparan una parte cada vez mayor del mercado laboral, también se ejerce presión a la baja sobre todos los salarios y aumenta la inseguridad, a medida que los trabajadores pierden poder de negociación y los empresarios se envalentonan para exigir cada vez más flexibilidad. Con esto, se abre la puerta a toda una gama de abusos sobre el trabajador: sexuales, emocionales y psicológicos, así como el robo o la retención de salarios y el exceso de trabajo crónico. Ciertas posiciones, como la del trabajador del sector servicios con salario bajo, aparecen así como una especie de categoría especial de trabajador excedente, similar a la de los autónomos informales en los países de bajos ingresos —y en los países de renta alta durante la última década aproximadamente—. Los trabajadores de servicios con salarios bajos deben autoexplotarse de forma tendencial, además de ser sobreexplotados, si quieren conseguir trabajo. Muchos de estos trabajos —reparto, limpieza de casas, empaquetadores de supermercados, etc.— solo pueden existir porque los salarios de las personas que realizan el servicio son una fracción de lo que cobran quienes lo consumen. Así, la condición para encontrar empleo en un sector servicios en crecimiento es a menudo aceptar un salario significativamente inferior a la media.

## POBLACIÓN EXCEDENTE Y DESEMPLEO

Como resulta ya evidente, la tendencia hacia una creciente superfluidad no es una tendencia a la extrusión literal de una parte de la clase trabajadora de la economía. Los trabajadores excedentes siguen necesitando comprar al menos parte de lo que necesitan para sobrevivir y, por tanto, deben ganar o adquirir dinero para poder vivir. Aquellos que se producen como excedente para las necesidades del capital pueden seguir recibiendo salarios en sectores sobrexplotados, o pueden ser trabajadores autónomos informales y, por lo tanto, autoexplotarse, ya que carecen de acceso a capital.

Marx aclara algunos de estos puntos en su análisis de la «población excedente estancada». No se puede leer su relato sin pensar en la economía informal global, gran parte de la cual se habría incluido, en la época de Marx, bajo la rúbrica de trabajo a domicilio o industria doméstica. La población excedente estancada forma parte del mercado laboral activo, pero con un empleo extremadamente irregular. De ahí que ofrezca al capital una reserva inagotable de mano de obra desechable. Sus condiciones de vida están por debajo del nivel promedio normal de la clase trabajadora, y es precisamente esto lo que la convierte en una amplia base para ramas especiales de la explotación capitalista.

Se caracteriza por el máximo tiempo de trabajo y el mínimo de salario. Ya nos hemos familiarizado con su forma principal bajo la rúbrica de «industria nacional». [...] Su alcance crece en la medida en que, con el crecimiento del alcance y la energía de la acumulación, avanza también la creación de una población excedente. Pero forma al mismo tiempo un elemento de la clase obrera que se reproduce y se perpetúa a sí mismo, y que participa proporcionalmente más que los demás elementos en el aumento general de esa clase». <sup>12</sup>

12. MARX, *El Capital*, vol. 1.



Por tanto, sería erróneo identificar las poblaciones excedentes con los parados. Esta categoría es, hasta cierto punto, una invención de las prestaciones por desempleo de los países de renta alta del siglo XX. En el siglo XIX, como hoy en día en la mayoría de los países de bajos ingresos, «estar desempleado» en este sentido simplemente no era una opción. Las prestaciones por desempleo no existían —y hoy cubren a pocos trabajadores en los países de bajos ingresos—, por lo que los trabajadores no podían permitirse el lujo de estar sin trabajo por mucho tiempo: necesitaban encontrar empleo lo antes posible, independientemente del grado en que su trabajo fuera demandado por capital. Si no había demanda, tenían que establecerse por sí mismos, sin ningún empleador —rebuscando entre harapos, por ejemplo—.

En los países de renta alta, actualmente, la categoría de desempleo está siendo socavada una vez más y parece cada vez menos definida. Como tendencia general, el Estado de bienestar se ha transformado dramáticamente, de tal manera que las prestaciones por desempleo, que suelen pagarse a una parte de la fuerza laboral estructuralmente excluida del empleo, han tendido a dar paso a prestaciones sujetas a verificación de recursos. Estas están destinadas a complementar y apoyar los ingresos solo en el extremo más bajo de la escala del trabajo, en lugar de apoyar a aquellos que simplemente no tienen trabajo, y están contribuyendo a un aumento importante en el empleo de bajos salarios en el sector de servicios. Por supuesto, esta transformación está ocurriendo a ritmos diferentes en diferentes países de renta alta. En muchos países europeos, las protecciones se han mantenido vigentes por mucho más tiempo, evitando que la base del mercado laboral caiga por completo. Por esta razón, se ha abierto una importante brecha laboral entre Estados Unidos y Reino Unido, por un lado, y Europa continental, por el otro, donde este último ha experimentado tasas de desempleo más elevadas, así como tasas más bajas de participación en la población activa, sobre

todo para las trabajadoras. Esta diferencia puede explicarse enteramente en relación con la relativa falta de empleo en el sector servicios en Europa continental y, en particular, con la expansión del empleo de bajos salarios. La proporción del empleo en el sector servicios es más baja en Alemania e Italia, en torno al 70%, en comparación con Estados Unidos, Reino Unido y Francia, alrededor del 80%.<sup>13</sup>

Además, en la economía global —en la que los flujos móviles de capital excedente disciplinan a los Estados—, los Estados de altos ingresos deben hacer todo lo posible para evitar que el desempleo absoluto, y por ende las prestaciones por desempleo, crezcan de forma demasiado drástica. Los gastos en bienestar social, que en última instancia se financian con ingresos fiscales, deben mantenerse al mínimo para evitar preocupar a los tenedores de bonos y a los contribuyentes. La política actual del gobierno británico, por ejemplo, es tratar de erradicar, en la medida de lo posible, las posibilidades de que el desempleo se posicione como una categoría estable como cualquier otra, transformando el Estado del bienestar en un régimen del trabajo. Como resultado, en los países de renta alta, muchos trabajadores entran y salen de la superfluidad relativa durante su vida, debido tanto a la creciente flexibilización del mercado laboral y su desestabilización de las categorías de empleo a nivel estructural, como a la caída de la demanda de mano de obra.<sup>14</sup>

Comenzar por la identificación de sujetos sociales específicos suele significar recurrir a figuras preconstruidas que impliquen para el imaginario popular una simple marginalidad

13. La cuota del sector servicios en el empleo también es inferior en Japón, con un 70%.

14. Esto es menos cierto en el caso de los países de renta baja, donde, básicamente, no existe protección social, y donde más de la mitad de la mano de obra suele ser informal, y solo una parte de esta población experimenta la fluidez necesaria para entrar o salir del sector formal.

económica, como el habitante de los barrios marginales. Pero la población excedente no tiene un identificador tan claro. Aunque es cierto que la diversidad de posiciones en relación con el proceso laboral puede analizarse empíricamente y taxonomizarse según los tipos y grados de excedencia, es necesario identificar primero la lógica que está teniendo lugar antes de cartografiar las formas heterogéneas en las que se desarrolla esta lógica. Nada de esto permite una identificación inmediata de la población excedente con un sujeto o un grupo social singular.<sup>15</sup>

Como hemos visto, lo que facilita el aumento de la producción de trabajadores como excedente es la doble tendencia del capital tanto a la sobreacumulación como al aumento de la productividad del trabajo, lo cual a su vez disminuye el número de trabajadores necesarios para realizar muchas tareas. Pero desde su condición inicial de excedentes, estos trabajadores pueden llegar a componer solo una población excedente «fluctuante» —que será reabsorbida en la producción en algún momento posterior— o pasar a subsistir en una u otra parte relativamente estancada de la economía —esto último es, por supuesto, mucho más común en los países de bajos ingresos—. En ninguno de estos casos los trabajadores excedentes están necesariamente desempleados o exentos de generar plusvalor. A nivel general, la «población excedente» hace referencia a una gran y enormemente heterogénea parte de la población, caracterizada por todo tipo de divisiones y estratificaciones internas y todo tipo de relaciones con el proceso laboral.

---

15. Ya hemos tratado esta cuestión anteriormente en relación con los disturbios ingleses de 2011. Véase «La pleamar eleva todos los barcos», *Endnotes 3*.

## ¿UN SUJETO-ABYECTO IDÉNTICO?

Por un lado, esta teoría relativamente simple de la producción tendencial de población excedente puede ser de gran ayuda para explicar varios aspectos clave de la actual situación global. Nos da una base para explicar la desindustrialización, el crecimiento relativo de los servicios, la difusión de formas de trabajo inseguras y flexibles, y los numerosos abusos a los que esto abre el camino. A su vez, estas tendencias exacerbaban la dificultad de unificar a la clase trabajadora bajo la hegemonía del trabajador industrial, en la forma que anticipaba el marxismo tradicional; por lo tanto, nos da una base para explicar la crisis de la izquierda y los problemas estratégicos actuales. También parece ofrecer una explicación para la disminución de las tasas de crecimiento en las últimas décadas, a medida que el trabajo productor de plusvalor relativo ha ido disminuyendo en proporción con respecto al trabajo global. Hay otras cosas que también podríamos añadir a esta lista, por ejemplo: la dificultad de los Estados para equilibrar las demandas de bienestar y las de los mercados; la formación de masivas barriadas marginales; las formas posindustriales de urbanismo. O, por otro lado: financiarización, neoliberalismo, etc. En la medida en que estas tendencias combinadas esbozan las principales dinámicas y líneas generales de la situación mundial actual, consideramos que la teoría de la población excedente es un punto de referencia importante para enmarcar el presente.

Por otro lado, cuando una teoría tiene un poder explicativo claro, puede resultar tentador caer en una especie de extralimitación conceptual, en la que se supone que la teoría explica cosas que en realidad no puede explicar, o que dice cosas que no dice. Es posibles que los marxistas acostumbren a esta clase de hábitos: por ejemplo, «capital» o «subsunción» son conceptos que a menudo se adoptan demasiado apresuradamente, a los que se les pide que expliquen más de lo

que realmente pueden explicar. Para que una teoría tenga un poder explicativo real, uno tiene que ser capaz de identificar sus límites clara y honestamente, dejar claro lo que no puede explicar y lo que sí.

Lo que parece ser una interpretación errónea o una excesiva extensión de la teoría de la población excedente se caracteriza por una hipóstasis de la población excedente como sujeto social singular, con la aparente implicación de que esta puede ser vista como el nuevo agente revolucionario, o al menos que es el agente detrás de diversas formas de lucha contemporánea. Esto implica un deslizamiento conceptual de una tendencia general a casos sociológicos o empíricos particulares. Si bien, por supuesto, en última instancia, sería falso separar ambas cosas, es importante también no identificarlas demasiado inmediata o simplistamente. Así pues, la teoría del excedente de población no implica un tipo de romantización neobakuninista de un sujeto excedente *más radical* o *más peligroso* que la clase trabajadora organizada, ni una lectura de las luchas actuales como las de algún sujeto sobrante.

## ABYECCIÓN

Esta idea estaba en el aire en las discusiones en torno a los disturbios ingleses de 2011, que analizamos con cierta profundidad en *Endnotes 3*. Revisar brevemente las problemáticas que estaban en juego en ese momento nos ayudará a desarrollar y especificar estos puntos sobre el exceso de población.

En aquel entonces, parecía que para algunos los disturbios debían leerse como una rebelión de «la población excedente». Sin embargo, estas lecturas parecían en cierto modo una simple —y desconcertante— inversión de las interpretaciones reaccionarias de tales acontecimientos, avivadas por los

principales medios de comunicación, que consideraban que los disturbios eran obra de una «clase baja» caótica y peligrosa. Esta última es poco más que un pseudoconcepto, una generalización ideológica a partir de lo no generalizable. Por esta razón, no se puede invertir simplemente en algo positivo que se pueda valorar.

Y, en cualquier caso, estaba claro que los pobres urbanos británicos que salían a las calles no podían identificarse directamente con el concepto de población excedente. En primer lugar, como ya hemos visto, tal concepto es relativamente inespecífico en términos sociológicos. Puede aplicarse a una gran variedad de trabajadores, de entre los cuales algunos están plenamente empleados pero sobreexplotados y otros se encuentran subempleados o trabajan por cuenta propia informalmente. Es razonable suponer que una porción sustancial de la clase trabajadora británica es relativamente «excedentaria» en un sentido u otro.<sup>16</sup> Tampoco es fácil englobar la identidad de los pobres urbanos británicos bajo categorías específicas de excedente, como la de «desempleado». Si bien, por supuesto, el desempleo tiende a ser mayor en las zonas urbanas pobres, la tasa de desempleo en Gran Bretaña ha sido relativamente baja en los últimos años en comparación con otros países europeos, y la mayoría de los pobres urbanos —y de los que se rebelaron— tenían trabajo o estudiaban a tiempo completo. Tampoco podían identificarse simplemente con la «informalidad», en términos de la «economía gris», o con la ilegalidad, en términos de la «economía sumergida». Las primeras afirmaciones reaccionarias según las cuales la mayoría de los alborotadores estaban involucrados en bandas criminales resultaron infundadas.<sup>17</sup>

16. ¡El propio Marx incluye en esta categoría incluso a los huérfanos y los ancianos!

17. Se suele distinguir informalidad de ilegalidad. El sector informal global incluye a todos aquellos que realizan un trabajo legal sin protección, o en empresas compuestas por cinco o menos personas. Por

Y como ya hemos visto, no tiene sentido considerar a los pobres urbanos como excedentes en el sentido más estricto de estar excluidos de la economía *per se*.

Otro concepto a menudo ideológico que se maneja cuando se habla de los pobres urbanos es el de gueto, que tiene connotaciones relacionadas con las ideas de superfluidad que ya hemos discutido. El gueto es concebido como una especie de basurero social donde se arroja al subproletariado, donde los agentes estatales a menudo temen ir y donde el mercado está ausente. El concepto de gueto significa superfluidad, exterioridad a la economía —formal—, y también tiende a vincular esta última con el concepto de raza. Los guetos son, por supuesto, una realidad en algunas partes del mundo. Pero los pobres urbanos británicos no viven en guetos más que en un sentido metafórico: las urbanizaciones británicas pobres son pequeñas, a menudo étnicamente mixtas, y están plenamente incorporadas a las ciudades más amplias en las que se encuentran y gestionadas y patrulladas por el Estado. No son excedentes ni externas en ningún sentido ni al Estado ni al mercado.

Si bien podemos decir sin ningún problema que los que hemos estado llamando «pobres urbanos» fueron un agente activo clave en 2011, esto solo funciona porque se trata de una categoría que es débil, vaga y meramente descriptiva. En cuanto intentamos aplicar aquí la categoría más técnicamente específica de población excedente, nos topamos con problemas. Por supuesto, no era completamente disparatado hacerlo, pues había una especie de ajuste intuitivo al menos a nivel de pensamiento representacional. La presencia palpable y perturbadora de estratos de personas habitualmente expulsadas en la calle, excluidas de diversas maneras, fue uno de los aspectos más llamativos de 2011.

---

lo tanto, no incluye a quienes se dedican al trabajo sexual ilegal, al tráfico de drogas, etc.

Esto nos planteó tres preguntas. En primer lugar, ¿cómo teorizar sobre los sujetos sociales que se rebelaron en 2010-11 e identificar las formas en que estas personas aparecen realmente como «excluidas» o marginadas, sin colapsarlo bajo la lógica político-económica general de la producción de un excedente de población? En segundo lugar, ¿cómo volver a vincular esta exclusión o marginalidad con el concepto de población excedente una vez que se ha distinguido de él? En tercer lugar, ¿cómo relacionar estas cuestiones con problemas más profundos de subjetividad y organización revolucionarias?

Al examinar la historia de los disturbios urbanos en Gran Bretaña, queda claro que son claramente periodizables y que el periodo de la emergencia real de su forma moderna es —como tantas otras cosas— contemporáneo de la reestructuración capitalista que ha tenido lugar desde los años 1970. Si la producción tendencial de un excedente de población a nivel global nos da alguna base para explicar este periodo de reestructuración, esta tendencia podría presumiblemente estar vinculada con la aparición de los disturbios urbanos modernos en este periodo, sin tener que establecer necesariamente una identidad inmediata entre los alborotadores urbanos y la población excedente como sujeto social simple y coherente.

Desde la década de los 70, hemos visto, por supuesto, una inseguridad creciente y generalizada, a medida que el empleo industrial estable ha dado paso al empleo estatal y al sector servicios, pero esta evolución fue desigual y afectó a algunos sectores de la clase trabajadora antes que a otros. Antes de la desindustrialización a gran escala en Gran Bretaña, la clase trabajadora británica estaba, por supuesto, estratificada, con un estrato más precario, informal y racializado en la base, propensa a ser expulsado del empleo en épocas de tensión económica, como las que ocurrieron a lo largo de la década



de los 70: clásico ejército industrial de reserva. Estos trabajadores, en los márgenes racializados de la clase trabajadora organizada, fueron algunos de los primeros en sentir la crisis de los años setenta. Se vieron afectados de forma desproporcionada por el desempleo y no se les volvió a contratar en los sectores productivos emergentes, ya que no empleaban a mucha gente.

Si la población excedente es útil en algún momento de esta historia para identificar una realidad sociológica inmediata es aquí, donde puede ser utilizada para distinguir un estrato particular en relación con el resto de la clase trabajadora. Sin embargo, para interpretar la desindustrialización es necesario ir más allá del nivel estrictamente político-económico en el que se forja esta teoría. Esto se debe a que el momento y el carácter de la desindustrialización británica son inextricables de la dinámica particular de la lucha de clases en Gran Bretaña y de las mediaciones políticas de esta lucha. Aunque la base industrial británica llevaba mucho tiempo en declive, su destrucción por el gobierno de Thatcher fue impulsada activamente por razones estratégicas. Si el margen de precariedad de la fuerza laboral aumentó en Inglaterra a partir de los 70, esto no es completamente reducible a la tendencia global general hacia la producción de una población excedente. Necesitamos entender las mediaciones políticas específicas, incluso si esta tendencia general puede ayudarnos a comprender aquello que tales mediaciones median.

Es entre estos sectores precarizados de la clase trabajadora —el estrato más inseguro, informal y racializado, que luchaba por ser reabsorbido por el mercado laboral— donde, desde mediados hasta finales de los años 1970, los disturbios adquirieron un protagonismo especial como forma de lucha. Parece razonable por tanto plantear la hipótesis de que esta nueva prominencia está directamente relacionada con la ausencia de posibilidades de una formulación de demandas

reguladoras, de tipo corporativista. En acontecimientos dialécticamente entrelazados con las luchas de este sector de la clase trabajadora, la policía en este periodo desarrolló nuevas tácticas represivas dirigidas específicamente a los barrios urbanos pobres. Incluso se podría decir que los disturbios y su represión se convirtieron en una especie de forma indirecta mediante la cual regular las relaciones de clase, en ausencia del modo «normal» de regulación consistente en la negociación salarial, etc. Este no es un punto perverso, pues históricamente los disturbios han impulsado demandas ante las cuales el Estado ha realizado concesiones. Esto resultó ser igual de cierto en 2011 y en 1981; más recientemente ha resultado cierto en Estados Unidos, después de los disturbios de Ferguson de 2014.<sup>18</sup>

En *Endnotes 3* denominamos «abyección» a la lógica social de estigmatización asociada a tales desarrollos, un concepto tomado del reciente libro de Imogen Tyler *Revolted Subjects*.<sup>19</sup> Con su dudosa procedencia, por la cual no nos gustaba especialmente el término, nos pareció bastante apropiado para clasificar ciertas problemáticas con las que estábamos lidiando.<sup>20</sup> Lo útil era que este término designaba un tipo particular de estructura abstracta en la que algo es desechado, marcado como contingente o inferior, sin llegar a exteriorizarse. La relevancia de dicha estructura aquí debería ser obvia: las comunidades inicialmente racializadas sujetas

18. Véase un análisis en «Brown contra Ferguson», en este mismo número.

19. TYLER, *Revolted Subjects: Social Abjection and Resistance in Neoliberal Britain* (Zed Books 2013). Tyler ha desarrollado esto como una categoría multiusos de la teoría psicosocial, a través de un compromiso crítico con Georges Bataille y Julia Kristeva, distanciándose especialmente de la línea política reaccionaria de esta última.

20. También empleamos el término «abyecto» para hablar de algunas estructuras parcialmente análogas, pero jamás idénticas, en «La lógica del género», en *Endnotes 3*.

a las formas de opresión que se desarrollan a lo largo de este periodo son socialmente marcadas como un problema —o incluso como una especie de desecho del núcleo sano del cuerpo político— sin llegar a ser exteriorizadas literalmente en cualquier sentido económico o estatal. La represión policial ocupa un lugar preponderante en la experiencia inmediata de la abyección en este sentido, pero el término también pretende capturar procesos sociales más amplios, como las cruzadas morales de la prensa reaccionaria o la obsesión constante de los políticos por los diversos sujetos fracasados de la nación. No se trata simplemente de momentos desconectados entre sí: podrían articularse conexiones concretas entre todos ellos de manera que podamos ver un determinado patrón sociopolítico de opresión.

Parece que la abyección puede relacionarse, mediadamente, con la producción y gestión de una población excedente en ese momento histórico específico de los años setenta, cuando comenzó la reestructuración. Pero las mediaciones requieren una articulación cuidadosa. Después de todo, aunque hubo al menos una superposición significativa, las comunidades urbanas estigmatizadas que eran los principales abyectos de este nuevo estilo de actuación policial no estaban compuestas, por supuesto, exclusivamente por trabajadores marginados del empleo industrial.

Además, a medida que Gran Bretaña se desindustrializaba y que las tendencias globales más amplias hacia la producción de excedentes de población se expresaban especialmente en una descomposición generalizada de la clase trabajadora, la asociación de estas comunidades típicamente racializadas con una función específicamente de ejército industrial de reserva disminuyó. El desempleo se generalizó enormemente en la economía británica, para luego ser lentamente reemplazado por un mercado laboral altamente flexibilizado e inseguro. Si bien esta asociación de los márgenes racializados

de la clase trabajadora con una función de ejército industrial de reserva disminuyó, la represión policial de los pobres aumentaba.

Si el desarrollo de nuevos estilos de actuación policial puede estar parcialmente vinculado desde el principio a la gestión de una población excedente racializada, este vínculo se vuelve cada vez más tenue a medida que nos adentramos en las décadas de 1980 y 1990. Se podría hablar de un desarrollo de la «autonomización» en constante desarrollo del aparato represivo y de sus lógicas estigmatizantes. Con esto queremos decir que un aparato que inicialmente parece aplicarse en particular a sectores que claramente son económicamente marginales de la clase se disocia de esa función estricta. Si bien las personas que están sujetas a estos procesos de abyección pasan a simbolizar los límites de la clase capaz de afirmarse, estos límites son en realidad inestables y cambiantes y están mal definidos. Se convierten más en una construcción sociopolítica, o quizás sociocultural, que en una político-económica. Si este es el caso, es dudoso que tengamos suerte construyendo el objeto de este aparato en términos puramente político-económicos. ¿Quién es entonces el abyecto? Podríamos responder provisionalmente y de forma un tanto tautológica: aquellos que se definen como tales por el hecho de ser objeto de estos procesos de represión. No existe ningún rasgo particular preexistente o categorización social que, por sí mismo, deba, necesaria o inevitablemente, señalarnos como objeto de estos procesos, lo que no quiere decir que ciertas categorías sociales no terminan reproduciéndose en tales posiciones. La abyección está estrechamente relacionada —aunque no es idéntica a ella— con la racialización.

Si los mecanismos de la abyección pudieran alguna vez relacionarse con una determinada función en la gestión estatal de los márgenes más inseguros de la clase trabajadora industrial, a medida que el objeto de esa gestión se disipa

socialmente, su propia función parecería cuestionarse. Si algo se gestiona a través de la abyección, ya no es evidente exactamente qué, por quién o con qué fin. Tenemos patrones sociales ciegos de estigmatización y opresión que son bastante generales y, por lo tanto, que no pueden considerarse obra de una conspiración. Y también tenemos el funcionamiento continuado de estructuras formalizadas de poder y opresión dentro de estos patrones, en las que la policía, los políticos y los medios de comunicación desempeñan un importante papel activo, aunque generalmente responden en parte a los sentimientos muy reales de la ciudadanía. En este proceso se puede percibir un nuevo tipo de «función», a medida que la inseguridad generalizada de la mano de obra posindustrial se ve exacerbada por la disminución de la solidaridad organizada y las personas se vuelven fácilmente unas contra otras. Pero esto solo es «funcional» bajo un sentido perverso: no es producto de ningún diseño o intención; se trata de un resultado puramente «irracional», aunque en cierto modo resulte útil al capital y al Estado, en la medida en que desempodera aún más a sus potenciales antagonistas.<sup>21</sup>

Si ahora estamos hablando de sujetos de la «abyección» en lugar de «población excedente», ¿qué pasa con el abyecto como sujeto social? Estos desarrollos no significan, sin embargo, la creación de una nueva forma de sujeto social —o potencialmente revolucionario—, sino más bien el problema de cualquier sujeto de clase. En sí mismo, lo abyecto parecería por definición no afirmable, no unificable, pues no es una existencia positiva en sí misma, sino negativa de otra cosa. Los abyectos no son otra cosa que el proletariado. La mayoría de las veces son trabajadores, estudiantes, etc. Solo que son trabajadores, estudiantes, etc. vilipendiados y arrojados más allá de los límites de la respetabilidad social.

21. De hecho, desde otra perspectiva —la de una unidad proletaria especulativa—, se pueden considerar tales acontecimientos como una cuestión de pura disfunción.

Estos desarrollos representan problemas para la constitución de un sujeto de clase unificado; de hecho, son expresiones directas de la descomposición de la clase. Lo abyecto se proyecta como una especie de concepto límite de la clase social afirmable, en una operación en la que la propia clase se define negativamente frente a lo que ha sido abyecto. «No somos como ellos» sustituye a «el pueblo unido jamás será vencido». Y como tal, la abyección puede tener una cualidad un tanto fractal: no se aplica uniformemente a un grupo social, sino a través y entre grupos sociales, dependiendo, hasta cierto punto, de dónde se encuentre uno en el paisaje social. Siempre hay alguien más abyecto que uno.

Esto no es algo que deba ser idealizado, o proyectado como la base positiva para algún sujeto social futuro. Si es una maldición ser reducido a ser proletario, lo es doblemente ser abyecto. Ni el excedente de población ni lo abyecto proporcionan una respuesta definitiva al problema de la agencia revolucionaria, pero ambos describen aspectos del problema, y es por dicho problema por donde debemos comenzar. Lo que parece claro es que cualquiera que sea la forma que pueda adoptar una futura unidad de clase, no es probable que sea hegemonizada por un trabajador industrial avanzado, aunque parece igualmente claro que ningún sujeto abyecto o excedente se ofrezca como una alternativa real. No obstante, el problema continuará siendo confrontado mientras la gente en lucha se esfuerce por componer y extender alguna unidad para seguir adelante. Los procesos de entrelazamiento de luchas pueden ser infinitamente generativos.

# Índice

PRÓLOGO	3
El problema de la composición	5
Clase y comunización	12
Relación de clase y comunismo	24
EDITORIAL	35
El equipo de a bordo vendrá en breves con otra ronda de bebidas...	36
Un problema de composición	38
ΣΥΡΙΖΑ es desesperación en griego	42
BROWN CONTRA FERGUSON	45
Modulaciones descendentes	46
Mediaciones verticales	48
Mediación y causalidad	52
Golpeando el yeso	55
El presidente es Trayvon Martin	59
A la mierda los federales	62
Buscar ayuda siendo negro	65
No puedo respirar	67
Apéndice: Sobre el encarcelamiento masivo	69
<i>Banlieue</i> americana	73
El cuerpo de Mike Brown	78
Los nuevos líderes raciales	84
Disturbios reformistas	93
Bloqueo	95
Duro paseo	101
Tiempos difíciles en la ciudad	104
Mirando hacia abajo	107
Gracia	110
Delinquir siendo negro	114
Vigilancia de las poblaciones excedentes	118
Coda	122
Epílogo	124

<b>HISTORIA DE UNA SEPARACIÓN</b>	127
<b>PREFACIO: ASCENSO Y CAÍDA DEL MOVIMIENTO OBRERO</b>	127
Prólogo: la traición y la voluntad	127
El quiebre en la periodización	131
Sus periodos y los nuestros	136
Periodización	137
Horizontes de comunismo	139
Dos falacias	142
<b>LA CONSTRUCCIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO</b>	147
Una no-transición	149
Desarrollo y desarrollo tardío	152
La persistencia del campesinado	155
La persistencia de las élites	158
Del antiguo régimen	158
La afirmación de la identidad de clase	161
El pasado en el presente	168
Adenda sobre el lumpemproletariado	171
<b>LA INFRAESTRUCTURA DEL MUNDO MODERNO</b>	175
Industrias de infraestructura, trabajadores semicualificados	176
El rol del estado	178
El embudo de la nación	182
Integrando a los trabajadores en la política	186
Los dirigentes sindicales y las bases	190
Adenda sobre la identidad de clase	192
<b>LA FRACTURA DEL MOVIMIENTO OBRERO</b>	199
Los límites externos del movimiento obrero	200
Los límites internos del movimiento obrero	203
Estrategias en torno a los límites	208
1. La sala de espera	209
2. Los revolucionarios románticos	212
3. Lo que podría haber sido	214



	417
<b>LA EXTRAÑA VICTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO</b>	217
La derrota de las élites del antiguo régimen	219
El movimiento triunfante	223
1. Sin pasado no hay futuro	224
2. El presente resultó no ser lo que habían imaginado	226
Dando tumbos	230
<b>LA DERROTA DEL MOVIMIENTO OBRERO</b>	235
1. Dinámica global	235
2. Cambios sectoriales	238
Los trabajadores al límite	242
La metafísica de la lucha de clases	244
<b>EPÍLOGO</b>	253
La contradicción principal del movimiento obrero	256
Su visión fundamental	259
Algunos problemas	261
Una perspectiva colapsada	265
Una crítica parcial	268
Una trayectoria autodestructiva	272
¿Había alternativa?	274
El Marx tardío	276
Un momento para la reflexión	280
Reflexiones concluidas	282
<b>REÚNENOS DE ENTRE LAS NACIONES.</b>	285
Composición social	292
Razones para la revuelta	294
El fin de la identidad obrera	296
Corrupción	299
Una enorme máquina de producir demandas	304
Declive	310
El antinacionalismo como exigencia de un Estado funcional	316
Epílogo	324

SU PROPIA DECORACIÓN PECULIAR:	327
Capital y espacio	331
Proceso laboral y circuito de capital	331
La relación cambiante de los trabajadores con el trabajo	335
El fin relativo del empobrecimiento material y el empobrecimiento del espacio	339
Estudio de caso: Los Estados Unidos y las zonas suburbanas propiamente dichas	342
Las comunidades cerradas y el fin de la clase trabajadora como sujeto	365
La integración política y jurídica como crisis de lo político	373
Limitaciones y subversión potencial	381
¿UN SUJETO ABYECTO IDÉNTICO?	385
¿Qué es la población excedente?	388
La desindustrialización: antes y ahora	392
Servicios y superfluidad	395
Población excedente y desempleo	400
¿Un sujeto-abyecto idéntico?	404
Abyección	405